

B 1,035,599

STORAGE

860.8

A34 mn

Bulwer

Modelos de literatura castellana.



3 9015 00173 5524



Jesus Quema .  
154

Jesus Quema  
154

Jan. 19, 1924



# **BIBLIO-FILIPINO**

P.O. BOX SM - 116 STA. MESA  
MANILA, PHILIPPINES  
TEL. 61-12-18

**MODELOS**

DE

**LITERATURA CASTELLANA**

**Ateneo de Manila**



**MANILA**  
1919

STOR

860.8

A34mm

hulax

**LICENCIA DE LA ORDEN**

Imprimi potest.

**Manila, 1 Junii, 1919**

**FRANCISCUS X.. TENA, S. J.**  
**Sup. Mis. Philippinae.**

SL Storage  
12.51  
1450456.000  
4-4 89

## *PARTE PRIMERA*

---

### *Modelos en Prosa*





## GÉNERO DIDÁCTICO

### 1. Fr. Luis de Granada, dominico (1504-1588). —Expectáculos de la naturaleza.

Pues la hermosura del cielo ¿quién la explicará? ¿Cuán agradable es en medio del verano, en una noche serena, ver la luna llena y tan clara que encubre con su claridad la de todas las estrellas? ¿Cuánto más huelgan los que caminan de noche por el estío con esta lumbrera que con la del sol, aunque sea mayor? Mas estando ella ausente, ¿qué cosa más hermosa, y que más descubra la omnipotencia y hermosura del Criador, que el cielo estrellado con tanta variedad y muchedumbre de hermosísimas estrellas, unas muy grandes y resplandecientes, y otras pequeñas, y otras de mediana grandeza, las cuales nadie puede contar sino sólo aquel que las crió? Mas la costumbre de ver esto tantas veces, nos quita la admiración de tan grande hermosura, y el motivo que ella nos da para alabar aquel soberano pintor, que así supo hermosear aquella tan grande bóveda del cielo.

Si un niño naciese en una cárcel y creciese en ella hasta edad de veinte y cinco años sin ver más de lo que estaba dentro de aquellas paredes, y fuese hombre de entendimiento, la primera vez que salido de aquella oscuridad viese el cielo estrellado en una noche serena, ciertamente no podría dejar de espantarse de tan grande ornamento y hermosura, y de tan gran número de estrellas que vería a cualquier parte que volviese los ojos, o hacia oriente o occidente, o a la banda del norte o del mediodía, ni podría dejar de decir: ¿Quién pudo esmaltar tan grandes cielos con tantas piedras preciosas, y con tantos diamantes tan resplandecientes? ¿Quién pudo criar tan gran número de lumbreras y lámparas para dar luz al mundo? ¿Quién pudo pintar una tan hermosa pradería con tantas diferencias de flores, sino algún hermosísimo y potentísimo hacedor? Maravillado de esta obra un filósofo gentil, dijo: *Mira al cielo, y comienza a filosofar*, que es decir: por la grande variedad y hermosura que ahí verás, conoce y contempla la sabiduría y omnipotencia del autor de esa obra. Y no menos sabía filosofar

en esta materia el profeta cuando decía: "Veré, Señor, tus cielos que son obra de tus manos, la luna y las estrellas que tú formaste."

Y si es admirable la hermosura de las estrellas, no menos lo es la eficacia que tienen en influir, y producir todas las cosas en este mundo inferior, y especialmente el sol, el cual así como se va desviando de nosotros, que es por la otoñada, todas las frescuras y arboledas pierden juntamente con la hoja su hermosura, hasta quedar desnudas, estériles, y como muertas. Y en dando la vuelta y llegándose a nosotros, luego los campos se visten de otra librea, y los árboles se cubren de flores y hojas, y las aves, que hasta entonces estaban mudas, comienzan a cantar y chirriar, y las vides y los rosales descubren sus yemas y capullos, aparejándose para mostrar la hermosura que dentro de sí tienen encerrada.....

Entre las criaturas corporales, la que más representa la hermosura y omnipotencia del Criador en muchas cosas es el sol. El sol alumbraba este mundo, y de su Criador dice San Juan que alumbraba todo el hombre que nace en este mundo. El sol es la criatura de cuantas hay más visible, y la que menos se puede ver por la grandeza de su resplandor, y flaqueza de nuestra vista; y Dios es la cosa más inteligible de cuantas hay en el mundo, y la que menos se entiende por la alteza de su ser, y bajeza de nuestro entendimiento. El sol es entre las criaturas corporales la más comunicativa de su luz, y de su calor, tanto, que si le cerráis la puerta para defenderos de él, él se os entra por los resquicios de ella a comunicaros el beneficio de su luz. Pues ¿qué cosa más semejante a aquella infinita bondad que tan copiosamente comunica sus riquezas a todas las criaturas, haciéndolas, como dice San Dionisio, cuanto sufre su naturaleza, semejantes a sí, y buscando muchas veces a los que huyen de él? De la claridad grande del sol reciben claridad y virtud para obrar todas las estrellas, y de la plenitud y abundancia de la gracia de Cristo nuestro Salvador, reciben luz y virtud para hacer buenas obras todos los justos. El sol produce cuantas cosas corporales hay en este mundo; y aquel soberano gobernador, así como todo lo hinche, así todo lo obra en los cielos y en la tierra, y así concurre con todas las causas, desde la mayor hasta la menor, como primera causa, en todas sus operaciones. Finalmente la presencia del sol es causa de la luz, y la ausencia es causa de las tinieblas; y la presencia de Cristo en las ánimas las alumbraba, y enseña y muestra el camino del

cielo, y descubre los barrancos de que se han de apartar; mas estando él ausente de ellas, quedan en muy oscuras y espesas tinieblas, y así tropiezan y caen en mil despeñaderos de pecados, sin saber lo que hacen, ni a quién ofenden, y en cuán gran peligro de su salvación viven los que así viven.

En todas estas cosas nos representa esta noble criatura las excelencias de su Criador. Y allende de esto, ¿qué figura más alegre y hermosa se puede ofrecer a nuestros ojos, que la del sol cuando sale por la mañana? El cual con la claridad de su resplandor hace huir las tinieblas, y da su color y figura a todas las cosas, y con ella alegra los cielos, y la tierra, y la mar, y los ojos de todos los animales. (*Símbolo de la fe*, part. I, cap. 4-5.)

## **2. Locura de los ateístas epicúreos que atribuyeron todo lo criado al acaso.**

Pues siendo tan grande la variedad y hermosura de las cosas de este mundo, ¿quién será tan bruto, que diga haberse todo esto hecho acaso, y no tener un sapientísimo Hacedor? ¿Quién diría que un retablo muy grande, y de muchos y muy excelentes colores y figuras se hizo acaso, con un borrón de tinta, que acertó a caer sobre una tabla? Pues ¿qué retablo más grande, más vistoso, y más hermoso que este mundo? ¿Qué colores más vivos y agradables, que los de los prados y árboles de la primavera? ¿Qué figuras más primas, que las de las flores, y aves, y rosas? ¿Qué cosa más resplandeciente, y más pintada que el cielo con sus estrellas? Pues ¿cuál será el ciego que todas estas maravillas diga que se hicieron acaso?

Si por acaso yendo camino, hallases en un bosque una casa de solaz de algún príncipe muy bien edificada, y proveída de todo género de mantenimientos y de las oficinas que fuesen necesarias para servicio del príncipe, y vieses en ella sus mesas puestas, sus hachas encendidas, sus verjeles, y cisternas, y fuentes de agua, sus aposentos y lugares diversos para todos sus criados; y maravillado tú de todo este aparato, preguntases cómo se había hecho esto, y te respondiesen que había caído un pedazo de aquella montaña, y los pedazos de ella habían acertado a caer de tal manera, que sin mano de oficial se habían fabricado aquellos tan hermosos palacios con todo lo que hay en ellos, ¿qué dirías? ¿Podría figurarse desatino mayor? Pues decidme ahora, si poniéndoos vos de propósito a considerar la hermosura de la gran casa real de este mundo, y viendo la fábrica, y la provisión de todas las cosas que hay en él, viendo esa bóveda



del cielo tan grande, y tan compasada y pintada con tantas estrellas, viendo una mesa tan abastada de tantas diferencias de manjares como es la tierra con todas las carnes, y frutas, y otros mantenimientos que hay en ella, viendo tantas frescuras y verjeles, y fuentes de agua, tantos paños de verdura como se ven por todas las montañas, y valles, y praderías de los campos, viendo las hachas y lumbreras que arden día y noche en medio de esos cielos para alumbrar esta casa, y las vajillas de oro y plata, y piedras preciosas que nacen en los mineros de la tierra; los aposentos diversos y convenientes para los moradores de esta casa, unos en las aguas para los que saben nadar, otros en el aire para los que pueden volar, otros en la tierra para los cuerpos grandes y pesados, y viendo sobre todo esto el régimen de toda casa y familia, y el orden de ella, y todo finalmente encaaminado para el servicio del príncipe de esta casa, que es el hombre: quien todo esto ve con otras infinitas cosas que no se pueden comprender en pocas palabras, ¿cómo podrá creer que todo esto se hiciese acaso? ¿Cómo no verá que tuvo y tiene potentísimo y sapientísimo Hacedor?

Pues esta hermosura y grandeza del mundo, con la variedad de las cosas que en él hay, reducidas a aquella unidad que dijimos, movió no solamente a los filósofos, más también a todas las gentes, a creer que cosas tan grandes, tan hermosas y tan bien ordenadas, no se habían hecho acaso, sino que tenían un sapientísimo y potentísimo Hacedor, que con su omnipotencia las había criado, y con su sabiduría las gobernaba. Y esto es lo que David exclama en el salmo 18 cuando dice: “Los cielos denuncian la gloria de Dios, y las obras de sus manos predica el cielo estrellado,” etc. Quiere decir: la hermosura del cielo, adornada con tantas lumbreras, y el orden admirable de las estrellas, y la diversidad de sus movimientos y cursos predicán la gloria de Dios, y hacen que todas las naciones le alaben, y se maravillen de su grandeza y le reconozcan por hacedor y señor de todas las cosas. Asimismo el orden de los días y de las noches, el crecimiento y la disminución de ellos tan ordenada y proporcionada para el uso de nuestra vida, y la constancia invariable que en sus nacimientos y movimientos guardan, predicán y testifican que obras tan grandes y tan bien ordenadas no se han de atribuir al acaso, o a la fortuna, sino que hay en el mundo un soberano presidente que al principio crió todas estas cosas, y las conserva con suma providencia. Mas estas obras admirables no hablan ni testifican esto con voces humanas (las cuales

no pudieran llegar al cabo del mundo); mas su habla y testimonio es el orden invariable, y la hermosura de ellas, y el artificio con que están hechas tan perfectamente como si se hicieran con regla y plomada. Porque esta manera de lenguaje se oye en todas las tierras, y convida a los hombres al culto y veneración del Hacedor. (*Ibid.*, part. I, cap. 3, n. 6.)

### 3. P. Pedro de Rivadeneira, S. J., (1526-1611).

#### —Excelencia de la religión cristiana.

Nuestra santa religión nos ha venido del cielo, y la Sabiduría eterna nos la ha enseñado, y el Unigénito de Dios, que está en el seno del Padre, nos la ha manifestado. El ha sido el Maestro de esta doctrina divina, y El sólo lo podía ser. Porque, como dice San Hilario, de Dios, a Dios sólo se debe creer. Pues así como no hay nadie que sepa lo que está en el corazón del hombre sino el hombre; así no hay quien sepa lo que hay en Dios, sino el mismo Dios y a quien El se digna revelarlo. De aquí es que nuestra religión siente altísimamente de la majestad de Dios, porque el mismo Dios se lo ha revelado, y confiesa que es acto puro, que quiere decir una cosa tan perfecta que ninguna cosa se puede añadir a sus perfecciones, que son infinitas, y cada una de ellas es el mismo Dios, y que para El no hay cosa nueva, ni vieja, porque todas las cosas pasadas y venideras le son presentes. Confiesa que es la primera causa, que mueve todas las otras causas, y la primera verdad, de la cual dependen todas las otras verdades, y la primera bondad, que es fuente manantial de todo lo que es bueno, y la primera hermosura, por la cual todas las otras cosas son hermosas, y la primera y suma perfección, de donde tuvieron principio todas las perfecciones de sus criaturas: las cuales todas están en El por otra más alta manera, con otras infinitas que son propias suyas.

Finalmente todo lo que pertenece a la omnipotencia y gloria de la majestad de Dios, le atribuye la religión cristiana, y ninguna cosa más, ni mayor, ni mejor se le puede atribuir de lo que ella confiesa, así de su omnipotencia como de su sabiduría, y bondad inmensa e infinita. Y juntamente nos enseña que este soberano Señor, debe ser servido con limpio, entero y perfecto corazón, y amado sobre todo lo que se puede amar, y aborrecido el pecado sobre todo lo que se puede aborrecer, y amado el prójimo por amor del mismo Dios, con aquel amor y afecto que el hombre ama a sí mismo.

Y porque el hombre de suyo es flaco, y por sus solas fuerzas no puede cumplir con la ley de Dios, y llegar a la cumbre de tan alta perfección, y la ley vieja, aunque mandaba lo que se debía hacer, no daba espíritu y fuerzas para hacerlo, y por esta causa era imperfecta, y de suyo más ocasión de cometer pecados obrando contra ella, que ayuda para guardarla, como dice San Pablo; nuestra sagrada religión nos enseña que la ley evangélica no es como la de los judíos, ni escrita en las tablas de piedra como aquella, sino en los corazones de los cristianos, porque es aquel asiento y concierto que Dios prometió de hacer con los hombres, poniendo su ley en sus corazones, y escribiéndola en sus entrañas, para que los pobres fuesen enseñados por Dios, y que es una ley celestial y divina, que enseña lo que debemos hacer, y nos da voluntad y fuerzas para lo hacer. Y que los sacramentos que tenemos en nuestra religión (los cuales ninguna otra ha tenido en el mundo), son los instrumentos que Jesucristo nuestro Redentor instituyó para darnos este espíritu y esta gracia. Porque los sacramentos de la nueva ley no solamente significan la gracia, mas la obran y causan en el ánima del que dignamente los recibe.

Pues ¿qué diré de la antigüedad? ¿Qué de la conciencia y perpetuidad de nuestra santísima fe, la cual desde el principio del mundo en todos los siglos ha sido la misma, y siempre una, aunque en un tiempo más declarada y explicada que en otro? Digo que siempre fué y es una, porque Dios, que revela los misterios es uno, y la Iglesia a quien se revelan es una, y la cabeza de la Iglesia por quien se revelan (que es el Sumo Pontífice) es uno, y porque las mismas cosas reveladas que pertenecen a la fe, siempre son unas y nunca se mudan, aunque se muden otras en la Iglesia, que no pertenecen a la fe. ¿Quién podrá con lengua no humana sino de Angeles explicar las otras excelencias y maravillas de nuestra santa religión? ¿Quién declarará el tesoro riquísimo de la sagrada Escritura, que como una mesa real está proveída de todos los manjares para pasto y sustento de todas las ánimas santas, y para todos los ingenios y entendimientos por elevados que sean? ¿Quién la doctrina tan pura y sincera, sin ninguna mezcla de error? ¿Quién el favor grande que promete a la virtud, y el disfavor y castigos que amenaza a los vicios? ¿Quién la felicidad que promete y da, pues no solamente hace buenos a los hombres, sino también bienaventurados, cumpliéndoles el deseo natural que tenemos todos del sumo bien y último fin? ¿Quién la pureza de vida que causa en los que la

profesan? ¿Quién las mudanzas que hace en los corazones, pues muda los lobos en ovejas, los leones en corderos, las serpientes en palomas, y los árboles silvestres y estériles en árboles hermosos, cargados de frutos de vida eterna? ¿Quién podrá contar la infinitud que ha habido y hay en la Iglesia católica de santos que en todo linaje de virtudes han resplandecido y resplandecen en el mundo, más que las estrellas del firmamento? ¿Qué de niños tiernos vestidos de puridad e inocencia? ¿Qué de doncellas más limpias que el sol, adornadas con la laureola de la virginidad? ¿Qué de matronas tan continentes que merecieron ser dechado de toda virtud y honestidad? ¿Qué de monjes, de anacoretas, de sacerdotes, de levitas que siendo hombres en la naturaleza, fueron más que hombres por la gracia, y estando en la tierra con el cuerpo, fueron con el espíritu moradores del cielo?

Pues de los sagrados Doctores, que en todas las provincias y regiones del mundo han ilustrado la santa Iglesia católica, ¿qué Tulio o qué Demóstenes dignamente podrá hablar? ¡Oh! ¡qué río de elocuencia no se agotara, en contar el número sin número de ellos! La sabiduría no humana sino celestial, la profundidad y agudeza de ingenio, la madurez y gravedad de juicio, la excelencia y alteza de sentencias, la copia y elegancia de palabras, el orden y disposición en lo que tratan, la fuerza y evidencia de los argumentos que usan, ahora sea impugnando a los enemigos de la Iglesia, ahora respondiéndoles y defendiendo la verdad? Y sobre todo aquel espíritu humilde, suave, amoroso y celoso y verdaderamente divino con que todo lo que escriben está empapado?

De manera que así como la claridad del sol se conoce por los rayos de la luz que echa de sí, la sabiduría incomprensible de Dios resplandece y se echa de ver en lo que tantos, y tan grandes, y tan sabios Doctores alumbrados por El nos enseñaron. Y todo ha sido menester para cultivar nuestros entendimientos por una parte rudos y por sí inhábiles, y por otra confiados y atrevidos; para derribar la vana presunción y altivez de los filósofos; para convencer la maliciosa ignorancia e ignorante malicia de los herejes; para declarar la majestad soberana de los misterios de la religión cristiana, y navegar seguramente por el piélago profundísimo y altísimo de la sagrada Escritura. De los fortísimos y valerosísimos mártires mejor es callar, y con un casto y debido silencio honrarlos, que quererlos alabar con nuestra lengua muda: pues la de los Angeles apenas podrá

contar los ejércitos sin cuento de ellos, la variedad de los tormentos, la atrocidad de las penas, la crueldad y linajes de muertes que padecieron, y el esfuerzo y alegría con que padecieron.

Todos estos santos y bienaventurados mártires son caba-  
lleros de la Iglesia católica. Todos estos sapientísimos Doc-  
tores son sus discípulos. Todos los obispos y pastores sus  
ovejas. Todos los religiosos y seglares, vírgines y casadas, prín-  
cipes y plebeyos, niños y viejos, sabios e ignorantes, y finalmente  
todos los que en cualquiera suerte, estado y manera de vida han  
participado de la gracia y redención de nuestro Señor Jesu-  
cristo, y se han salvado por sus merecimientos, son plantas her-  
mosísimas de este paraíso de deleites, discípulos de esta escuela  
de sabiduría celestial, soldados esforzados de esta milicia sa-  
grada, cortesanos escogidos de la corte de Dios, ovejas obedientes  
y mansas de este aprisco, hijos verdaderos de la Iglesia apos-  
tólica y romana, y criados con la leche purísima de la religión  
católica. La cual rodeada de tantos y tan lucidos escuadrones,  
y teniendo a Dios por Capitán General, es invencible, y siempre  
ha sido y es y será vencedora de los tiranos poderosos, de los  
herejes engañosos, del pecado, de la muerte, del demonio y del  
infierno, cuyas puertas y poder jamás podrán prevalecer contra  
ella. (*Del príncipe cristiano*, lib. I, cap. 5.)

#### 4. Fr. Luis de León, agustino (1257-1591).— Cristo es llamado "Brazo de Dios."

*Introducción.*—*Marcelo, Juliano y Sabino, sentados en un apa-  
cible soto, principian el diálogo sobre este nombre de Cristo.*

Después de haber comido, y habiendo tomado algún pequeño  
reposo, ya que la fuerza del calor comenzaba a caer, saliendo  
de la granja, y llegados al río que cerca de ella corría, en un  
barco, conformándose con el parecer de Sabino, se pasaron al  
soto, que se hacía en medio de él, en una como isleta pequeña,  
apegada a la presa de una hacañas se descubría. Era el soto,  
aunque pequeño, espeso y muy apacible, y en aquella sazón estaba  
muy lleno de hoja, y entre las ramas que la tierra de suyo criaba,  
tenía también algunos árboles puestos por industria, y divi-  
diale como en dos partes un no pequeño arroyo que hacía el  
agua que por entre las piedras de la presa se hurtaba del río,  
y corría casi toda junta. Pues entrados en él Marcelo y sus  
compañeros, y metidos en lo más espeso de él y más guardados  
de los rayos del sol, junto a un álamo que estaba casi en medio,

teniéndole a las espaldas, y delante los ojos la otra parte del soto, en la sombra y sobre la yerba verde, y casi juntando al agua los pies, se sentaron.

Adonde diciendo entre sí del sol de aquel día, que aún se hacía sentir, y de la frescura de aquel lugar, que era mucha, alabando a Sabino su buen consejo, Sabino dijo así: Mucho me huelgo de haber acertado tan bien, y principalmente por vuestra causa, Marcelo, que por satisfacer a mi deseo tomáis hoy tan grande trabajo, que según lo mucho que esta mañana dijisteis, temiendo vuestra salud, no quisiera que ahora dijérais más, si no me asegurara en parte la cualidad y frescura de aqueste lugar. Aunque quien suele leer en medio de los caniculares tres lecciones en las escuelas muchos días arreo, bien podrá platicar entre estas ramas la mañana y la tarde de un día, o por mejor decir, no habrá maldad que no haga. Razón tiene Sabino, respondió Marcelo, mirando hacia Juliano, que es género de maldad ocuparse uno tanto y en tal tiempo en la escuela. Y de aquí veréis, cuán malvada es la vida que así nos obliga. Así que bien podéis proseguir, Sabino, sin miedo; que demás de que este lugar es mejor que la cátedra, lo que aquí tratamos ahora, es sin comparación muy más dulce que lo que leemos allí; y así con ello se alivia el trabajo. Entonces Sabino, desplegando el papel, y prosiguiendo su lectura, dijo de esta manera:

*Otro nombre de Cristo es BRAZO DE DIOS. Isaías en el capítulo cincuenta y tres: ¿Quién dará crédito a lo que habemos oído, y su BRAZO Dios a quién lo descubrirá? Y en el capítulo cincuenta y dos: Aparejó el Señor su BRAZO santo ante los ojos de todas las gentes, y verán la salud de nuestro Dios todos los términos de la tierra. Y en el cántico de la Virgen: Hizo poderío en su BRAZO, y derramó los soberbios. Y en otros muchos lugares.*

Gran donaire, o por mejor decir, ceguedad lastimera es, creer que los encarecimientos y amores de Dios habían de parar en armas y en banderas, y en el estruendo de los atambores, y en castillos cercados, y en muros batidos por tierra, y en el cuchillo y en la sangre, y en el asalto y cautiverio de mil inocentes. Y creer, que el BRAZO DE DIOS extendido y cercado de fortaleza invencible que Dios promete en sus letras, y de quién él tanto en ellas se precia, era un descendiente de David, capitán esforzado, que rodeado de hierro, y esgrimiendo la espada, y llevando consigo innumerables soldados, había de meter a cuchillo las gentes, y desplegar por todas las tierras sus victo-

riosas banderas! Mesías fué de esa manera Ciro, y Nabucodonosor, y Artajerjes: ¿o qué les faltó para serlo! Mesías fué, si ser Mesías es eso, César el dictador, y el grande Pompeyo; y Alejandro en esa manera fué, más que todos, Mesías. ¿Tan grande valentía es dar muerte a los mortales, y derrocar los alcázares, que ellos de suyo se caen, que le sea a Dios o conveniente o glorioso, hacer para ello BRAZO tan fuerte, que por este hecho le llame su fortaleza? ¡Oh cómo es verdad aquello que en persona de Dios les dijo Isaías: *Cuando se encumbra el cielo sobre la tierra, tanto mis pensamientos se diferencian y levantan sobre los vuestros!* Que son palabras que se me vienen luego a los ojos las veces que en este desatino pongo atención. Otros vencimientos, gente ciega y miserable, otros triunfos y libertad, y otros señoríos mayores y mejores son los que Dios os promete. Otro es su BRAZO y otra su fortaleza, muy diferente, y muy más aventajada de lo que pensáis. Vosotros esperáis tierra, que se consume y perece: y la Escritura de Dios es promesa del cielo. Vosotros amáis y pedís libertad del cuerpo, y en vida abundante y pacífica, con la cual libertad se compadece servir el ánima al pecado y al vicio: y de estos males, que son mortales, os prometía Dios libertad. Vosotros esperabais ser señores de otros: Dios no prometía sino haceros señores de vosotros mismos. Vosotros os tenéis por satisfechos con un sucesor de David, que os reduzca a vuestra primera tierra, y os mantenga en justicia, y defienda y ampare de vuestros contrarios: mas Dios, que es sin comparación muy más liberal y más largo, os prometía, no hijo de David solo, sino hijo suyo, y de David hijo también, que enriquecido de todo el bien que Dios tiene os sacase del poder del demonio, y de las manos de la muerte sin fin; y que os sujetase debajo de vuestros pies todo lo que de veras os daña; y os llevase santos, inmortales, gloriosos a la tierra de vida y de paz que nunca fallece. Estos son bienes dignos de Dios: y semejantes dádivas, y no otras, hinchen el encarecimiento y muchedumbre de aquellas promesas.

Y a la verdad, Juliano, entre los demás inconvenientes que tiene este error, es uno grandísimo, que se persuaden de él, forzosamente juzgan de Dios muy baja y vilmente. No tiene Dios tan angosto corazón como los hombres tenemos: y estos bienes y gloria terrena, que nosotros estimamos en tanto, aunque es él solo el que los distribuye y reparte, pero conoce que son bienes caducos, y que están fuera del hombre, y que no solamente no le hacen bueno, mas muchas veces le empeoran y

dañan. Y así ni hace alarde de estos bienes Dios, ni se precia del repartimiento de ellos, y las más veces los envía a quien no los merece, por los fines que él se sabe: y a los que tiene por desechados de sí, y que son delante de sus ojos como viles cautivos y esclavos, a esos les da aqueste breve consuelo. Y al revés con sus escogidos y con los que como a hijos ama, en esto comunmente es escaso; porque sabe nuestra flaqueza y la facilidad con que nuestro corazón se derrama en el amor de estas prendas exteriores, teniéndolas; y sabe que casi siempre o cortan o enflaquecen los nervios de la virtud verdadera. (*Nombres de Cristo*, lib. II.—Brazo de Dios.)

### 5. Saavedra Fajardo (1584-1648).—La República literaria.

Habiendo discurrido entre mí del número grande de los libros y de lo que va creciendo, así por el atrevimiento de los que escriben, como por la facilidad de la imprenta con que se ha hecho trato y mercancía, estudiando los hombres para escribir y escribiendo para granjear; me venció el sueño: y luego el sentido interior corrió el velo a las imágenes de aquellas cosas en que despierto discurría. Halléme a la vista de una ciudad, cuyos capiteles de plata y oro bruñidos deslumbraban a la vista y se levantaban a comunicarse con el cielo. Su hermosura encendió en mí gran deseo de verla; y ofreciéndose delante de mí un hombre anciano que se encaminaba a ella, le alcancé: y trabando con él conversación, supe que se llamaba *Marco Varrrón*; de cuyos estudios y erudición en todas materias, profanas y sagradas, tenía yo muchas noticias por testimonio de Cicerón y de otros: y preguntando yo qué ciudad era aquella; me dijo con agrado y cortesía, que era la *República literaria*: y ofreciéndose a mostrarme lo más curioso de ella, acepté la compañía y la oferta; y fuimos caminando en buena conversación. Por el camino fui notando que aquellos campos vecinos llevarán más eléboro que otras yerbas: y preguntándole la causa, me respondió, que la divina Providencia ponía siempre vecinos a los daños los remedios; y que así había dado a la mano aquella yerba para cura de los ciudadanos, los cuales con el continuo estudio padecían graves achaques de cabeza. Habiendo llegado a la ciudad, reconocí sus fosos; los cuales estaban llenos de un licor oscuro. Las murallas eran altas; defendidas de cañones de ánseres y cisnes, que disparaban balas de papel. Unas blancas torres servían de baluartes; dentro de las cuales le-



vantaba la fuerza del agua unas vigas, cuyas cabezas, batiendo en pilones de mármol gran cantidad de pedazos de lienzo, los reducían a menudos átomos: y recogidos estos en cedazos cuadrados de hilo de alambre, y enjutos entre fieltros, quedaban hechos pliegos de papel; materia fácil de labrar, y bien costosa a los hombres. ¡Qué ingeniosos somos en buscar nuestros daños! Escondió la naturaleza pródicamente la plata y el oro en las entrañas de la tierra, como a metales perturbadores de nuestro sosiego; y con gran providencia los retiró a regiones más remotas, poniéndoles por foso el inmenso Océano, y por muros altas y peñascosas montañas: y el hombre industrioso busca artes e instrumentos con que navegar los mares, penetrar los montes, y sacar aquella materia que tantos cuidados, guerras y muertes causa al mundo. Están en los muladares los viles andrajos, de que aun no pudo cubrirse la desnudez; y de entre aquella basura los saca nuestra diligencia, y labra con ellos nuestro desvelo y fatiga aquellas hojas donde la malicia es maestra de la inocencia, siendo causa de infinitos pleitos y de la variedad de religiones y sectas.

El frontispicio de la puerta de la ciudad era de hermosas columnas de diferentes mármoles y jaspes. En ellas (no sin misterio) parece que faltaba a sí misma la arquitectura: porque de los cinco órdenes solamente se veía el dórico, duro y desapacible, símbolo de la fatiga y del trabajo. Entre las columnas estaban en sus nichos nueve estatuas de las nueve Musas, con varios instrumentos de música en las manos; a las cuales había dado la escultura tal aire y movimiento a pesar del mármol, que la imaginación se daba a entender que imprimían en ella aquellos afectos que suelen infundir desde las esferas del cielo donde las consideró inteligencias o almas la antigüedad. *Clío* parece que encendía en los pechos llamas de gloria con las hazañas de los varones ilustres. *Terpsícore* elevaba los pensamientos con la dulzura de la música. *Erato* daba números y compases al movimiento de los pies. *Polimnia* avivaba la memoria. *Urania* se servía de ella para persuadir en el ánimo la contemplación de los astros. *Calíope* levantaba los espíritus heroicos a acciones gloriosas.

Este frontispicio se remataba en la estatua de Apolo, cuya madeja de oro con lustroso curso de luz bajaba sobre los hombres: ocupaba su mano derecha el plectro, y la izquierda la lira.....

Después de estas soledades deshabitadas entramos en lo po-

blado y culto de la ciudad, que reconocida por dentro no correspondía a la hermosura exterior; porque en muchas cosas era aparente y fingida, levantadas algunas fábricas sobre falsos fundamentos, ocupados sus habitantes en fabricar con más vanidad que juicio obras nuevas con las ruinas de unas y con los materiales de otras; toda aquella ciudad andaba revuelta y embarazada, con más efusión que fruto de su vana fatiga, que renovaba y no engrandecía la República, antes la defraudaba de aquel lustre y aumentos que tuviera, si sus hijos entre sí compitiesen en buscar nuevas trazas y materiales de palacios y otras obras públicas.

Los ciudadanos estaban melancólicos, macilentos y desaliñados. Entre ellos había poca unión, y mucha emulación y envidia. Allí eran nobles los aventajados en las artes y ciencias, de cuya excelencia recibían lustre y estimación: y los demás hacían número de plebe, aplicándose cada uno al oficio que más frisaba con su profesión; y así los gramáticos eran berceros y fruteros, que de unas tiendas a otras, con verbosidad y arrogancia, se deshonoraban unos a otros, motejando también a los que pasaban a vista dellos, sin tener respeto a ninguno. A Platón llamaban confuso; a Aristóteles, tenebroso y gibo, que entre oscuridades celaba sus conceptos; a Virgilio, ladrón de versos de Homero; a Cicerón, tímido y supérfluo en sus peticiones, frío en las gracias, lento en los principios, ocioso en las digresiones, pocas veces inflamado, y fuera de tiempo vehemente; a Plinio, río turbio, acumulador de cuanto encontraba; a Ovidio, fácil y vanamente fecundo; a Aulo Gelio, derramado; a Salustiano, afectado, y a Séneca, cal sin arena.

Los críticos eran remendones, ropavejeros y zapateros de viejo. Los retóricos, saltimbancos, que vendían quintas esencias y acreditaban con gran copia de palabras algunos secretos medicinales. Los historiadores, casamenteros, por las noticias que tienen de los linajes e intereses ajenos. Los poetas vendían por las calles jaulas de grillos, ramilletes de flores, melochas y mantequillas, chochos y muñecas. Los médicos eran carniceros, enterradores y ejecutores de justicia; y porque aquella República, como tan discreta no admitía boticas, se aplicaban los boticarios a forjar armas, y fundir piezas de artillería; y en lugar de ellos, Dioscórides vendía hierbas, otras drogas o simples por las calles. Los astrólogos se aplicaban a la navegación y agricultura. Los perspectivos eran mercaderes, que sabían disponer la luz a sus tiendas, para hacer más hermosas sus telas.

Los lógicos eran corredores, mohatrereros y regatones. Los filósofos, jardineros. Los juristas, lanceros y de otros oficios de vara. Los inclinados a juntar centones y sentencias ajenas, y a componer de ellos una obra, se daban a hacer escritorios de taracea, y mesas de diversas piedras engastadas en mármol; y los que hacían repertorios a los libros, eran ganapanes que trabajaban para los demás.

En esta República, como en la de los egipcios y lacedemonios, se tenía por virtud el hurtar con pretexto de imitación; y así los oficiales unos a otros se hacían grandes robos, y cada día se veían levantadas nuevas tiendas con mercancías ajenas. Los que más se aprovechaban de esta licencia eran los letrados y poetas; aquéllos con la variedad de libros y escritos de que se valen; y éstos, porque como entraban a vender sus juguetes por las casas, hurtaban de ellas las mejores alhajas.

**6. P. Juan Eusebio Nieremberg, S. J. (1595-1658).—  
De la belleza: en qué consiste: sus condiciones, y cómo  
estas se hallan en Dios.**

Conviene inquirir la causa por qué se ama tanto lo hermoso... Digo que la causa porque la hermosura corporal agrada, es por ser una sombra y remedo de la razón, por verse en un cuerpo un rasgo y seña de lo que es intelectual y espíritu. De lo cual se puede colegir cómo la verdadera hermosura es la de la razón y espíritu, y así, cuanto más tuviere una cosa de espíritu, de razón y de ser intelectual, tanto más hermosa será; por donde, como Dios es puro espíritu y la misma verdad y razón, y su esencia sea intelección, su hermosura será sobre toda amabilidad y belleza.

Para confirmación desto, se ha de advertir que lo que hace más graciosa y amable a la hermosura corporal es, según todos los filósofos, la proporción de partes bien ordenadas, de suerte que la orden, la cual es propia de la razón, es lo que agrada y hace hermoso, y así no hay hermosura sino en las cosas en que puede haber orden. Lo hermoso es un resplandor y rayo de lo bueno en las cosas que percibe la vista, el oído o el entendimiento. Por gustoso que sea el olor o el sabor, no hay en él hermosura, porque no hay proporción ni orden. En la vista y en el oído sí, porque hay en sus objetos orden y proporción, conformándose de muchas partes, por la correspondencia que tienen entre sí, un todo agradable y gustosísimo, por el rastro que en esto tienen de razón. Por esta misma causa las naturalezas más capaces

o vecinas a la razón, son las que más gustan de la hermosura, y así los animales más brutos y torpes, ni gustan de la música, ni de la arquitectura y aseo, porque no llegan a alcanzar el orden y huella de la razón que en estas cosas hay. Mas los hombres que son capaces de razón, son los que gustan de una música concertada y de una vista compuesta y ordenada, porque la hermosura es *prenda propia de la razón*, jurisdicción del espíritu y *empleo del entendimiento*. Y así la belleza corporal sólo agrada por ser una cifra o borrón de la razón, por el orden y proporción de partes que en sí encierra. Por esto dijeron algunos platónicos que *la hermosura era la razón congregante o concertada*; y a lo gracioso, que acompaña a la hermosura, definieron que era un resplandor exterior de la razón.

Esta gloria de la hermosura de consistir o emparentar con la razón, se puede echar de ver por su contrario, la fealdad, la cual no es otra cosa sino desproporción de miembros, desorden de partes, la cual causa disonancia a la razón, que dicta no estar las cosas en su lugar ni en la composición debida, de modo que la contrariedad a la razón hace las cosas feas: lo cual se echa de ver claramente en la fealdad espiritual y moral, que es el pecado. De donde, por el contrario, se sigue que la verdadera hermosura es la proporción y ajustamiento a la razón por lo cual no puede haber cosa más hermosa que aquel Ser, que es única regla de la misma razón. Y en El, no sólo hay orden entre sus atributos, sino unidad, que es sobre toda proporción y orden y razón, y así es sobre toda hermosura. (*De la hermosura de Dios y su amabilidad*, lib. I, cap. 3.)

## 7. D. Pablo Piferrer (1818-1848).—La música religiosa.

La Religión, fuente de toda luz, de toda verdad y de toda poesía, también lo fué de la primera de las Bellas Artes; y los datos históricos más antiguos de la Sagrada Escritura demuestran cómo, cobijada por la Religión, la Música se cultivaba y tomaba incremento. Después que Tubal hubo añadido al instrumento natural de la voz el artificial de la cítara, el culto del Dios único le dió forma y la conservó, y en torno del Arca santa los címbalos, las trompetas, los salterios y las arpas acompañaron los coros sagrados.

¿Cómo la Iglesia no había de acoger en su seno los cantares con que en los siglos remotos había sido profetizada? Ella recogió solícita los trozos dispersos del arpa de Sión; y en

aquellos días en que la sociedad caminaba a su hundimiento, pueblos nuevos marchaban al impulso divino, y la humanidad se agitaba y se refundía; los sublimes dolores del Rey Profeta invocaron la misericordia de Dios sobre los crímenes y los vicios envejecidos de los hombres, y dieron voz y palabras al arrepentimiento. Mas ella también añadió al arpa sagrada nuevas cuerdas, y la enriqueció con los tonos con que la Ley de amor quería ser cantada; y los himnos a la Estrella de los mares, a los mártires, a los confesores y a las vírgenes hinchieron las bóvedas cristianas a la par de los Trenos de Jeremías, de los versículos fúnebres de Job, y de la amenaza pavorosa del día postrero. La Iglesia salvó en aquel gran trastorno y barbarie el depósito de la civilización antigua; y purificando por las manos venerables de los Ambrosios y de los Gregorios la tradición musical, volvióla a su verdadero destino, realzó sus modos frigios, dorios y hebráicos con el elemento armónico traído por los pueblos del Norte, y lo aplicó al culto divino. Desde entonces el canto llano ha sonado en las naves dulce y melancólicamente severo como la religión a cuyos oficios sirve, convidando a la meditación y al recogimiento con su tintura y corte antiquísimos; a la manera con que las arcadas, los plafondos y las ábsides pardas, rojas o cenicientas de los santuarios que repiten sus ecos profundos, están diciendo que a la mano de los siglos deben aquella color que mueve a toda veneración y humildad y enaltece el alma.

El que por otro medio no pudiese juzgar del carácter antiguo del canto eclesiástico, bien le comprendería sólo por la sencillez que en él resplandece, por sus cortas frases, por su aire grandioso, y por la serenidad y quietud de su movimiento. La Iglesia, en todo altamente filosófica, si esta calificación humana conviene a los efectos de la fe, hizo bien en revestir de esta simplicidad grande, noble y tranquila sus cánticos sagrados; porque, cierto, ningún adorno ni compostura ni agitación podían ser la expresión del sentimiento sublime, que sobreponiéndose a la esfera de las pasiones se goza en adorar a Dios y en cantar sus alabanzas. En la manifestación del color aun ostentó de un modo más poderoso esta fuerza de intuición que parece serle propia: a la simplicidad agregó la repetición de una frase, o la llevó al extremo de la monotonía, a la manera con que el pesar embarga el ánimo toda y la llena del objeto o del afecto que la atormenta. Mas aun cuando esta sencillez y esta monotonía no residiesen en la naturaleza, y no formasen la intimidad y la intensidad de sus

sentimientos e impresiones; la simplicidad sublime, viva y vigorosa de los libros sagrados, así en su parte poética como en la filosófica, las motivarían y patentizarían su conveniencia. No es para indicado aquí someramente que la simplicidad, si el espíritu de la verdad le anima, es más profunda que el artificio deslumbrador, y más difícil que la riqueza de los adornos. (*Estudios de crítica.*)

#### 8. D. José M. Quadrado (1819-1896).—Interior de la Catedral de Toledo.

Henos aquí por fin dentro del gradioso templo: ved ahí la anchurosa y alta y clarísima nave principal dilatarse ante nosotros, por cima del coro, al través del espacioso crucero, hasta cerrar en ábside pentágono la capilla mayor; ved a cada lado las naves segundas y las extremas, decreciendo gradualmente en proporciones, desplegar sus siete bóvedas a lo largo de aquella, y cortadas luego por el crucero mismo, continuar más allá y girar a espaldas del santuario en vasto semicírculo; ved los majestuosos pilares revestidos de doce torneadas columnas, cuyos pedestales apoyan en un zócalo común, y que coronadas por un capitel de ligero follaje se detienen las nueve a media altura para recibir los arcos de comunicación y las bóvedas laterales, mientras se elevan las tres restantes esbeltas y ligerísimas, ceñidas de collarines, a sostener los bocelados arcos de la bóveda superior; ved las brillantes vidrieras de colores rasgando el espacio que media entre estos arcos y aquellos, y formando un triple muro descendente de pintados cristales, en toda la extensión de la nave central, de las segundas, y en el fondo de las capillas; ved el pavimento tersamente enlosado de un extremo a otro de mármol blanco y negro; ved, en fin, por todas partes la belleza, el primor, la magnificencia. Pero ni la vista logra abarcar de un golpe el admirable conjunto de tan variados objetos, ni es única la perspectiva que estos presentan, variando de aspecto, y hasta de carácter a veces según el punto desde el cual se les contempla.

La ojiva tan aguda y elegante con sus airosos boceles que se abre entre la nave principal y las medianas, tórñase baja y severa con sus anchas molduras al dar paso desde las medianas a las inferiores: los pilares aéreos y atrevidos mirados en su mayor altura, aparecen macizos y enormes en sus dos líneas extremas, aguantando las sombrías bóvedas en cuyo muro se forman las capillas. En la gran nave, cuyo barniz harto claro

templan los dorados matices de sus ventanas, preside en todo su esplendor y ligereza el siglo XV; en las más apartadas parece haberse refugiado la adusta gravedad y fortaleza del siglo XIII; y el espectador, ora se complace en aquella claridad y desahogo, hundiendo sus miradas a través de las columnas en la misteriosa oscuridad de las ojivas que en disminución se alejan; ora oculto en los rincones más opacos tras de la imponente masa de aquellos anchos pilares, en cuyos capiteles se marca con frecuencia el gusto bizantino que influyó todavía sobre la fábrica primera, remonta de arco en arco los ojos, hasta derramarlos por las sublimes bóvedas del centro y bañarlos en su luz encantadora.

Mas en cualquier dirección se flechen, siempre ven delante los tres órdenes de lumbreras bajando y estrechándose en lontananza, cual si de una en otra se transmitieran los reflejos: partidas en seis marcos dentro de su grandiosa abertura con lindos arabescos en la parte superior las de la nave principal y de las segundas, prolongadas encima del retablo las de interior de las capillas, todas centellean en vivísimos fulgores, difundiendo mórbidas y rosadas tintas sobre los muros y el pavimento.

Dos siglos los más cultos y artistas los más eminentes, cuya serie abrió el extranjero Dolfín en 1418 y cerraron los Vergaras a fines del XVI, empleáronse en este brillante trabajo; y no es difícil seguir en su contemplación el orden de los tiempos y el desarrollo del arte, si empezando por las serias imágenes de santos y patriarcas pintadas en los compartimientos de las ventanas mayores, terminamos por las pequeñas figuras, pasajes y escenas representadas dentro de marcos circulares en las ventanas segundas. Brilla el oro y la púrpura, el azul de los cielos y el verde de la esmeralda en las aureolas y vestiduras de aquellos personajes venerandos, que cada día con el sol se animan y con el sol se extinguen, y que parecen bajar del firmamento juntamente con los rayos de la luz para confortar o para reprender a los mortales.

Dos magníficas claraboyas de encendidos matices y preciosos calados iluminan el fondo del crucero encima de las puertas laterales; las pintadas vidrieras de sus brazos se dividen en cuatro cada una con pequeños rosetones entre sus ojivas; y sobre los arcos levemente apuntados que en sus brazos resultan de la intersección de las cuatro naves menores, corre una baja galería de arquitos trebolados o de tres curvas, ence-

rrados a pares dentro de una ojiva, y partidos por una columna que hunde su breve fuste en el antepecho lindamente trepado. Describe la bóveda una grandiosa estrella en el centro de la cruz, y continúa la nave principal para formar la capilla mayor, revocada toda, y marcando con dorados filetes las aristas de sus arcos y las junturas de sus sillares. Al nivel de la galería del crucero se extiende otra de pilar a pilar por la parte superior de la capilla, de elegante estructura entre gótica y arabesca, y cuyas aberturas o nichos llenan severas estatuas, de las cuales semejan luminoso trasunto las efigies pintadas más arriba en las vidrieras ya de tres, ya de cinco compartimientos. Y luego más abajo, al trevés de los arcos abiertos en torno del ábside, vense girar en doble semicírculo las naves laterales, y asomar en segundo término sobre las bóvedas de la inferior otra galería, gótica también por su gentil columnata y arábica por su dentellada arquería, sembrada de caprichosas testas en sus enjutas, sobre la cual en cada bóveda brilla un gracioso rosetón. Los ojos acarician con placer aquella tan dulce como grandiosa perspectiva, y el alma se exhala en suspiro de amor hacia la belleza suma, antes que abrumen su atención las riquezas y primores sin cuento que despliega el santuario....

#### 9. Severo Catalina (1832-1871).—El Coliseo de Roma.

La visita al Coliseo, en la segunda mitad del viaje de la vida, proporciona un punto de vista moral, como no lo ofrece ninguna otra altura del mundo que habitamos.

Al recorrer hoy en silencio aquella vasta fábrica, más alta que las colinas, gigantesca como un conjunto de palacios; al contemplar aquella elipse imponente, donde resonaron los gritos de cien mil espectadores y los mugidos espantosos de las fieras, y los ecos de la muerte y el estrépito de un pueblo ebrio con el vapor de la sangre, no hay espíritu tan frío ni inteligencia tan escéptica, que no descubra el abismo que separa dos civilizaciones, entre las cuales no hay, sin embargo, más frontera que una cruz. En el Coliseo de Roma, ahora silencioso y solemne, predica sin cesar la voz de los siglos y la voz de la historia, cuánto bien trajo al orden y armonía de las sociedades y a los fueros de la personalidad humana aquella noción de la caridad, que los antiguos pueblos gentiles no vislumbraron siquiera.

Porque en verdad, los pueblos antiguos, aquellos anteriores al romano, que se dicen sus maestros, que se reputan por el



vulgo de las gentes cuna de toda civilización y foco principal de toda luz, aquellos cayeron en los mismos errores y en las mismas abominaciones contra la dignidad del hombre, de la criatura predilecta formada a imagen y semejanza del Criador. Antes que los romanos, los cartagineses arrojaban ya, vivos, para pasto de las fieras, a los rebeldes y a los desertores: en el Asia no debía ser desconocido este horrible suplicio, pues la historia de Daniel abandonado a los leones está por encima de toda crítica: aun en los días más florecientes de la Grecia hay sobrados motivos para suponer que fueran en uso los espectáculos sangrientos, que el Circo de la Roma republicana y el Anfiteatro de la Roma imperial llevaron al más repugnante extremo de fiera.

Los emperadores Flavios, queriendo atenuar el efecto de una tiranía, halagaban otra tan odiosa como aquella: trasladando a la majestad del pueblo una parte de la grandeza que quitan a la loca majestad de Nerón, solo consiguen distraer, aturdir con el ruido de los juegos y con el esplendor de las fiestas una sociedad que no trabaja, que no piensa, que va perdida en un bosque, sí, de estatuas y de la laureles, pero perdida irremisiblemente. El circo Máximo, a pesar de ser máximo, a pesar de sus gigantescas proporciones, que daban cabida a 2.500,000 personas, no bastaba para la diversión y recreo del pueblo romano. Para los templos, para la casa de los emperadores, para las moradas de otros insignes personajes, la arquitectura había desplegado un lujo, de que no era posible defraudar a la soberanía de la plebe: cuanto de más grandioso se hubiera hecho para los otros poderes, eso mismo o más todavía debía hacerse para el poder que se pasea en los pórticos y que se baña en las termas. Al anfiteatro Flavio concurrieron, pues, todos los medios de engrandecimiento y de belleza, de que a la sazón era posible disponer.

En medio de la antigua Roma, en la confluencia de tres célebres montes—Palatino, Celio y Esquilino—y de tres vías principales—la Suburra, la Sacra y la Triunfal—que desde Caracalla se llamó *Nueva*, Vespasiano, vencedor de la Judea, quiso levantar un monumento perenne de su propia grandeza y de la grandeza del imperio. Dos anchos vestíbulos o corredores de travertino rodeaban la gran elipse, cuya circunferencia pasa de 560 metros, contando más de 180 el diámetro largo y 150 el transversal; cuatro órdenes de arcos, columnas y pilares superpuestos, correspondientes al dórico, al jónico y corintio, con

medallones y estatuas a los lados de las ventanas en número de más de doscientos, cuya total altura excedía de 180 pies, formaban la estupenda mole, que todavía, mirada desde el lado del Esquilino, causa maravilla por su esbeltez y elegancia. En su interior, un espacio de 270 pies de longitud por 165 de anchura y más de 700 de circunferencia llamábase *la arena*, el lugar destinado al espectáculo, el *redondel* de nuestras plazas de toros: en la primera línea, a conveniente altura, estaba el *podium*, especie de galería o gran palco, cubierto de las más ricas piedras, destinado a las personas distinguidas, pretores, cónsules y vestales: sobre el *podium*, al lado Oriente, tomaban asiento el Emperador y su familia. En toda la parte superior se extendían en la forma que en nuestras plazas y circos, tres órdenes de gradas o asientos de piedra (*praecintiones*), de 24, 16 y 10 filas respectivamente, y en la parte más alta corría todo al rededor un pórtico sostenido por columnas, que venía a ser como la corona de aquel magnífico óvalo de piedra tiburtina, apoyado sobre muros gigantescos, revestido de mármoles preciosos. Créese por muchos que fueron cuatro las entradas a la arena...: los ochenta arcos exteriores estaban numerados, y aun se ven, con efecto, los números romanos correspondientes a más de veinte.... Gran número de puertas (vomitoria) distribuídas en los varios ámbitos del edificio, en términos de facilitar a la muchedumbre la pronta instalación en las respectivas gradas de los seis planos, daban asimismo fácil y casi instantánea salida a aquellos millares y millares de personas, que en la dirección del Esquilino o del Celio, llenando las avenidas de la vía Sacra prolongaban el goce del espectáculo.....

El Anfiteatro representa, pues, un orden de ideas, una faz de la vida romana en sus momentos de mayor exuberancia y de más horrible extravío: el Oriente y el Occidente han contribuido a la fábrica gigantesca: todos los órdenes de la arquitectura griega, la grandiosidad colosal del Egipto, los brazos de los infelices cautivos de Jerusalén. ¿No es verdad que hay algo de misteriosamente estético y original en esta variedad de elementos, que vienen a condensarse al pie del Palatino, formando una maravilla de arte, a que sirven de corona las siete colinas? Montaña por fuera, valle por dentro, coloso oriental vestido a la griega, el Coliseo excede a todo lo que el arte griego y el romano pudieron concebir.....

El Anfiteatro es una obra anónima, como casi todas las grandes obras de los siglos. El movimiento de las ideas, el

choque de las opiniones, el aliento de la vida en las épocas verdaderamente críticas de la historia, produce una invisible emanación de efluvios, que un día, o a la voz de un hombre de genio, o al impulso del azar, se condensan y toman cuerpo, como brotan en medio del desierto flores, cuyos gérmenes lleva de todos los confines el aire de las montañas, como surgen islas del seno alborotado de los mares. Los siglos son autores que no han menester firmar sus obras; porque las obras son los verdaderos autógrafos de los siglos. El espíritu de la Edad Media se recoge, se sintetiza, como decimos ahora, en un monumento visible, en un gran montón de piedras, y resulta la catedral de Colonia. El genio español toma cuerpo en la poesía, quiere construirse un alcázar de gloria más duradero aún que los edificios de piedra, y aparecen el *Poema del Cid* y los *Romanceros*. La civilización árabe desarrollada y floreciente en el Mediodía de España, pide a la arquitectura la traducción de sus propios cantares y de su ardiente pensamiento, y como al contacto de una vara mágica, en la más hermosa vega del mundo surge con sus encajes de mármol el palacio de la Alhambra.

Ya veis cuántas obras sin firma, o por mejor decir, cuán magníficas firmas las de esas obras. En las columnas de la mezquita de Córdoba y en las primorosas labores de la Alhambra hay multitud de invisibles líneas, que dicen: "Civilización, árabe:" el *Poema del Cid* y los *Romanceros* van suscritos "Pueblo español:" en la catedral de Colonia hasta las piedras repiten "Edad Media:" el Coliseo lleva una firma parecida "Imperio Romano." (ROMA EL PALATINO., II, *El Coliseo*.)



## ARTICULOS VARIOS

---

### 10. Aparisi y Guijarro (1815-1872.)—El día de difuntos.

¡Oh, y qué grande es la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo! Ayer celebraba cantando la fiesta de Todos los Santos, hoy recuerda, llorando, a todos los muertos.

La Iglesia visible celebra, digámoslo así, desposorios ánuos con esa otra Iglesia, para la cual no existe ya el tiempo.

¡Día de Todos Santos! Fiesta a los triunfadores que ganaron en este mundo que pasa, la corona inmortal que han de ceñirse en otro que no pasará. Vedles con los ojos del espíritu en el cielo; de toda edad y sexo y condición, de toda tribu y de toda lengua, a quienes recogió Jesucristo amorosamente en los caminos de la vida, en la montaña y en el valle, en el palacio y en el calabozo: los que en medio de los deleites del mundo, permanecieron puros; en medio de sus bajezas, nobles; en medio de sus dolores, resignados; y en lo alto y en lo bajo, y en las alegrías y en las amarguras, amando a Dios y amando en Dios a los hombres.

¡También la muerte tiene su día! Y en ese día, ¿por quién pedimos a Dios? ¡Cosa admirable! Por nuestros padres y amigos; pero a la vez por todos los muertos. Y ahora, a miles de leguas de nosotros, hay hombres a quienes nunca hemos visto, cuyo nombre jamás sabremos, y en estos momentos están rogando por sus padres y amigos; pero también por todos los nuestros. Ruegan por las personas que nosotros amábamos, así como nosotros por las personas que ellos amaban.

Divina es una religión que hasta de la muerte se sirve para estrechar la fraternidad entre los hombres.

¡Divina es una religión que hace elevar al cielo por una alma sola, todas las oraciones de la tierra!

Después del pecado la muerte es un beneficio. Gracias, buen Dios! Tú te compadeciste del hombre, y abreviaste sus días sobre la tierra; postrados sólo en tu presencia, te damos gracias.

Levantaos los que sufrís y lloráis: mirad a lo alto y alegraos; porque todos hemos de morir.

El pensamiento de la muerte asombra los placeres del impío, refrena los furores del insensato, consuela a los infelices, alienta a los débiles.....

El solo pensamiento de la muerte nos ampara a nosotros los débiles contra vosotros, los opresores.

Sumergíos en un mar de deleites, o palpad el oro con alegría codiciosa; pero sabed, desdichados, que habéis de morir, y vendrá un día (y no se tardará) en que os agarréis inútilmente, con manos desesperadas, de la riqueza que se escapa.

Si un tirano golpea con su cetro de hierro mi cabeza, o si hundís, verdugos, el puñal en mi pecho desarmado, a aquél y a vosotros diré: Sabed, desdichados, que habéis de morir, y vendrá un día y no se tardará, en que un vengador inevitable quiebre de un golpe el puñal en vuestras manos o la corona en vuestra frente.

Siente el cristiano algo dentro de sí que le pone a cubierto de toda tiranía. No la teme; que cosa que dura poco, vale poco. No la teme, porque no ha de faltar quién le libre de ella. La muerte es la libertad.

Nos asustó el impío, exaltado como cedro del Líbano: pasamos, volvimos la cabeza, ni el lugar vimos ya en que el cedro arraigaba.

Entrad en ese cementerio, alzad las losas, renovad la tierra. ¡Qué república, gran Dios, y qué ciudadanos!...

Señores que oprimís a los pueblos y os mofáis de Dios, os doy una alegre nueva; dentro de poco seréis ciudadanos de esa república.

Recia cosa debe de ser para los grandes criminales que el mundo laurea, caer de repente y desnudos y temblando entre las manos de Dios vivo.

Cuando pasó el otoño, y es fría la brisa de la tarde, el insecto se envuelve como para morir sobre la hoja juguete del viento; pero cuando el aura regalada de la primavera viene a mecerle amorosamente, toma, brillantes alas y se vuela. En el sepulcro dejó el hombre su cuerpo miserable; lo que piensa, lo que cree, lo que ama en él, el noble huésped que anima aquel barro, no entró en el sepulcro, volóse al cielo.

Morir, para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta a las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.

### 11. D. José Selgas (1822-1882).—La madre.

He aquí un rincón oscuro donde ha de haber escondido algo el corazón humano.

Acerquémonos un momento a esté arcano, pero no debemos pasar del umbral de este misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: "Yo no tengo abrigo, yo, no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias." ¿Sabéis lo que quiere decir? que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Veis dos niños jugar alegres a la puerta de una casa: los dos tropiezan a un mismo tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante al rededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave que le limpia el vestido, una boca impaciente que le besa sus mejillas.

Ese tiene madre.

El otro espera en vano: se levanta poco a poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestido, y va a confiar a la pared más cercana sus ahogados sollozos.

Ese no tiene madre.

El que no siente humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aún más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de que no tiene lágrimas.

Yo no sé cómo las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir; y si se mueren, no sé cómo no se los llevan consigo.

¡Las madres! Pensadlo bien; ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer a los hombres que se han criado sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia; de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la proporción de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la proporción que se va alejando de su madre

No le pidáis a ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzmán el Bueno. Para ella no hay más patria que sus hijos.

**Las mujeres de Esparta serán eternamente el horror del universo.**

Que un hijo sacrifique a su madre, dejándose matar por su patria, es un heroísmo que está dentro de la naturaleza; pero que una madre arrastrase su hijo a la muerte, es la barbaridad del heroísmo.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atención en la vida íntima de una familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo más hermoso, o al más atrevido, o al más robusto, o al más inteligente, o al más inquieto. La madre al más débil, al más defectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

**Esa es la madre.**

Semejante sentimiento no puede ser humano.

Hay un abismo que el hombre no medirá jamás, y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros y fija el rumbo de los cometas, pero el cielo donde todo eso brilla y se mueve, es para él insondable: no sabe donde empieza y donde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazón de la mujer se pierde.

Viene en este momento a mezclarse entre mis reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera.

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas que se juntan en un punto forman un ángulo; sabe que el carbón cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene manchas y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pasa en la tierra; anuncia las revoluciones de los astros y hace la de los pueblos; conoce todos los idiomas y explica todos los misterios.

No podemos negar nuestro asombro a este cúmulo de maravillas.....

¿Qué es una madre?

Una cosa que el niño ama y el hombre olvida.

Un amor hecho a prueba de toda clase de dolores y de todo género de ingratitudes.

Un corazón que no se cansa nunca de sufrir.

Una alma que no deja ni un momento de querer....



## GÉNERO HISTÓRICO

---

### 12. P. Juan de Mariana (1536-1623).—Cerco de Granada.—Descripción de la ciudad.—Santa Fe.—Incendio de la tienda real.—Tratan los moros de capitular.

La ciudad de Granada por su sitio, grandeza, fortificación, murallas y baluartes parecía ser inexpugnable. Por la parte de poniente se extiende una vega, como de quince leguas de ruedo, muy apacible y muy fértil, así de sí misma, como por la mucha sangre que en ella se derramara por espacio de muchos años, que la engrasaba a fuer de letame, y por regarse con treinta y seis fuentes que brotan de aquellos montes cercanos, más fresca y provechosa de lo que fácilmente se podía encarecer. Por la parte de levante se empina la sierra de Elvira; en que antiguamente estuvo asentada la ciudad de Illiberris, como lo da a entender el mismo nombre de Elvira; la Sierra Nevada cae a la banda de mediodía, que con sus cordilleras, trabadas entre sí, llega hasta el mar Mediterráneo; sus laderas y haldas no son muy ásperas, y así están muy cultivadas y pobladas de gentes y casas. La ciudad está sentada parte en llano, y parte sobre dos collados, entre los cuales el río Darro, que al salir de la ciudad se mezcla y deja su agua y su nombre en Genil, río que corre por medio de la vega y la baña por el largo. Las murallas son muy fuertes, con mil y treinta torres a trechos, muy de ver por su muchedumbre y buena estofa. Antiguamente tenía siete puertas; al presente doce. No se puede sitiar por todas partes, por ser muy ancha y los lugares muy desiguales. Por la parte de la vega, que es lo llano de la ciudad y por do la subida es muy fácil, está fortificada con torres y baluartes. En aquella parte está la iglesia mayor, mezquita en tiempo de moros, de fábrica grosera, al presente de obra muy prima, edificada en el mismo sitio. Por su majestad y grandeza muy venerada de los pueblos comarcanos, señalada e ilustre, no tanto por sus riquezas, cuanto por el gran número y bondad de los ministros que tiene.



Cerca de este templo está la plaza de Bivarrambla y mercado, ancho doscientos pies, y tres tanto más largo: los edificios que las cercan tirados a cordel, las tiendas cosa muy hermosa de ver, la calle de Zacatín, la Alcaicería. De dos castillos que tiene la ciudad, el más principal está entre levante y mediodía, cercado de su propia muralla y puesto sobre los demás edificios; llámase el Alhambra, que quiere decir *roja*, del color que la tierra por allí tiene, y es tan grande, que parece una ciudad.....

El cerco entendían iría a la larga; así la Reina con sus hijos vino a los reales, porque el Rey don Fernando venía resuelto a poner el postrer esfuerzo y no desistir de la empresa hasta sujetar aquella ciudad.

Con este intento hacía de ordinario talar los campos, a fin que los de la ciudad no tuviesen cómo se proveer de vituallas; y en el lugar en que se asentaron los reales hizo edificar una villa fuerte, que hasta hoy se llama de Santa Fe. La presteza con que la obra se hizo fué grande, y todo se acabó muy en breve. Dentro de las murallas tenían sus tiendas y alojamientos repartidos por su orden, sus cuarteles con sus calles y plazas a cierta distancia, con una traza admirable. En el mismo tiempo diversas bandas de gente que se enviaban a robar, muchas veces escaramuzaban con los moros que salían contra ellos de la ciudad. En una refriega pasaron tan adelante, que ganaron a los moros la artillería, prendieron a muchos, y forzaron a los demás a meterse en la ciudad. El denuedo de los cristianos fué tal, que se arriscaron a llegar a la muralla de más cerca que antes solían, y apoderarse de dos torres que servían a los contrarios de atalayas y de baluartes por tener en ellas gente de guarnición.

La alegría que por estos sucesos recibieron los del Rey se hubiera de destemplan por un accidente no pensado. Fué así, que a 10 de Julio, de noche, en la tienda del Rey se emprendió fuego, que puso a todos en gran turbación por el miedo que tenían de mayor mal. Los alojamientos por la mayor parte eran de enramadas, que por estar secas corrían peligro de quemarse, la Reina acaso se descuidó en dejar una candela sin apagar; así la tienda del Rey, como las que le caían cerca, comenzaron de tal manera a abrasarse, que no se podía remediar. El Rey sospechó no fuese algún engaño y ardid de los enemigos, que se querían aprovechar de aquella ocasión. En los ánimos sospechosos aun lo imposible parece fácil. Salió en público, desnudo, embrizada una rodela y su espada. Para prevenir que los

moros con tan buena ocasión no acometiesen los reales, el Marqués de Cádiz se adelantó con parte de la caballería, y estuvo toda la noche alerta, en un puesto por do los moros habían forzosamente de pasar. La turbación y ruido fué mayor que el peligro y que el daño; así, el día siguiente volvieron a las talas.

Los días adelante asimismo diversas compañías fueron a los montes a robar. No dejaban reposar a los enemigos, ni les quedaba cosa segura, si bien en todas partes se defendían valientemente, irritados con la desesperación, que es muy fuerte arma. La cuita de los moros por todo esto era grande, tanto, que cansados con tantos males, y visto que nunca alojaban, se inclinaron a tratar de partido. Bulcacin Mulch, gobernador y alcaide de la ciudad, salió a los reales a tratar de los conciertos y capitular. Señaló el Rey para platicar sobre ello a Gonzalo Fernández de Córdoba, que después fué gran capitán, y a Hernando de Zafra, su secretario.

Ventilado el negocio algunos días, finalmente fueron de acuerdo y pusieron por escrito estas capitulaciones, que se juraron por ambas partes a 25 de Noviembre. Dentro de setenta días los moros entreguen los dos castillos, las torres y puertas de la ciudad. Hagan homenaje al Rey don Fernando, y juren de estar a su obediencia y guardarle toda lealtad. A todos cristianos cautivos pongan en libertad sin algún rescate. Entre tanto que estas condiciones se cumplen, den en rehenes dentro de doce días quinientos hijos de los ciudadanos moros más principales. Quédense con sus heredades, armas y caballos; entreguen solamente la artillería. Tengan sus mezquitas y libertad de ejercitar las ceremonias de su ley. Sean gobernados conforme a sus leyes, y para esto se les señalarán de su misma nación personas con cuya asistencia y por cuyo consejo los gobernadores, puestos de parte del Rey, harán justicia a los moros. Los tributos de presente por espacio de tres años se quiten en gran parte, y para adelante no se impongan mayores de los que acostumbraban de pagar a sus reyes. Los que quisesen pasar a Africa pueden vender sus bienes, y sin fraude ni engaño se les hayan de dar para el pasaje naves en los puertos que ellos mismos nombraren. Concertaron otrosí que a Boabdil restituyesen su hijo y los demás rehenes que el tiempo pasado dió al Rey, pues entregada la ciudad y cumplido todo a lo del asiento, no era necesaria otra prenda ni seguridad. En cumplimiento los trajeron del castillo de Moclín, en que los tenían, para se los entregar. (*Historia de España*, lib. XXV, 16).

### 13. P. Pedro de Rivadeneira S. J.—Muerte de María Estuardo, reina de Escocia.

Habían hecho un cadalso de doce pies en cuadro, en la sala grande del castillo, cubierto de paños negros, y puesto en él una almohada de terciopelo negro, y un tajón en que la cabeza de la Reina se había de cortar. Habían encerrado a todos sus criados y criadas, y dejándole solamente a su mayordomo y un médico y dos damas que le acompañasen y sirviesen; los cuales, cuando vieron que se allegaba ya la hora, y asomaba el ejecutor de esta tiranía con sus ministros para llevar a la Reina, comenzaron a dar grandes alaridos y a deshacerse en lágrimas, como habían hecho toda la noche. Mirólos la Reina con ojos amorosos y llorosos, y dijoles: “Mucho me maravillo que vosotros, que habéis sido tantos años compañeros de mis trabajos y penas y de este miserable cautiverio, ahora lloréis y lamentéis mi libertad y la vuestra. Vosotros os iréis a vuestras casas, libres, y yo (como confío en mi Dios), libre ya de los males infinitos de este mundo, comenzaré a tener vida y descanso.”

Eran ya las ocho de la mañana, y los que la tenían en guarda le daban prisa, y le decían que se aparejase; y ella con semblante sosegado y constante respondió que ya estaba a punto, y que aun las dos horas que le quedaban de vida hasta las diez (que era el término señalado), de buena gana se las daría si aquello bastaba para satisfacerles y darles contento. A su mayordomo de nuevo encargó que dijese a su hijo lo que le había mandado, y le sirviese y llevase su bendición, la cual allí le echó, haciendo la señal de la cruz con la mano. No tuvo ánimo ninguno de sus criados de llevarla de la mano al cadalso, donde había de morir, porque todos estaban traspasados y caídos de dolor, y porque no querían ellos ser guías y ministros de su señora en una tragedia tan lastimera y dolorosa como era esta. Y porque se sintió flaca, por su poca salud y mal tratamiento pasado, y por haber velado toda la noche, Paulet le dió dos hombres que la ayudasen.

Estaba la Reina vestida de terciopelo negro: en la una mano llevaba un crucifijo, y en la otra un libro: del cuello pendiente una cruz y de la cinta un rosario. De esta manera salió a la sala, y subió en el tablado, con tan maravilloso esfuerzo y con tanta alegría, como si fuera a una gran fiesta y real convite. Subida en el tablado, volvió los ojos con gran gravedad y mesura,

y miró la gente que estaba presente, que serían como trescientas personas, que solas habían dejado entrar (sin otras muchas que quedaban fuera), y hablóles de esta manera :

“Creo que entre tantos que aquí estáis presentes y veis este espectáculo lastimoso de una reina de Francia y Escocia y heredera del reino de Inglaterra, habrá alguno que tenga compasión de mí y llore este triste suceso, y dé verdadera relación a los ausentes de lo que aquí pasa. Aquí me han traído, siendo Reina ungida y soberana señora, y no sujeta a las leyes de este reino, para darme la muerte, porque, siendo Reina, me fié de la fe y palabra de otra Reina que es mi tía. De dos delitos me acusan, que son: el haber tratado de la muerte de la Reina, y haber procurado mi libertad. Mas por el paso en que estoy, y por aquel Señor que es Rey de los reyes y supremo Juez de los vivos y de los muertos, que lo primero me levantan, y que ni ahora ni en algún tiempo jamás traté de la muerte de la Reina. Mi libertad he procurado, y no veo que el procurarla sea crimen, pues soy libre y Reina y soberana señora. Pero, pues Dios nuestro Señor quiere que con esta muerte yo pague los pecados de mi vida, que son muchos, y que muera porque soy católica, y que con mi ejemplo aprendan los hombres en qué paran los cetros y grandezas de este mundo, y entiendan bien cuán espantosa cosa es la herejía, yo acepto la muerte de muy buena voluntad, como enviada de la mano de tan buen Señor, y os pido y ruego a todos los que aquí estáis y sois católicos que roguéis por mí, y que me seáis testigos de esta verdad, y que muero en la comunión de la fe católica, apóstolica y romana. Y protesto en esta última hora que la causa principal de haber procurado mi libertad ha sido el deseo y celo de restituir y ensalzar nuestra santa y católica religión en esta desventurada isla; y si viviera muchos años, no dejara de procurarlo, aunque ellos no pudieran ser muchos, por la poca salud y mucha flaqueza que tengo, como podéis ver; y así contenta y alegre, porque habiendo de morir una muerte, muero por tan buena causa.”

Acabado este razonamiento, se puso en oración con sus dos damas, hablando en latín con Dios. Llegóse un deán hereje, que se llamaba Pedro Borungo, como quien la quería ayudar en su oración y disponerla para aquel paso: miróle con aspecto grave y turbado, y no quiso que se le acercase, diciendo que ella era católica, y que en la fe católica, protestaba querer morir. Quiso el perverso hereje porfiar y de nuevo tentar la constancia en la fe de la santa Reina; mas ella se enojó, y dió voces y dijo:

“Callad, deán, que me turbáis, y no os quiero oír ni tener parte con vos.” Y así mandaron los Condes al deán que callase, porque no diese pena a la Reina. Aunque uno de ellos, que fué el Conde de Kent, la tornó a tentar y a desasosegar, burlándose del crucifijo que llevaba la Reina en la mano; pero no le valió, porque ella le tenía metido en su corazón, y así dijo al Conde: “Justo es que el cristiano en todo tiempo, y más en el día de la muerte, traiga consigo el marco de su redención.” Mostró otra vez deseo y ansia de algún sacerdote católico, y de nuevo se lo negaron. Tornó a repetir que era inocente: perdonó a todos sus enemigos: rogó por los que injustamente la habían condenado a muerte y particularmente por la Reina de Inglaterra. Animó y consoló a sus damas, que estaban allí caídas y atravesadas de dolor, avisándolas que convirtiesen sus lágrimas en oraciones por su ánima; que fueron las postreras palabras que les dijo. Luego se presentó a la muerte, enclavados sus ojos en el cielo, como arrobada y suspensa, con una magnanimidad y constancia admirable.

¡Oh Reina fuerte! ¡Oh Reina constante! ¡Oh Reina alumbrada y esforzada con el espíritu del cielo, para despreciar y hollar las cosas perecederas de la tierra! ¿No os acordáis, Señora, de vuestra esclarecida sangre y soberana majestad? ¿No de aquel tiempo florido de vuestra mocedad, hermosura y gallardía? ¿No del trono, no de la corona real, no del cetro y señorío? ¿No de vuestra grandeza, mando e imperio? ¿No de los grandes señores y señoras que os servían, de las guardas y soldados que os acompañaban, de los pueblos y reinos que os obedecían y adoraban? Pues ¿cómo no os turba la memoria de todo eso que perdisteis, y no os aflige el trueque miserable y la suerte lastimosa que al presente tenéis, viéndoos y desamparada, en un tablado, rodeada de sayones, el verdugo al lado y el cuchillo a la garganta, y que siendo Reina ungida, morís por mano de otra Reina, vuestra tía, de quien por serlo os flasteis? Ninguna de estas cosas fué parte para que se turbase la santa Reina; porque tenía el corazón y los ojos puestos en el cielo, y sabía que esta vida es una comedia, y que todos los que viven en ella, aunque sean reyes, son representantes; y como amaba lo que es eterno, y deseaba lo que amaba, y moría por la fe católica, no se enflaqueció ni turbó; antes con ánimo invencible, ella misma comenzó con sus propias manos a bajar el collar de su ropa para aparejar el cuello al golpe.

Quísola ayudar el verdugo, y ella estuvo tan en sí, que le

dió de mano, diciendo que aquel no era su oficio. Una de sus damas le puso el velo delante de los ojos; y con esto puesta de rodillas, dijo ciertas oraciones, y suplicó con grande afecto y amorosos suspiros a Dios, nuestro Señor, que ya que, por sus pecados, no había merecido en su vida alcanzar de su divina Majestad el remedio y salud de aquel triste reino de Inglaterra, a lo menos aceptase en aquella hora su muerte y la sangre que por su fe y verdad derramaba, y le ofrecía por la conversión de tanta gente descaminada y perdida; invocando para esto a la serenísima Reina de los ángeles, nuestra Señora, y a todos los bienaventurados espíritus y santos del cielo, e importunándolos mucho que acompañasen y favoreciesen aquella su oración, y alcanzasen ellos del Señor lo que ella por sí no merecía. Hizo así mismo oración por toda la santa Iglesia, por el Papa, por el Rey su hijo y por el rey de Francia y Rey de España, y por la misma Reina de Inglaterra, pidiendo a Dios con corazón afectuoso y ardiente que la alumbrase y convirtiese a su santa religión. Con esto dijo tres veces aquellas palabras: *In manus tuas, Domine commendo spiritum meum*. Luego puso la cabeza sobre el madero, y el verdugo se la cortó con un hacha, unos dicen en dos, otros en tres golpes; y la tomó en la mano, diciendo en alta voz: *Dios guarde a nuestra Reina Isabel, y esto venga sobre los enemigos del Evangelio*. Y la alzó, y mostró a todos los circunstantes; y después por una ventana la mostró a los que estaban defuera.

Voló el espíritu de la santa Reina, puro, y limpio y lavado con su sangre, al cielo, dejando al cuerpo su compañero, tendido en el suelo y revuelto en la misma sangre; y con este espectáculo quedaron sus criados desmayados y llorosos, los circunstantes atónitos, los herejes alegres y los católicos desconsolados y afligidos; el Rey, su hijo, y el cristianísimo Rey de Francia, su cuñado, obligados a vengar esta injuria de su madre y hermana; y los demás reyes de la cristiandad a castigar la afrenta que el nombre y majestad real (que es reverenciado en todo el mundo) en la muerte de María, Reina de Escocia, ha recibido; la cual ha permitido Dios para que entendamos todos que hay otra vida, y en ella premio cierto y castigo; pues en ésta muere María, Reina, por mano de Isabel; y que no hay seguridad ni firmeza en las coronas, cetros y señoríos; pues una reina tan esclarecida de Escocia y Francia murió a manos del verdugo de Londres. Y para que todo el mundo quede asombrado, por una parte, de tan bárbara crueldad, y por otra,

esforzado con este ejemplo para morir por la fe católica, y acabe de entender cuán horrible monstruo es la herejía.

Cubrieron el cuerpo con un paño negro, y lleváronlo a un aposento, y al instante sonaron todas las campanas de la comarca, e hiciéronse luminarias; y lo mismo mandó la Reina de Inglaterra se hiciese en la ciudad de Londres, con grande fiesta y regocijo; y la misma Reina se paseó por la ciudad (a lo que dicen), sobre un caballo blanco, para mayor muestra de su contento y alegría. Este fué el fin de María Estuardo, Reina de Escocia y de Francia, y ésta es la historia y lastimosa tragedia, escrita breve y sencillamente.

#### 14. D. Antonio de Solís (1610-1688).—Batalla de Otumba.

Al vencer la cumbre, se descubrió un ejército poderoso, cuya frente llenaba todo el espacio del valle, pasando el fondo los términos de la vista: último esfuerzo del poder mejicano, que se componía de varias naciones, como lo denotaban la diversidad y separación de insignias y colores. Dejábase conocer en el centro de la multitud el capitán general del imperio en unas andas vistosamente adornadas; que sobre los hombros de los suyos le mantenían superior a todos, para que se temiese, al obedecer sus órdenes, la presencia de los ojos. Traía levantado sobre la cuja el estandarte real, que no se fiaba de otra mano, y solamente se podía sacar en las ocasiones de mayor empeño: su forma, una red de oro macizo, pendiente de una pica, y en el remate muchas plumas de varios tintes, que uno y otro contendría su misterio de superioridad sobre los otros jeroglíficos de las insignias menores.

Reconocida por todo el ejército la nueva dificultad a que debían preparar el ánimo y las fuerzas, volvió Hernán Cortés a examinar los semblantes de los suyos; con aquel brio natural que hablaba sin voz a los corazones, y hallándolos más cerca de la ira que de la turbación; “llegó el caso,” dijo, “de morir o vencer: la causa de nuestro Dios milita por nosotros.” Y no pudo proseguir, porque los mismos soldados le interrumpieron, clamando por la orden de acometer, con que solo se detuvo en prevenirlos de algunas advertencias que pedía la ocasión. Ape-llidando, como solía, unas veces a Santiago, y otras a San Pedro, avanzó prolongada la frente del escuadrón, para que fuese unido el cuerpo del ejército con las alas de la caballería, que iba señalada para defender los costados, y asegurar las espaldas. Dióse

tan a tiempo la primera carga de arcabuces y ballestas, que apenas tuvo lugar el enemigo para servirse de las armas arrojadas. Hicieron mayor daño las espadas y las picas, cuidando al mismo tiempo los caballos de romper y desbaratar las tropas que se inclinaban a pasar de la otra banda, para sitiarse por todas partes el ejército. Ganóse alguna tierra de este primer avance. Los españoles no daban golpe sin herida, ni herida que necesitase de segundo golpe. Los tlascaltecas se arrojaban al conflicto con sed rabiosa de sangre mejicana; y todos tan dueños de su cólera, que mataban con elección, buscando a los que parecían capitanes. Pero los indios peleaban con obstinación, acudiendo menos unidos que apretados, a llenar el puesto de los que morían, y el mismo estrago de los suyos era nueva dificultad para los españoles, porque se iba cebando la batalla con gente de refresco. Retirábase al parecer todo el ejército, cuando cerraban los caballos y salían a la vanguardia las bocas de fuego, y volvía con nuevo impulso a cobrar el terreno perdido, moviéndose a una parte y otra la muchedumbre con tanta velocidad, que parecía un mar proceloso de gente la campaña, y no lo desmentían los flujos y reflujos.

Peleaba Hernán Cortés a caballo, socorriendo con su tropa los mayores aprietos, y llevando con su lanza el terror y el estrago del enemigo; pero le traían sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operación; y discurriendo en los partidos que podría tomar para mejorarse, o salir al camino, le socorrió en esta congoja una observación de las que solía depositar en su cuidado, para servirse de ellas en la ocasión. Acordóse de haber oído referir a los mejicanos, que toda la suma de sus batallas consistía en el estandarte real, cuya pérdida o ganancia decidía de sus victorias, o las de sus enemigos; fiado en lo que se turbaba y descomponía el enemigo al acometer de los caballos, tomó resolución de hacer un esfuerzo extraordinario para ganar aquella insignia sobresaliente que ya conocía. Llamó a los capitanes Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado, Cristóbal de Olid y Alonso Dávila, para que le siguiesen y guardasen las espaldas con los demás que asistían a su persona, y haciéndoles una breve advertencia de lo que debían obrar para conseguir el intento, embistieron a poco más de media rienda por la parte que parecía más flaca, o menos distante del centro. Retiráronse los indios, temiendo, como solían, el choque de los caballos, y antes



que se cobrasen al segundo movimiento, se arrojaron a la multitud confusa y desordenada con tanto ardimiento y desembarazo, que rompiendo y atropellando escuadrones enteros, pudieron llegar, sin detenerse, al paraje en que asistía el estandarte del imperio con todos los nobles de su guardia; y entre tanto que los capitanes se desembarazaban de aquella numerosa comitiva, dió de los pies a su caballo Hernán Cortés, y cerró con el capitán general de los mejicanos, que al primer bote de su lanza cayó mal herido por la otra parte de las andas. Hallándole ya desamparado los suyos, y hallándose cerca un soldado particular, que se llamaba Juan de Salamanca, saltó de su caballo, y le acabó de quitar la poca vida que le quedaba, con el estandarte que puso luego en manos de Cortés.....

Apenas le vieron aquellos bárbaros en poder de los españoles, cuando abatieron las demás insignias, y arrojando las armas, se declaró por todas partes la fuga del ejército, corriendo despavoridos a guarecerse en los bosques y maizales. Cubiéronse de tropas amedrentadas los montes vecinos, y en breve rato quedó por los españoles la campaña. Siguióse la victoria con todo el rigor de la guerra, y se hizo sangriento destrozo en los fugitivos. Importaba deshacerlos, para que no se volviesen a juntar, y mandaba la irritación lo que aconsejaba la conveniencia. Hubo algunos heridos entre los de Cortés, de los cuales murieron en Tlascala dos o tres españoles; y el mismo Cortés salió con un golpe de piedra en la cabeza, tan violento, que abollando las armas, le rompió la primera túnica del cerebro, y fué mayor el daño de la contusión. Dejóse a los soldados el despojo, y fué considerable, porque los mejicanos venían prevenidos de galas y joyas para el triunfo. Dice la historia que murieron veinte mil en esta batalla; siempre se habla por mayor en semejantes casos, y quien se persuadiere que pasaba de doscientos mil hombres el ejército vencido, hallará menos disonancia en la proporción del primer número. (*Ibid.*, IV, cap. 20.)



## GÉNERO NOVELESCO

---

### 15. D. Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575).—Lázaro cuenta sus aventuras con un ciego.

Usaba poner cabe sí un jarrillo de vino cuando comíamos; yo muy de presto le asía y daba de besos callados, y tornábale a su lugar; mas duróme poco, que en los tragos conocía la falta; y por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que trajese a sí el hierro, como yo el vino con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha; la cual metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noches. Mas como fuese traidor tan astuto, pienso que me sintió: y dende en adelante mudó de propósito, y asentaba su jarro entre las piernas y tapábale con la mano, y así bebía seguro. Yo, como estaba hecho al vino, moría por él; y viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera taparlo; y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos; y al calor de ella, luego era derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobrete iba a beber no hallaba nada: espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser. No diréis, tío, que os lo bebo yo, decía, pues no le quitáis de la mano. Tantas vueltas y tientos dió al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como sino lo hubiera sentido; y luego otro día, teniendo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos, por mejor gustar el sabroso licor. Sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza alzando con dos manos aquel

dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, y ayudándose como digo, con todo su poder; de manera que al pobre Lázaro, que de nada de esto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente le pareció que el cielo con todo lo que en él hay le había caído encima. Fué tal el golpe, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos de él se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al mal ciego; y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose, decía: ¿Qué te parece Lázaro? lo que te enfermó te sana y da salud, y otros donaires que a mi gusto no lo eran. Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar de él; mas no lo hice tan presto, por hacerlo más a mi salvo y provecho.

Aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacía; que sin causa ni razón me hería, dándome coscorrones y repelándome. Y si alguno le decía por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo: ¿Pensáis que este mi mozo es algún inocente? pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña. Santiguándose los que lo oían, decían: ¡Mira, quién pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad! y reían mucho del artificio, y decíanle: castigadlo, castigadlo, que de Dios lo habréis; y él con aquello nunca otra cosa hacía: y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal y daño. Si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto; que aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía; mas tal era el sentido y grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea vuestra merced a cuánto se extendía el ingenio de este astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dió bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fué venir

a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: MÁS DA EL DURO QUE EL DESNUDO. Y vinimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamonos; donde no, al tercero día hacíamos San Juan. Acaeció que llegando a un lugar que llaman *Almorox*, al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dió un racimo de ellas en limosna; y como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano; para echarlo en el fardel, tornábase mosto, y lo que a él se llegaba; acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar, como por contentarme: que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar, y dijo: Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas, y que hayas de él tanta parte como yo. Partillo hemos de esta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva; yo haré lo mismo hasta que lo acabemos, y de esta suerte no habrá engaño. Hecho así el concierto comenzamos, mas luego al segundo lance el traidor mudó propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como ví que él quebraba la postura, no me contenté ir a la par con él, mas aún pasaba adelante, dos a dos y tres a tres, y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano, y meneando la cabeza, dijo: Lázaro, engañádome has: juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres. No comí, dije yo: mas ¿por qué sospecháis eso? Respondió el sagacísimo ciego: ¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? en que comía yo dos a dos y callabas. Réime entre mí, y aunque muchacho, noté la discreta consideración del ciego. Mas por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas así graciosas como de notar, que con este mi primer amigo me acaecieron. (*Lazarillo de Tormes*.)

16. D. Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616).—  
Allégase Sancho Panza a D. Quijote.—  
Aventura de los molinos de viento.

En este tiempo solicitó Don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió, que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero. Decíale

entre otras cosas Don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase en quitame allá esas pajas alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza (que así se llamaba el labrador) dejó su mujer y hijos, y asentó por escudero de su vecino. Dió luego Don Quijote orden en buscar dineros; y vendiendo una cosa y empeñando otra, y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad. Acomodóse asimismo de una rodela que pidió prestada a un su amigo, y pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester; sobre todo le encargó que llevase alforjas. El dijo que sí llevaría, y que ansimismo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba ducho a andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco Don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente; pero nunca le vino ninguno a la memoria: mas con todo esto determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase. Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado. Todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni Don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese: en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por seguros de que no los hallarían aunque los buscasen. Iba Sancho Panza sobre su jumento como un patriarca, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula, que su amo le había prometido. Acertó Don Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fué por el Campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol, no les fatigaban. Dijo en esto Sancho Panza a su amo: Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar por grande que sea. A lo cual le respondió Don Quijote: Has de saber, amigo Sancho Panza, que fué costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos, hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban, y yo tengo determinado de que por mí no falte tan agradecida usanza, antes

pienso aventajarme en ella, porque ellos algunas veces, y quizá las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de conde, o por lo menos de marqués de algún valle o provincia de poco más o menos; pero si tú vives y yo vivo, bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino, que tuviese otros a él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno de ellos. Y no lo tengas a mucho, que cosas y casos acontecen a los tales caballeros por modos tan nunca vistos y pensados, que con facilidad te podría dar aún más de lo que te prometo. Desesa manera, respondió Sancho Panza, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez, mi oislo, vendría a ser reina y mis hijos infantiles. ¿Pues quién lo duda? respondió Don Quijote. Yo lo dudo, replicó Sancho Panza, porque tengo para mí, que aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda. Encomiéndalo tú a Dios, Sancho, respondió Don Quijote, que él le dará lo que más le convenga, no apoques tu ánimo tanto que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado. No haré, señor mío, respondió Sancho, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

En esto descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en aquel campo; y así como Don Quijote los vió, dijo a su escudero: La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que acertáramos a desear; porque ves allí, amigo Sancho Panza, donde se descubren treinta o pocos más desaforados gigantes con quien pienso hacer batalla y quitarles a todos las vidas, con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer; que esta es buena guerra, y es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la haz de la tierra. ¿Qué gigantes? dijo Sancho Panza. Aquellos que allí ves respondió su amo, de los brazos largos, que los suelen tener algunos de casi dos leguas. Mire vuestra merced, respondió Sancho, que aquellos que allí se parecen, no son gigantes sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas, que volteadas del viento hacen andar la piedra del molino. Bien parece respondió Don Quijote, que no estás cursado en esto de las aventuras; ellos son gigantes, y si tienes miedo, quítate de ahí y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla. Y

diciendo esto, dió de espuelas a su caballo Rocinante, sin atender a las voces que su escudero Sancho le daba, advirtiéndole que sin duda alguna eran molinos de viento y no gigantes aquellos que iba a acometer. Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba de ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran, antes iba diciendo en voces altas: Non fuyades cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete. Levantóse en esto un poco de viento, y las grandes aspas comenzaron a moverse, lo cual visto por Don Quijote, dijo: Pues aunque mováis más brazos que los del gigante Briareo, me lo habéis de pagar. Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto de su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió a todo el galope de Rocinante, y embistió con el primer molino que estaba delante, y dándole una lanzada en el aspa, la volvió el viento con tanta furia, que hizo la lanza pedazos, llevándose tras sí al caballo y al caballero, que fué rodando muy maltrecho por el campo. Acudió Sancho Panza a socorrerle a todo el correr de su asno, y cuando llegó, halló que no se podía menear: tal fué el golpe que dió con él Rocinante. ¡Válame Dios! dijo Sancho: ¿no le dije yo a vuestra merced que mirase bien lo que hacía, que no eran sino molinos de viento, y no lo podía ignorar sino quien llevase otros tales en la cabeza? Calla, amigo Sancho, respondió Don Quijote, que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza: cuanto más que yo pienso, y es así verdad, que aquel sabio Frestón, que me robó el aposento y los libros, ha vuelto estos gigantes en molinos por quitarme la gloria de su vencimiento: tal es la enemistad que me tiene; más al cabo, al cabo han de poder poco sus malas artes contra la bondad de mi espada. Dios lo haga como puede, respondió Sancho Panza y ayudándole a levantar, tornó a subir sobre Rocinante, que medio despaldado estaba. Y hablando en la pasada aventura, siguieron el camino de Puerto Lápice, porque allí decía Don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras. (D. Quijote, part. I, cap. VII.)

### 17. El Duque, D. Quijote y Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula.

Quedaron tan contentos los Duques, que determinaron pasar con las burlas adelante viendo el acomodado sujeto que tenían para que se tuviesen por veras; y así habiendo dado la traza y

órdenes que sus criados y sus vasallos habían de guardar con Sancho en el gobierno de la ínsula prometida, dijo el Duque a Sancho que se adeliñase y compusiese para ir a ser gobernador, que ya sus insulanos le estaban esperando como el agua de mayo. Sancho se le humilló y le dijo: “después que bajé del cielo, y después que desde su alta cumbre miré la tierra, y la vi tan pequeña, se templó en parte en mí la gana que tenía tan grande de ser gobernador; porque ¿qué grandeza es mandar en un grano de mostaza, o que dignidad o imperio el gobernar a media docena de hombres tamaños como avellanas, que a mi parecer no había más en toda la tierra? Si vuestra señoría fuese servido de darme con tantica parte del cielo, aunque no fuese más de media legua, la tomaría de mejor gana que la mayor ínsula del mundo.”—“Mirad, amigo Sancho, respondió el Duque, yo no puedo dar parte del cielo a nadie, aunque no sea mayor que el de una uña, que a solo Dios están reservadas estas mercedes y gracias: lo que puedo dar, os doy, es una ínsula hecha y derecha, redonda y bien proporcionada, y sobremanera fértil y abundosa, donde si vos os sabéis dar maña, podéis con las riquezas de la tierra granjear las del cielo.”—“Ahora bien, respondió Sancho, venga esa ínsula, que yo pugaré por ser tal gobernador, que a pesar de bellacos me vaya al cielo; y esto no es por codicia que yo tenga de salir de mis casillas, ni de levantarme a mayores, sino por el deseo que tengo de probar a qué sabe el ser gobernador.”—“Si una vez lo probáis, Sancho, dijo el Duque, comeros heis las manos tras el gobierno, por ser dulcísima cosa el mandar y ser obedecido. A buen seguro que cuando vuestro dueño llegue a ser emperador, que lo será sin duda, según van encaminadas sus cosas, que no se lo arranquen como quiera, y que le duela y le pese en la mitad del alma el tiempo que hubiere dejado de serlo.”—“Señor, replicó Sancho, yo imagino que es bueno mandar, aunque sea a un hato de ganado.”—“Con vos me entierren, Sancho, que sabéis de todo, respondió el Duque; y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete, y quédese esto aquí; y advertid que mañana habéis de ir al gobierno de la ínsula, y esta tarde os acomodarán del traje conveniente que habéis de llevar, y de todas las cosas necesarias a vuestra partida.”—“Vístanme, dijo Sancho, como quisieren, que de cualquier manera que vaya vestido, seré Sancho Panza.”—“Así es verdad, dijo el Duque; pero los trajes se han de acomodar con el oficio o dignidad que se profesa, que no sería bien que un jurisperito se vistiese como



soldado, ni un soldado como sacerdote. Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la ínsula que os doy tanto son menester las armas como las letras, y las letras como las armas.”—“Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el A. B. C., pero bástame tener el *Christus* en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante.”—“Con tan buena memoria, dijo el Duque, no podrá Sancho errar en nada.”

En esto llegó D. Quijote, y sabiendo lo que pasaba y la celeridad con que Sancho se había de partir a su gobierno, con licencia del Duque le tomó por la mano y se fué con él a su estancia con intención de aconsejarle cómo se había de haber en su oficio. Entrados, pues, en su aposento cerró tras sí la puerta e hizo casi por fuerza que Sancho se sentase junto a él, y con reposada voz le dijo:

“Primeramente, oh hijo, has de temer a Dñs, porque en el temerle está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada.”

“Lo segundo, has de poner los ojos en quién eres, procurando conocerte a tí mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana, que quiso igualarse con el buey; que si esto haces, vendrá a ser feos pies de la rueda de tu locura la consideración de haber guardado puercos en tu tierra.”—“Así es la verdad, respondió Sancho, pero fué cuando muchacho; pero después, algo hombrecillo, gansos fueron los que guardé, que no puercos; pero esto paréceme a mí que no hace al caso, que no todos los que gobiernan vienen de casta de reyes.”—“Así es verdad, replicó D. Quijote, por lo cual los no de principios nobles deben acompañar la gravedad del cargo que ejercitan con una blanda suavidad, que guiada por la prudencia los libre de la murmuración maliciosa; de quien no hay estado que se escape. ....

“También, Sancho, no has de mezclar en tus pláticas la muchedumbre de refranes que sueles, que puesto que los refranes son sentencias breves, muchas veces los traes tan por los cabellos, que más parecen disparates que sentencias.”—“Eso Dios lo puede remediar, respondió Sancho, porque sé más refranes que un libro, y vienénseme tantos juntos a la boca cuando hablo, que riñen por salir unos con otros; pero la lengua va arrojando los primeros que encuentra, aunque no vengan a pelo; más yo tendré cuenta de aquí en adelante de decir los que vengan a

la gravedad de mi cargo, que en casa llena presto se guisa la cena, y quien destaja no baraja, y a buen salvo está el que repica, y el dar y el tener, seso ha menester.”—“Eso sí, Sancho dijo D. Quijote, encaja, ensarta, enhila refranes, que nadie te va a la mano: castígame mi madre y yo tropójelas. Estoyte diciendo que excuses refranes, y en un instante has echado aquí una le-  
tanía de ellos, que así cuadran con lo que vamos tratando como por los cerros de Úbeda. Mira, Sancho, no te digo yo que parece mal un refrán traído a propósito; pero cargar y ensartar refranes a trochemoche, hace la plática desmayada y baja.

“Sea moderado tu sueño, que el que no madruga con el sol, no goza del día, y advierte, oh Sancho, que la diligencia es madre de la buena ventura, y la pereza su contraria jamás llegó al término que pide un buen deseo.

“Este último consejo que ahora darte quiero, puesto que no sirva para adorno del cuerpo, quiero que le lleves muy a la memoria, que creo que no te será de menos provecho que los que hasta aquí te he dado, y es: que jamás te pongas a disputar de linajes, a lo menos comparándolos entre sí, pues por fuerza en los que se comparan, uno ha de ser el mejor, y del que abatieres serás aborrecido, y del que levantares en ninguna manera premiado.

“Por ahora esto se me ha ofrecido, Sancho, que aconsejarte: andará el tiempo, y según las ocasiones así serán mis documentos, como tú tengas cuidado de avisarme el estado en que te hallares.”—“Señor, respondió Sancho; bien veo que todo cuanto v. m. me ha dicho son cosas buenas, santas y provechosas; pero ¿de qué han de servir si de ninguna me acuerdo? Verdad sea que aquello de no dejarme crecer las uñas no se me pasará del magín; pero que esotros badulaques, enredos, y revoltillos, no se me acuerda ni acordará más de ellos que de las nubes de antaño, y así será menester que se me den por escrito, que puesto que no sé leer ni escribir, yo se los daré a mi confesor para que él me los encaje y yo recapacite cuando fuere menester.”—“¡Ah pecador de mí! dijo D. Quijote, y qué mal parece en los gobernadores el no saber leer ni escribir; porque has de saber, oh Sancho, que no saber un hombre leer, o ser zurdo, arguye una de dos cosas: o que fué hijo de padres demasiado humildes y bajos o él tan travieso y malo que no pudo entrar en él el buen uso ni la buena doctrina. Gran falta es la que llevas contigo, y así querría que aprendieses a firmar siquiera.” “Bien sé firmar mi nombre, respondió Sancho; que cuando fuí prioste

en mi lugar aprendí a hacer unas letras como de marca de fardo, que decían que decía mi nombre, cuanto más que fingiré que tengo tullida la mano derecha, y haré que firme otro por mí, que para todo hay remedio sino es para la muerte; y teniendo yo el mando y el palo haré lo que quisiere: cuanto más que el que tiene el padre alcalde... y siendo yo gobernador, que es más que ser alcalde, vendrán por lana y volverán trasquilados, que a quien Dios quiere bien, la casa le sabe y las necesidades del rico por sentencias pasan en el mundo, y siéndolo yo, siendo gobernador y juntamente liberal, como lo pienso ser, no habrá falta que se me parezca; no, sino haceos miel, y paparos han moscas: tanto vales cuanto tienes, decía una mi agüela, y del hombre arraigado no te verás vengado.”—“¡Oh maldito Sancho, dijo a esta sazón D. Quijote; sesenta mil te lleven a ti y a tus refranes: una hora ha que los estás ensartando y dándome con cada uno tragos de tormento. Yo te aseguro que estos refranes te han de llevar un día a la horca; por ellos te han de quitar el gobierno tus vasallos, o ha de haber entre ellos comunidades. Dime, ¿dónde los hallas, ignorante? o ¿cómo los aplicas, mentecato? que para decir yo uno y aplicarle bien, sudo y trabajo como si cavase.”—“Por Dios, señor nuestro amo, replicó Sancho, que v. m. se queja de bien pocas cosas. ¿A qué diablos se pudre de que yo me sirva de mi hacienda, que ninguna otra tengo, ni otro caudal alguno sino refranes y más refranes? y ahora se me ofrecen cuatro, que venían aquí pintiparados o como peras en tabaque; pero no los diré, porque al buen callar llaman Sancho.”—Ese Sancho no eres tu, dijo D. Quijote, porque no solo no eres buen callar, sino mal hablar y mal porfiar; y con todo eso querría saber qué cuatro refranes te ocurrían ahora a la memoria, que venían aquí a propósito, que yo ando recorriendo la mía, que la tengo buena, y ninguno se me ofrece.”—“Qué mejores: dijo Sancho; que entre dos muelas cordales nunca pongas tus pulgares; y a idos de mi casa y qué queréis con mi mujer, no hay responder; y si da el cántaro en la piedra, o la piedra en el cántaro, mal para el cántaro; todos los cuales vienen a pelo. Que nadie se tome con su gobernador ni con el que le manda, porque saldrá lastimado como el que pone el dedo entre dos muelas cordales, y aunque no sean cordales, como sean muelas no importa, y a lo que dijere el gobernador no hay que replicar, como al salíos de mi casa y qué queréis con mi mujer; pues lo de la piedra en el cántaro un ciego lo verá. Así que es menester que el que ve la mota en el ojo ajeno, vea la

viga en el suyo, porque no se diga por él: espantóse la muerta de la degollada, y v. m. sabe bien qué más sabe el necio en su casa que el cuerdo en la ajena.” “Eso no, Sancho, respondió D. Quijote; que el necio en su casa ni en la ajena sabe nada, a causa de que sobre el cimiento de la necedad no asienta ningún discreto edificio; y dejemos esto aquí Sancho, que si mal gobernares, tuya será la culpa, y mía la vergüenza; más consuélome que he hecho lo que debía en aconsejarte con las veras y con la discreción a mí posible: con esto salgo de mi obligación y de mi promesa: Dios te guíe, Sancho, y te gobierne en tu gobierno, y a mí me saque del escrúpulo que me queda, que has de dar con toda la ínsula patas arriba, cosa que pudiera yo excusar con descubrir al Duque quién eres, diciéndole que toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias.”—“Señor, replicó Sancho, si a v. m. le parece que no soy de pro para este gobierno, desde aquí lo sueito, que más quiero un solo negro de la uña de mi alma, que a todo mi cuerpo; y así me sustentaré Sancho a secas con pan y cebolla, como gobernador con perdices y capones; y más, que mientras se duerme, todos son iguales, los grandes y los menores, los pobres y los ricos. Y si v. m. mira en ello, verá que solo v. m. me ha puesto en esto de gobernar, que yo no sé más de gobierno de ínsula, que un buitre; y si se imagina que por ser gobernador me ha de llevar el diablo, más me quiero ir Sancho al cielo, que gobernador al infierno.”—“Por Dios, Sancho, dijo D. Quijote, que por estas solas últimas razones que has dicho juzgo que mereces ser gobernador de mil ínsulas; buen natural tienes, sin el cual no hay ciencia que valga; encomiéndate a Dios, y procura no errar en la primera intención; quiero decir, que siempre tengas intento y firme propósito de acertar en cuantos negocios te ocurrieren, porque siempre favorece el cielo los buenos deseos; y vámonos a comer, que creo que ya estos señores nos aguardan.” (*Ibid.*, part. II, cap. 42-43.)

## 18. Fernán Caballero (1797-1897).—La Noche de Navidad.

Era una nublada y fría noche de Diciembre, tranquila en su crudeza, silenciosa en su obscuridad. El firmamento parecía cerrar los ojos, y la naturaleza doblar la cerviz, vencidos por el rigor del frío. Una partida de soldados había llegado tarde a cierto pueblo en que solo debían descansar algunas horas, y

después proseguir su marcha hacia un puerto de mar en el cual debían embarcarse para América.

El oficial que la mandaba, al retirarse a su alojamiento, notó una animación extraña en un pueblo tan quieto, y más a esa hora. Aunque no distinguía bien los objetos, por la obscuridad completa en que estaban las calles, notó que se arremolinaba un grupo numeroso en la esquina de la plaza: el oficial se dirigió hacia allá sin ser notado. ¿Qué podría ser? ¿Qué se intentaba? Lo raro era que los conspiradores, caso que lo fuesen, eran, como notó el oficial al acercarse, sumamente pequeños, y hablaban sumamente recio.

—En *cá* de tía Belén hay zambomba—dijo uno en voz perentoria.

—Y en *cá* de tía Beatriz hay zambomba, pandereta y palillos—dijo una vocecita de tiple, clara como un pito.

—En *cá* de tía Belén hay tortas—repuso con energía la voz anterior.

—Y en *cá* de tía Beatriz buñuelos y mistela—contestó el tiple con brío.

—¡Pues vamos allá!—gritaron todos en coro—y el grupo voló como una bandada de gorriones.

—La tía Beatriz era una viuda sin hijos, de buena edad y mejores proporciones; muy buena, muy primorosa, muy caritativa y muy dada a las cosas devotas. Vivía sola con una *vieja* que le servía de *moza*; esta *vieja*, que tenía un genio de vinagre no aguado, se llamaba la tía Pavona, porque su marido había tenido por nombre el tío Pavón; como la lengua española marca clara y perentoriamente los géneros femeninos y masculinos con la *a* y la *o*, habíanla colocado una *a* al fin del apellido para significar con este distintivo que la persona así nombrada pertenecía al bello sexo, terriblemente degenerado en esta ocasión, porque la tía Pavona, que era chica, delgada, apergamizada, bisoja y negra como un cisco, podía darle un susto al miedo.

La bandada de gorriones había llegado a casa de la tía Beatriz, que estaba llena de bote en bote.

—Ea, largos, que no se cabe; fuera la polilla.—Este fué el cumplido con que fueron recibidos por la amable tía Pavona, que a la sazón se hallaba en el zaguán, añadiendo aceite al farol, al que soñoliento se le iban cerrando los ojos. Los recién llegados no hicieron caso ninguno, ni se dejaron intimidar.

—Cuela tú, Juanillo—dijo al oído del mayorcito la voz del

tiple que bajó al suave susurro de un céfiro, mientras se empinaba mirando con curiosos y alegres ojos hacia lo interior de la sala, de donde salía un balsámico olor de hierbas aromáticas, un brillante resplandor de luces y un alegre son de zambomba, pandereta y cantos.—Juanillo se escurrió de entre las manos de la tía Pavona, que le quería retener, se deslizó por entre las piernas de los hombres como una anguila, y los demás le siguieron fácilmente, como si hubiesen estado untados de jabón.

—¡Malhaya vuestro pelo, sabandijas del demonio, gurrapatos del mismísimo Lucifer!—gruñía la tía Pavona:—¡por el ojo de una aguja son capaces de colar! Donde pueden estorbar, ahí están ellos, es decir, en todas partes. ¡Qué plaga de GITO! ¡Qué no se quedasen para descanso del mundo en las mientes del Señor!

—¡Válgate Dios, tía Pavona—dijo la viuda que acertó a pasar por allí;—déjelos V.! ¿No sabe V. que hoy es la fiesta de ellos, hoy es la santa Nochebuena?

—Su fiesta es la de todos los días del año—contestó la tía Pavona;—¿en dónde, por ventura, no meten esos gusarapos sus pestiños? Dios los bendiga! ¡Comejen! ¡Langosta; ¡Jesús, y qué bien vendría otro Herodes!

—Tía Pavona, que entren todos; que el Niño Dios los quiere alrededor de sí.

Cuando entraron los niños en la sala, tan embalsamada, tan iluminada, y vieron el hermoso Nacimiento colocado en ella, una inmensa alegría inundó sus corazones. Pero, ¿quién es el que ha visto un Nacimiento y no lo ha sentido? ¿Quién no se ha hallado como en su casa, en su propiedad, en quella naturaleza fantástica de corcho y de papel engomado, con sus obscuras cuevas, en que ora ante un Crucifijo un santo ermitaño, gracioso y sencillo anacronismo, como lo son el cazador que en una selva de matitas de romero dispara un tiro a una perdiz posada en la torre de una ermita como una cigüeña, y aquel contrabandista con su manta y su sombrero gacho, que con una carga de tabaco se esconde tras de una roca de papel, para dejar libre paso a los tres Reyes, que por las altas cumbres de esos Alpes de corcho caminan en toda su gloria?..... ¿Quién no siente un placer inexplicable al ver pasar aquel borriquillo cargado de leña por un soberbio puente de cantería de papel?..... ¿Y aquel pradito de bayeta verde desmenuzada en que pacen tan tranquilos y tan blancos aquellos corderitos? ¿No os da frío aquella escarcha tan bien imitada con arenilla de acero? ¿No

os da gana de calentaros en aquella hoguera tan coloradita que encienden los pastores para calentar al Niño? ¿Quién no se afana por descubrir debajo de los cristales que figuran tan bien un río helado, los peces, las tortugas, los cangrejos que están con toda comodidad sobre el cauce de dorada arena, trastornando en sus tamaños respectivos los que les atribuyen los naturalistas? Vese aquí un cangrejo, por cuyas tenazas puede pasar una anguila su vecina, como por el ojo de puente; aquí un ratón colosal mira con aire de Matamoros a un diminuto y pacífico gatito; más allá un borrico disputa con una liebre sobre el grandor de sus orejas, que son del mismo tamaño; un toro se ve en igual contienda en punto a cuernos con un caracol, y un fornido pato no quiere ceder la primacía a un cisne raquíptico. Y estos pájaros de todos colores, que alegran los intrincados bosques de ramas de lentisco, que forman el fondo de este cuadro encantador, ¿no os parecen acaso acudir de las cuatro partes del mundo? ¿No os alegra ver bailar a los pastores? Y sobre todo, ¿no adoráis enternecidos el divino misterio contenido en aquel portalito, con su techo de paja, y en el fondo su aureola o gloria de luz? Nosotros lo decimos francamente, en aquella santa alegre noche todo nos parece vivir y sentir; aquellas figuritas de barro, hechas por torpes manos, puestas allí con tanta buena fe y tanta devoción, nos parecen animarse y recibir alma de la alegría y entusiasmo que reinan. La estrella que guía a los Magos, ese oropel y cristal, se nos figura flamígera, y arrojar resplandores. La aureola que circunda el pesebre en que yace el Dios hecho hombre, nos parece brillar, no por las luces que transparenta, sino con un brillo del cielo, con los rayos del sol; las zambombas, panderetas y cantos nos son tan simpáticos y tan gratos, como si fuesen los ecos de los que en aquella dichosa noche hicieron resonar los pastores.

¿Puede acaso darse una fiesta más alegre, más sencilla, más tierna y al mismo tiempo más elevada? El nacimiento de un niño en un portal abandonado y celebrado por pastores; la inocencia, la pobreza, la sencillez, primeras bases del magnífico edificio del Cristianismo. Así, ¿cuánto no celebran los niños y los pobres esta fiesta! Traen a Dios lo que más le complace: la inocencia, la fe y el amor. ¡Oh noche, bien denominada *buena*, más alegre que el Carnával, y santa como la semana que lleva este nombre!

El cómo entiende y siente el pueblo esta fiesta, hasta que punto está instruido en ella, y cómo la explica, lo probarán

algunos de los cantos de Nochebuena, que aquí transcribiremos, escogiendo al acaso entre los muchos que hemos recogido. La sencillez en el modo de expresarse da a estas composiciones un sello de puro candor y de inimitable *genuinidad*; tienen una buena fe que conmueve, y aun literariamente un gran valor, que no está al alcance de todos. Día llegará, no nos cansemos de repetirlo, en que en España, como en los demás países de alta cultura, se aprecien estas composiciones populares, como se buscan las fuentes de todo río.

Cuando los niños entraron, cantaba una muchacha:

Cuando el Eterno se quiso hacer niño,  
le dijo a un ángel con mucho cariño:  
—“Anda, Gabriel, vete a Galilea,  
allí verás una pequeña aldea;  
en Nazaret su gracioso apellido;  
junto a una casa hay un ramo florido;  
en esa casa que de David viene,  
hay una niña que quince años tiene;  
está casada con un carpintero,  
y, aun cuando es muy pobre, así yo la quiero.  
Dile que quiero en ella hospedarme,  
y en su seno puro tomar cuerpo y sangre.”  
Fué el santo Ángel bebiendo los vientos  
hasta llegar al humilde aposento,  
y cuando vió a la hermosa María,  
le ha dado el encargo con que Dios le envía.  
—“Dios te salve!,” dice con gran alegría;  
“Dios te salve, reina y dichosa María,  
el Señor es contigo y bendita tú eres,  
única escogida entre las mujeres,  
y bendito el fruto que has de dar a luz,  
el rey de los cielos y tierra, Jesús.”

Acabado este canto, cantado en su tonada propia, se cantaron los villancicos y las canciones, en que una voz cantaba una de tantas infinitas coplas, o sabidas de memoria o improvisadas, y todas las voces se unían en el estribillo, al mismo tiempo que una pareja de niños bailaba ante el nacimiento. Cada vez que concluía una copla, los dos niños que habían bailado, se acercaban con sus mejillas encendidas y sus brillantes ojos al retablo; y abriendo sus bracitos, se arrodillaban y exclamaban ¡POR TI!.....

### 19. Navarro Villoslada (1818-1895).—La invasión árabe.

Entonces Eudón se levantó de improviso, y con severo y terrible acento, le dijo:



—Yo no soy traïdor, rebelde ni desleal. No ha tenido Rodrigo servidor más fiel, ni hombre más agradecido que yo.

—Pues entonces... ¿cómo reinando Rodrigo en Toledo, tratáis de coronaros en Pamplona?

Con mano de hierro asióle el Duque convulsivamente el brazo, y con voz sorda, pero profunda y aterradora, exclamó:

—¡Munio, el Rey Rodrigo ha muerto!

—¡Gran Dios! contestó el vicario, queriendo retroceder ante la terrible mirada de Eudón. ¿Quién le ha sucedido en el trono?

¿Quién reina en Toledo?

—Munio, prosiguió el duque en el mismo tono: ¡Rodrigo no tiene sucesor; el trono de Toledo se ha hundido; el reino de los godos también ha muerto!

El vicario cayó desplomado sobre un taburete, cubriéndose el rostro con entrambas manos.

Eudón que había extendido los brazos como un magnetizador sobre la cabeza del godo, tornóse súbitamente de espaldas, queriendo ocultarle su propia conmoción, su propio espanto.

—¿Qué es esto, señor, qué es esto? dijo el vicario despa-  
vorido.

Tornóse el duque, y adelantándose hacia él a guisa de fantasma, le contestó con voz apenas perceptible, por lo rápida y hueca:

—Es un huracán del Africa que barre ejércitos como polvo; guadaña de la muerte que hoy viene segando imperios, como ayer segaba cabezas; remolino del mar, que se traga naciones como naves. Un puñado de sarracenos ha concluído en un día con la España cristiana. Doce mil musulmanes contra cien mil godos. ¡Yo los vi, yo los vi! De Toledo acudí a Córdoba, de Córdoba, a Sidonia, y solo pude alcanzar el extor de un pueblo en la agonía. ¡Yo los vi! Revueltos en el torbellino, gentes cuyo idioma y religión no tienen entre sí la menor semejanza, berberiscos y godos, árabes y romanos, los de Oriente y Occidente, los del Norte y el Sur, día y noche han peleado sin errar el golpe, ni en el furor de la batalla, ni en el horror de las tinieblas. ¡Árabes y moros! ¡Ah! Su rostro atezado espanta, sus ojos despiden centellas, su sonrisa diabólica fascina, respiran fuego, arma ofensiva parece su gesto: con brazo nervudo esgrimen corvo alfange y antes se cansa el acero de herir, que el brazo de matar. De cuño semejante sus corceles: tales caballos para tales hombres; secos, duros, ferocísimos como ellos. Ligeros como el viento, relinchan alegres al eco del clarín y se

lanzan al combate, dejando atrás al viento en su carrera. Tigres sedientos de sangre, parecen animados del espíritu del jinete, y se embriagan con el triunfo, y no desmayan con la derrota. No penséis, Munio, que esas hordas salen allá de páramos helados buscando dulce clima, fértiles campos, verjeles y palacios: no vienen, como los godos, a trocar pieles por túnicas de lino, pedregales por jardines, ni carros y tiendas de campaña por termas, alcázares y coliseos. Su semblante aterra, pero su atavío encanta. Brilla el oro en su pecho, y de lana y seda son sus vestiduras. Cuando al viento de la lid ondea su manto, parecen espíritus alados que baten en bandadas su plumaje de mil colores. Esos hombres no buscan los perfumes, porque vienen de la Arabia, saturada de fragancia; ni perlas y oro, porque emigran del Oriente, cuajado de esmeraldas y diamantes. No pelean por territorios, porque nacieron ayer, y hoy son dueños del Africa y del Asia. Combaten por combatir; pelean por matar: su vida es la guerra; su galardón, la muerte en la batalla. Atila fué el azote de Dios contra los Romanos; ellos son el azote de Dios contra los hijos de Atila. No hay remedio, Munio. Cuando pasa rodando el terremoto, las más soberbias fábricas se derrumban; cuando suena el fragor del incendio los tesoros mismos de la ciencia sirven de pábulo a las llamas; cuando llega la inundación, entre lodo ruedan ídolos y altares. El mundo no se puede pasar sin bárbaros: cuando los godos del Septentrión se civilizan, tienen que venir del Sur los musulmanes.

Calló Eudón y se sentó anhelante y fatigado. (*Amaya*, II, 267.)

## 20. D. José M. de Pereda (1833-1906).—La galerna.

La brisa, entre tanto, iba encalmándose mucho; por el horizonte del Norte se extendía un celaje terso y plumizo, que entre el Este y el Sur se descomponía en grandes fajas irregulares de azul intenso estampadas en un fondo anaranjado brillantísimo; sobre los Urrieles, o Picos de Europa, se amontonaban enormes cordilleras de nubarrones; y el sol en lo más alto de su carrera, cuando no hallaba su luz estorbos en el espacio, calentaba con ella bastante más de lo regular. Los celadores de las lanchas más internadas en la mar, tenían hecha la señal de "*precaución*," con el remo alzado en la bagra; pero en ninguno de ellos ondeaba la bandera que indica "*recoger*."

Reñales estaba tan atento a aquellos celajes y estos signos,

como a las tajadas que con los dedos de su diestra se llevaba a la boca de vez en cuando; pero sus compañeros, aunque tampoco los perdían de vista, no parecían darles tanta importancia como él.

Andrés le preguntó qué opinaba de todo ello.

—Que me gusta muy poco cuando estoy lejos del puerto...

De pronto, señalando hacia Cabo Mayor; dijo poniéndose de pie:

Mirad, muchachos, lo que nos cuenta Falagán.

Entonces Andrés, fijándose mucho en lo que le indicaban los pescadores, que estaban más cerca de él, vió tres humaredas que se alzaban sobre el cabo. Era la señal de que el sur arreciaba mucho en bahía. Dos humaredas solas hubieran significado que la mar rompía en la costa. Malo es el sur desencadenado para tomarla las lanchas a la vela; pero es más temible que por eso, por lo que suele traer de improviso; el galernazo, o sea la virazón repentina al noroeste.

De estos riesgos trataba de huir Reñales tomando cuanto antes la vuelta al puerto. Mirando hacia él, vió que las barquías estaban embocándole ya y que las lanchas besugueras trataban de hacer lo mismo. Sin pérdida de un instante, mandó izar las velas; y como el viento era escaso, se armaron también los remos. Todas las lanchas de altura imitaron su ejemplo.

Andrés no era aprensivo en trances como aquél; y por no serlo, se admiraba no poco al observar que según iba acercándose a la costa se complacía tanto en ello como horas antes en alejarse... Pasó así más de una hora, sin que en la lancha se oyeran otros rumores que el crujir de los esteros, las acompasadas caídas de los remos en el agua, y el ardiente respirar de los hombres que ayudaban con su fatiga a las lonas a medio henchir. A ratos era el aire algo más fresco y entonces descansaban los remeros. En los celajes no se notaba alteración de importancia. Por la popa y la proa se veían las lanchas que llevaban el mismo derrotero que la de Reñales.

Todo iba, pues lo mejor de lo posible, y así continuó durante otra media hora, y llegó Andrés a reconocer bien distintamente, sin el auxilio de ojos extraños, los Urros de Liencres, y luego los acantilados de la Virgen del Mar.

De pronto percibieron sus oídos un pavoroso rumor lejano, como si trenes gigantescos de batalla rodaran sobre los suelos abovedados; sintió en su cara la impresión de una ráfaga húmeda y fría, y observó que el sol se obscurecía y que sobre el

mar avanzaban por el Noreste, grandes manchas rizadas, de un verde casi negro. Al mismo tiempo gritaba Reñales:

—¡Abajo esas mayores!... ¡El tallaviento solo!

Y Andrés, helado de espanto, vió aquellos hombres tan valerosos abandonar los remos y lanzarse descoloridos y acelerados, a cumplir los mandatos del patrón. Un solo instante de retardo en la maniobra, hubiera ocasionado el temido desastre; porque apenas quedó izado el tallaviento, una racha furiosa, cargada de lluvia, se estrelló contra la vela, y con su empuje envolvió la lancha entre rugientes torbellinos.

Una bruma densísima cubrió los horizontes, y la línea de la costa, mejor que verse, se adivinaba por el fragor de las mares que la batían, y el hervor de la espuma que la asaltaba por todas sus asperezas.

Cuanto podía abarcar entonces la vista en derredor, era un espantoso resalséro de olas que se perseguían en desatentada carrera, y se azotaban con sus blancas crines sacudidas por el viento. Correr delante de aquella furia desatada, sin dejarse asaltar de ella, era el único medio, ya que no de salvarse, de intentarlo siquiera. Pero el intento no era fácil, porque solamente la vela podía dar el empuje necesario, y la lancha no resistiría sin zozobrar ni la escasa lona que llevaba en el centro.

Andrés lo sabía muy bien; y al observar como crujía el palo en su carlinga, y se ceñía como una vara de mimbre, y crepitaba la vela, y zambullía la lancha su cabeza, y tumbaba después sobre un costado, y la mar la embestía por todas partes, no preguntó siquiera por qué el patrón mandó arriar el tallaviento y armar la unción en el castillete de proa. Más que lo que la maniobra significaba en aquel momento angustioso, heló la sangre en el corazón de Andrés el nombre terrible de aquel angosto lienzo desplegado a la mitad de un palo muy corto. *¡La unción!* Es decir entre la vida y la muerte.

Por fortuna, la lancha la resistió mejor que el tallaviento; y con su ayuda, volaba entre el bullir de las olas. Pero éstas engrosaban a medida que el huracán las revolvía; y el peligro de que rompieran sobre la débil embarcación, crecía por instantes. Para evitarle se agotaban todos los medios humanos. Se arrojaron por la popa los hígados del pescado que iba a bordo, y se extendió por el mismo lado el tallaviento flotante. Se conseguía algo, pero muy poco, con estos recursos... ¡Huir, huir por delante!... Esto sólo, o resignarse a perecer.

Y la lancha seguía encaramándose en las crestas espumosas,

y cayendo en los abismos, y volviendo a erguirse animosa para caer en seguida en otra sima más profunda, y ganando siempre terreno, y procurando, al huir, no presentar a las mares el costado.

De tiempo en tiempo, los pescadores clamaban fervorosos:

—¡Virgen del Mar, adelante!... ¡Adelante, Virgen del Mar!

A Andrés le parecían siglos los minutos que llevaba corridos en aquel trance espantoso, tan nuevo para él; y comenzaba a aturdirse y a desorientarse entre el estruendo que le ensordecía; la blancura y movilidad de las aguas, que le deslumbraban, la furia del viento que azotaba su rostro con manojos de espesa lluvia; los saltos vertiginosos de la lancha, y la visión de su sepultura entre los pliegues de aquel abismo sin límites. Sus ropas estaban empapadas en el agua de la lluvia y la muy amarga que descendía sobre él después de haber sido lanzada al espacio, como densa humareda, por el choque de las olas; flotaban al aire sus cabellos goteando, y comenzaba a tiritar de frío. Ni intentaba siquiera desplegar sus labios con una sola pregunta. ¿Para qué esta inútil tentativa? ¿No lo llenaban todo, no respondían a todo cuanto pudiera preguntar allí la mísera voz humana, los bramidos de la galerna?

Así pasó largo rato mirando maquinalmente cómo sus compañeros de martirio, con el ansia de la desesperación unas veces, y otras con la serenidad de los corazones impávidos, desalojaban, con cuantos útiles servían para ello, el agua que embarcaba en la lancha algún maretazo que la alcanzaba por la popa, o movían el aparejo, a una señal del patrón en un instante de respiro.

El exceso mismo del horror, suspendiendo al ánimo de Andrés, fué disponiendo su discurso a la actividad regularizada y a la coordinación de las ideas, aunque en una órbita algo extraña a las condiciones de un espíritu construido como el suyo. Por ejemplo: no discurrió sobre las probabilidades que tenía de salvarse. Para él era ya cosa indiscutible y resuelta el morir allí. Pero le preocupó mucho la clase de muerte que le esperaba; y analizó el fatal suceso momento por momento y detalle por detalle. Del minucioso análisis dedujo que su propio cuerpo arrojado de pronto en aquel infierno rugiente, en la escala de una proporción rigurosa representaba mucho menos que el átomo que cae en las fauces de un tigre con el aire que este aspira en un bostezo. Pero ¿cabía imaginar un desamparo, una soledad, un desconsuelo más espantosos en derredor de un hombre para

morir? En seguida pasaron por su memoria, en triste desfile, los mártires que él recordaba de la numerosa legión de héroes, a la cual pertenecían los desventurados que le rodeaban, destinados quizás a desaparecer también de un momento a otro en aquel horrible cementerio. Y los vió, uno por uno, luchar brevísimos instantes con las fuerzas de la desesperación, contra el inmenso poder de los elementos desencadenados; hundirse en los abismos, reaparecer con el espanto en los ojos y la muerte en el corazón, y volver a sumergirse para no salir ya sino como informe despojo de un gran desastre flotando entre los pliegues de las olas y arrastrados al capricho de la tempestad.

Y viéndolos a todos así, llegó a ver a Mules; y viendo a Mules, se acordó de su hija; y acordándose de su hija, por una lógica asociación de ideas llegó a pensar en todo lo que le había pasado y fué causa de que él se viera en el riesgo en que se veía, y entonces, a la luz que solo perciben los ojos humanos en las fronteras de la muerte, estimó en su verdadera importancia aquellos sucesos; y se avergonzó de sus ligerezas, de su insensatez, de sus ingratitudes, de su última locura, quizá, de la desesperación de sus padres; y volvió su mortal naturaleza a reclamar sus derechos; y amó la vida, y le espantaron de nuevo los peligros que corría en aquel instante; y temió que Dios hubiera dispuesto arrancársela de aquel modo, en castigo de su pecado.

Temblaba de horror; y cada crujido del fúnebre aparejo, cada estremecimiento de la lancha, cada maretazo que la alcanzaba, le parecía la señal del último desastre. Para colmo de angustias, vió de pronto, por su banda, flotar un remo entre las espumas alborotadas; y en seguida otros dos. También lo vieron los contristados pescadores. Y vieron más a los pocos momentos: vieron una masa negra dando tumbos entre las olas. Era una lancha perdida. ¿De quién? ¿Y sus hombres? Estas preguntas leía Andrés en las caras lívidas de sus compañeros. Notó qué, puestos de rodillas y elevando los ojos al cielo, hacían promesa de ir al día siguiente, descalzos y cargados con los remos y las velas, a oír una misa a la Virgen, si Dios obraba el milagro de salvarles la vida en aquel riesgo terrible. Andrés elevó al cielo la misma oferta desde el fondo de su corazón cristiano.

Por obra de esta nueva impresión, le asaltó otro pensamiento que impregnó de amargura su alma generosa. Si él salía vivo de allí, en su mano estaba no volver a exponerse a

tales riesgos; pero los infelices que le acompañaban, aunque con él se salvaran entonces, ¿no sentirían amargado el placer de salvarse con los recelos de perecer a la hora menos pensada en otra convulsión de la mar, tan repentina y horrorosa como aquella? ¡Desdichado oficio, que tales quiebras tenía! Y fué reparando, uno por uno, a todos los pescadores de la lancha. De todo había allí: desde el mozo imberbe hasta el viejo encañecido; y todos parecían más resignados que él; y, sin embargo, cada una de aquellas vidas era más necesaria en el mundo que la suya. Esta consideración hiriéndole la fibra del amor propio, infundió algún calor a sus ánimos abatidos.

Y la tempestad, seguía desenfrenada, y la lancha corriendo, loca y medio anegada ya, delante de ella. En uno de sus bandazos, estuvo su carel a medio palmo de un bulto que se mecía entre dos aguas, dejando flotantes sobre ellas espesos manojos de una cabellera cerdosa.

—¡Muergo!—gritó Reñales, queriendo, al mismo tiempo, apoderarse del cadáver con una de sus manos. Andrés sintió que el frío de la muerte le invadía otra vez el corazón, que la vida iba a faltarle; y sólo un acontecimiento como el ocurrido allí en el mismo instante, pudo rehacer sus fuerzas aniquiladas.

Y fué que Reñales, por coincidir su movimiento con un recio balance de la lancha, perdió el equilibrio y cayó sobre el costado derecho, dándose un golpe en la cabeza contra el carel. Sin gobierno la lancha, atravesóse a la mar, saltó hecho astillas el palo, y arrebató el viento la vela. Andrés entonces, comprendiendo la gravedad del nuevo peligro,

—¡A los remos!—gritó a los consternados pescadores, lanzándose él al de popa, abandonado por Reñales al caer, y poniendo la lancha en rumbo conveniente, con destreza y agilidad bien afortunadas para todos.

Pasaban entonces por delante de Cabo Menor, sobre cuyas espaldas de roca avanzaban las mares para despeñarse al otro lado en bramadora cascada. Desde allí, o mejor dicho, desde Cabo Mayor, a la boca del puerto, y siguiendo por el islote de Mouro hasta el cabo Quintres y el de Ajo, toda la costa era una sola cenefa de mugidoras espumas que hervían y trepaban, y se asían a los acantilados, y volvían a caer para intentar de nuevo el asalto, al empuje inconcebible de aquellas montañas líquidas que iban a estrellarse furiosas, sin punto de sosiego, contra las inmovibles barreras.

¡Adelante, Virgen del Mar!—repetían con voz firme los remeros al compás de su fatiga.

Andrés, empuñando su remo; clavados sus pies, más que asentados, en el panel de la lancha; luchando y viendo luchar a sus valerosos compañeros con esfuerzo sobrehumano, contra la muerte que los amenazaba por todas partes, comenzaba a sentir la sublimidad de tantos horrores juntos, y alababa a Dios delante de aquel pavoroso testimonio de su grandeza.

A todo esto, Reñales no movía pie ni mano; y Cole, que achicaba el agua sin cesar con otro compañero, a una señal de Andrés, que estaba en todo, suspendió su importantísimo trabajo y acudió a levantar al patrón, que había quedado aturdido con el golpe y sangraba copiosamente por la herida que se había causado en la cabeza. Atendiósele lo menos mal que se pudo en tan apurada situación; y con ello fué reanimándose poco a poco, hasta que intentó volver a su puesto cuando la lancha, cruzando como un rayo por delante del Sardinero, llegaba enfrente de la Caleta del Caballo. Pero en aquellos instantes, además de la serenidad y de la inteligencia, se necesitaba fuerza no común para gobernar; y a Reñales le faltaba esta última condición tan importante, al paso que Andrés, en el punto en que se hallaba de la costa, las reunía todas sobradamente.

—Pues ¡adelante!—le dijo el patrón acurrucándose en el panel, porque su cabeza dolorida no podía resistir los azotes de la tempestad,—¡y que se cumpla la voluntad de Dios!

¡Adelante! Adelante era acometer al puerto, es decir, jugar la vida en el último y más importante azar; porque el puerto estaba cerrado por una serie de murallas, de olas enormes, que, al llegar al angosto boquete y sentirse oprimidas allí, parte de cada una de ellas asaltaba y envolvía el escueto peñasco de Mouro, y el resto se lanzaba a la obscura gola, y la henchía, y alzaba sus espaldas colosales para caber mejor, y a su paso retemblaban los ingentes muros de granito. Pero ¿cómo huir del puerto? ¿Adónde tirar en busca de un refugio? ¿No era un milagro cada instante que pasaba sin que la lancha zozobrase en el horrible camino que traía?

Lo menos malo de aquella situación era que iba a resolverse muy pronto; y esta convicción se leía bien claramente en las caras de los tripulantes, fijas en la de Andrés e inmóviles, como si de repente se hubieran petrificado todas a la vez, por obra de un mismo pensamiento.

—Ya lo sabe usted, don Andrés—dijo Reñales a éste:—en-



filando por la proba el alto de Rubayo y el Codío de Solares, es la media barra justa.

—Cierto—respondió amargamente Andrés, sin apartar los ojos de la boca del puerto, ni sus manos del remo con que gobernaba;—pero cuando no se ven ni el Codío de Solares ni el alto de Rubayo, como ahora, ¿qué se hace Reñales?

—Ponerse en manos de Dios y entrar por donde se pueda,—respondió el patrón, después de una breve pausa, y devorando con los ojos el horrible atolladero que no distaba ya dos cables de la lancha.

Hasta entonces, todo lo que fuera correr delante del temporal, era acercarse a la salvación; pero desde aquel momento podía ser tan peligroso el avance rápido como la detención involuntaria; porque la lancha se hallaba entre el huracán que la impelía, y el boquete que debía asaltarse en ocasión en que las mares no rompieran en él.

Andrés, que no lo ignoraba, parecía una estatua de piedra con los ojos de fuego; los remeros, máquinas que se movían al mandato de una mirada suya; Reñales no se atrevía a respirar.

Sobre el monte de Hano había una multitud de personas que contemplaban con espanto, y resistiendo mal los embates del furioso vendaval, la terrible situación de la lancha. Andrés, por fortuna suya y de cuantos iban con él, no miró entonces hacia arriba. Le robaba toda la atención el examen del horroroso campo en que iba a librarse la batalla decisiva.

De pronto gritó a sus remeros:

—¡Ahora!... ¡Bogar!... ¡Más!...

Y los remeros, sacando milagrosas fuerzas de sus largas fatigas, se alzaron rígidos en el aire, estribando en los bancos con los pies y colgados del remo con las manos.

Una ola colosal se lanzaba entonces al boquete, hinchada, reluciente, mugidora, y en lo más alto de su lomo cabalgaba la lancha a toda fuerza de remo.

El lomo llegaba de costa a costa; mejor que lomo, anillo de reptil gigantesco, que se desenvolvía de la cola a la cabeza. El anillo aquél siguió avanzando por el boquete adentro hacia las Quebrantas, en cuyos arenales había de estrellarse rebramando; pasó bajo la quilla de la lancha, y ésta comenzó a deslizarse de popa como por la cortina de una cascada, hasta el fondo de la sima que la ola fugitiva había dejado detrás. Allí se corría el riesgo de que la lancha *se durmiera*; pero Andrés pensaba en todo, y pidió otro esfuerzo heroico a sus remeros. Hiciéronle; y re-

mando para vencer el reflujo de la mar pasada, otra mayor que entraba, sin romper en el boquete, fué alzándola de popa y encaramándola en su lomo, y empujándola hacia el puerto. La altura era espantosa, y Andrés sentía el vértigo de los precipicios: pero no se arredraba, ni su cuerpo perdía los aplomos en aquella posición inverosímil.

—¡Más!... ¡más!—gritaba a los extenuados remeros, porque había llegado el momento decisivo.

Y los remos crujían, y los hombres jadeaban, y la lancha seguía encaramándose, pero ganando terreno. Cuando la popa tocaba la cima de la montaña rugiente, y la débil embarcación iba a recibir de ella el último impulso favorable, Andrés, orzando brioso, gritó conmovido, poniendo en sus palabras cuanto fuego quedaba en su corazón:

—¡Jesús, y adentro!...

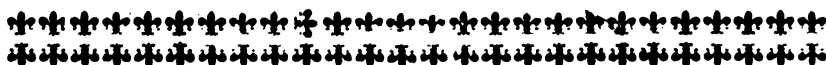
Y la ola pasó también, sin reventar, hacia las Quebrantas, y la lancha comenzó a deslizarse por la pendiente de un nuevo abismo. Pero aquel abismo era la salvación de todos, porque habían doblado la punta de la Cerda y estaban en puerto seguro.

En el mismo instante, cuando Andrés, conmovido y anheloso, se echaba atrás los cabellos y se enjugaba el agua que corría por su rostro, una voz, con un acento que no se puede describir, gritó desde lo alto de la Cerda:

—¡Hijo!... ¡Hijo!

Andrés, estremeciéndose, alzó la cabeza; y delante de una muchedumbre estupefacta, vió a su padre con los brazos abiertos, el sombrero en la mano, y la espesa y blanca cabellera revuelta por el aire de la tempestad.

Aquella emoción suprema acabó con las fuerzas de su espíritu; y el escarmentado mozo, plegando su cuerpo sobre el tablادillo de la chopa, y escondiendo su cara entre las manos trémulas, rompió a llorar como un niño, mientras la lancha se columpiaba en las ampollas colosales de la resaca, y los fatigados remeros daban el necesario respiro a sus pechos jadeantes. (*Sotileza*, xxviii.)



## GÉNERO ORATORIO

---

### ORATORIA SAGRADA

---

**21. P. José Fernández Cuevas, S. J. (1816-1864).—Oración fúnebre a la buena memoria de D. Fernando de Norzagaray.**

*"Vanitas vanitatum et omnia vanitas.  
ECLESIASTES. CAP. 1o. V. 2o.*

**EXCMO. SEÑOR.**

Todo cuanto existe en la tierra, ha nacido para morir; cuanto vive y respira en este valle de lágrimas, está sujeto a la imperiosa ley de la muerte y de la destrucción. Ni pueden evitar los estragos de esta ruina universal los monumentos del saber y de la grandeza humana; antes bien los reinos e imperios se desploman bajo el peso de su propia gloria y desaparecen de la faz de la tierra las gentes y naciones más afamadas, y las columnas y estatuas de bronce y los templos y alcázares de mármol, y hasta los mismos montes de granito se desmoronan y resuelven en polvo bajo la huella asoladora de los siglos. Sólo la mente humana posee el privilegio de permanecer inmóvil e incontrastable en medio de las ruinas y de los escombros y de todos los elementos de destrucción que la rodean, porque no conoce término en la duración de su existencia, ni cabe en el curso de sus días y de sus años otra medida que la interminable eternidad. Destinada a sobrevivir a la última hora de los tiempos, presenciara la agonía del universo y verá desvanecerse todas las glorias y grandezas de la tierra; y levantándose en alas de su pensamiento en medio de aquel espectáculo de general ruina y desolación, podrá exclamar: yo soy inmortal. Sí, Señores, el alma es inmortal y de esta misma inmortalidad ha de participar la carne flaca y deleznable, cuando levantándose del polvo del sepulcro, se iluminen sus ojos con luz más viva y refulgente, discurra nuevo fuego por sus venas y repita su olvidado latir el corazón.

He aquí las esperanzas del cristiano; he aquí los consuelos de la religión; esperanzas y consuelos que en este instante se avivan más y más en nuestros pechos ante el triste espectáculo de este cenotafío, y los lutos que cubren las paredes de este templo, y los cánticos de dolor que repiten las bóvedas sagradas, cual si hicieran eco a las tiernas plegarias que la amistad y el amor consagran a la buena y grata memoria del Excmo. Sr. D. Fernando de Norzagaray, Gobernador y Capitán General que ha sido de estas islas.

El corazón humano misterioso en sus mismas penas y dolores, se complace en ahondar la llaga que le angustia y martiriza; poniéndose ante los ojos el objeto que motiva su llanto, y ponderando las prendas y relevantes cualidades que más justifican su amargura; porque el dolerse y penar siempre ha sido y será entre los hombres alivio y natural desahogo del dolor. Voy pues a presentaros la noble y magestuosa figura del General Norzagaray, diseñando los tres rasgos que le caracterizan, como militar valiente, magistrado íntegro y laborioso, y caballero cristiano y sinceramente religioso.

Nació D. Fernando de Norzagaray en una provincia de España, madre fecunda de héroes, que ha logrado con el proverbial desnudo de sus hijos immortalizar en todas las edades el indomable valor cantábrico. Mecióse su cuna entre el estrépito y fragor de los combates y aplausos y aclamaciones de la victoria. De su padre, militar distinguido, muerto gloriosamente en la voladura del puente de Almazán, había heredado el fuego de la guerra y ardor de las armas, fuego y ardor que más enardecían los grandes sucesos de aquella época memorable en que desafiando España al dominador de la Europa, se renovaban en Zaragoza los prodigios de Numancia, y en Bailén, Talavera y Victoria rugía el león español tan brioso y pujante como en los campos históricos de Cirinola, Pavía y S. Quintín. Así que a la edad de ocho años abrazaba el niño Norzagaray la carrera de la milicia nombrado cadete del batallón de zapadores, y principiaba muy luego a dedicarse con ahinco al estudio de las ciencias militares, en que hizo rápidos progresos y alcanzó premios y honoríficos triunfos. Su madre en tanto, señora de elevados sentimientos y de la más acendrada piedad se dedicaba con esmero a cultivar el tierno corazón de su hijo, depositando en su alma las fecundas semillas de la fe y conocimientos religiosos, e inculcándole las divinas máximas del Evangelio, merced a las cuales había de ofrecer al mundo uno de los más nobles tipos del

militar pundonoroso y caballero cristiano. En las filas de la Guardia real, noble plantel de la milicia española, desempeñó el alférez Norzagaray el primer puesto militar, y ya había logrado el aprecio y benevolencia de sus jefes, cuando estalló como un huracán asolador sobre la nación española la sangrienta y porfiada guerra civil. Excusado sería, Señores, detenerme a demostraros la valentía y denuedo de un joven militar, en cuyo pecho el espíritu de abnegación y sacrificio que constituye la suprema ley de la milicia y es todo el código del soldado, recibía la sanción más eficaz de los principios de la conciencia católica; de un joven militar a quien las esperanzas de la religión hacían más fácil de cumplir el juramento de inmolar en aras de la patria todas las cosas de la tierra, hasta verter toda la sangre de las venas y exhalar el último suspiro del corazón. Vosotros sabéis las acciones de guerra en que tomó parte, los combates y batallas en Navarra, Aragón y Provincias Vascongadas durante seis años y los grados y condecoraciones que le merecieron sus proezas y pericia militar. Llegó por fin el término de aquella lucha fratricida; y ya por aquel tiempo era honrado el brigadier Norzagaray con el cargo de subsecretario de la guerra y desempeñaba interinamente a la edad de 31 años la cartera del mismo ministerio. Entonces fué cuando dió una de las más brillantes pruebas de aquella pureza e integridad que había de formar su más bella laureola de magistrado; pues poseyendo el secreto del célebre convenio de Vergara, de cuya firma estaban pendientes las fortunas y los capitales con la alza y baja de los fondos públicos, opuso un velo impenetrable a la mirada curiosa y escrutadora del agio y de la especulación, y tan íntegro, tan incorruptible pareció un simple brigadier, que nadie se atrevió, aunque bien deseaba, a tentar siquiera su fidelidad con la deslumbradora perspectiva de una fácil e inmensa fortuna. ¡Bello ejemplo para un siglo que solo tiene templos y culto para el becerro de oro, y le ofrece como más gratos holocaustos las conciencias inmoladas en aras del interés y conveniencia propia!

De esta manera se hacía digno el General Norzagaray de que le dispensase la Corona el honor de nombrarle Capitán General de Extremadura, durante cuyo mando penetró al frente de una división del ejército en el vecino reino de Portugal paseando el pendón de Castilla por todo el Alentejo, haciendo admirar la disciplina y brío militar del soldado español al pueblo lusitano y estrechando más los vínculos de amistad que llegarán a no hacer más que una nación de dos pueblos hermanos. Za-

ragoza le vió poco después apartar de sus muros el azote de la guerra y revueltas civiles; Madrid le juzgó digno de desempeñar el supremo mando de la milicia en la corte de nuestros reyes; y en la capital de Andalucía ostentaba tales dotes de gobierno que le merecían de parte de S. M., el honor de confiarle, sin preceder la menor gestión de parte del agraciado, el mando militar y político de Puerto Rico, y pocos años después el más importante todavía de Filipinas, dando así principio a su carrera de magistrado político laborioso e integérrimo.

Pensaba uno de los más celebres monarcas españoles, el que quizás conoció mejor el arte difícil de reinar, pensaba y decía a menudo que debía un príncipe ser más laborioso que todos sus vasallos; pues si estos tienen obligación de trabajar cada uno para sí, la tiene el príncipe de trabajar para todos. Esta máxima practicaba el General Norzagaray en el eminente rango que ocupaba entre sus administrados, y la practicaba con grande exacción y fidelidad. Su vida entera estaba consagrada al trabajo, y apenas robaba algunas horas para reparar las fuerzas perdidas con un sueño siempre breve, y un rato de solaz en el seno de su familia de quien se veía adorado. ¿Cuándo le sorprendieron en el lecho los rayos del Sol? ¿Cuántas veces no le veáis? o más bien: ¿cuántas veces dejabais de verle, antes del primer rayar de la aurora, recorrer las calles y plazas de Manila, visitar los cuarteles y puestos militares, inspeccionar los paseos, puentes y calzadas, examinar el estado de las obras públicas, estimulando el celo de los operarios, dispensando merecidos elogios al ingenio y aplicación de los directores, descendiendo hasta los pormenores del trazado de los paseos, delineación de los jardines, género de arquitectura y adorno de los edificios? ¿A qué ramo de la administración pública no se dedicó con tesón y anhelo, para mejorarla, extirpar los abusos e introducir en ella el orden y la regularidad que tenía encarnados en su carácter y hábitos de toda la vida? Al ejército, columna incontrastable de la paz y de la justicia, lo miró siempre con amor de predilección; en Puerto Rico le dió nueva vida; en Filipinas mejoró la suerte del soldado, perfeccionó el armamento, y con el vigor de la disciplina logró que fuese el ejército de las islas, si no el más numeroso, al menos el más brillante del Asia, digno de emular las glorias de aquellos antiguos que sabían conquistar a Borneo, Ternate y Mindanao, capaz por su constancia y arrojo temerario de dar que admirar en las playas anamitas a los mismos que ceñían las sienes con los lauros de Magenta y Sol-

ferino. Las necesidades del comercio y las comunicaciones entre el Archipiélago y la madre patria no podían tolerar en el siglo del vapor y de la electricidad el tardo y perezoso movimiento de los tiempos antiguos: y así en virtud de un convenio con una sociedad poderosa se vieron por primera vez los vapores correos de Manila surcar los tormentosos mares de la China; y se acortó como por encanto en más de la mitad el inmenso espacio que separa a los españoles del Archipiélago de los de la Península, disminuyendo en la misma proporción el tiempo necesario para trasladarse de un extremo al otro. ¿Os hablaré, Señores, del celo del General Norzagaray para aligerar las cargas del Estado, hacer más productivas, sin nuevo gravamen, las rentas públicas, disminuir las trabas del comercio, mejorar la instrucción pública y la beneficencia, refrenar la licencia del juego y perseguir a los malhechores, asegurar la paz, la justicia y la abundancia a todos los ciudadanos? ¿Cómo había de desentenderse de la defensa de los pueblos contra los salteadores y piratas, el que en una ocasión solemne, cuando el terrible azote que diezma todos los años los colonos de las Antillas, se ensañaba con espantosa violencia en la capital de Puerto Rico, permanecía impávido en medio del foco de la epidemia, visitaba sin descanso los hospitales y enfermerías, los cuarteles, mercados y edificios públicos, dictaba al frente de la junta de sanidad medidas salvadoras, llevaba al lecho del dolor los consuelos de la bondad y cariño de un padre, y derramaba a manos llenas los tesoros de la caridad en el seno de la indigencia; resuelto a sacrificarse por aquel pueblo desventurado, y a hundirse en la tumba, donde ya había precipitado la muerte a dos ayudantes suyos, y amenazaba precipitar a todos sus criados heridos del contagio? Manila nunca podrá olvidar el exquisito celo del General Norzagaray por la salud pública. Testigo perpetuo será de su afán el campo de Arroceros, antes manglar y ciénaga inmundada, oprobio y padrón de la capital de un pueblo civilizado, transformado ahora por el celo y la industria en una serie de jardines, cubiertos de la lozana vegetación de los trópicos, esmaltados por decirlo así, con las pintorescas casas de aguada, cruzados de espaciosas y dilatadas avenidas, donde se encuentra y descansa la vista con las agradables perspectivas del frontispicio almenado Fortín, el Puente Colgante y el bello peristilo de la Fábrica. La historia del Archipiélago dirá a las generaciones venideras que durante el mando del General fue, cuando por primera vez después de siglos salieron las banderas españolas

fuera de los confines del Archipiélago y tremolaron gloriosas en las bárbaras playas del imperio de Annam, cual hacerlo solían en tiempos más felices bajo la conducta de los Silvas y Acuña en Camboja, Malaca, Corea y Siam. La historia dirá que mientras se jactan otras naciones de ser las únicas que saben pelear por una idea, él solo fue el que tuvo la gloria en la edad presente de mandar un ejército para defender sin ningún interés político la religión de J. C., haciendo que la nación española por su celo en propagar la fe y proteger la predicación del Evangelio, cumpla fielmente la religiosa misión que le legó en su testamento Isabel la Católica.

Pero ya es tiempo, Señores, de que yo os muestre el pecho católico y el alma sinceramente cristiana del General Norzagaray. No, no es extraño ni raro, por dicha y gloria de nuestra nación, ver confundirse y mezclar sus ardores en los pechos de los capitanes españoles la noble llama del amor de la patria y el fuego santo y divino de la religión. ¿En qué frente ha brillado más pura la centella del genio militar, que en la del joven héroe de Lepanto, o del conquistador del imperio de Moctezuma? Pues bien. El que con un puñado de valientes desahacía en Tabasco, Tlascala y Otumba y desparramaba, cual si fuesen un montón de ceniza, ejércitos numerosos como las arenas del mar; el que ponía a los pies de Carlos V más reinos y señoríos conquistados con su espada, que los que había heredado el César, de las casas de Castilla y Austria, rezaba todos los días las horas de la Virgen; y el Caudillo de la última cruzada de la Cristiandad, el que hirió de muerte el imperio de los sultanes otomanos, que nosotros vemos agitarse ahora en las últimas convulsiones de la agonía, humillaba su frente nunca vencida a los pies de un sacerdote e imploraba cada ocho días contrito y doloroso el perdón de las faltas a que nos arrastra la mísera flaqueza humana. Yo diré pues para eterna gloria del General Norzagaray, que era un caballero cristiano, profundamente religioso. Yo diré que su palacio era la morada del orden y de la regularidad y una escuela de severas costumbres. Yo diré que en el seno de su familia se conservaban puras e intactas aquellas tradiciones de nuestros abuelos, tan sublimes, tan propias para elevar el carácter de un pueblo y a quien debe España la gloria indisputable de ser la más católica y la más noble y generosa de las naciones. ¡Cuán grato espectáculo no era a los ojos de los ángeles y de los hombres ver a la superior autoridad del Archipiélago Filipino consagrar las primicias de todas las mañanas



al culto de la divinidad, y asistir al frente de su familia silenciosa y recogida al incruento sacrificio de nuestros altares! ¡Cuán dulce oír resonar las salas de palacio con las tiernas preces de aquella devoción peculiar y característica de la nación española, con la que nuestra madres nos enseñaron a ofrecer a la Reina de los ángeles la mística guirnalda del rosario con labios infantiles y manos puras e inocentes! ¡Cuán grato a los ojos de este pueblo católico ver la dignidad con que presidía en las solemnidades religiosas, el silencio y recogimiento propios de un hombre que se siente penetrado de la grandeza de la Divina Majestad que habita en el templo, y que obra como quien sabe que tanto más digno será del respeto de los demás, cuanto más sumiso y rendido se mostrare ante el Rey de los reyes, de cuyas manos ha recibido la autoridad y mando. El General Norzagaray animado de la antigua fe que enardecía a los héroes cristianos de las Navas y del Salado, se acercaba como ellos a la sagrada Eucaristía, y no contento con confortar una vez al año su alma con el pan de los ángeles, volvía a probar dos y tres veces las delicias del banquete celestial. ¡Grande y elocuente ejemplo que ha querido presentarnos la divina providencia para humillar y confundir a los unos, confortar y esforzar a los otros, en unos tiempos en que se han enfriado la fe y la caridad en tantos corazones! No me admiro ya de la tierna solicitud con que este padre cristiano velaba por la inocencia de sus niños, ni el anhelo con que procuraba instruirlos en la ciencia de la Religión, y el dulce consuelo que experimentaba al verlos recibir por primera vez los divinos misterios, no desdenándose de servir el mismo al sacerdote en aquel sagrado ministerio. No me admira ya la marcada preferencia que le merecían los templos y esplendor del culto divino, haciendo suspender en Zaragoza la venta y demolición del magnífico templo de S. Ildefonso, convertido al fin en parroquia castrense, levantando en Puerto Rico la elegante y esbelta capilla del Arsenal, activando y llevando a feliz término en Manila la reparación del templo metropolitano, y procurando más decorosa dotación a su fábrica y prebendados.

Estos rasgos de fe y piedad sincera no podían ocultarse; y no podían menos de excitar la admiración de un pueblo tan religioso, como el filipino, cuya cuna ha sido el evangelio, y sus maestros los ministros de la Religión, que no tiene otra historia que la que principia al rayar la luz de la fe en estas playas antes incultas y bárbaras. Este pueblo para quien el carácter español

ha sido hasta ahora el tipo de la nobleza y generosidad, que no ha conocido otros rasgos distintivos de la raza española que el ardor de la fe y los sentimientos religiosos, ¿cómo no había de estar ufano al ver al primer representante de la Reina católica llevar grabado en su persona el tipo y carácter religioso que sus abuelos habían admirado en los primeros conquistadores? ¡Y qué testimonio más relevante podía darle del amor y respecto con que le miraba que la pública ovación y solemne triunfo, con que al apartarse para siempre de estas islas, le acompañó hasta la columna de Magallanes, agolpándose allí inmensa muchedumbre, fijos los ojos en el noble General, que les decía el último adiós, bañadas las mejillas de lágrimas, e hinchendo el aire de mil bendiciones de amor y gratitud. Y vosotros leales y generosos amigos que le estrechabais con dulce efusión la mano, palpitando el corazón de esperanza y de dolor, no sabíais que era la última vez que le contemplaban vuestros ojos; vosotros que acompañabais aquella pompa y aquel triunfo, cuán lejos estabais de sospechar que rodeabais a una víctima, coronada de rosas sí, pero que a paso apresurado caminaba hacia el altar del sacrificio, puesto ya a la garganta el cuchillo de una vida laboriosa y del constante tesón en el cumplimiento del deber. El lisonjero murmullo de las ondas del Pásig que parecían acariciar su navecilla, ya no era entonces más que un eco de dolor por muerte tan temprana; los alegres vuelos de las torres y el fragoroso estruendo de los guerreros bronce solo eran el triste doblar de la agonía y las salvas anticipadas del funeral, y no presagiaban sino negros lutos las flámulas y gallardetes y variados pabellones con que se hallaba empavesado el mar. Si vosotros hubierais vuelto entonces los ojos a los ennegrecidos muros de Santiago, hubierais visto discurrir por los adarves las gloriosas sombras de Legaspi, Acuña, Silva y Corcuera, las cuales siguiendo con los ojos la nave que llevaba al General, le llamaban con ademán amigo y con la mano le señalaban su morada en el cielo; la mansión destinada a los nobles caudillos que han merecido bien de la Patria y de la Religión.

¡Esposa afligida y desolada! ¡Inocentes niños que tan pronto habéis probado la amargura de la orfandad! Cuando aún no habíais descansado de los peligros y fatigas de un largo viaje, viene a llamar la muerte a grandes golpes a la puerta de vuestra morada y vuestra alma queda yerta de terror. Y en vano rodeáis la víctima que busca con el más tierno cariño y solícito cuidado. Escrito estaba que ni vuestras lágrimas, ni

vuestra inocencia, ni vuestras fervientes plegarias, serían parte para detener el golpe fatal. La religión empero no os negó sus consuelos; visteis morir al esposo y al padre en el ósculo del Señor, coronado de la triple laureola de pundonoroso militar, íntegro magistrado y caballero cristiano profundamente religioso.

Y vos, Señor de la majestad, que reináis en lo más encumbrado de los Cielos, y tenéis a vuestros pies las potestades de la tierra; dignaos aceptar la víctima de propiciación que os ha ofrecido el sacerdote por el ministerio de los Angeles. Suban también en sus alas nuestras plegarias hasta el trono de vuestra gloria, y por los méritos de la sangre de vuestro hijo J. C., desarmen vuestra justicia y os hagan excuchar la voz de la misericordia en favor del padre, del esposo, del amigo y del jefe, cuya pérdida lamentamos. No caiga su alma en la oscuridad de las tinieblas; antes la guíe el Arcángel a la morada de la luz, al seno de la paz y del descanso que en otro tiempo prometisteis a Abraham y su descendencia, donde goce de la eterna gloria por los siglos de los siglos. Amén.

**22. Ilmo. Sr. Dr. D. Ramón Angel Jara, Obispo de San Carlos de Ancud.—Salutación a la Ciudad de Zaragoza, con motivo de la recepción solemne de las banderas Hispano-Americanas antes de ser ofrecidas a la Santísima Virgen del Pilar, el 29 de Noviembre de 1908.**

RDMOS. SEÑORES Y VENERADOS HERMANOS.

EXMOS. SEÑORES CAPITÁN GENERAL Y GOBERNADOR CIVIL.

SEÑOR ALCALDE.

SEÑORES:—

Esta imponente y grandiosa ceremonia es una prueba más de que es imposible vencer en el campo del honor al hidalgo pueblo español. En nombre de la Iglesia hispano-americana, un grupo de sus Obispos deseábamos llegar con religioso silencio a esta histórica ciudad de Zaragoza para deponer ante las aras de la Virgen María del Pilar los sagrados pabellones de nuestros queridos diocesanos. Y he aquí, Señores, que nos habéis sorprendido saliendo al encuentro de estos humildes viajeros para honrar las gloriosas banderas del suelo americano, con tal lujo de cortesía y magnificencia que hoy arranca lágrimas a nuestros ojos y que mañana arancarán un estruendoso aplauso a todas las naciones del mundo de Colón.

Como se agita alborozado el corazón de la madre al ver llegar, después de larga ausencia, los hijos idolatrados al seno del hogar, así el corazón de la España, encarnado en esta inclita ciudad, palpita de alegría en estos instantes al ver que, después de cuatrocientos años, arriban a sus playas aquellas mismas naciones que son sus hijas, porque ella las engendró a la doble vida de la civilización y de la fe. Y como se engalana la casa paterna en horas de tan justo regocijo, así hoy nos abre sus puertas y sus brazos la ciudad de Zaragoza para recibir las banderas gloriosas en cuyos pliegues flota el alma de esas diecinueve Repúblicas hermanas. Para ello, ha congregado a sus egregios pastores, a sus esclarecidos magistrados; ha reunido a sus sacerdotes y a su pueblo; ha formado en columna de honor a sus guerreros; teje guirnalda con las preciadas flores de sus hogares; decora sus plazas y sus calles, con potente voz entonan himnos guerreros sus bronces militares y, en medio de estos vítores y aplausos, que a manera de una tempestad de amor viene sacudiendo nuestro espíritu, junto con el viejo y sagrado pendón de Zaragoza, acabamos de ver que la augusta bandera de la España, aquella que tenía al sol clavado en sus dominios, ha bajado hoy de su alto solio, siempre Reina y soberana, para recibir sobre su seno de oro y grana, el beso de respeto y de cariño que con estos estandartes purísimos le envían sesenta millones de americanos que la reconocen por su madre.

Que Dios os pague, hidalgos zaragozanos, este despliegue de nobles sentimientos con que habéis querido saludar nuestros pabellones, antes de suspenderlos en presencia de la sacra efigie de la Virgen del Pilar. En nombre de mis hermanos en el Episcopado, y de toda la América española, os doy infinitas gracias; y vuelvo a repetiros que con esta recepción dispensada a nuestras banderas, como si se tratara de recibir a vuestros propios soberanos, habéis atestiguado de nuevo que vosotros, zaragozanos y españoles, seréis siempre vencedores, en las luchas del honor. Veníamos a cancelar una deuda con intereses de cuatro siglos, y resulta que nos despedís ahora con doblada obligación de cariño y gratitud.

Bien se ve en lo cordial y espontáneo de esta espléndida manifestación encabezada por el meritísimo Metropolitano de esta Sede Arzobispal, y por los altos dignatarios de la provincia y ciudad de Zaragoza que os habéis dado cuenta, señores, de que el Episcopado de la América española envía con nosotros una ofrenda, hija del corazón y de la fe cristiana, pero desligada

de todo cálculo y de toda fórmula oficial. Con aquel derecho sagrado que todas las colectividades tienen para mirar como propia la bandera de la Patria, que es el símbolo más perfecto de la unión; con aquel derecho con que el último labriego, en sus horas de alegría, enarbola la bandera querida sobre el pajizo techo de su hogar; con aquel mismo derecho con que hasta los niños simulan escuadrones a la sombra del patrio pabellón, la Iglesia hispano-americana, obligada como nadie a dar ejemplos de armonía y de paz, trae hoy sus banderas enlazadas, como emblemas de una gran familia, a dar público y duradero testimonio de su gratitud a la Madre de Dios, que con los dones de la fe le abrió los cielos, y a la Madre España, que con los tesoros de la civilización redimió de la barbarie el mundo de Colón.

No hace muchos días, cabíame la honra de afirmar en la Catedral de Zaragoza, y en esta hora vuelvo a proclamarlo, que, a costa de titánicas empresas, rayanas de tiempos fabulosos, la España consumió por espacio de trescientos años en el descubrimiento y en la conquista de la América, millares de vidas, riquezas imponderables, soldados y misioneros, esfuerzos y energías, que pudieron debilitarla, mas no postrarla. Porque, señores, las naciones no valen sólo por su comercio, por sus industrias, por sus ejércitos y armadas. Las tradiciones gloriosas, los magnánimos proyectos, las jornadas atrevidas, los servicios generosos prestados a la humanidad, las proezas militares, la alteza de miras, los bríos entusiastas de la sangre, y más que todo la firmeza incontrastable para conservar siempre vivo el culto de la religión y de la patria, son, señores, tesoros que, pesados en la balanza justiciera de la historia, inclinarán siempre el respeto y la admiración de todas las gentes y de todas las edades. Y es este el lote de la fortuna discernido por Dios a la querida España, que la hace única entre todas las naciones y que nadie podrá arrebatárle jamás. Es verdad que el imperio romano empuñó el cetro del mundo; pero ¿qué le resta de su antiguo poderío? y ¿dónde están los pueblos que le rinden el vasallaje del amor?

No así tú, nobilísima nación hispana, madre fecunda de santos y de sabios, cuna de intrépidos conquistadores y de invictos capitanes, jardín inagotable de artistas y poetas, arsenal de genios para las ciencias y las artes, álzate ufana a recoger el fruto debido a tus acciones heroicas y a tus ingentes sacrificios. Porque has dado a luz un mundo, tu sangre, tu religión y tu lengua vivirán en tus descendientes, y no habrá fuerza capaz

de romper esa triple cadena que mantiene unido a tus entrañas el continente americano.

Llegados a la mayor edad, cada uno de los pueblos que lo forman conquistaron en noble lid el laurel de la libertad, y de no haberlo hecho así, ni habríamos sido hijos legítimos de una nación que ha preferido cien veces el martirio antes que renunciar a su santa independencia ni habríamos sido dignos de ofrecer a nuestra madre estos blasones a que sólo tienen derecho los pueblos libres y los estados soberanos.

Con legítimo orgullo podemos acercar al corazón de España nuestras banderas, ganadas en idénticos combates y enaltecidas en iguales triunfos. Los padres de la independencia americana, O'Higgins y San Martín, Bolívar y Belgrado, Sucre y Artigas, gemelos son por la audacia y el valor de los bravos campeones de la Iberia; también nuestras naciones han dado santos extraordinarios a los altares, sabios ilustres a las Universidades de ambos continentes; pastores esclarecidos a la Iglesia, varones preclaros a la magistratura, vates inspirados al Parnaso, genios superiores a las artes y brazos infatigables a las industrias y al comercio.

Jóvenes y vigorosas las cristiandades de la América española no sólo suspenden hoy sus banderas ante las aras de la Madre del Pilar, como expresión de la unidad de nuestra fe, sino también como amigas mensajeras de que nuestros puertos, nuestras ciudades y mercados tienen sus puertas abiertas a las industrias y al comercio de la metrópoli española. Nuestro anhelo mayor es ver llegar sus productos a nuestras playas no bajo banderas extrañas, ni con etiquetas extranjeras sino con la honrosa contrasena de haber sido elaborados en los talleres y fábricas de España, tan justamente acreditadas por Zaragoza en su brillante Exposición, y por la ciudad de Barcelona, que es el pabellón permanente de la variada y febril industria catalana.

Tal es, Señores, el risueño porvenir que nos brinda este abrazo de confraternidad ibero-americana. A la ciudad de Granada cupo la suerte de recibir las primicias del suelo americano traídas a los soberanos de España por el descubridor del Nuevo Mundo. Y esas primicias fueron las pintadas aves de nuestros bosques, las gayas flores de nuestras praderas y los preciosos metales de nuestras montañas. Más feliz, ahora, la ciudad de Zaragoza ve llegar, después de cuatro siglos, hasta el trono de su Reina, que es la Virgen María del Pilar, no los frutos variados de la tierra, sino estos sagrados estandartes, que forman la síntesis de diecinueve naciones ricas de progreso y bienestar.

A cada uno de estos pabellones corresponde una historia de sublimes sacrificios y de magníficos triunfos. Bien comprenderéis, señores; que no es pequeña la violencia que necesito hacerme para no mostraros el tricolor de mi patria el cual nunca fué llevado al campo de batalla sino para retornar, iluminado con el fulgor de la victoria.

¿Y en qué lugar de España podrían mejor desplegarse al viento nuestras banderas que en esta ciudad clásica de los entusiasmos por la fe y la libertad? ¡Ah, Zaragoza! ¡rica esmeralda de las riberas del Ebro! ¡ciudad ennoblecida por los títulos de honor que agotaron los monarcas para recompensar sus servicios! ¡Yo sé bien que en tus viejos blasones eras apellidada la heroica, la benéfica y leal capital del reino aragonés! Mis ojos no alcanzan a descubrir las ruinas de aquella antigua Salduba que vió pasar a los fenicios, cartagineses y romanos; pero en cambio mi corazón y mis pupilas no pueden separarse de esta plaza que nos reúne, porque su suelo está santificado con la sangre de los innumerables mártires zaragozanos que aquí rindieron su vida por confesar la fe de Jesucristo. Oh, ciudad, joya incomparable de la independencia hispana; por aquí pasaron cubiertos con el polvo de cien combates los Alfonsos, los Pedros y los Jaimes; de aquí brotaron aquellas legiones de heroicos defensores que sostuvieron siempre aquellos sitios memorables, fieles a la consigna del inmortal Palafox: "No pidáis que se rinda un hijo de Aragón sino después que sus labios estén sellados por la muerte." Tú eres la nueva Esparta en que las mujeres cubren la guardia y disparan los cañones; tú eres el teatro de aquellas luchas de la fe contra el furor de los romanos y la crueldad del judaísmo, lucha en que las doncellas como Engracia y los niños como Domingo del Val subían sonrientes el patíbulo para morir por Jesucristo! Oh ciudad mil veces más feliz, porque tu gloria mayor es guardar en tu seno aquel Pilar de granito, peana sagrada que tocaron las plantas virginales de María y que ha sido cuna de nuestra fe y que continúa siendo faro de luz para España y para el mundo entero. Guarda, Zaragoza, esa tu fe altiva y entusiasta que es el fundamento de tu gloria, y que no haya jamás un hijo tuyo que llame carga pesada las leyes santas de Dios, porque también es carga para el águila el peso de sus alas, y no obstante con ellas se remonta al cielo. ¡Oh Zaragoza! ¡Una vez más yo te saludo! ¡Como americano yo te admiro, como cristiano yo te venero y como obispo te bendigo!

Desahogada ya la gratitud de nuestras almas para con la noble España y para con esta histórica ciudad, sigamos, señores, en piadosa romería, hasta deponer nuestras banderas delante de las aras del altar. Santificadas están ya por la mano augusta del Vicario de Jesucristo, y, como reliquias veneradas, ellas pueden abrirse paso hasta el santuario del Señor. Pero, a este cortejo de pontífices, de magistrados y de guerreros es menester que preceda otra legión formada por aquellos magníficos monarcas, invictos conquistadores y apóstoles abnegados que mecieron con sus manos la cuna de la fe y de la civilización americana. Sí; que alcen su frente, de la almohada de piedra en que duermen en Granada el sueño de la muerte Isabel y Fernando, los católicos soberanos, para que contemplen gozosos el fruto de sus magnánimas empresas; descienda de su solio el inmortal Cristóbal Colón y llegue hasta nosotros ese hombre extraordinario que empezó por parecer un insensato mendigo y acabó por ser el redentor de un mundo; vengan con él, formándole séquito de honor esos hombres de acero, Hernando de Cortés, aquel que prendía fuego a sus naves, para no encontrar otro camino que la muerte o la gloria; Pizarro y Almagro los vencedores del imperio de los Incas; Ponce de León y Ovando, los navegantes impertérritos; D. Pedro de Valdivia, el infatigable conquistador de Chile; Díaz de Solís, descubridor de las regiones del Plata; Balboa, explorador afortunado del gran Océano; Magallanes, que sorprende el estrecho en que se abrazan nuestros mares, y ocupen sitio de honor aquellos santos obispos y misioneros que, como Mogorrojo y Medellín, Las Casas y Valdivia, fueron los primeros apóstoles y los protectores cariñosos de nuestras tribus indígenas. Y el inspirado cantor de esas conquistas, el soldado poeta, el ilustrado Ercilla, pulse de nuevo el épico laúd con que celebraba las hazañas de aquella raza araucana, gloria de mi patrio suelo, porque "siempre fué exenta, indómita, temida, de leyes libre y de cerviz erguida."

Así asociados con esos viejos españoles, que fueron nuestros padres, marchemos, señores, a ese Santuario bendito del Pilar, donde todos ellos al amparo del mayor de los Santiagos, el padre de nuestra fe cristiana, alzaron sus plegarias y encomendaron sus empresas, antes de lanzarse a dilatar los dominios de Jesucristo en las almas y de los reyes castellanos en ignotos territorios. Obispos y americanos aquí presentes, sigamos nuestra jornada, hasta dejar suspendidas nuestras banderas a manera de imperial diadema sobre la frente de María.



Y vosotros, Pastores de la Iglesia Hispana, Magistrados y pueblo de la ciudad de Zaragoza, sed testigos de la entrega, que hago por honrosa comisión, del acta de esta ofrenda suscrita por el Episcopado de la América Española, en manos del dignísimo Arzobispo de esta Sede, heredero del báculo que empuñaron los Braulios y los Valeros, como delegado que es en este instante del Emmo. Cardenal de Toledo, Primado de la España y Patriarca de las Indias.

Sí; señores, guardad la memoria de este día, porque es anillo de oro que deja abrazados para siempre a los hijos y a los nietos de la vieja España sobre el corazón de la Virgen del Pilar. Y cuando nuevas generaciones se levanten y os pregunten qué significan estas banderas enlazadas sobre los muros de la Basílica Zaragozana, decidles, señores, que son los fúlgidos diamantes de una corona que la América ha ceñido a las sienes de la única Reina que no muere, como justo pago de otras joyas que dejó caer sobre la cuna de ese nuevo Continente la Soberana de Castilla; decidles que estos pabellones son rayos de luz, que vienen de otro mundo para aumentar el brillo del Sol que alumbra al Pilar de Zaragoza; decidles que son notas de un nuevo canto añadido al poema inmortal de las grandezas de María.....

Señores: termino aquí mi cometido; mas no lo haré sin repetir con vosotros aquel grito de adoración y de amor arrancado al pecho de Colón, cuando al pisar la tierra suspirada, pudo clavar el pendón victorioso de Castilla y la Cruz Redentora del Calvario: *¡Gloria a Dios! y ¡Viva España!*

### ORATORIA MILITAR

---

#### **23. Francisco López de Gómara (1510-1560).—Oración de Cortés a los soldados que deseaban dejar la guerra.**

Señores y amigos: Yo os escogí por mis compañeros, y vosotros a mí por vuestro capitán, y todo para en servicio de Dios y acresentamiento de su santa fe, y para servir también a nuestro Rey, y aun pensando hacer nuestro provecho. Yo, como habéis visto, no os he faltado ni enojado, ni por cierto vosotros a mí hasta aquí; mas empero ahora siento flaqueza en algunos, y poca gana de acabar la guerra que traemos entre manos; y si a Dios place, acabada es ya, a lo menos entendido hasta do puede llegar el daño que nos puede hacer. El bien que della

conseguiremos, en parte lo habéis visto, aunque lo que tenéis de ver y haber es sin comparación mucho más, y excede su grandeza a nuestro pensamiento y palabras. No temáis, mis compañeros, de ir y estar conmigo, pues ni españoles jamás temieron en estas nuevas tierras que por su propia virtud, esfuerzo e industria han conquistado y descubierto, ni tal concepto de vosotros tengo. Nunca Dios quiera que ni yo piense, ni nadie diga que miedo caiga en mis españoles, ni desobediencia a su capitán. No hay volver la cara al enemigo, que no parezca huída; ni hay huída; o si la queréis colorar, retirada, que no cause a quien la hace infinitos males: vergüenza, hambre, pérdida de amigos, de hacienda y armas, y la muerte, que es lo peor, aunque no lo postrero, porque para siempre queda infamia. Si dejamos esta tierra, esta guerra, este camino comenzado, y nos tornamos, como alguno desea, ¿hemos por ventura de estar jugando, ociosos y perdidos? No por cierto, diréis; que nuestra nación española no es de esa condición, cuando hay guerra y va la honra. Pues ¿adónde irá el buey que no are? ¿Pensáis quizá que habéis de hallar en otra parte menos gente, peor armada, no tan lejos de mar? Yo os certifico que andáis buscando cinco pies al gato, y que no vamos a cabo ninguno, que no hallemos tres leguas de mal camino, como dicen, peor mucho que este que llevamos; porque, a Dios gracias, nunca después que en esta tierra entramos nos ha faltado el comer, ni amigos, ni dineros ni honra; que ya veis que os tienen por más que hombres los de aquí y por inmortales, y aun por dioses, si decirse puede; pues siendo ellos tantos, que ellos mismos no se pueden contar, y tan armados como vosotros decís, no han podido matar siquiera uno de nosotros; y en cuanto a las armas, ¿qué mayor bien queréis dellas que no traer yerba, como los de Cartagena, Veragua, los caribes y otros que han muerto con ella muy muchos españoles rabiando? Pues aun por solo esto, no debríades buscar otros con quien guerrear.

La mar aparte está, yo lo confieso, y ningún español se alejó della tanto en Indias; porque la dejamos atrás cincuenta leguas; pero tampoco ninguno ha hecho ni merecido tanto como vosotros. Hasta Méjico, donde reside Meteczuma, de quien tantas riquezas y mensajerías habéis oído, no hay más de veinte leguas; lo más andado está, como veis, para llegar allá. Si llegamos, como espero en Dios nuestro Señor, no sólo ganaremos para nuestro Emperador y Rey natural rica tierra, grandes reinos, infinitos vasallos, más aún para nosotros propios muchas riquezas, oro,

plata, piedras, perlas y otros haberes; y sin esto, la mayor honra y prez que hasta nuestros tiempos, no digo nuestra nación, más ninguna otra ganó; porque cuanto mayor rey es este tras que andamos, cuanto más ancha tierra, cuanto más enemigos, tanto es más gloria nuestra, y ¿no habéis oído decir que cuanto más moros, más ganancia?

Allende de todo esto, somos obligados a ensalzar y ensanchar nuestra santa fe católica, como comenzamos y como buenos cristianos, desarraigando la idolatría, blasfemia tan grande de nuestro Dios; quitando los sacrificios y comida de carne de hombres, tan contra natura y tan usada, y excusando otros pecados, que por su torpedad no los nombro. Así que pues, no temáis ni dudéis de la victoria; que lo más hecho está ya. Vencistes los de Tabasco, y ciento y cincuenta mil el otro día de aquestos de Tlaxcallán, que tienen fama de descarrilla-leones; venceréis también, con ayuda de Dios y con vuestro esfuerzo, los que destos más quedan, que no pueden ser muchos, y los de Culúa, que no son mejores, si no desmayáis y si me seguís."

Todos quedaron contentos del razonamiento de Cortés. Los que flaqueaban, esforzaron; los esforzados cobraron doblado ánimo; los que algún mal le querían, comenzaron a honrarlo; y en conclusión, él fué de allí adelante muy amado de todos aquellos españoles de su compañía. (*Conquista de México.*)

## ORATORIA PARLAMENTARIA

### 24. Aparisi y Guijarro (1815-1872).—La revolución social y la Iglesia católica.

La cuestión social se resolvió en el mundo pagano generalmente por el infanticidio y la esclavitud: en el mundo cristiano por la resignación y la caridad.

He de hablar de esto, Sres. Diputados, porque he de deciros toda la verdad, aunque sea temerosa: la revolución que amenaza en España es profundamente social.

La Iglesia católica ha tenido, tiene y tendrá una misión santa y un oficio divino: aquella consiste en guardar intacto el depósito de las grandes verdades, origen de todo progreso, base de toda sociedad, cadena de oro que enlaza la tierra con el cielo; y el oficio divino consiste en haber sido y ser medianera entre los fuertes y los débiles, entre los ricos y los pobres. Y ella sólo podía serlo; porque su Jefe nació del pueblo, va delante

de los reyes, sus obispos andan entre los próceres, y sus curas y frailes viven en medio de los mendigos.

Qué hizo la Iglesia por la libertad y por la civilización en España no es sazón oportuna de manifestarlo; pero sí me cumple apuntar al menos que no hubo enfermedad para la que no hallara medicina, ni dolor al que no buscase consuelo; que levantó palacios para los indigentes enfermos, y asilos para los que ahora llamáis veteranos del trabajo; tuvo en cada pueblo hospedaje para el peregrino; nombró en cada parroquia un padre para los pobres. Mucho se dió a la Iglesia, y ella dió mucho; creó propietarios, inspiró artistas, estuvo mezclada en todas sus glorias, nos alentó en nuestros reveses, santificó nuestras alegrías, consoló nuestros dolores.

La Iglesia sobre todo, pensad bien esto, dió gratuitamente la ciencia al mundo.

Pensad bien en esto, señores; la Iglesia tenía para los pobres universidad gratuita, libros de balde, sopa, hoy despreciada, hospital especial para curarles en sus dolencias. De aquí nacía que hasta los hijos de los mendigos tenían el camino franco para subir por él y colocarse en todas las clases de la sociedad hasta la más encumbrada; y eran médicos, y abogados, y consejeros, y ministros; y desde estas clases más superiores o elevadas favorecían a los suyos, de los cuales eran como representantes y procuradores.

Yo no voy a discutir ahora sobre excelencias o defectos de tiempos pasados; siempre el mundo fué un valle de lágrimas: es mi propósito meramente asentar un hecho, y vosotros, si sois filósofos, medita; y consiste ese hecho en que la antigua organización de España era muy favorable para los pequeños y para los pobres.

Esta antigua organización social había menester reformas, consentía mejoras; y nosotros no reformamos ni mejoramos: nosotros destruimos; y destruyendo y no edificando, se hizo, y permanece en esta sociedad, un inmenso vacío, y este vacío ni le hemos llenado ni lo hemos intentado siquiera.

La raquíta revolución española no se hizo, bien lo sabéis, en favor de la muchedumbre; mas para hacerla, buscamos como auxiliar al principio racionalista, y este mal principio cundió y se derramó; y enflaquecióse algún tanto el principio católico, y ha acontecido lo que era natural que aconteciera, y es que así como en Francia el estado llano se levantó y dijo: *aquí estoy*: así en España las muchedumbres principian a levantarse, y se

levantarán y se pondrán delante de vosotros, que sois tan liberales, que hasta vendéis la ciencia, y os dirán: *aquí estamos...*

El día en que ciertas doctrinas penetren en las cabañas de los pobres, el día en que los pobres ilustrados, dejen de ver su herencia más allá del sepulcro, el día en que un filosofismo impío les robe o debilite de ellos su divina esperanza de una herencia en el cielo, las muchedumbres ciegas y desbordadas procurarán pasarlo bien en la tierra.

No es el fin de la revolución la mayor libertad o licencia de la prensa; no lo es la mayor extensión del sufragio; esos son los medios; el fin es otro; ese es el camino por donde las muchedumbres lleguen a la cumbre del poder, donde se proclamen soberanas; y ya comprenderéis que un soberano ha de procurar arreglar las cosas de un modo equitativo para llevar dignamente su realeza.

Creedme, Sres. Ministros, la gran revolución que amenaza a España y al mundo, es una revolución profundamente social.

Ahora bien: en circunstancias angustiosas se os llama a gobernar; el país en su mayor parte es religioso y monárquico, ama la paz, la moralidad, la justicia, y porque ama la justicia, ama la libertad: los partidos, carcoma y agitación del país, están disueltos. ¿Qué es lo que debió haber hecho un hombre de corazón alentado, como lo es el Duque de Tetuán? En vez de ser turbulento Retz, ser grande Cisneros. Buscar su fuerza en el pueblo, es verdad, Sr. Posada; y para ello hablar al pueblo español la lengua que entiende, y darle ejemplos de toda virtud, y aliviar tributos o al menos no agravarlos, y favorecer el principio católico, único verdadero antídoto contra la gangrena racionalista y acometer reformas para reconstituir la autoridad, sin la cual no hay libertad posible, y a seguida y celosamente trabajar en favor del pueblo, de los pequeños, de los pobres.

Gobernar no es resistir; pero gobernar tampoco es romper. Gobernar es mantener el orden en la sociedad por medio de leyes sabias y justas, y son justas y sabias, si defienden y consagran los derechos que Dios ha dado a los hombres, y atienden a las necesidades presentes de los pueblos, y prevén hasta las necesidades futuras para ir preparando en su día el oportuno remedio. Esto es gobernar, y esto es lo que no se ha hecho todavía en nuestro país. Pues qué ¿no hay nada que hacer? ¡Si está casi todo por hacer! ¡Cuántas cuestiones podrían resolverse con justicia y en favor de los pequeños y de los pobres! Hay mucho que hacer, mucho que mejorar en las leyes

o cuestiones sobre quintas, consumos, trabajo, economías, bancos agrícolas, y sobre todo enseñanza. Nosotros no tememos la luz, antes la amamos: nosotros queremos llevar la enseñanza a las clases más ínfimas de la sociedad; pero la enseñanza según la ley de Dios: nosotros queremos, y esto no es imposible, es fácil y no muy costoso; nosotros queremos sobre todo, hacer posible, como en los antiguos tiempos, que los pobres puedan por caminos legítimos ir subiendo, ir colocándose en esas que el Sr. Posada llamaba capas superiores de la sociedad.

¡Cuántas veces no os he pedido yo esto, yo el retrógrado; ¡cuántas veces os he reclamado yo esto, yo, el oscurantista! Y lo he dicho, y lo he reclamado, porque ¡este sí que es derecho natural! Pues si Dios ha dado a un joven luz y entendimiento, ¿para qué se le ha dado sino para que contribuya a alumbrar el mundo? ¡Que tengan los pobres, como tuvieron en tiempo de nuestros padres, franco el camino para subir por las ciencias y por las artes y por la virtud hasta las más altas dignidades....

Esto debiera hacer en la ocasión crítica en que España se encuentra, un gran Gobierno; pero al Duque de Tetuán no se le ha ocurrido intentar ninguna de estas cosas. ¿Qué es lo que ha hecho el Duque de Tetuán? ¿Se puede decir sin agravio? Pues el Duque de Tetuán ha presentado, ha rendido las armas ante la revolución. ¿Se puede decir sin agravio? Pues el Sr. Duque de Tetuán, sin quererlo y sin saberlo, ha inclinado delante de la revolución la altivez de su frente, y lo que es mil veces más lamentable, la majestad del trono de Castilla. Sí, señores; porque la revolución no rogaba sino que amenazaba, y en términos que ya se oía el temeroso crujir de las armas. Gobernar no será resistir, pero en ningún tiempo ni en ningún país gobernar ha sido ceder ante la fuerza que amenaza.

Inmensa falta ha cometido el gobierno, y sobre todo, pecado estéril. Ya comienza a recoger el fruto; mucho le ha dado a la revolución, y la revolución en cambio le ha dicho desdeñosamente: ¡no basta!... (*Fragmento del discurso pronunciado en el Congreso de Diputados el 4 de Julio de 1865.*)

## ORATORIA FORENSE

**25. D. Ramón Nocedal (1842-1907).—Del discurso pronunciado en el juicio oral promovido por la masonería en la Audiencia de lo criminal de Castellón de la Plana contra el presbítero D. Wenceslao Balaguer.**

Pocas veces, o ninguna, me he levantado a hablar, ni en los estrados de un tribunal ni en ningún debate público, en disposición de ánimo tan desfavorable y en circunstancias tan desventajosas como en la ocasión presente. Me siento, en primer lugar, cohibido y apremiado por el cansancio del tribunal y del público, y por mi propio cansancio, después de seis horas mortales de sesión, y de estar respirando esta atmósfera, enrarecida y asfixiante hace ya rato; estoy abrumado por los innmerecidos elogios personales que por adelantado y en tanta copia han llovido sobre mí, llenándome de confusión y agradecimiento; me agobia y tiene perplejo la imposibilidad absoluta de contestar con algún orden, por completo y tan brevemente como exigen lo avanzado de la tarde y la fatiga de todos, a cuatro horas de discursos llenos de ideas tan nuevas y peregrinas muchas de ellas; y más que nada me turba y desconcierta considerar el encargo que pesa sobre mí en este momento, la alteza incomparable de la causa que defiendo, tan superior a mis fuerzas, y la gravedad inaudita, la trascendencia incalculable del espectáculo que estamos presenciando, tremendo, aterrador y nunca visto en España, aunque a ratos nos haya parecido, por los lances y peripecias del juicio, entretenido y gracioso.

Pero ello es que no hay remedio, he de hablar. Y como lo cortés no quita a lo valiente, quiero empezar correspondiendo a la cortesía que conmigo ha usado la defensa del querellante. Por fortuna lo puedo hacer sin violencia y con plena justicia. Nunca había oído, ni siquiera conocía al Sr. Dualde; pero amigos y adversarios me habían dicho de él que era abogado muy hábil y orador muy elocuente: hoy he podido aprender que me habían dicho poco de su elocuencia y buen ingenio. ¡Lástima que en causa tan mala y perdida derroche los talentos que Dios le concedió! Del señor Morayta no necesito decir nada; todos saben lo que vale; los que aquí le hayan oído por sí mismos habrán apreciado lo que sabe y puede.

Pero si el Sr. Morayta no se enfadara; si el Sr. Morayta se

aviniera a oirme con la misma paciente tranquilidad con que yo le he escuchado; si recordara que, si no catedrático, por lo menos fué examinador mío, cuando yo empezaba la carrera, en la Universidad Central (porque ya va siendo viejo el Sr. Morayta), lo cual en cierto modo debe inclinarme a mirarme y sufrirme con alguna benevolencia; en fin, si él me lo permitiera, de buena gana le preguntaría:—Señor Morayta, en confianza, ¿a qué nos ha traído Vd. aquí? ¿Ha hecho usted el viaje de Madrid a Castellón, me ha hecho Vd. venir a mí, ha congregado usted al tribunal por virtud de esta querella, ha atraído Vd. con lo curioso y sonado del caso a la muchedumbre de gentes que llenan este recinto, y todas las cercanías, para tener el gusto de darnos a todos una broma? (*Risas*).

Porque broma parece, y no leve, aprovechar la ocasión de hallar reunido tan numeroso auditorio, para tender el paño y propinarnos un curso de masonería tan minucioso como el que nos ha explicado esta tarde el Sr. Morayta; y broma es, y muy chistosa, venir a estas horas y a estas alturas a contarnos que la masonería es una asociación inocentísima y candorosísima, que los masones son unos seres candidísimos y sin hiel, unos santos benditos que en su vida han roto un plato, y andan por esos mundos, con sus mandiles y malletes, muy serios, hablando sin ninguna malicia un idioma simbólico que ellos entienden, muy ocupados en hacer bien a todo el género humano, abrazando y llamando hermano a todo bicho viviente, sin más propósito ni otro afán que predicar a las naciones paz y concordia, y hacer que todos los hombres en general, y aquí en particular los españoles, sean justos, benéficos y filantrópicos.

Y no niego yo que la masonería sea, por alguno de sus aspectos, tan pintoresca y entretenida como hoy nos la ha mostrado el Sr. Morayta. ¿Qué he de negar? Al contrario; digo que el Sr. Morayta no nos ha contado de eso todo lo que sabe. Yo recuerdo (no sé si él se acordará) que una tarde de las calurosas del mes de Junio, allá por los años de 1870 a 1872, en que el Sr. Morayta y yo éramos diputados, estábamos varios amigos, todos tradicionalistas, tomando el fresco junto al peristilo del Congreso, entre el salón de conferencias y la puerta de bronce, que estaba entreabierta para que corriese el aire; y viendo pasar a cierto diputado, que tenía fama de masón, y a nosotros nos parecía por las trazas, de los seducidos, para divertir el rato, y al mismo tiempo ilustrarnos en la materia, le invitamos a detenerse y contarnos de las logias lo que buenamente



y sin comprometerse pudiera. A la cuenta no estaba entonces el hombre tan hecho a las extravagancias masónicas ni tan encariñado y entusiasmado con ellas como después se ha mostrado; y con el mismo alegre humor y regocijo con que nosotros le mirábamos y oíamos, nos fué dando a conocer los gestos y visajes que los masones se hacen unos a otros, los signos y cosquilleos de manos y codos con que se saludan y reconocen; nos contó las ridículas fórmulas que prescriben sus rúbricas y rituales, de que también hoy nos ha dicho algo el querellante; la significación y uso de sus malletes, que hoy también nos ha explicado el Sr. Morayta, y de sus mandiles, escuadras, trullas y demás chirimbolos y zarandajas; las escenas melodramáticas de iniciación, con sus coros de espadas y puñales y sus juramentos pavorosos; el churrigueresco adorno de sus *templos*, y las grotescas y reglamentadas extravagancias de sus juntas o *tenidas*: un ceremonial completo, una parodia de culto con que unos adoran al *Gran Arquitecto*, otros a la *Humanidad sacrosanta sin razas ni familias*, y con hache grande, que tanto sublimó esta mañana el señor Dualde, cada cual al Dios que quiere, o si no quiere, a ninguno; que, no siendo la verdad, todo cabe en la masonería. Y cuando él no tuvo más que contar ni nosotros más que reir, y mostramos admiración de que personas de edad y formalidad se prestasen a hacer tantas monerías, el hombre acabó diciéndonos:—Señores, si hubieran ustedes visto, anoche mismo, a uno de los más insignes personajes de este Parlamento, jefe ilustre de partido, orador famosísimo, importantísimo repúblico (no quiso decir el nombre), muy puesto de mandil, esgrimiendo un puñal a diestra y siniestra sobre su cabeza, y saltando a la pata coja por encima de un ataúd sin muerto, no hubieran ustedes podido dominar su asombro ni contener la carcajada.— (*Grandes risas.*)

Pero sean cuales fueren las ridiculeces de la masonería (y no soy yo quien las ha traído a este juicio), lo que aquí está pasando no tiene nada de risible. Aunque a ratos os haya hecho reir, lo que aquí está sucediendo es gravísimo, es de una gravedad y trascendencia imponderables. En los años que cuento de vida pública, y en las épocas más revueltas de desorden y trastornos que España ha visto, yo no he presenciado espectáculo tan triste, tan horrendo y desconsolador. Con haberse dado curso a esta querella, con haberse llegado a este punto, estamos viendo una cosa sin ejemplo en España. Porque bien claro dice el querellante lo que pretende representar; bien a la vista está lo que

quiere que se reconozca y legalice en este juicio, lo que quiere que este tribunal juzgue, lo que quiere que se declare injuria y calumnia y se castigue como delito; porque salta a los ojos que no es solamente a un escritor católico, que no es solamente a un ministro de Dios, con ser esto ya tan grave, a quien la masonería ha querido traer, y ha podido traer, y realmente ha traído, como un reo, a ese banquillo.

En efecto. ¡Qué ha dicho el sacerdote a quien defiende? ¿Cuál es el delito que se le imputa? ¿Cuáles son las aseveraciones por las cuales se le acusa de injuria y calumnia, y está procesado, y se ve en ese banco sometido al juicio de este tribunal? Como suma, compendio y quinta esencia de su delito, al entablar la querella citó su acusador estas palabras:

—“*El masón asesino,*” (Traducción de León Taxil).—“El veneno masónico de que hablamos contiene, a lo que parece, entre otros mortales ingredientes. . .”—“Todo hombre que hace guerra a la masonería debe constantemente estar sobre aviso, tener las menos amistades posibles, no tener a su servicio sino personas de probada confianza y no aceptar nunca regalos de amigos desconocidos.”—“Pero aunque los interesados pudieran estar al abrigo de los atentados fraguados contra ellos, queda sin embargo establecido que la masonería es una sociedad que concibe y combina en sus antros los más abominables crímenes, y que pueblos y gobiernos todavía lo toleran.”

—“*Liga antimasónica.*” (Traducción de la *Civiltà Cattolica*, copiada de la *Revista Popular*.)—“La masonería ha reducido al mundo a las miserables condiciones en que yace,” y “si no es contenida a tiempo lo precipitará en el más espantoso abismo.”

—“*Antecedentes.*—La francmasonería es una sociedad perversa y maneja el puñal o el veneno, según conviene a sus intentos depravados.”

Esto es lo que se cita para muestra de las injurias y calumnias que se atribuyen al sacerdote procesado.

Y antes de pasar adelante debo declarar, en honra de mi defendido, que no es cierto que se haya limitado a decir eso sólo de la masonería. Si no hubiese dicho más, pero muchísimo más, habría dicho muy poco, se habría quedado cortísimo, ni siquiera habría empezado a decir algo de lo que puede y debe decir un escritor católico, y más si es un docto sacerdote, cuando se propone descubrir a sus lectores lo que es la masonería. El Sr. Dualde me hizo esta mañana el favor, que sinceramente le agradezco, aunque su intención no era favorecerme, de declarar en

su informe que esas citas no son más que una leve muestra de lo que suele decir de la masonería el Sr. Balaguer; que los artículos denunciados, que todos los números de *La Verdad* están llenos de mayores y más graves acusaciones. Gracias, Sr. Dualde, muchas gracias. Importa a la honra y buen nombre de mi defendido que esto conste, y yo invoco el testimonio de la defensa del querellante para que mi defendido quede en el lugar que le corresponde, y nadie salga de aquí imaginando que se ha contentado con decir esto sólo de secta tan perversa y abominable.

Pero de todo eso, y cuanto el Sr. Dualde confiesa y declara haber leído en *La Verdad*, y cuanto en toda su vida pueda decir el Sr. Balaguer de la masonería, no lo ha inventado él, no lo ha deducido únicamente y por sí sólo de las innumerables revelaciones y testimonios auténticos que todos conocemos, y de procesos sin cuento donde constan plenamente probados esos y mayores crímenes y abominaciones de la masonería; no es sólo verdad palpable y patente, de mil modos y en mil ocasiones demostrada, en términos que nadie puede negarla ni dudar de ella, y hasta los ciegos la ven y ya no la ignora nadie: es, además, y sobre todo eso, creencia obligatoria para todos los católicos; es enseñanza que ningún cristiano puede rechazar; es sentencia inapelable del Vicario de Jesucristo en la tierra, fulminada contra la masonería desde que apareció en el mundo; es fallo irrevocable repetido y confirmado por todos los Pontífices desde Clemente XII hasta León XIII; es lo que la Iglesia Católica Apóstolica Romana siente y dice y manda a sus hijos sentir y decir de la horrenda y execrable secta de la masonería.

No es hora ni hay tiempo de leer aquí ni resumir siquiera todas las condenaciones fulminadas por la Iglesia contra semejante abominación; pero oiga el Sr. Morayta, oiga el Sr. Dualde algunos párrafos de la Encíclica *Humanum genus* del Pontífice reinante. ¿No nos hablaba hace poco el Sr. Morayta, sin duda para zaherir a los que gozamos fama de intransigentes, del “gran espíritu de transigencia de León XIII?” (*El Sr. Morayta hace signos afirmativos*). ¿Sí? Pues oiga el Sr. Morayta lo que dice León XIII; y oigan todos, que va hablar el Vicario de Jesucristo, lo que es la masonería.

Después de mostrar cómo está el mundo desde que el hombre pecó, dividido en dos bandos diversos y adversos, a modo de dos reinos o ciudades de contrarias leyes y deseos, como decía San Agustín, añade el Papa:—“*En nuestros días todos los que favorecen la peor parte parecen conspirar a una y pelear con la*

*mayor vehemencia, siéndoles guía y auxilio la sociedad que llaman de los MASONES, extensamente dilatada y firmemente constituida. Sin disimular ya sus intentos, audacísimamente se animan contra la majestad de Dios, maquinan abiertamente y en público la ruina de la Santa Iglesia, y esto con el propósito de despojar, si pudiesen, enteramente a los pueblos cristianos de los beneficios que les granjeó Jesucristo Nuestro Salvador. Llorando Nós estos males, somos compelidos a clamar repetidamente a Dios:—‘He aquí que tus enemigos vocearon, y levantaron la cabeza los que te odian. Contra tu pueblo determinaron malos consejos, y discurrieron contra tus santos. Venid, dijeron, y hagámoslos desaparecer de entre las gentes.’”*

(Aduce el orador varias y gravísimas condenaciones de los Papas acerca de la masonería, y continúa):

Esto dice el Vicario de Jesucristo, esto nos enseña la Iglesia, eso es la masonería, esos son los masones. Y al lado de esto, ¿qué es, qué resulta, qué parece todo lo que ha dicho mi defendido?

*El Sr. Dualde.—Peor.*

*El Sr. Nocal.—¿Peor, esto es, más grave para los masones? ¿De veras, señor Dualde? Pues eso quiere decir, o que los masones tienen diverso discernimiento, como tienen diversa moral, que el común de las gentes, o que el Sr. Dualde no ha oído lo que acabo de leer, aunque lo he leído a toda voz, y en el silencio imponente que producía la impresión causada por la palabra del Papa. Porque ello es que el Papa dice de los masones que son enemigos capitales de Dios y de los hombres, adulaadores y engañadores de reyes y pueblos, perturbadores de la paz y las conciencias, corruptores de la sociedad y de las almas, fautores de todo vicio y toda perversidad, propagadores y causantes de toda corrupción; que su doctrina es contraria a toda razón, necedad insigne y audacísima impiedad; que sus medios son el dolo y el engaño, el fingimiento y la calumnia, asechanzas y malas artes; que su fin es impeler al género humano ignominiosa y vergonzosamente a su última ruina; que su secta abominable es obra de iniquidad, es fuerza maléfica, es funesta peste, asquerosa peste, contraria a la razón y a la verdad, a la justicia y a la probidad, y todo su fundamento y causa estriban en la maldad y el vicio; que se esconden en las tinieblas y se disfrazan con mil máscaras y se unen en nefando consorcio y unos a otros se excitan a todo malvado atrevimiento; que son*

asesinos, que arman el brazo de los asesinos, que burlan a la justicia para asegurar la impunidad de los asesinos; que la maldad de sus opiniones y la torpeza de sus hechos son tales que nada puede ser más perverso. ¿Quién puede decir más, quién ha dicho tanto, qué más se puede decir de la masonería y de los masones? ¿De quién se ha dicho jamás lo que el Papa dice, lo que todos sabemos, lo que es público y notorio, de los masones y de la masonería?

Y siendo así, vuelvo a decir: ¿cuál es el delito del sacerdote a quién defiendo? Haber escuchado los encarecidos ruegos del Papa; haber obedecido los mandatos del Pontífice a Obispos, sacerdotes y seglares; haber dicho algo de lo que el Papa quiere que se diga y propague para “extirpar esta asquerosa peste” de la masonería, para “arrancar a los masones su máscara” y “que sean conocidos tales cuales son.” De modo que, como queda plenísimamente demostrado, lo que aquí se pone en tela de juicio no es el derecho de un escritor cualquiera para emitir sus ideas, sino la libertad de un católico, de un sacerdote, para decir lo que el Papa enseña y quiere que se propague; lo que se quiere someter al fallo de este tribunal no es el juicio particular de un periodista, es el juicio público y notorio de la Iglesia sobre la maldad de una secta abominable. Y ¡ah, Sr. Morayta y Sr. Dualde! Sea cual fuere el resultado de este proceso, bien pueden cantar victoria; bien satisfechos pueden estar de su triunfo los masones. Estos fueros no los habían tenido nunca, ni aun en la revolución de Setiembre; hoy pueden más que entonces; hoy han conseguido lo que no lograron jamás en este cristiano país. Porque, desdichadamente, habíamos visto entonces, y otras veces hemos visto, a la Iglesia perseguida, a los Obispos procesados y desterrados, a los sacerdotes encausados y encarcelados por la potestad secular, y creíamos que no era posible ver más. Pero ahora estamos viendo a la masonería, como tal masonería, erguir soberbia la cabeza y penetrar en los tribunales reclamando carta de ciudadanía para sus maldades; ahora estamos viendo a la masonería en presencia de los tribunales, alardear de su impiedad, tratar a la Iglesia de igual a igual y de potencia a potencia, pedirle cuenta de sus condenaciones, solicitar de los tribunales que juzguen los anatemas de la Santa Sede, que se impida a la Iglesia y sus ministros execrar los errores y maldades de las sectas y los sectarios, que se declare injuria y calumnia y se pene como delito lo que la Iglesia siente y dice y manda a sus hijos sentir y decir de la masonería;

ahora tenemos delante de nuestros ojos, no ya la santa libertad del cristiano, no sólo la sagrada inmunidad del sacerdote, sino a la misma Iglesia de Dios traída y amarrada a ese banquillo, como Cristo a la columna, por la iglesia de Satanás. (*Murmullos prolongados de asentimiento y aprobación.*)

No es hora de contestar a todas las cosas curiosas de los informes contrarios que he anotado, creyendo que tendría más tiempo y desahogo para la réplica, sino de abreviar lo posible y prescindir de todo lo que se pueda excusar. Sólo quisiera llamar la atención del señor Morayta sobre una frase que, sin querer seguramente, se le ha escapado en el calor de la improvisación. Indudablemente se le ha escapado, no quería él decir eso, me apresuro a reconocerlo. Yo sé que el señor Morayta es persona culta, tiene además recursos sobrados para decir las cosas ática y literariamente, y de ningún modo podía ser su intención decir palabras mal sonantes: mucho menos a un sacerdote que, sentado en ese banco, tenía que oír en silencio lo que le quisieran decir. Pero ello es que el Sr. Morayta ha dicho que *La Verdad* había con poca literatura y en los artículos denunciados hay, cuando menos, mala educación.

Y yo pregunto: ¿en qué ha faltado *La Verdad* a la buena educación ni a la literatura? ¿En decir menos, muchísimo menos de lo que yo he dicho ya (y todavía me queda mucho que decir) de la masonería y de los masones, sin que el Sr. Morayta ni nadie haya podido atajarme la palabra ni protestar contra la más leve falta de literatura ni de educación? ¿Desde cuándo impiden la buena educación ni la literatura denunciar y execrar los manejos, los errores y las abominaciones de las obras perversas y los malvados, y por lo tanto de los masones y de la masonería? ¿Es faltar a la literatura ni a la educación? ¿no es eso al contrario, defenderlas, oponerse al torrente de ese *realismo* que condena el Papa y la masonería propaga, en que engendran esas artes protervas, ese teatro licencioso, esos “periódicos y revistas sin moderación ni vergüenza alguna” de que habla León XIII, que ya empieza a escandalizar aun a defensores veheméntísimos de las más absolutas libertades, y que tanto ayudan a la masonería a descristianizar al pueblo con cuantas agresiones se pueden imaginar a toda moral, a toda decencia y toda honestidad? Y si de cortesía y urbanidad se trata, creo yo que *El Motín*, *Las Dominicales*, *La Campana de Gracia* y otros tales, son gloria de la masonería, que no nuestra. ¿Y no conoce el Sr. Morayta los artículos y las caricaturas de esos periódicos,

donde no hay grosería que se escatime ni proscriba, para ridiculizar y hacer odiosos al Papa, a los Obispos, a los religiosos, a los sacerdotes, atropellando los respetos más sagrados, y además todas las reglas del buen gusto y de la buena crianza? ¿Eso es educación? ¿Eso literatura? ¿Esos son los clásicos masónicos que la secta propone a las gentes por modelos de literatura y educación?

Pero dejemos, digo, los incidentes y accesorios del debate, para no hacer interminable este juicio, y hablemos algo de la cuestión estrictamente legal. Por fortuna del tribunal y mía, aun en esta parte puedo pasar por alto muchos puntos, los principales del caso, que ya están magistralmente contestados, y esclarecidos. Mi ilustrado y querido compañero tomó sobre sí ese trabajo, y a mí me dejó el cuidado de mostrar la perversidad de ese monstruo de maldades que blanda y suavemente quisiera por este camino ganar carta de naturaleza en España; y de tal modo ha cumplido su encargo el Sr. Gascó, que no me ha dejado nada que añadir ni otra cosa que hacer sino dar por reproducido aquí y como mío cuanto él ha dicho en lo que tienen de común las defensas de ambos procesados. Algo más tendré que decir en el punto en que las condiciones de una y otra difieren, singularmente en lo relativo a la calumnia. Y eso porque se vea hasta qué punto ha tenido que esforzar el ingenio y forzar las cosas el querellante para hallar, no fundamento ni aún pretexto a la querella, sino algo que decir.

Porque bien lo ve la Sala sin que yo se lo demuestre: aunque la masonería tuviera personalidad y fuese capaz de acciones y derechos, y aunque tuviera inmunidad inatacable e indiscutible, y aunque fuese inviolable como una reina, la querella de calumnia contra mi defendido sería insostenible; en las frases y artículos del Sr. Balaguer que se han denunciado, habría cargos tremendos, acusaciones terribles, ofensas gravísimas, todo lo que se quiera, pero calumnia no.

Yo ya sé que en el lenguaje vulgar se llama injuria a cualquier agravio o ultraje, y calumnia es eso mismo cuando tiene más alcance y gravedad; o a lo sumo, aquilatando mucho el sentimiento usual y corriente de las voces, injuria es cualquier insulto que ofende, y pasa a ser calumnia cuando la acusación es falsa y se hace maliciosamente y para causar daño. Pero una querella criminal no puede fundarse, a ojo de buen cubero, en el modo común de hablar las gentes, sino en el texto de la ley; y según el art. 467 del Código penal, calumnia no es sino

“la falsa imputación de un delito de los que dan lugar a procedimiento de oficio.” Es decir, que para que haya delito de calumnia no basta cualquiera expresión o acción, por grave que sea, dicha o hecha en deshonra, descrédito o menosprecio de una persona; ese es otro delito, eso se llama delito de injuria, según el art. 471, y tiene otras penas según los artículos siguientes: no basta atribuir a otro un vicio o falta de moralidad, aunque sea el mayor que pueda imaginarse; es preciso imputarle falsamente un hecho determinado, y que ese hecho sea delito que dé lugar a proceder de oficio: no basta decir de uno que roba o es ladrón, que asesina o es asesino; es preciso imputarle falsamente tal o cual robo o asesinato determinado. Bien claro lo expresa la ley al decir que la calumnia es, no cualquier expresión ofensiva y deshonorosa, no la imputación de un vicio o inmoralidad más o menos grave, de un hábito criminal, de una condición perversa, ni de una vida deshonorable y llena de crímenes; sino precisamente “*la falsa imputación de un delito*” procesable de oficio, de un hecho criminal determinado; bien claro lo vuelve a expresar cuando en el art. 470 dice que “el acusado de calumnia quedará exento de toda pena probando *el hecho criminal* que hubiere imputado;” y lo confirma al distinguir otro delito, y señalar otras penas, y dar otro nombre, el de injuria, a “toda expresión proferida o acción ejecutada en deshonra, descrédito o menosprecio de otra persona.” Este es otro delito: al de calumnia lo distinguen y caracterizan la falsedad de la imputación, la determinación del hecho criminal que se imputa, y la gravedad del delito imputado que ha de ser de los que se procesan de oficio.

“¿Será que yo no entiendo lo que dice la ley? ¿Cabe equivocarse ni errar en cosa tan lisa, tan llana y tan elemental y sabida, que no le es lícito ignorarla ni confundirla a un estudiante de derecho? Pero, si yerro, en el mismo error está el Tribunal Supremo, que no se cansa de repetir esta doctrina y establecer esta jurisprudencia. Para probarlo no es menester quemarse las cejas consultando la colección ni revolviendo *Gacetas*; basta tener un Código penal medianamente comentado y anotado.

Y ahora veamos por otro aspecto la cuestión legal.

Supongamos que hay calumnias, que hay injurias (es decir, materia de injuria y calumnia), cuantas se quieran suponer. ¿Dónde está, quién es la persona injuriada y calumniada, sin la cual no puede haber tales delitos? ¿Es acaso D. Miguel Mo-



rayta? Ni una vez se le nombra, ni directa ni indirectamente se alude a él en los artículos denunciados. ¿Será por ventura el *Oriente Español*, o el *Oriente Nacional*, o como se llame esa sociedad de beneficencia, de socorros mutuos o de lo que sea, que el Sr. Morayta preside, o no preside, y cuya existencia legal aparece (¡mal pecado!) reconocida y registrada en el gobierno de la provincia de Madrid? Pues a esa sociedad le sucede lo que a su presidente: ni rastro hay de ella ni de su nombre en estos artículos. Sino que para ligar su persona y su *oriente* con la sociedad masónica, el Sr. Morayta ha ideado y nos ha dicho una teoría que no sé cómo designar ni nombrar, porque no quisiera traspasar los límites de la más cumplida y rigurosa cortesía.

El Sr. Morayta ha expuesto un... ¿Cómo lo diré yo? El Sr. Morayta ha dicho un disparat... Es decir, un desatin... ¡No! Un dislat... ¡Tampoco! Un despropósito... En fin, un axioma nunca oído, inesperado, estupendo. El Señor Morayta nos ha dicho, pero muy serio, con toda formalidad, y varias veces para que no creyésemos que era *lapsus linguae*, ni lo olvidásemos, este axioma nuevecito, sorprendente, graciosísimo: que *la parte es el todo*, o sea que *el todo es igual a la parte*. (Risas.) No sé qué me habría pasado si eso hubiese contestado yo cuando estudiaba primer año de derecho y el Sr. Morayta me examinó de metafísica. (*Grandes risas. El Sr. Morayta dice palabras que no se oyen con el ruido.*)

¿Me decía algo el Sr. Morayta?

*Sr. Morayta.*—Que no soy yo quien lo ha dicho.

*Sr. Nocedal.*—¿Ha sido el Sr. Dualde? ¿Y qué más da, Sr. Morayta? Entre *hermanos* que bien se quieren con que lo diga uno basta. (*Grandes risas.*)

El silogismo fundado en ese.... axioma, es como sigue:—La parte es igual al todo; es así que el *Oriente* que el Sr. Morayta preside y representa es parte integrante de la masonería universal, según se lo habéis oído declarar a cuatro masones, nada menos; luego, no marra, el Sr. Morayta, presidente y representación de la parte, tiene derecho a pedir cuenta de las injurias que se le digan al todo.—No se dirá que trato de desvirtuar ni quitar fuerza al argumento.

Pero ni así arreglado y compuesto puede pasar el susodicho axioma, ni en general muchas veces, ni menos aplicado a este caso particular. ¡Estábamos aviados! Y si no, vamos a ver: yo soy ciudadano español, me parece que no me lo negarán el

Sr. Dualde ni el Sr. Morayta; y no conozco, ni hay, quien ame más que yo a esta pobre patria mía. Y sin embargo, oigo decir que España fué algunos años república masónica; y que la España republicana cometió toda especie de crímenes, sacrilegios, robos, incendios, saqueos, asesinatos, matanzas; que España en aquellos tiempos, y lo mismo en otros según testimonio autorizado, era un presidio suelto....

*Sr. Dualde.*—Por el Maestrazgo.

*Sr. Nocedal.*—¿Por el Maestrazgo, Sr. Dualde? El recuerdo es oportuno; pero incompleto. Cuando aquella revolución masónica deshonoraba y deshacía a España, robaba los conventos, derribaba y profanaba las iglesias, perseguía a la Religión y al Clero, apaleaba y asesinaba por la calle a los ciudadanos indefensos, esquilmaaba al país con tributos y exacciones, turbaba la paz con revueltas y motines, desmembraba el territorio nacional, entregaba los pueblos al pillaje y a la ferocidad de las turbas, el ejército se convertía en soldadesca y mandaba bailar a los jefes, y España se disolvía entre las garras de la anarquía y la impiedad; no sólo en el Maestrazgo, sino en Valencia, en Cataluña, en Aragón, en Navarra, en las Provincias Vascongadas, en Castilla y en León, en todas partes hubo hombres, hubo héroes, hubo españoles de la antigua raza que dieron su hacienda, sus hijos, sus personas y su sangre para sacar a España de tanta infamia y vergüenza y de tan grande desventura. Ejércitos de heroicos voluntarios que, en su inmensa mayoría, iban a pasar trabajos y perderlo todo, a no ganar nada para sí; porque aún saliendo con vida y con la victoria, habían de volver a sus casas y faenas sin otro premio que haberse sacrificado y haber expuesto su vida, según su generosa intención, que de otra cosa no hablo ahora, por la fe, la honra y el bienestar de su patria.

Y volviendo al axioma de la igualdad de la parte y el todo, digo que hubo una república de infaustísima memoria, y ahora mismo hay un gobierno (*el Sr. Presidente pone la mano sobre la campanilla*),—y no lleve el Sr. Presidente la mano a la campanilla que no voy a extralimitarme,—que es un gobierno como tantos otros, y a los ojos de muchos peor que ninguno, y a los míos también, y tan liberal como el que más, que es peor que todo. Y aunque soy ciudadano español, y contribuyo a mantener la carga de semejante Estado, nunca se me ocurrirá demandar de injuria y calumnia a quien maldiga cuanto quiera de la España republicana o de la España liberal, sino que le alabaré el gusto; ni nunca imaginaré nadie que tenga yo parte en las culpas

liberales, de ese todo, de que allá responderán sus autores, cómplices y consentidores.

¿Y de qué todo es aquí parte legítima el querellante? Aunque los artículos denunciados se refiriesen al *Oriente Español*, sería muy dudosa y discutible la personalidad del Sr. Morayta para representar a esa sociedad; porque en los autos consta que el señor vizconde de Ros dice que el presidente verdadero es él; que el Sr. Morayta ocupa una presidencia que no le corresponde; que sus amigos detentan el sello que da autenticidad e imprime carácter a los documentos de la asociación; y sobre eso un expediente en el gobierno de Madrid, y hasta una causa criminal; y si entre los mismos socios que están en el secreto es discutible, mal puede ser indiscutible ni claro, sino muy oscuro, para nosotros, que el Sr. Morayta sea el representante de esa sociedad, el verdadero, el legítimo, el auténtico, y no el intruso y contrahecho como pretende el vizconde de Ros. Y cuanto a la representación masónica del *Oriente Español*, hemos oído hoy a cuatro hermanos testigos, y con el querellante y su defensor son seis, que opinan que esa asociación es parte integrante del todo a quien llaman masonería universal; pero también hemos oído al Sr. Morayta que en la masonería hay sus herejías y sus cismas; y en autos consta que el *Boletín oficial de la masonería regular de España* dice del *Oriente Español* que no es sociedad masónica, sino una invención del Sr. Morayta; y añade que esa y las otras sociedades semejantes aprobadas por el gobierno no son sino “agrupaciones cismáticas, falsas agrupaciones, cuerpos espúreos...” con lo demás que allí consta, y no repito porque no vuelva a enfadarse el querellante como se enfadó esta tarde cuando lo repitió mi compañero, y ¿cómo hemos de conocer los profanos una representación masónica que desconocen y niegan los órganos oficiales de la secta? Yo, no obstante, sinceramente creo y sin dificultad concedo que el *Oriente Español* es sociedad masónica y que el Sr. Morayta es su presidente, y masón y representante de la masonería; pero digo que para este caso no sirve de nada que todos lo creamos, y sería completamente inútil que toda la masonería unánime y concorde lo reconociese y certificase; y eso por dos razones, una de forma y otra de fondo, que saltan a los ojos y no tienen respuesta. Una es que sería imposible entender los motes que los masones suelen usar, ni conocer el valor y significación masónicos de los firmantes ni de sus grados y cargos, ni descifrar el lenguaje, los signos, el simbolismo, ni apreciar la autenticidad de sus certificaciones, di-

plomas o *planchas*, porque todavía esa jerga o jerigonza no forma parte de nuestros estudios de derecho, ni se traduce o declara en la interpretación de lenguas. Y la otra es que la existencia legal y la personalidad jurídica de una sociedad no se adquieren con nada de eso, ni las de la masonería, sino la inscripción en el gobierno civil, a quien ha de dar noticia de sus estatutos, objeto, directores y punto de reunión; y el gobierno de Madrid dice que lo que tiene existencia legal es la beneficencia del *Oriente Español*, de que no hablan los artículos denunciados, no su filiación masónica ni ningún género de masonería. Si eso valiera para ganar personalidad no habría monstruosidad que no pudiera tener existencia legal y personalidad jurídica a la hora que bien le pareciese, con hacerse aprobar los estatutos de una sociedad inocente, y cuando le conviniera decir:—yo soy el todo de esa parte, y soy lícita y legal porque la parte es el todo.

No; ni el *Oriente Español* como sociedad masónica, ni ninguna sociedad ni especie ninguna de la masonería tiene existencia legal ni personalidad jurídica, ni puede tenerla: porque es una sociedad inmoral, porque es una sociedad ilícita, porque es una sociedad criminal; y aun sin eso, porque es una sociedad que por sus propias condiciones de existencia vive fuera de toda ley; que para andar por el mundo sin que las leyes la vigilen ni la alcancen usa un lenguaje que sólo ella entiende; que tiene fines ocultos que sus mismos adeptos ignoran, secretos y misterios y constituciones y reglamentos que se ocultan a la ley y la ley no puede a ciegas autorizar, poderes desconocidos que se esconden en las tinieblas fuera de toda ley, huyendo de toda responsabilidad legal, y que el mismo Sr. Morayta que les obedece y sirve no puede decir quién son. Y si no, responda el Sr. Morayta. ¿Quién es el jefe de la masonería universal? ¿Cómo se llama? ¿Dónde está? ¿Cuál es su patria? No, no lo dirá el Sr. Morayta, o porque no lo sabe, o porque le está vedado decirlo.

En resolución, que no habría injuria ni calumnia aunque el querellante tuviera personalidad; pero que esto de la personalidad tampoco tiene hechura ni atadero.

No hay calumnia, no hay injuria, no hay persona, no hay nada que sirva de fundamento, dé forma ni aun proporcione pretexto a esta querella, que nunca debió admitirse ni sustanciarse. Pero ahora añadido que aunque, por caso imposible, la masonería pudiese tener y tuviera existencia legal y personalidad jurídica, aun así se le podrían imputar con verdad, y por lo tanto sin delito, cuantos crímenes manda el Código perseguir

de oficio, desde los primeros que define y castiga, desde las más infames traiciones a la patria, hasta los asesinatos más horribles y feroces.

¿Y a quién puede causar eso maravilla? La masonería es una conjuración criminal y perversa, secreta y arteramente extendida por toda la tierra para destruir la sociedad, la familia y la propiedad cristianas en provecho de la avaricia, la ambición y el odio de herejes y judíos; y en España se introdujo traidora y alevosamente para envilecerla y destruirla. La masonería es radical y sustancialmente anti-española, y fué siempre instrumento de los enemigos de nuestra patria.

(Continúa el autor probando este aserto con hechos históricos, y luego añade lo siguiente):

Ya estamos hartos de oír a los masones encarecer sus sentimientos benéficos, sus deseos humanitarios, sus ansias filantrópicas, la ardiente caridad con que se dedican a hacer bien a toda la especie humana, sin que una mano se entere de lo que hace la otra, según dicen, y hoy nos han estado repitiendo sin cesar por espacio de seis horas; pero sin que su lengua cese de publicar sus propias alabanzas y de encarecer sus benéficas virtudes, que no parecen por ninguna parte. No sabiendo ya qué más decir en su elogio, al Sr. Morayta se le ha ocurrido hoy contarnos que si los profanos hablamos mal de la masonería, es por envidia de su virtud o por ignorancia de su bondad, como los gentiles calumniaban a los primeros cristianos. Y yo, a la verdad, ignoro efectivamente en qué se parecen los masones a los primeros cristianos, ni a los que vinieron después; no se que los masones acostumbren vender lo que tienen para dárselo a los pobres y dedicarse a la perfección, como los cristianos primitivos y los religiosos en todos los tiempos; no tengo noticia de que, hasta ahora, haya salido de las logias ningún San Juan de Dios o San Vicente de Paúl; no sé que la masonería haya poblado de hermanas de la caridad los hospitales, ni tenga misioneros que sacrifiquen hacienda, familia, patria y todos los beneficios de la civilización para irse a convertir salvajes a precio de su salud y de su vida; ni he visto que hayan levantado muchos hospicios a la pobreza, ni conozco sus fundaciones y obras pías. Pero confieso y declaro que, oyéndolos a ellos, no hay más que colocarlos en unos altares y ponerles debajo con sus nombres de pila o con sus mote de logia:—el *venerable Viriato*, el *beato Tiberio*, *san Miguel Morayta*.... ¿confesor, virgen o mártir? (*Risas estrepitosas que se renuevan y duran largo rato.*)

¿Caridad? ¿Virtudes? No, sino crímenes y maldades. ¿Me quiere decir el Sr. Morayta quiénes fueron los que en 1814 tramaron el plan de asesinar al general Elío en Valencia, y en Sevilla al conde de La Bisbal, después ciego servidor de las logias, suplantando dos reales órdenes y falsificando la firma del ministro para que fuesen arrestados y ajusticiados por traidores, como estuvo a punto de suceder? ¿Podrá el Sr. Morayta decirme quién asesinó por la espalda, en una encrucijada cerca de Villarana, el año 1823, al Venerable Obispo de Vich, fray Raimundo Struch, traductor del libro del abate Barruel contra el masonismo jacobino, y al pobre lego que le acompañaba? ¿A quién cargamos en cuenta, señor Morayta, la sangre de los veinticuatro vecinos de Manresa, venerables ancianos, sabios y virtuosos, religiosos, honrados comerciantes, asesinados el año 1822 en la emboscada de *los tres rouses*, y la de tantas otras inocentes víctimas llevadas alevosamente al matadero en la célebre *tartana de Rotten*? ¿Quién empujó en 1823 al gobernador de la Coruña a sacar del castillo de San Antón a cincuenta y un presos, en las tinieblas de la noche, y a meterlos maniatados en un barco, y a arrojarlos al mar a bayonetazos, y destrozar con los remos los cráneos de los que sobrenadaban? ¿Quién hizo y quién envió, el año 1829, aquel pliego y máquina infernal que el general Eguía abrió, por precaución, metiéndolo debajo de la mesa, con que libró la vida pero perdió una mano? ¿Quién mandaba y pagaba a los setecientos soldados y oficiales que en la Puerta del Sol de Madrid asesinaron al general Canterac, solo y sin defensa, en 1835? ¿Quién envió a Hortaleza la gavilla de foragidos que asesinaron a puñaladas a Quesada, cuando iba huyendo indefenso y solo? ¿Quién arrojó aquel mismo año sobre la ciudadela de Barcelona y Atarazanas a las turbas feroces y salvajes que despedazaron en sus calabozos al coronel O'Donnell y ciento y tantos prisioneros más? ¿Quién armó a los asesinos que en 1844 dispararon sobre el coche del general Narváez, que por maravilla salió ileso, y asesinaron a su ayudante Basseti? ¿Quién alcanzó la completa e increíble impunidad del regicida La Riva en 1874? ¿Quién puso en las manos del Cura Merino, porque le cupo en suerte, el puñal con que hirió a Isabel II? ¿Quién impulsó a Cospedal a levantarse la tapa de los sesos por no cometer el regicidio que también le cupo en suerte, en 1867, en un conciliábulo de Valladolid? No hablo de asesinatos jurídicos, no hablo de la sangre derramada en innumerables pronunciamientos y motines amañados por la masonería; no hablo

de los pueblos pasados a cuchillo y destruídos en honra y gloria de la masonería por el masón Mina en Cataluña, ni de asesinatos como los que cometió la gente de Zurbano en Vitoria, ni de las horribles matanzas de enemigos ya rendidos, de ciudadanos indefensos y de inocentes niños, mandadas por el coronel González y el Empecinado en Extremadura. Pero, ¿cómo han de caber en un párrafo de un discurso ni aún los asesinatos cometidos en España por la masonería con todas las formas y condiciones del delito común de asesinato?

Y si volvemos los ojos a cualquiera otra nación del mundo, ¿quién clavó el puñal traidoramente en el pecho de Rossi, ministro de Pío IX, en 1848? Prescindiendo de todos los demás horrores que de improviso brotaron aquel año del fondo de las tinieblas sobre las sociedades de Europa, y las cubrieron de crímenes y sangre, ¿quién cometió todos los robos, todos los asesinatos, todos los crímenes que convirtieron a Roma en una cueva de foragidos desde que Pío IX arrojado de ella hasta que los ejércitos francés y español espantaron de allí a aquellas bestias salvajes y feroces, desencadenadas por la masonería y consortes, y las obligaron a huir y esconderse otra vez en sus guaridas? ¿Quién puso en manos del carbonario Orsini la bomba que estalló debajo del coche de Napoleón III para castigar o reducir al hijo ingrato de las logias? ¿Quién entregó a Monti y Tognetti las materias explosivas que en noche determinada habían de recordar a Roma las terribles fiestas y diversiones de Nerón, haciendo volar hechos pedazos el Quirinal y el Vaticano, al resplandor de las llamas de los templos y palacios incendiados? ¿Quién sino la masonería y sus derivadas y auxiliares han iniciado y enseñado, en todo un siglo de crímenes y maldades, la moral y el derecho en que ya compiten con la masonería sus hijos e imitadores, y lógicas y necesarias consecuencias, los monstruos de la *Commune* y las fieras del nihilismo?

El Sr. Morayta conoce la gloriosísima historia del insigne presidente que sacó a la república del Ecuador de las garras de la anarquía y la barbarie derrotando y extirpando en su suelo a la masonería. Todos los periódicos de la secta, en América y en Europa, la abrumaban de calumnias y excitaban sin cesar al pueblo del Ecuador a librarse de aquel monstruo que a más de defender su fe le había dado la paz, le había cubierto de caminos, de escuelas de todas las ciencias y artes, de institutos de piedad, de industrias y riquezas, y había reducido considerablemente sus tributos y sacrificios. Mas como el pueblo agradecido

le amaba, y aborrecía a sus calumniadores, tres veces decretaron las logias inútilmente su muerte; de los tres atentados hubo anuncios más o menos velados en los periódicos masónicos y judíos de Europa; y de uno de ellos, en que sólo podía librarle y le libró un suceso inesperado y providencial, dieron noticia los periódicos de Nueva Granada, cuando creyeron que ya se había consumado, contando como sucedidos todos los pormenores que se habían combinado y dispuesto. La cuarta vez fué condenado a morir por los altos poderes masónicos que entonces residían en Alemania. *L'Independence Belge* anunció un día, con admirable precisión, que a los tres o cuatro meses pasarían en el Ecuador cosas de que en el mundo entero se hablaría. Por toda Europa corría la noticia del decreto de las logias. En el Ecuador no se hablaba de otra cosa meses antes del suceso, y se sabía en qué legación traidora y pérfida se juntaban los asesinos, y se sospechaban sus nombres, aunque no era posible dar pruebas ni tener segura certidumbre de que ellos fuesen los sicarios elegidos y pagados por las logias. El mismo García Moreno escribió a Pío IX despidiéndose hasta el cielo, sabedor de que las logias americanas iban a asesinarle a excitación de las alemanas. El hombre que había librado al Ecuador de la maldad de los masones, no tenía medio de detener el puñal que para él se afilaba traidoramente en las sombras, ni aun de saber por donde había de caer sobre su pecho. El día antes de su muerte le avisaron que el crimen se iba ya a cometer, que tomase precauciones, que se rodease de guardas, y él respondió:—¿y quién me libra de los guardas si son ellos los comprados para herirme?—Cuando por escrito o de palabra la avisaban de nuevos indicios y señales de que el decreto de las logias se iba a cumplir, que tomase precauciones, contestaba:—una sola puedo tomar, y ya la he tomado, que es encomendarme a Dios y prepararme a morir cristianamente.—Y, en efecto, un día, en que comulgó por la mañana disponiéndose a morir, al salir por la tarde de adorar a Jesús Sacramentado en la catedral, cayó herido por la espalda con un machete y acribillado a balazos por los sicarios de las logias. El miserable que primero le hirió a traición rugió al verle caer:—¡Muere, verdugo de la libertad!—esto es, de la libertad de la maldad y el crimen. Y el vengador y mártir del derecho cristiano, cayó exclamando:—¡Dios no muere!

¡Ah, Sr. Morayta, jefe supremo del *gran Oriente Español*! ¿Quién cantaba por las calles de Madrid, delante de los conventos, dos y tres noches antes del 17 de Julio de 1834, aquella



horrible copla que empezaba:—*Muera bruto, Viva Luzbel?* ¿Quién hizo cundir la voz de que los frailes habían envenenado las aguas? ¿Quién lanzó sobre el Colegio Imperial, Santo Tomás, San Francisco el Grande, la Merced, el Carmen Descalzo, Atocha, a aquellas hienas sin entrañas que impune y descansadamente asesinaron, despedazaron y mutilaron a los religiosos? ¿Quién retuvo a las tropas en los cuarteles hasta que los asesinos se hartaron de matanza? ¿Quién ató las manos del regimiento acuartelado en San Francisco para que no socorriesen a los frailes, y se las desató para rechazar a empellones a los que iban a guarecerse en el cuartel? ¿Quién robó en la Comisaría de los Santos Lugares el medio millón con que se pagó a los asesinos? Todo Madrid sabía dónde se había fraguado el crimen; el presidente del Consejo de ministros, al defenderse como pudo de la apatía de las autoridades, también dejó declarado de su puño y letra, y nadie ha osado desmentirle, que aquella espantosa y sacrílega hecatombe fué obra de las sociedades secretas.

Acabemos, que sería imposible relatar en un discurso todos los crímenes con que la masonería y sus auxiliares han horro-  
rizado al mundo, desde los espantosos días del Terror.

Pero no me sentaré sin exponer una consideración a la Sala.

Aquí se nos ha revelado que *El Oriente Español* y otras sociedades análogas, a pesar de lo que sus reglamentos indican, son parte de la masonería. Se ha dado aquí testimonio de que la masonería existe en España, tiene logias, celebra reuniones. Pero es evidente de toda evidencia que la masonería es una sociedad inmoral, y por consiguiente ilícita, según el art. 198 del Código. Es evidente de toda evidencia que la masonería existe, sin haber dado noticia a ninguna autoridad, de quién es su fundador, director y presidente, cuáles son sus estatutos y objeto, y cuál el lugar donde celebra sus juntas; y es evidente que tiene diversas logias y celebra sus reuniones para fines perversos, y además sin conocimiento de la autoridad, incurriendo por consecuencia en las penas establecidas en el Código penal, art. 199 párrafos 1.º y 2.º, y artículo 190. Procede por lo tanto formar el correspondiente sumario, y que los acusadores se sienten en el banquillo de los acusados.

Y procede otra cosa, sobre la cual llamo también la atención de la Sala. El artículo 3.º del Concordato, que es ley del reino, dice:

“Tampoco se pondrá impedimento alguno a dichos Prelados ni a los demás sagrados Ministros en el ejercicio de sus funciones, ni los molestará nadie bajo ningún pretexto en cuanto se refiera al cumplimiento de los deberes de su cargo; antes bien cuidarán las autoridades del reino de guardarles y de que se les guarde el respeto y consideración debidos, según los divinos preceptos, y de que no se haga cosa alguna que pueda causarles desdoro o menosprecio. S. M. y su Real Gobierno dispensarán asimismo su poderoso patrocinio y apoyo a los Obispos en los casos que lo pidan, principalmente cuando hayan de oponerse a la malignidad de los hombres que intenten pervertir los ánimos de los fieles y corromper sus costumbres, o cuando hubiere de impedirse la publicación, introducción o circulación de libros malos y nocivos.”

Procede, pues, no sólo absolver a los acusados, a quien no se debió procesar y menos por la jurisdicción civil, sino guardarles, todas las autoridades del reino, y hacer que se les guarde el respeto y la consideración que se les debe según los divinos preceptos; procede dispensar patrocinio y apoyo a los Obispos, que repetidamente lo han pedido, contra la malignidad de los masones que intentan pervertir los ánimos, corromper las costumbres, y publicar y propagar toda especie de libros e ideas malos y nocivos; y, en suma, que también por esta consideración procede que vayan al banquillo de los acusados los acusadores.

Mis últimas palabras han de ser para mi defendido.

Obra meritoria y gloriosa ha emprendido el Sr. Balaguer, y toda la España católica, la verdadera y tradicional España, aplaude y celebra el valor, la energía y el acierto con que desmascara e impugna a la perversa y odiosísima secta de la masonería. Yo por mi parte, en mi pequeñez, le aplaudo con todo mi corazón, y le envidio la gloria y la dicha de haber fustigado y herido a la secta hasta hacerla sentir el hierro, hasta hacerla saltar y revolver contra él airada y rabiosa. Envidiole sobre todo, y de buena gana cambiaría con él de asiento, la dicha y la gloria de verse en ese banquillo acusado y perseguido por la masonería; y no encuentro palabras con que agradecerle que me haya honrado acordándose de mí y eligiéndome para defender su causa en este juicio. Pero no se forje ilusiones el Sr. Balaguer: aunque ha hecho y dicho contra la masonería más, mucho más de lo que en este proceso se le imputa, como el Sr. Dualde ha tenido la bondad de reconocer y declarar, yo le digo que ha dicho y hecho muy poco todavía, que no la conoce bastante,

que es preciso que la estudie más, que la ataque con más brío. Es preciso descubrir y desmenuzar una a una todas sus arterías y todas sus maldades; es preciso mostrársela a las gentes como ella es, en toda su espantosa y abominable perversidad; es preciso mover y levantar contra ella los ánimos, y acometerla, y herirla, y no dejarla punto de apoyo, guarida segura ni momento de reposo, hasta acorralarla, destrozarla y deshacerla: que ese es modo de servir a la patria, y también así se defiende al Corazón de Jesús y se pelea a la mayor gloria de Dios.

### ORATORIA ACADÉMICA

---

#### **26. D. Juan Donoso Cortés (1809-1853). Fragmentos del discurso sobre la "Biblia" pronunciado al ingresar en la Academia Española el 16 de Abril de 1848.**

SEÑORES:—

Llamado por vuestra elección a llenar el vacío que ha dejado en esta Academia un varón ilustre por su doctrina, célebre por la agudeza y la fecundidad de su ingenio, y por su literatura y su ciencia merecedor de eterna y esclarecida memoria, ¿qué podrá decir que sea digno de escritor tan eminente y de esta nobilísima asamblea, quien como yo es pobre de fama y escaso de ingenio? Puesto en caso tan grave, me ha parecido conveniente escoger para tema de este discurso un asunto subidísimo, que cautivando vuestra atención, os fuerce a apartar de mí vuestros ojos para ponerlos en su grande majestad y en su sublime alteza.

Hay un libro, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, y que fué en tiempos pasados estrella del Oriente, adonde han ido a beber su divina inspiración todos los grandes poetas de las regiones occidentales del mundo, y en el cual han aprendido el secreto de levantar los corazones, y de arrebatarse las almas con sobrehumanas y misteriosas armonías. Ese libro es la Biblia, el libro por excelencia.

En él aprendió Petrarca a modular sus gemidos; en él vió Dante sus terroríficas visiones; de aquella fragua encendida sacó el poeta de Sorrento los espléndidos resplandores de sus cantos. Sin él, Milton no hubiera sorprendido a la mujer en su primera flaqueza, al hombre en su primera culpa, a Luzbel en su primera conquista, a Dios en su primer ceño; ni hubiera podido decir a las gentes la tragedia del Paraíso, ni cantar con canto de dolor

la mala ventura y triste hado del humano linaje. Y para hablar de nuestra España, ¿quién enseñó al maestro Fr. Luis de León a ser sencillamente sublime? ¿De quién aprendió Herrera su entonación alta, imperiosa y robusta? ¿Quién inspiraba a Rioja aquellas lúgubres lamentaciones, llenas de pompa y majestad, y henchidas de tristeza, que dejaba caer sobre los campos marchitos y sobre los mustios collados, y sobre las ruinas de los imperios, como un paño de luto? ¿En cuál escuela aprendió Calderón a remontarse a las eternas moradas sobre las plumas de los vientos? ¿Quién puso delante de los ojos de nuestros grandes escritores místicos los oscuros abismos del corazón humano? ¿Quién puso en sus labios aquellas santas armonías, y aquella vigorosa elocuencia, y aquellas tremendas imprecaciones, y aquellas fatídicas amenazas, y aquellos arranques sublimes, y aquellos suavísimos acentos de encendida caridad y de castísimo amor con que unas veces ponían espanto en la conciencia de los pecadores, y otras levantaban hasta el arrobamiento las limpias almas de los justos? Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus santas magnificencias.

¿Y qué mucho, señores, que las literaturas se deslustren, si con la supresión de la Biblia quedarían todos los pueblos asentados en tinieblas y en sombra de muerte? Porque en la Biblia están escritos los anales del cielo, de la tierra y del género humano; en ella, como en la divinidad misma, se contiene lo que fué, lo que es y lo que será: en su primera página se cuenta el principio de los tiempos y el de las cosas, y en su última página el fin de las cosas y de los tiempos. Comienza con el Génesis, que es un idilio, y acaba con el Apocalipsis de San Juan que es un himno fúnebre. El Génesis es bello como la primera brisa que refrescó a los mundos; como la primera aurora que se levantó en el cielo; como la primera flor que brotó en los campos; como la primera palabra amorosa que pronunciaron los hombres; como el primer sol que apareció en el Oriente. El Apocalipsis de San Juan es triste como la última palpitación de la naturaleza; como el último rayo de luz; como la última mirada de un moribundo. Y entre este himno fúnebre y aquel idilio, véñese pasar unas en pos de otras, a la vista de Dios, todas las generaciones, y unos en pos de otros todos los pueblos: las tribus van con sus patriarcas; las repúblicas con sus magistrados; las mo-

narquías con sus reyes, y los imperios con sus emperadores: Babilonia pasa con su abominación; Nínive con su pompa; Menfis con su sacerdocio; Jerusalén con sus profetas y su templo; Atenas con sus artes y con sus héroes; Roma con su diadema y con los despojos del mundo. Nada está firme sino Dios; todo lo demás pasa y muere, como pasa y muere la espuma que va deshaciendo la ola.

Allí se cuentan o se predicen todas las catástrofes; y por eso están allí los modelos inmortales de todas las tragedias; allí se hace el recuento de todos los dolores humanos; por eso las arpas bíblicas resuenan lúgubremente, dando los tonos de todas las lamentaciones y de todas las elegías. ¿Quién volverá a gemir como Job, cuando derribado en el suelo por una mano excelsa que le oprime, hinche con sus gemidos y humedece con sus lágrimas los valles de Idumea? ¿Quién volverá a lamentarse como se lamentaba Jeremías en torno de Jerusalén, abandonada de Dios y de las gentes? ¿Quién lúgubre y sombrío, como era sombrío y lúgubre Ezequiel, el poeta de los grandes infortunios y de los tremendos castigos, cuando daba a los vientos su arrebatada inspiración, espanto de Babilonia? Cuéntase allí las batallas del Señor, en cuya presencia son vanos simulacros las batallas de los hombres: por eso la Biblia, que contiene los modelos de todas las tragedias, de todas las elegías y de todas las lamentaciones, contiene también el modelo inimitable de todos los cantos de victoria. ¿Quién cantará como Moisés, del otro lado del mar Rojo, cuando cantaba la victoria de Jehová, el vencimiento de Faraón y la libertad de su pueblo? ¿Quién volverá a cantar un himno de victoria como el que cantaba Débora, la Sibila de Israel, la Amazona de los hebreos, la mujer fuerte de la Biblia? Y si de los himnos de victoria pasamos a los himnos de alabanza, ¿en cuál templo resonaron como en el de Israel, cuando subían al cielo aquellas voces suaves, armoniosas, concertadas, con el delicado perfume de las rosas de Jericó y con el aroma del incienso del Oriente? Si buscáis modelos de la poesía lírica, ¿qué lira habrá comparable con el arpa de David, el amigo de Dios, el que ponía el oído a las suavísimas consonancias y a los dulcísimos cantos de las arpas angélicas; o con el arpa de Salomón, el Rey sabio y felicísimo, que puso la sabiduría en sentencias y en proverbios, y acabó por llamar vanidad a la sabiduría; que cantó el amor y sus regalados dejos, y su dulcísima embriaguez, y sus sabrosos transportes y sus elocuentes delirios? Si buscáis modelos de la poesía bucólica,

¿en dónde los hallaréis tan frescos y tan puros como en la época bíblica del patriarcado; cuando la mujer, la fuente y la flor eran amigas, porque todas juntas, y cada una de por sí, eran el símbolo de la primitiva sencillez y de la cándida azucena? ¿Dónde hallaréis sino allí los sentimientos limpios y castos, y el encendido pudor de los esposos, y la misteriosa fragancia de las familias patriarcales?

Y ved, señores, por qué todos los grandes poetas, todos los que han sentido sus pechos devorados por la llama inspiradora de un Dios, han corrido a aplacar su sed en las fuentes bíblicas de aguas inextinguibles, que ahora forman impetuosos torrentes, ahora ríos anchurosos y hondables, ya estrepitosas cascadas y bulliciosos arroyos, o tranquilos estanques y apacibles remansos.

Libro prodigioso aquel, señores, en que el género humano comenzó a leer, treinta y tres siglos ha; y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aún no ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel, en que se calcula todo, antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos; en que sin estudios lingüísticos, se da noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos, se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos; se cuenta la historia; en que sin estudios físicos, se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel, que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre, y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar, y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta o predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, señores, que cuando los cielos se replieguen sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz y se apaguen las estrellas permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra resonando eternamente en las alturas.

Ya veis, señores, cuán libre y extendido campo se abre aquí a las investigaciones de los hombres. Obligado empero, por la índole exclusivamente literaria de esta ilustre asamblea, a considerar a la Biblia solamente como un libro que contiene la poesía de una nación digna de perdurable memoria, me limitaré a indicar algo de lo mucho que podría indicarse y decirse acerca de las causas que sirven para explicar su poderoso atractivo y su resplandeciente hermosura....

### Los Patriarcas bíblicos.—Moisés y Homero.

La historia del pueblo hebreo no es otra cosa, si bien se mira, sino un drama religioso, compuesto de una promesa, de una amenaza y de una catástrofe. La promesa la oyó Abraham, y la oyeron todos los patriarcas: la amenaza la oyó Moisés, y la oyeron los profetas: la catástrofe todos la presenciamos. Vivos están los autores de esta tragedia aterradora. Vivo está el Dios de Israel, que tan grandes cosas obró para enseñanza perpetua de las gentes; vivo está el pueblo desventurado que puso una mano airada y ciega en el rostro de Dios, y que, peregrino en el mundo, va contando a las naciones sus pasadas glorias y sus presentes desventuras.

Si es una cosa puesta fuera de toda duda que la explicación de su historia está en la palabra divina, no es menos evidente que hay una correspondencia admirable entre las vicisitudes de su poesía y las evoluciones de su historia. La primera palabra de su Dios, es una promesa, su primer período histórico, el patriarcado, y los primeros cantos de su musa dicen al pueblo la promesa de su Dios, y a Jehová las esperanzas de su pueblo. El encargo religioso y social de la poesía hebraica, en aquellos tiempos primitivos, era ajustar paces y alianzas entre la divinidad y el hombre; siendo los mensajeros de estas paces, por parte del hombre, su profunda adoración; por parte de la divinidad, su infinita misericordia. Nada es comparable al encanto de la poesía bíblica que corresponde a este período.

El patriarca es el tipo de la sencillez y de la inocencia. Más bien que el varón incorruptible y justo, es el niño sin mancha de pecado; por eso oye a menudo aquella habla suavisima y deleitosa con que Dios le llama hacia sí, por eso recibe visitas de los ángeles. Más bien que el hombre recto, que anda gozoso por las vías del Señor, es el habitante del cielo que anda triste por el mundo, porque ha perdido su camino y se acuerda de su patria. Su único padre es su Dios, los ángeles son sus hermanos. Los patriarcas eran entonces, como los Apóstoles han sido después, la sal de la tierra. En vano buscaréis por el mundo, en aquellos remotísimos tiempos, al hombre, pobre de espíritu, rico de fe, manso y sencillo de corazón, modesto en las prosperidades, resignado en las tribulaciones, de vida inocente y de honestas y pacíficas costumbres. El tesoro de esas virtudes apacibles resplandeció solamente en las solitarias tiendas de los patriarcas bíblicos.

Huésped en la tierra de Faraón, el pueblo hebreo se olvidó de su Dios en los tiempos adelante, y amancilló sus santas costumbres con las abominaciones egipcíacas; dióse entonces a supersticiones y agüeros en aquella tierra agorera y supersticiosa, y trocó a un mismo tiempo su Dios por los ídolos, y su libertad por la servidumbre. Arrancóle de ella violentamente la mano de un hombre gobernado por una fuerza sobrehumana, el más grande entre los profetas de Israel, y el más grande entre los hijos de los hombres.

Cuéntase de muchos que han ganado el señorío de las gentes, y asentado su dominación en las naciones por la fuerza del hierro: de ninguno se cuenta sino de Moisés, que haya fundado un señorío incontestable con solo la fuerza de la palabra. Ciro, Alejandro, Mahoma llevaron por el mundo la desolación y la muerte; y no fueron grandes sino porque fueron homicidas. Moisés aparta su rostro lleno de horror de las batallas sangrientas, y entra en el seno de Abraham, vestido de blancas vestiduras y bañado de pacíficos resplandores. Los fundadores de imperios y principados, de que están llenas las historias, abrieron las zanjás y echaron los cimientos de su poder, ayudados de fortísimos ejércitos y de fanáticas muchedumbres. Moisés está solo en los desiertos de la Arabia, rodeado de un gigantesco motín por seiscientos mil rebeldes, y con esos seiscientos mil rebeldes, derribados en tierra por su voluntad soberana, se compone un grande imperio y un vastísimo principado. Todos los filósofos y todos los legisladores han sido hijos, por su inteligencia, de otros legisladores, y de más antiguos filósofos. Licurgo es el representante de la civilización dórica; Solón el representante de la cultura intelectual de los pueblos jonios; Numa Pompilio representa la civilización etrusca; Platón descende de Pitágoras; Pitágoras de los sacerdotes del Oriente. Sólo Moisés está sin antecesores.

Los babilonios, los asirios, los egipcios y los griegos estaban oprimidos por reyes, y él funda una república. Los templos levantados en la tierra estaban llenos de ídolos: él da la traza de un magnífico santuario, que es el palacio silencioso y desierto de un Dios tremendo e invisible. Los hombres estaban sujetos unos a otros; Moisés declara que su pueblo sólo está sujeto a su Dios. Su Dios gobierna las familias por el ministerio de la paternidad; las tribus, por el ministerio de los ancianos; las cosas sagradas por el ministerio de los sacerdotes; los ejércitos, por el ministerio de sus capitanes, y la república toda, por su om-



nipotente palabra, que los ángeles del cielo ponen en el oído de Moisés en las humeantes cimas de los montes, que, turbándose con la presencia del que los puso allí, tiemblan en sus anchísimos fundamentos, y se coronan de rayos.

Con los patriarcas tuvo fin la época de la promesa, y en Moisés tiene principio la época de la amenaza. Con la palabra de Dios, cambia de súbito el semblante de su pueblo; y la poesía hebrea se conforma de suyo a ese nuevo semblante y a aquella nueva palabra. Dios se ha convertido, de Padre que era, en Señor; el pueblo de hijo que era, en esclavo; Dios le quita la libertad, en castigo de sus prevaricaciones, y en premio de su rescate. “Yo soy vuestro Dios, y vosotros sois mi pueblo.” había dicho Jehová a los santos patriarcas: “Yo soy tu Señor y tu propietario; el que te libró de la servidumbre de los Faraones:” esto dice Jehová por la boca de Moisés a su pueblo prevaricador y rebelde; Dios deja de hablar dulce y secretamente a los hombres; los ángeles no visitan ya sus tiendas hospitalarias; la blanca y pura flor de la inocencia no abre su casto cáliz en los campos de Israel, que resuenan lúgubrementemente con amenazas fatídicas y con sordas imprecaciones. Todo es allí sombrío: el desierto con su inmensa soledad, el monte con sus pavorosos misterios, el cielo con sus aterradores prodigios. La musa de Israel amenaza como Dios, y gime como el pueblo. Su pecho, que hierve como un volcán, está henchido hoy de bendiciones, mañana de anatemas; sus cantos imitan hoy la apacible serenidad de un cielo sin nubes, mañana el sordo estruendo de un mar en tumulto; hoy compone su rostro con la majestad épica, mañana se descomponen sus facciones con el terror dramático: poco después parece una bacante en su desorden lírico: ya se ciñe de palmas y canta la victoria, ya se inunda de llanto y deja que se escapen de su pecho tristes y dolorosas elegías.

Moisés, que es el más grande de todos los filósofos, el más grande de todos los fundadores de imperios, es también el más grande de todos los poetas. Homero canta las genealogías griegas, Moisés las genealogías del género humano; Homero cuenta las peregrinaciones de un hombre; Moisés las peregrinaciones de un pueblo; Homero nos hace asistir al choque violento de la Europa y del Asia, Moisés nos pone delante las maravillas de la creación; Homero canta a Aquiles: Moisés a Jehová; Homero desfigura a los hombres y a los dioses; sus hombres son divinos, y sus dioses humanos; Moisés nos muestra sin velo el

rostro de Dios y el rostro del hombre. El águila homérica no subió más alta que las cumbres del Olimpo, ni voló más allá de los griegos horizontes. El águila de Sinaí subió hasta el trono resplandeciente de Dios, y tuvo debajo de sus alas todo el orbe de la tierra. En la epopeya homérica todo es griego: griego es el poeta, griegos son los dioses, griegos los héroes. En la epopeya bíblica, todo es local y general, a un tiempo mismo. El Dios de Israel es el Dios de todas las gentes; el pueblo de Israel es sombra y figura de todos los pueblos, y el poeta de Israel es sombra y figura de todos los hombres. Entre la epopeya homérica y la bíblica, entre Homero y Moisés, hay la misma distancia que entre Júpiter y Jehová, entre el Olimpo y el cielo, entre la Grecia y el mundo.

### **María Santísima, la mujer por excelencia.**

Para conocer a la mujer por excelencia, para tener noticia cierta del encargo que ha recibido de Dios; para considerarla en toda su belleza inmaculada y altísima, para formarse alguna idea de su influencia santificadora, no basta poner la vista en aquellos bellísimos tipos de la poesía hebraica, que hasta ahora han deslumbrado nuestros ojos y han embargado nuestros sentidos dulcemente. El verdadero tipo, el ejemplar verdadero de la mujer no es Rebeca, ni Débora, ni la esposa del Cantar de los Cantares, llena de fragancias como una taza de perfumes. Es necesario ir más allá, y subir más alto; es necesario llegar a la plenitud de los tiempos, al cumplimiento de la primitiva promesa: para sorprender a Dios formando el tipo perfecto de la mujer, es necesario subir hasta el trono resplandeciente de María. María es una criatura aparte, más bella por sí sola que toda la creación: el hombre no es digno de tocar sus blancas vestiduras: la tierra no es digna de servirla de peana, ni de alfombra los paños de brocado: su blancura excede a la nieve que se cuaja en las montañas, su rosicler al rosicler de los cielos, su esplendor al esplendor de las estrellas. María es amada de Dios, adorada de los hombres, servida de los ángeles. El hombre es una criatura nobilísima, porque es señor de la tierra, ciudadano del cielo, hijo de Dios; pero la mujer se le adelanta y le deslustra, y le vence, porque María tiene nombres más dulces y atributos más altos. El Padre la llama hija, y le envía embajadores; el Espíritu Santo la llama esposa, y le hace sombra con sus alas; el Hijo la llama Madre, y hace su morada de su sacratísimo vientre; los serafines componen su corte; los cielos la llaman Reina; los

hombres la llaman Señora: nació sin mancha, salvó al mundo, murió sin dolor, vivió sin pecado.

Ved ahí la mujer, señores, ved ahí la mujer: porque Dios en María las ha santificado a todas: a las vírgenes, porque ella fué Virgen; a las esposas, porque ella fué esposa; a las viudas, porque ella fué viuda; a las hijas, porque ella fué hija; a las madres, porque ella fué madre. Grandes y portentosas maravillas ha obrado el Cristianismo en el mundo; él ha hecho paces entre el cielo y la tierra, ha destruido la esclavitud, ha proclamado la libertad humana y la fraternidad de los hombres; pero con todo eso, la más portentosa de sus maravillas, la que más hondamente ha influido en la constitución de la sociedad doméstica y de la civil, es la santificación de la mujer, proclamada desde las alturas evangélicas. Y cuenta, señores, que desde que Jesucristo habitó entre nosotros, ni sobre las pecadoras es lícito arrojar los baldones y el insulto, porque hasta sus pecados pueden ser borrados por sus lágrimas. El Salvador de los hombres puso a la Magdalena debajo de su amparo; y cuando hubo llegado el día tremendo en que se anubló el sol y se estremecieron y deslocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pie de la cruz estaban juntas su inocentísima Madre y la arrepentida pecadora, para darnos así a entender, que sus amorosos brazos estaban abiertos igualmente a la inocencia y al arrepentimiento.

### Los profetas del pueblo de Dios.

Jamás en ningún pueblo de la tierra, antiguo ni moderno, hubo una institución tan admirable, tan santa y tan popular como la de los profetas del pueblo de Dios.

Atenas tuvo poetas y oradores, Roma tribunos y poetas. Los profetas del pueblo de Dios fueron poetas, tribunos y oradores a un tiempo mismo: como los poetas, cantaban las perfecciones divinas; como los tribunos, defendían los intereses populares; como los oradores, proponían lo que juzgaban conforme a las conveniencias del Estado. Un profeta era más que Homero, más que Demóstenes, más que Graco: era Graco, Homero y Demóstenes a un mismo tiempo. El profeta era el hombre que daba de mano a todo regalo de la carne y a todo amor de la vida, y que, mensajero de Dios, tenía el encargo de poner su palabra en el oído del pueblo, en el oído de los sacerdotes y en el oído de los reyes. Por eso los profetas amenazaban, imprecaban, maldecían; por eso dejaban escaparse de sus pechos, poderosas, tremendas, aquellas voces de temor y de espanto, que

se oían en Jerusalén cuando venía sobre ella con ejército fortísimo y numerosísimo el rey de Babilonia, ministro de las venganzas de Jehová y de sus iras celestiales. Los poetas cesáreos miraban siempre, antes de hablar, los semblantes de los príncipes. Los oradores y los tribunos de Atenas y de Roma tenían puestos los ojos, antes de soltar los torrentes de su elocuencia, en los semblantes del pueblo: los profetas de Israel cerraban los ojos para no lisonjear ni los gustos de los pueblos ni los antojos de los reyes, atentos sólo a lo que Dios les decía interiormente en sus almas; por eso hicieron frente a los odios implacables de los príncipes, que habiendo puesto su sacrilega mano en el templo de Dios, no tenían ponerla en el rostro augusto de sus profetas; por eso resistieron con constantísimo semblante a la grande indignación y bramido popular, creciendo su constancia al compás de la persecución y al compás de las olas de aquellas furiosas tempestades, sin que se doblegasen sus almas sublimes al miedo de los tormentos: por eso, en fin, casi todos, o entregaron sus gargantas al cuchillo, o buscaron en tierras extrañas un triste sepulcro.

Yo no sé, señores, si hay en la historia un espectáculo más bello que el de los profetas del pueblo de Dios luchando, armados con el solo misterio de la palabra, contra todas las potestades de la tierra. Yo no sé si ha habido en el mundo poetas más altos, oradores más elocuentes, hombres más grandes, más santos y más libres; nada faltó a su gloria: ni la santidad de la vida, ni la santidad de la causa que sustentaron, ni la corona del martirio.

Con los profetas tuvo fin la época de la amenaza; con el Salvador del mundo comienza la época del castigo.

### **El Edipo de Sófocles y el pueblo judío.—Conclusión.**

Antes de poner término a este discurso, hagamos todos aquí una estación: recojamos el espíritu y el aliento, porque el momento es tan terrible como solemne.

Sófocles escribió una de las más bellas tragedias del mundo, que intituló *Edipo rey*. Esta tragedia ha sido traducida, imitada, reformada por los más bellos ingenios, y a nosotros nos ha cabido la suerte de poseer con ese título una de las tragedias que más honran nuestra literatura clásica.

Pero hay otra tragedia más admirable, más portentosa todavía, que corre sin nombre de autor, y a quien su autor no puso título, sin duda porque no es una tragedia especial, sino

más bien la tragedia por excelencia. Son sus actores principales Dios y un pueblo; el escenario es el mundo, y al prodigioso espectáculo de su tremenda catástrofe asisten todas las gentes y todas las naciones. Entre esa gran tragedia y la de Sófocles, a vuelta de algunas diferencias, hay tan maravillosas semejanzas, que me atrevería a intitularla *Edipo pueblo*.

Edipo adivina los enigmas de la esfinge, y es reputado por el más sabio y el más prudente de los hombres; el pueblo judío adivina el enigma de la humanidad, oculto a todas las gentes, es decir, la unidad de Dios y la unidad del género humano, y es llamado por Jehová anteocha de todos los pueblos. Los dioses dan a Edipo la victoria sobre todos sus competidores, y le asisten en el trono de Tebas. Jehová lleva como por la mano al pueblo hebreo a la tierra de promisión, y le saca vencedor de todos sus enemigos. Los dioses, por la voz de los oráculos délficos, habían anunciado a Edipo, entre otras cosas nefandas, que sería el matador de su padre; Jehová, por la voz de los oráculos bíblicos, había anunciado a los judíos que matarían a su Dios. Un hombre muere a manos de Edipo en una senda solitaria, un hombre muere a manos del pueblo de Dios en el Calvario; este hombre era el Dios de Judá, aquel hombre era el padre de Edipo. Yo no sé lo que hay; pero algo hay, señores, en este *similiter cadens* de la historia, que causa un involuntario pero profundísimo estremecimiento.

Ya lo veis, señores, unos mismos son los oráculos, y una misma la catástrofe: ahora veréis cómo una misma ceguedad hace inevitable esa catástrofe, y hace buenos aquellos tremendos oráculos.

Edipo sabe que mató a aquel hombre en aquella senda; pero su conciencia está tranquila, porque su padre era Polibio: Polibio estaba muy lejos de allí, y el que murió a sus manos era desconocido y extranjero. Los judíos saben que mataron al hombre de Nazareth; saben que le pusieron en una cruz en el Monte Calvario y que le pusieron entre dos ladrones para más escarnecerle, pero su conciencia está tranquila; su Dios había de venir, pero aún estaba lejos; su Dios había de ser conquistador y rey, y había de rugir como el león de Judá, mientras que el hombre de la cruz, había nacido en pobre lugar, de padres pobres, y no había encontrado una piedra en donde reclinar su frente. "Si eres hijo de Dios, ¿por qué no bajas de la cruz?," dijo el pueblo judío. "Si el que murió a mis manos me había dado el ser, ¿cómo al darle la muerte no saltó el corazón en mi pecho? ¿Cómo

es que no me habló la voz de la sangre?" Esto dijo el rey parricida. Y el pueblo matador de su Dios, y el hombre matador de su padre, se complacieron en su sagacidad, y escarnecieron a los oráculos y se mofaron de los profetas.

Pero la divinidad implacable, que calladamente está en ellos y obra en ellos, los empuja para que caigan y quita la luz de sus ojos para que no vean los abismos. Ambos se hallan poseídos de súbito de una curiosidad inmensa, sobrehumana. Edipo pregunta a Yocasta, pregunta a Tiresias, pregunta al anciano que sabe su secreto: "¿Quién es el hombre de la senda? ¿Quién es mi padre? ¿Quién soy yo?" El pueblo judío pregunta a Jesús: "¿Quién eres? ¿Eres, por ventura, nuestro Dios y nuestro rey?" El drama aquí comienza a ser terribleísimo: no hay pecho que no sienta una opresión dolorosa inexplicable, increíble ni frente que no esté bañada con sudores, ni alma que no desfallezca con angustias.

Entre tanto, la cólera de los dioses cae sobre Tebas; la peste diezma las familias y envenena las aguas y los aires. El cielo se deslustra, las flores pierden su fragancia, los campos su alegría. En la populosa ciudad reina el silencio y el espanto, la desolación y la muerte. Las matronas tebanas discurren por los templos, y con votos y plegarias cansan a los dioses. Sobre Jerusalén la mística, la gloriosa, cae un velo fúnebre: por aquí van santas mujeres que se lamentan, por allí discurren en tumulto muchedumbres que se enfurecen. Todas las trompetas proféticas resuenan a la vez en la ciudad sorda, ciega y maldita, que lleva al Calvario al Justo. "Una generación no pasará sin que vengan sobre vosotras, matronas de Sión, tan grandes desventuras, que seréis asombro de las gentes: ya, ya asoman por esos repechos las romanas legiones, ya cruzan por los aires, trayendo el rayo de Dios, las águilas capitolinas. ¡Jerusalén.! ¡Jerusalén! ¡Ay de tus hijos! porque tienen hambre, y no encuentran pan; tienen sed, y no encuentran agua; quieren hacer plegarias y votos en el templo de Dios, y están sin Dios y sin templo; quieren vivir, y a cada paso tropiezan con la muerte; quieren una sepultura para sus cuerpos, y sus cuerpos yacen en los campos sin sepultura y son pasto de las aves."

Edipo sale de su alcázar para consolar a su pueblo moribundo, y gobernando los dioses su lengua, los toma por testigos de que el culpable será puesto a tormento y echado de la tierra: lanza sobre él anticipadamente la excomunión sacerdotal; le maldice en nombre de la tierra y del cielo, de los dioses y de los

hombres, y carga sobre su cabeza con las execraciones públicas. El pueblo judío, tomado de un vértigo caliginoso, poseído de un frenesí delirante, puesto debajo de la mano soberana que le anubla los ojos y le obscurece la razón, y ardiendo en la fragua de sus furores, exclama diciendo: *Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.* ¡Desventurado pueblo! ¡Desventurado rey! Ellos pronuncian su propia sentencia, siendo a un tiempo mismo jueces, víctimas y verdugos. Y después, cuando los oráculos bíblicos y los delfícos se cumplieron, los torbellinos arrancan al pueblo deicida de la tierra de promisión, y el parricida huye del trono de Tebas.

Edipo fué horror de la Grecia, el pueblo judío es horror de los hombres. Edipo caminó con los ojos sin luz, de monte en monte y de valle en valle; publicando las venganzas divinas; el pueblo judío camina, sin lumbre en los ojos y sin reposarse jamás, de pueblo en pueblo, de región en región, de zona en zona, mostrando en sus manos una mancha de sangre que nunca se quita y nunca se seca. Prefirió la ley del talión a la ley de la gracia, y el mundo le juzga por la ley que él mismo se ha dado; dió bofetadas a su Dios, y ha diez y nueve siglos que está recibiendo las bofetadas del mundo; escupió en el rostro de Dios; y el mundo escupe en su rostro; despojó a su Dios de sus vestiduras, y las naciones confiscan sus tesoros y le arrojan desnudo al otro lado de los mares; dió a beber a su Dios vinagre con hiel, y con beber en ella a todas horas el pueblo deicida, no consigue apurar la copa de las tribulaciones; puso en los hombros de su Dios una cruz pesadísima, y hoy se inclina su frente bajo el peso de todas las maldiciones humanas; crucificó, y es crucificado. Pero el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, al mismo tiempo que justiciero es clemente; mientras que los dioses ningún otro consuelo dejaron a Edipo sino su Antígona, el Dios que murió en al cruz, en prenda de su misericordia, dejó a sus matadores la esperanza.

Entre la tragedia de Sófocles y esa otra tragedia sin nombre y sin título, cuya maravillosa grandeza acabo de exponer a vuestros ojos con toda su terrible majestad, hay la misma distancia que entre los dioses gentílicos y el Dios de los hebreos y los cristianos, la misma que entre la Fatalidad y la Providencia, la misma que entre las desdichas de un hombre y las desventuras de un pueblo que ha sido el más libre de todos los pueblos y el más grande de todos los poetas.

He terminado, señores, el cuadro que me había propuesto

presentar ante vuestros ojos: si os parece bello y sublime, su sublimidad y su belleza están en él, como trazado que ha sido por el mismo Dios en la larga y lamentable historia de un pueblo maravilloso: si en él encontráis grandes lunares y sombras, esas sombras y esos lunares son míos; por ellos reclamo vuestra indulgencia: vuestra indulgencia, señores, que nunca ha sido negada a los que, como yo, la imploran, y a los que, como yo, la necesitan.





## *PARTE SEGUNDA*

---

### *Modelos en Verso*





## POESÍA DIDÁCTICA Y GÉNEROS AFINES

---

### 27. Canciones Populares.

Quien canta su mal espanta,  
y aquel que llora lo aumenta;  
yo canto por divertir  
penillas que me atormentan.

Sufre, si quieres gozar;  
baja, si quieres subir;  
pierde, si quieres ganar;  
muere, si quieres vivir.

Si porque me ves caído  
me señalas con el pie,  
piensa que soy hombre, y puedo  
volver a prevalecer.

Al pie de un árbol sin fruto  
me puse a considerar,  
que pocos amigos tiene  
el que no tiene que dar.

Siempre trabaja en su daño  
el astuto engañador:  
a un engaño hay otro engaño,  
a un pícaro otro mayor.

Si el Rey de España supiera  
lo que a los presos les pasa,  
de cárcel en cárcel fuera  
echándolos a su casa.

En la puerta del presidio  
hay escrito con carbón:  
“aquí el bueno se hace malo,  
y el malo se hace peor.”

No hay más amigo que Dios,  
y esto es claro y evidente:  
el más amigo es traidor,  
y el más verdadero miente.

Cuando se emborracha el pobre  
le llaman el borrachón;

cuando se emborracha un rico,  
¡qué gracioso está el señor!

Todo hombre, cuando nace,  
trae un letrado en la frente,  
con letras de fuego escrito,  
que dicen: REO ES DE MUERTE.

No hay plazo que no se cumpla,  
ni deuda que no se pague,  
ni mal que dure cien años,  
ni un enfermo que lo aguante.

El que no sepa rezar,  
que vaya por esos mares,  
y verá que pronto aprende  
sin enseñárselo nadie.

Cuando doblan las campanas  
no doblan por los que mueren;  
doblan por los que están vivos  
para que de ellos se acuerden.

Yo no la temo a la muerte,  
aunque la encuentre en la calle;  
que sin permiso de Dios  
la muerte no mata a nadie.

Muchos hay que en este mundo  
quieren coger sin sembrar;  
el que no siembra no coge:  
así lo dice el refrán.

Nadie murmure de nadie,  
que somos de carne humana,  
y no hay pellejo de aceite  
que no tenga su botana.

Si de mis males te alegras,  
ruégale a Dios por salud;  
que puede ser que algún día  
me ría yo y llores tú.

## CUENTOS

## 28. Baltazar de Alcázar (1530-1606).—La Cena.

En Jaén donde resido  
vive Don Lope de Sosa,  
y diréte, Inés, la cosa  
más brava de él que has oído.

Tenía este caballero  
un criado portugués.....  
Pero cenemos, Inés,  
si te parece primero.

La mesa tenemos puesta,  
lo que se ha de cenar junto,  
las tazas del vino a punto;  
falta comenzar la fiesta.

Comience el vinillo nuevo,  
y échale la bendición;  
yo tengo por devoción  
de santiguar lo que bebo.

Franco fué, Inés, este toque;  
pero arrójame la bota:  
vale un florín cada gota  
de aqueste vinillo aloque.

¿De qué taberna se trajo?  
Mas ya... de la de Castillo;  
diez y seis vale el cuartillo,  
no tiene vino más bajo.

Por nuestro Señor que es mina  
la taberna de Alcocer:  
grande consuelo es tener  
la taberna por vecina.

Si es o no invención moderna;  
vive Dios que no lo sé,  
pero delicada fué  
la invención de la taberna.

Porque allí llevo sediento,  
pido vino de lo nuevo,  
mídenlo, dánmelo, bebo,  
págolo, y voyme contento.

Esto, Inés, ello se alaba,  
no es menester alaballo:  
sola una falta le hallo,  
que con la prisa se acaba.

La ensalada y salpicón  
hizo fin ¿qué viene ahora?  
la morcilla, gran señora,  
digna de veneración.

¡Qué oronda viene y qué bella!  
qué través y enjundia tiene,  
paréceme, Inés, que viene  
para que demos con ella.

Pues sús, encójase y entre  
que es algo estrecho el camino...  
no echés agua, Inés, al vino,  
no se escandalice el vientre.

Echa de lo trasañejo,  
porque con más gusto comas:  
Dios te guarde, que así tomas,  
como sabia el buen consejo.

Mas dí ¿no adoras y aprecias  
la morcilla ilustre y rica?

¡Cómo la traidora pica!  
Tal debe tener especias.

¡Qué llena está de piñones!  
Morcilla de cortesanos,  
y asada por esas manos  
hechas a cebar lechones.

El corazón me rebienta  
de placer: no sé de tí.  
¿Cómo te va? yo por mí  
sospecho que estás contenta.

Alegre estoy vive Dios:  
más oye un punto sutil;  
¿No pusiste allí un candil?  
¿Cómo me parecen dos?

Pero son preguntas viles,  
ya sé lo que puede ser:  
con ese negro beber  
se acrecientan los candiles.

Probemos lo de pichel,  
alto licor celestial,  
no es el aloquillo tal  
ni tiene que ver con él.

¡Qué suavidad! ¡qué clareza!  
¡Qué rancio gusto y olor!  
¡Qué paladar! ¡qué color!  
Todo con tanta fineza.

Mas el queso sale a plaza,  
la moradilla va entrando,  
y ambos vienen preguntando  
por el pichel y la taza.

Prueba el queso, que es extremo,  
el de Pinto no le iguala,  
pues la aceituna no es mala,  
bien puede bogar su remo.

Haz pues, Inés, lo que sueles,  
Daca de la bota llena  
seis tragos. Hecha es la cena:  
levántense los manteles.

Ya, Inés, que habemos cenado  
tan bien, y con tanto gusto,

parece que será justo  
volver al cuento pasado.

Pues sabrás, Inés hermana,  
que el portugués cayó enfermo...  
las once dan, yo me duermo,  
quédese para mañana.

## FÁBULAS, APÓLOGOS Y LETRILLAS

### 29. D. Tomás de Iriarte (1750-1791).

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO.

Un oso, con que la vida  
ganaba un piamontés,  
la no muy bien aprendida  
danza ensayaba en dos pies.

Queriendo hacer de persona  
dijo a una mona: "¿qué tal?"

Era perita la mona,  
y respondióle: "muy mal."

"Yo creo," replicó el oso,  
"que me haces poco favor.  
¿Pues qué? ¿mi aire no es garboso?  
¿No hago el paso con primor?"

Estaba el cerdo presente,  
y dijo: "¡bravo! ¡bien va!  
bailarán más excelente  
ni se ha visto ni verá."

Echó el oso, al oír esto,  
sus cuentas allá entre sí,  
y con ademán modesto  
hubo de exclamar así:

"Cuando me desaprobaba  
la mona, llegué a dudar;  
mas ya que el cerdo me alaba  
muy mal debo de bailar."

Guarde para su regalo  
esta sentencia un autor:  
si el sabio no aprueba, malo;  
si el necio aplaude, peor.

### 30. Los Huevos.

Más allá de las islas Filipinas  
hay una que ni sé cómo se llama,  
ni me importa saberlo, donde es fama  
que jamás hubo casta de gallinas,  
hasta que allá un viajero,

llevó por accidente un gallinero.

Al fin tal fué la cría, que ya el plato  
más común y barato  
era de huevos frescos; pero todos  
los pasaban por agua (que el viajante  
no enseñó a componerlos de otros modos).

Luego de aquella tierra un habitante  
introdujo comerlos estrellados.

¡Oh qué elogios se oyeron a porfía  
de su rara y fecunda fantasía!  
Otro discurrió hacerlos escalfados...  
¡Pensamiento feliz!... otro rellenos...  
¡Ahora sí que están los huevos buenos!  
Uno después inventa la tortilla,  
y todos claman ya ¡qué maravilla!

No bien se pasó un año  
cuando otro dijo: "sois unos petates,  
yo los haré revueltos con tomates."  
Y aquel guiso de huevos tan extraño,  
con que toda la isla se alborota,  
hubiera estado largo tiempo en uso  
a no ser porque luego los compuso  
un famoso extranjero a la *hugonota*.

Esto hicieron diversos cocineros;  
pero ¡qué condimentos delicados  
no añadieron después los reposteros!  
Moles, dobles, hilados,  
en caramelo, en leche,  
en sorbete, en compota, en escabeche.

Al cabo todos eran inventores,  
y los últimos huevos los mejores.  
Mas un prudente anciano  
les dijo un día: "presumís en vano  
de estas composiciones peregrinas.  
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!"

Tantos autores nuevos  
¿no se pudieran ir a guisar huevos  
más allá de las islas Filiipinas?

31. Félix Samaniego (1754-1801). sin que pueda saciarte cosa alguna.  
 —La Lechera. *No anheles impaciente el bien futuro,  
 mira que ni el presente está seguro.*

Llevaba en la cabeza  
 una lechera el cántaro al mercado  
 con aquella presteza,  
 aquel aire sencillo, aquel agrado,  
 que va diciendo a todo el que lo ad-  
 vierte:

“¡Yo sí que estoy contenta con mi  
 suerte!”

Porque no apetecía  
 más compañía que su pensamiento,  
 que alegre la ofrecía  
 inocentes ideas de contento.

Marchaba sola la feliz lechera,  
 y decía entre sí de esta manera:

“Esta leche vendida  
 en limpio me dará tanto dinero;  
 y con esta partida  
 un canasto de huevos comprar quiero  
 para sacar cien nolos que al estío  
 me rodeen cantando el *pío, pío*.

“Del importe logrado  
 de tanto pollo mercaré un cochino;  
 con bellota, salvado,  
 berza, castaña, engordará sin tino,  
 tanto que puede ser que yo consiga  
 ver cómo se le arrastra la barriga.

“Llevarélo al mercado,  
 sacaré de él sin duda buen dinero:  
 compraré de contado  
 una robusta vaca, y un ternero  
 que salte y corra toda la campaña  
 hasta el monte cercano a la cabaña.”

Con este pensamiento  
 enajenada, brinca de manera,  
 que a su salto violento  
 el cántaro cayó. ¡Pobre lechera!  
 ¡Qué compasión! Adiós leche, dinero,  
 huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.

¡Oh loca fantasía,  
 qué palacios fabricas en el viento!  
 Modera tu alegría,  
 no sea que saltando de contento,  
 al contemplar dichosa tu mudanza,  
 quiebre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa  
 De mejor o más próspera fortuna,  
 que vivirás ansiosa,

32. Selgas (1822-1892).—El Rocío.

## I

Desde la cumbre  
 tímida el alba  
 borda los cielos  
 de oro y de nácar.

Inquieto el aire  
 mece las ramas  
 y alegre corre  
 saltando el agua.

Las flores abren  
 sus hojas castas,  
 los ramos tienden,  
 las fuentes alzan.

Y del rocío  
 de la mañana  
 doble corona de brillantes perlas  
 muestran ufanas.

## II

La tarde expira,  
 la luz se apaga,  
 y enluta el monte  
 la sombra vaga.

El aire triste  
 gime en las ramas,  
 y entre las piedras  
 solloza el agua.

Cierran las flores  
 sus hojas pálidas,  
 los tallos doblan,  
 las frentes bajan.

Y es el rocío  
 que las esmalta  
 el llanto con que lloran afligidas  
 sus muertas galas.

## III

Hasta las dulces gotas  
 con que el rocío baña  
 de las sencillas flores  
 las hojas perfumadas,  
 son, para ejemplo triste  
 de las pompas humanas,  
 por la mañana, perlas;  
 y por la tarde, lágrimas.

### 33. La Violeta (*la modestia*.)

Por las flores proclamado  
rey de una hermosa pradera,  
un clavel afortunado  
dió principio a su reinado  
al nacer la primavera.

Con majestad soberana  
llevaba y con noble brío  
el regio manto de grana,  
y sobre la frente ufana  
la corona de rocío.

Su comitiva de honor  
mandaba, por ser costumbre,  
el céfiro volador,  
y había en su servidumbre  
hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,  
porque también era uso,  
quiso una flor para esposa;  
y regimiento dispuso  
elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,  
y porque causa delicia  
en la numerosa grey,  
pronto corrió la noticia  
por los estados del rey.

Y en revuelta actividad,  
cada flor abre el arcano  
de su fecunda beldad,  
por prender la voluntad  
del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas  
engañarse se veían  
con harta envidia, dispuestas  
a ver las solemnnes fiestas  
que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla,  
el rey admirado duda,  
cuando ocultarse sencilla  
vió una tierna florecilla  
entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor,  
de su corona le inquieta,  
pregúntale con amor:  
—“¿Cómo te llamas?—Violeta,”  
dijo temblando la flor.

—“¿Y te ocultas cuidadosa,  
y no luces tus colores,  
violeta dulce y medrosa,

hoy que entre todas las flores  
va el rey a elegir esposa?”

Siempre temblando la flor,  
aunque llena de placer,  
suspiró y dijo:—“Señor,  
Yo no puedo merecer  
tan distinguido favor.”

El rey suspenso la mira  
y se inclina dulcemente;  
tanta modestia la admira;  
su blanda esencia respira,  
y dice alzando la frente:

—“Me depara mi ventura  
esposa noble y apuesta;  
sepa, si alguno murmura,  
que la mejor hermosura  
es la hermosura modesta.”

Dijo, y el aura afanosa  
publicó en forma de ley,  
con voz dulce y melodiosa,  
que la violeta es la esposa  
elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;  
ambos esposos se dieron  
pruebas de amor manifiestas,  
y en aquel reinado fueron  
todas las flores modestas.

### 34. Padre Cayetano Fernández (1820-1901).—La Azucena.

Era un jardín; sus delicadas flores  
de aroma ricas, de color suaves,  
son los castos amores  
de un Príncipe, su dueño,  
que del mágico edén tiene las llaves,  
y guarda él solo con prolijo empeño.

No hay en él una flor con mancha  
o ruga;  
todas son virginales,  
hermosas, celestiales,  
sin huella de gusano ni de oruga.  
¡Oh! si oscuro lunar alguna arroja,  
el Jardinero al punto la deshoja!

Ved la causa del llanto que a porfía,  
desde el lirio a la malva,  
derramaban las flores cierto día,  
al despuntar el alba:  
fué que un rojo clavel, del Dueño  
amado,  
con negra pinta amaneció manchado!



Ruegan todas por él, mas no hay  
consuelo!  
La violeta temblando,  
más lívida se pone con su duelo;  
el nardo, el alelí, su tez plegando,  
se vuelven sin perdón; y hasta la rosa  
torna más bella cuanto más llorosa.

¡Ay del triste clavel! que nadie  
alcanza  
a redimir su pena;  
pero... al misero resta una esperanza:  
¿La cándida azucena  
ha rogado por él? ¡Oh! vedla luego  
reunir sus gracias y elevar su ruego.

Era la flor de blanco alabastrino,  
pura más que el aliento de un querube:  
su perfume divino  
como el incienso sube  
a regalar al Dueño enamorado:  
era la flor más bella del cercado.

Y con granos de oro  
rutilantes adorna el albo seno;  
y del aura y la luz y el campo ameno  
se ostenta cual riquísimo tesoro,  
cuyos reflejos vivos  
al aurá, campo y luz tienen cautivos.

El Dueño amante con afán la mira,  
y—"Pide, exclama, pues tu amor suspira,  
tuyo soy todo entero."

Y tímida, acertando a hablar apenas,  
al punto dice:—"Quiero...."

Una gota de sangre de tus venas!

La verteré sobre el clavel liviano;  
y el carmín soberano  
sanando por entero

su fino esmalte, la color perdida,  
la flor te deberá su ser primero,  
y a la azucena... deberá la vida."

Dijo, y las aves en alegre canto  
rompieron a la vez; y más sonora  
la fuente murmuró; con nuevo encanto  
la brisa voladora  
al infausto clavel que holló sus galas  
la nueva del perdón llevó en sus alas.

Y tuvieron festín todas las flores;  
y brillaron con célicos fulgores,  
según dice la historia,  
para dar al clavel la enhorabuena,  
al Jardinero gloria,  
y aplausos mil y mil a la azucena.

*¡Oh mortal! si la mancha del pecado  
a morir te condena,  
contra Dios irritado  
aun te resta en el cielo una Azucena.  
Implórala, diciéndole: ¡MARÍA!  
TU ERES LA VIDA, LA ESPERANZA MÍA.*

35. D. Luis de Góngora (1561-  
1627).—La Flor de la Maravilla.

*Aprended, flores, de mí  
lo que va de ayer a hoy;  
que ayer Maravilla fui,  
y hoy sombra mía aun no soy.*

La aurora ayer me dió cuna,  
la noche ataúd me dió.  
Sin luz muriera, si no  
me la prestara la luna.  
Pues de vosotras ninguna  
deja de morir así:  
*Aprended, flores, de mí...*

Consuelo dulce el clavel  
es a la brevedad mía;  
pues quien me concedió un día  
dos apenas le dió a él.  
Efímeras del vergel,  
yo cárdena, él carmesí:  
*Aprended, flores, de mí...*

Flor es el jazmín, y bella,  
no de las más vividoras;  
pues vive pocas más horas,  
que rayos tiene de estrella.  
Si el ámbar florece, es ella  
la flor que contiene en sí:  
*Aprended, flores, de mí...*

El alhelí, aunque grosero  
en fragancia y en olor,  
más días ve que otra flor,  
pues ve los de Mayo entero.  
Morir Maravilla quiero  
y no vivir alhelí:  
*Aprended, flores, de mí...*

A ninguna flor mayores  
términos concede el sol,  
que al sublime girasol,  
Matusalén de las flores.  
Ojos son aduladores  
cuantas hojas en él vi:  
*Aprended, flores, de mí...*

*lo que va de ayer a hoy;  
que ayer Maravilla fui,  
y hoy sombra mía aun no soy.*

**36. José Iglesias de la Casa (1753-1791).—Letrilla.**

*¿Ves aquel señor graduado  
roja borla, blanco guante,  
que n  mine discrepante  
fué en Salamanca aprobado?  
Pues con su borla, su grado,  
cátedra, renta y dinero,  
es un grande majadero.*

*¿Ves servido un se  or  n  
de pajes, en gran carroza,  
que un rico título goza  
porque acertó a ser bar  n?  
Pues con su casa, blasón,  
título, coche y cochero,  
es un grande majadero.*

*¿Ves al jefe blasonando  
que tiene el cuero cosido  
de heridas que ha recibido  
all   en Flandes batallando?  
Pues, con su escuadrón, su mando,  
su honor, heridas y acero,  
es un grande majadero.*

*¿Ves aquel paternidad  
tan grande y tan reverendo,  
que prior le est   eligiendo  
toda su comunidad?  
Pues con su gran dignidad,  
tan serio, ancho y tan entero,  
es un grande majadero.*

*¿Ves al juez con fiera cara  
en su tribunal sentado,  
condenando al desdichado  
reo, que en sus manos para?  
Pues con sus ministros, vara,  
audiencia y juicio severo,  
es un grande majadero.*

*¿Ves al que esta satirilla  
escribe con tal denuedo  
que no cede ni a Quevedo  
ni a ningún otro en Castilla?  
pues con su vena, letrilla,  
pluma, papel y t  ntero,  
es un grande majadero.*

**37. Manuel Bretón de los Herre-  
ros (1796-1873).—Madrid y el  
Campo.**

*   Oh, que linda es la pradera  
un día de primavera,  
cuando la rosada aurora  
perlas y diamantes llora  
sobre la yerba y la flor!—  
Pero la cama es mejor.*

*   Cómo es grato entre la sombra,  
pisando la verde alfombra,  
por la verita del río  
caminar al caserío  
del vecino labrador!—  
Pero en un coche es mejor.*

*   Oh, cómo en estiva siesta  
regocijan la floresta  
fresca, lozana y umbría,  
con su dulce melodía  
el mirlo y el ruiseñor!—  
La de Rossini es mejor.*

*   Oh, qué hermosa es la perdiz  
con su galano mat  z,  
volando de ramo en ramo  
hacia el mentido reclamo  
del astuto cazador!—  
Pero en la mesa es mejor.*

*   Oh, cómo en la pura fuente,  
bulliciosa y transparente,  
entre las menudas guijas,  
sin auxilio de botijas  
brinda el agua!...—S   señor;  
pero un sorbete es mejor.*

*Si no sopla rudo cierzo,  
   oh, qué bien sabe el almuerzo  
en camp  a libre y rasa!...—  
S   por cierto; pero en casa  
de mi amigo el Senador  
se almuerza mucho mejor.*

*Buen provecho a los secuaces  
de placeres montaraces;  
mas yo a la corte me atengo;  
que es bueno el campo, convengo;  
delicioso, encantador...  
Pero Madrid es mejor.*

## 38. D. Antonio Trueba (1821-1889).

## —Las Madres. (Diálogo)

De padres a padrastrós  
hay cuatro leguas;  
de madres a madrastras  
hay cuatrocientas.

(Copia del autor.)

## I

—¡Quiquiriquí!

—Canta el gallo,

y con ésta ya van tres.

Ea, muchachos, arriba,

que es cerca de amanecer.

—Todavía es muy temprano....

¡padre, déjenos usted

otro poquito!

—¿Que os deje

cuando tenemos la mies

clamando porque cuanto antes

la vayan a recoger?

¡Ea, arriba, perezosos!

—¡Antón, déjalos! ¿no ves

que están los pobres muchachos

reventaditos de ayer?

—¡No, buena procuradora

tienen en tí!

—Que se estén

en la cama hasta que el gallo

cante siquiera otra vez.

—Bien que se estén. ¡Estas madres

los echan siempre a perder!

—Hombre, ¿qué quieres que hagamos?

—No haceros tanto de miel.

—Hijos de nuestras entrañas

¿no los hemos de querer?

## II

—Muchachos, que ya es de día.

—Padre, ya estamos en pie.

—Ea, pues, a ver si hoy cunde

la tarea más que ayer.

—Hombre, ¿son algunos negros?

—¿Ya sales tú?

—Ya se ve

que salgo.

—Pero, señor,

que en todo se han de meter

estas mujeres!

—Tratándose

de mis chicos, con el rey

me peleo yo... ¿Hijos míos,

vais en ayunas? Bebed

un poquito de aguardiente

con un bollo. Os voy a hacer

para almorzar unas migas

que estén diciendo... comed.

Abrochaos esos cuellos,

que con el sol os ponéis

lo mismo que unos gitanos...

¡Válgame Dios de Israel,

que por más que una se mate,

no ha de poder nunca ver

arreglados a estos hijos!

Id con Dios.

—Hasta después.

—Eres la madre... ¡más madre

que se ha visto ni se ve!

—¡Déjame, Antón por los clavos

del Señor! ¿Y qué he de hacer?

Si su madre no los quiere,

¿quién ha de quererlos, quién?

## III

¡Qué hermosa está la mañana!

¡Qué bien se está aquí, qué bien!

Desde esta ventana un mundo

en miniatura se ve.

El aire de la mañana

olores va a recoger

al tomillar de los cerros

y aquí los vierte después...

Airecito que vertiendo

olores como la miel

en mi ventana suspiras,

que Dios te bendiga, amén!...

Antón, el sol de Dios sale

por detrás del cerro aquel...

Qué hermoso, ¡Dios le bendiga!

Antón, ¿no le quieres ver?

—Déjame de sol ni sombra,

que harto me abraso con él.

Si no es el sol que tú miras

el que madura la mies;

si el sol que tú miras son

tus hijos.

—Pues bien; ¿y qué?

¡Los hijos son el espejo

en que las madres se ven!...

## IV

—¿Qué tienes, hija, estás mala?

Hace ya cerca de un mes

que no duermes, que no comes,  
que reir no se te ve;  
te vas quedando en los huesos...

¿Qué tienes, vamos a ver?

¿Quieres que se llame al médico?

—No, Antón, porque inútil es.

—¿Pero no sabes qué tienes?

—¡Demasiado, Antón, lo sé.

Los hijos de mis entrañas  
van a ir a servir al rey!

—Tonta, y por eso te afliges?

Mira, para conocer  
al mundo, no hay mejor cosa  
que andar siete años por él.  
Todos los hombres debieran  
estos estudios hacer.

—Antón, vosotros los padres  
así pensaréis tal vez;  
pero las madres pensamos  
que es el dolor más cruel  
ver a los hijos del alma  
esos mundos recorrer  
muertos de cansancio un día,  
otros muertos de hambre y sed,  
casi desnudos ahora  
tristes y enfermos después,  
y siempre maltrataditos  
por hombres sin Dios ni ley.

—Es verdad, que hay algo de eso,  
pero hija, ¿qué hemos de hacer  
si caen soldados los chicos?

—¿Antón, y preguntas qué?

Hasta los últimos clavos  
para librarlos vender;  
y si esto no basta, yo  
por esos mundos iré  
pidiendo de puerta en puerta  
para que a servir al rey  
no vayan los pobres hijos  
que con tanto afán crié.

—Alegando algún achaque  
se podrán librar tal vez.

—Eso sería mentir,  
y dos veces ofender  
a Dios que los ha criado  
más hermosos que un clavel.

—Pues venderemos las tierras  
ya que te empeñas, mujer.

—¡Gracias, Antón de mi alma!

¿Qué Dios te bendiga, amén!

Para las madres la gloria  
es siempre a sus hijos ver...

¡Ah! si Dios nos da dolores,  
consuelos nos da también...

### 39. Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811).—Fabio a Anfriso.

Desde el oculto y venerable asilo,  
do la virtud austera y penitente  
vive ignorada, y del liviano mundo  
huída en santa soledad se esconde,  
el triste Fabio al venturoso Anfriso  
salud en versos flébiles envía.  
Salud le envía a Anfriso, al que ins-  
pirado

de las mantuanas musas tal vez suele  
al grave son de su celeste canto  
precipitar del viejo Manzanares  
el curso perezoso: tal suave  
suele ablandar con amorosa lira  
la altiva condición de sus zagalas.  
Plugiera a Dios, Anfriso, que el cui-  
tado

a quien no dió la suerte tal ventura,  
pudiese huir del mundo y sus peligros!  
¡Plugiera a Dios, pues ya con su  
barquilla

logró arribar a puerto tan seguro,  
que esconderla supiera en este abrigo  
a tanta luz y ejemplos enseñado!  
Huyera así la furia tempestuosa  
de los contrarios vientos, los escollos  
y las fieras borrascas tantas veces  
entre sustos y lágrimas corridas.  
Así también del mudanal tumulto  
lejos y en estos montes guarecido,  
alguna vez gozara del reposo  
que hoy desterrado de su pecho vive.

¡Mas ay de aquél, que, hasta en el  
santo asilo

de la virtud, arrastra la cadena,  
la pesada cadena, con que el mundo  
oprime a sus esclavos! Ay del triste  
en cuyo oído suena con espanto,  
por esta oculta soledad rompiendo,  
de su señor el imperioso grito!

Busco en estas moradas silenciosas  
el reposo y la paz, que aquí se esconden,  
y sólo encuentro la inquietud funesta,  
que mis sentidos y razón conturba.

Busco paz y reposo, pero en vano  
 lo busco ¡oh caro Anfriso! que estos  
     dones,  
 herencia santa, que al partir del mundo  
 dejó Bruno en sus hijos vinculada.  
 nunca en profano corazón entraron,  
 ni a los parciales del placer se dieron.

Conozco bien que fuera de este asilo  
 sólo me guarda el mundo sinrazones,  
 vanos deseos, duros desengaños,  
 susto y dolor, empero todavía  
 a entrar en él no puedo resolverme.  
 No puedo resolverme, y despechado  
 sigo el impulso del fatal destino,  
 que a muy más dura esclavitud me  
     guía.

Sigo su fiero impulso, y llevo siempre  
 por todas partes los pesados grillos  
 que de la ansiada libertad me privan.  
 De afán y angustia el pecho traspassedo,  
 pido a la muda soledad consuelo,  
 y con dolientes quejas le importuno.  
 Salgo al ameno valle, subo al monte,  
 sigo del claro río las corrientes,  
 busco la fresca y deleitosa sombra,  
 corro por todas partes, y no encuentro  
 en parte alguna la quietud perdida.  
 ¡Ay, Anfriso, qué escenas a mis ojos,  
 cansados de llorar, presenta el cielo!

Rodeado de frondosos y altos montes  
 se extiende un valle, que de mil delicias  
 con sabia mano ornó naturaleza:  
 pártelo en dos mitades, depeñado  
 de las vecinas rocas, el Lozoya,  
 por su pesca famoso y dulces aguas.  
 Del claro río sobre el verde margen  
 crecen frondosos álamos, que al cielo  
 ya erguidos alcanzan las plateadas copas,  
 o ya sobre las aguas encorvados  
 en mil figuras miran con asombro  
 su forma en los cristales retratada.

De la siniestra orilla un bosque umbrío  
 hasta la falda del vecino monte  
 se extiende, tan ameno y delicioso,  
 que le hubiera juzgado el gentilismo  
 morada de algún dios, o a los misterios  
 de las silvanas Driadas guardado.

Aquí encamino mis inciertos pasos,  
 y en su recinto umbrío y silencioso,  
 mansión la más conforme para un triste,

entro a pensar en mi cruel destino.  
 La grata soledad, la dulce sombra,  
 el aire blando, y el silencio mudo  
 mi desventura y mi dolor adulan.  
 No alcanza aquí del padre de las luces  
 el rayo acechador, ni su reflejo  
 viene a cubrir de confusión el rostro  
 de un infeliz, en su dolor sumido.

El canto de las aves no interrumpe  
 aquí tampoco la quietud de un triste:  
 pues sólo de la viuda tortolilla  
 se oye tal vez el lastimero arrullo,  
 tal vez el melancólico trinado  
 de la angustiada y triste filomena.  
 Con blando impulso el céfiro suave,  
 las copas de los árboles moviendo,  
 recrea el alma con el manso ruido;  
 mientras al dulce soplo desprendidas  
 las agostadas hojas revolando  
 bajan en lentos círculos al suelo.  
 Cúbrenle en torno, y la frondosa pompa,  
 que al árbol adornara en primavera,  
 yace marchita, y muestra los rigores  
 del abrasado estío y seco otoño.  
 ¡Así también de juventud lozana  
 pasan, ¡oh Anfriso! las livianas dichas!  
 Un soplo de inconstancia, de fastidio,  
 o de capricho femenino, las tala  
 y lleva por el aire, cual las hojas  
 de los frondosos árboles caídas.

Ciegos empero, y tras su vana sombra  
 de continuo exhalados, en pos de ellas  
 corremos hasta hallar el precipicio,  
 do nuestro error y su ilusión nos guían.  
 Volamos en pos de ellas, como suele  
 el ave de la dulce libertad reclamo  
 incauto el pajarillo. Entre las hojas  
 el preparado visco le detiene;  
 lucha cautivo por huir, y en vano;  
 porque un traidor, que en asechanza  
     atisba,

con mano infiel la libertad le roba,  
 y a muerte le condena, o cárcel dura.  
 ¡Ah! ¡dichoso el mortal de cuyos ojos  
 un pronto desengaño corrió el velo  
 de la ciega ilusión! ¡Una y mil veces  
 dichoso el solitario penitente,

que triunfando del mundo y de sí mismo,  
 vive en la soledad libre y contento!  
 Unido a Dios por medio de la santa

contemplación, le goza ya en la tierra,  
y retirado en su tranquilo albergue  
observa reflexivo los milagros  
de la naturaleza, sin que nunca  
turben el susto ni el dolor su pecho.

Regálale las aves con su canto,  
mientras la aurora sale refulgente  
a cubrir de alegría y luz el mundo.  
Nácele siempre el sol claro y brillante,  
y nunca a él levanta conturbados  
sus ojos, ora en el Oriente raye,  
ora del cielo a la mitad subiendo  
en pompa guía el reluciente carro,  
ora con tibia luz más perezoso  
su faz esconda en los vecinos montes.  
Cuando en las claras noches cuidadoso  
vuelve desde los santos ejercicios,  
la plateada luna en lo más alto  
del cielo mueve su luciente rueda  
con augusto silencio; y recreando  
con blando resplandor su humilde vista,  
eleva su razón, y la dispone  
a contemplar la alteza y la inefable  
gloria del Padre y Criador del mundo.  
Libre de los cuidados enojosos,  
que en los palacios y dorados techos  
nos turban de continuo, y entregado  
a la inefable y justa Providencia,  
si al breve sueño alguna pausa pide  
de sus santas tareas, obediente  
viene a cerrar sus párpados el sueño  
con mano amiga, y de su lado ahuyenta

el susto y las fantasmas de la noche.

¡Oh suerte venturosa a los amigos  
de la virtud guardada! ¡Oh dicha  
nunca

de los tristes mundanos conocida!

¡Oh monte impenetrable! Oh bosque  
umbrío!

¡Oh valle deleitoso! ¡Oh solitaria  
taciturna mansión! ¡Oh quién del alto  
y proceloso mar del mundo huyendo  
a vuestra eterna calma, aquí seguro  
vivir pudiera siempre y escondido!

Tales cosas revuelvo en mi memoria  
en esta triste soledad sumido.

Llega en tanto la noche, y con su manto  
cobija el ancho mundo. Vuelvo en-  
tonces

a los medrosos claustros. De una escasa  
luz el distante y pálido reflejo  
guía por ellos mis inciertos pasos,  
y en medio del horror y del silencio  
¡oh fuerza del ejemplo portentosa!  
mi corazón palpita, en mi cabeza  
se erizan los cabellos, se estremecen  
mis carnes, y discurre por mis nervios  
un súbito rigor, que los embarga.

Parece que oigo que del centro oscuro  
sale una voz tremenda, que rompiendo  
el eterno silencio, así me dice:

“Huye de aquí, profano, tú, que llevas  
de ideas mundanales lleno el pecho,  
huye de esta morada, do se albergan,  
con la virtud humilde y silenciosa  
sus escogidos. Huye y no profanes  
con tu planta sacrilega este asilo.”  
De aviso tal al golpe confundido,  
con paso vacilante voy cruzando  
los pavorosos tránsitos, y llego  
por fin a la morada, donde ni hallo  
el ansiado reposo, ni recobran  
la suspirada calma mis sentidos.  
Lleno de congojosos pensamientos  
paso la triste y perezosa noche  
en molesta vigilia sin que llegue  
a mis ojos el sueño, ni interrumpan  
sus regalados bálsamos mi pena.  
Vuelve por fin con la risueña aurora  
la luz aborrecida, y en pos de ella  
el claro día a publicar mi llanto,  
y dar nueva materia al dolor mío.

#### 40. Leandro Fernández Moratín (1760-1828).—El Filosofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante  
locuaz, declamador, a verme vino  
en punto de las diez. Si de él te  
acuerdas,

sabrás que no tan sólo es importuno,  
presumido, embrollón; sino que a tantas  
gracias añade la de ser goloso,  
más que el perro de Filis. No te puedo  
decir con cuántas indirectas frases,  
y tropos elegantes y floridos,  
me pidió de almorzar. Cedí al encanto  
de su elocuencia, y vieras conducida  
del rústico gallego que me sirve,  
ancha bandeja con tazón chinesco

rebotando de hirviente chocolate;  
 (ración cumplida para tres Doctores  
 de Salamanca) y en cristal luciente  
 agua que serenó barro de Andújar:  
 tierno y sabroso pan, mucha abundancia

de leves tortas y bizcochos duros,  
 que toda absorben la poción suave  
 de Soconusco, y su dureza pierden.  
 No con tanto placer el lobo hambriento  
 mira la enferma res, que en solitario  
 bosque perdió el pastor; como el ayuno  
 huésped, el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozo,  
 altos elogios hizo del fragante  
 aroma que la taza despedía,  
 del esponjoso pan, de los dorados  
 bollos, del plato, del mantel, del agua;  
 y empieza a devorar. Mas no presumas  
 que por eso calló; diserta y come,  
 engulle y grita, fatigando a un tiempo  
 estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!  
 ¡Cuánta doctrina acumuló, citando,  
 vengan al caso o no, godos y etruscos!  
 Al fin, en ronca voz;—¡Oh! edad  
 nefanda,

vicios abominables! ¡Oh costumbres!  
 ¡Oh corrupción! exclama; y de camino  
 dos tortas se tragó.—¡Qué a tanto llegue  
 nuestra depravación, y un placer solo  
 tantos afanes y dolor produzca  
 a la oprimida humanidad! Por este  
 sorbo llenamos de miseria y luto  
 la América infeliz, por él Europa,  
 la culta Europa, en el oriente usurpa  
 vastas regiones; porque puso en ellas  
 naturaleza el cinamomo ardiente;  
 y para que más grato el gusto adule  
 este licor, en duros eslabones  
 hace gemir al atezado pueblo,  
 que en Africa compró, simple y desnudo.  
 ¡Oh! ¡qué abominación!—Dijo, y llo-

rando

lágrimas de dolor, se echó de un golpe  
 cuanto en el hondo cangilón quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa  
 llanto causa también, de mármol eres:  
 que es mucha erudición, celo muy puro,  
 mucho prurito de censura estoica  
 el de mi huésped; y este celo, y esta  
 comezón docta, es general locura  
 del filosofador siglo presente.

Más difíciles somos y atrevidos  
 que nuestros padres, más innovadores,  
 pero mejores no. Mucha doctrina,  
 poca virtud. No hay picarón tramposo,  
 venal, entremetido, disoluto,  
 infame delator, amigo falso,  
 que ya no ejerza autoridad censoria  
 en la Puerta del Sol, y allí gobierne  
 los Estados del mundo; las costumbres,  
 los ritos y las leyes mude y quite.  
 Prócuro, que se viste, y calza, y come  
 de calumniar y de mentir, publica  
 centones de moral. Nevio, que puso  
 pleito a su madre y la encerró por loca,  
 dice que ya la autoridad paterna  
 ni apoyos tiene ni vigor, y nace  
 la corrupción de aquí. Zenón, que  
 trata

de no pagar a su pupila el dote,  
 habiéndola comido el patrimonio  
 que en su mano rapaz la ley le entrega,  
 dice que no hay justicia, y se condeule  
 de que la probidad es nombre vano...

Camilo apunta  
 cien onzas, mil, a la mayor de espadas,  
 en ilustres garitos disipando  
 la sangre de sus pueblos infelices;  
 y habla de patriotismo... Claudio,  
 todos

predican ya virtud como el hambriento  
 D. Ermeguncio cuando sorbe y llora...  
 dichoso aquel que la practica y calla.

## POEMAS DIDASCALICOS

41. Pablo de Céspedes (1536-1608).  
Pintura del Caballo.

Muchos hay que la fama ilustre y  
nombre

por estudio más alto ennobleciera  
con obras famosísimas, do el hombre  
explica el artificio y la manera;  
sólo el caballo les dará renombre  
y gloria en la presente y venidera  
edad, pasando del dibujo esquivo  
a descubrirnos cuanto muestra el vivo.

Que parezca en el aire y movimiento  
la generosa raza do ha venido,  
salga con altivez y airevimiento  
vivo en la vista, en la cerviz erguido;  
estribe firme el brazo en duro asiento  
con el pie resonante y atrevido;  
animoso, insolente, libre, ufano,  
sin temor al horror de estruendo vano.

Brioso el alto cuello y enarcado,  
con la cabeza descarnada y viva;  
llenas las cuencas, ancho y dilatado  
el bello espacio de la frente altiva;  
breve el vientre rollizo, no pesado,  
ni caído de lados, y que aviva  
los ojos eminentes; las orejas  
altas sin derramarlas, y parejas.

Bulla hinchado el fervoroso pecho  
con los músculos fuertes y carnosos;  
hondo el canal dividirá derecho  
los gruesos cuartos, limpios y hermosos;  
llena el anca y crecida, largo el trecho  
de la cola, y cabellos desdeñosos,  
ancho el hueso del brazo y descarnado,  
el casco negro, liso y acopado.

Parezca que desdeña ser postrero,  
si acaso caminando, ignota puente,  
se le pone al encuentro, y delantero  
precede a todo el escuadrón siguiente;  
seguro, osado, denodado y fiero  
no dude de arrojar a la corriente  
raudal, que con las ondas retorcidas  
resuena en las riberas combatidas.

Si de lejos el arma dió el aliento  
ronca la tropa militar de Marte,

de repente estremece un movimiento  
los miembros, sin parar en una parte;  
crece el resuello, y recogido el viento,  
por la abierta nariz ardiendo parte;  
arroja por el cuello levantado  
el cerdoso cabello al diestro lado.

Tal las sueltas madejas extendidas  
de la fiera cerviz con fiero asalto,  
cuando con los relinchos encendidas  
el aire y blanca nieve a Pelio alto,  
las matas, más cerradas esparcidas  
al vago viento igual de salto en salto,  
en el encuentro de su ninfa bella,  
Saturno volador delante della;

Tal el gallardo Cílaro iba en suma,  
y los de Marte atroz iban y tales;  
fuego espiraba la albicante espuma  
de los sangrientos frenos y bozales;  
tal con el tremolar de libia pluma  
volaban por los campos desiguales  
con ánimos y pechos varoniles  
los del carro feroz del grande Aquiles.

A los cuales excede en hermosura  
el cisne volador del señor mío,  
que la victoria cierta se asegura  
de otro cualquiera en gentileza y brío;  
va delante a la nieve helada y pura  
en color, y en correr al Euro frío,  
y a cuantos en su verso culto admira  
la ronca voz de la pelasga lira.

42. Martínez de la Rosa (1787-  
1862).—Arte Poética. Canto. IV.  
—De la Indole Propia de Varias  
Composiciones.

Invención, habla hermosa, dulces  
versos

al par en vuestras obras resplandecen;  
¿por qué suerte fatal, apenas nacen,  
olvidadas del público, perecen?  
Porque no basta a vates y pintores  
la feliz invención, el fiel diseño,  
ni hermanar diestramente los colores:  
han menester el arte, el don precioso,  
de tan raros ingenios poseído,  
de dar a cada asunto, a cada cuadro,



la propia forma, el propio colorido.  
 Coronada de flores  
 natural placentera  
 a Albano concediera  
 las gracias retratar y los amores:  
 al par sencillo y grato  
 con su fácil pincel el gran Velázquez  
 del hombre nos ofrece el fiel retrato;  
 mas el pasmo divino  
 presentar del Tabor tan sólo es dado  
 al audaz genio del pintor de Urbino.

En concierto feliz el arte ostente  
 composición, diseño, colorido  
 propio de cada cuadro y conveniente;  
 y en asuntos diversos  
 al par de ellos varíe  
 pensamientos, dicción, estilo, versos.  
 Que no asienta el ornato, el fausto y  
 brillo

al asunto sencillo;  
 al grave, la altivez o la llaneza;  
 y al noble y elevado  
 cuanto amengüesulustrey su grandeza.  
 Con voz distinta y peculiar acento  
 enseña la razón altas verdades,  
 luce el festivo ingenio su agudeza,  
 pinta la fantasía,  
 y expresa el corazón su sentimiento;  
 mas quien los vivos tonos  
 mezcla al acaso y sin cesar varía,  
 ¿qué pretende con torpe disonancia,  
 sino mostrar su orgullo y su ignorancia?

Nacida entre la paz y la dulzura  
 de la dorada edad, la *Égloga* amable  
 su inocencia celebra y su ventura:  
 sus blandos sentimientos,  
 sus sencillos acentos  
 fáciles nacen en su pecho y labio;  
 ni muestra ingenio, ni agradar procura;  
 y cándida, inocente,  
 nos muestra fiel cuanto en el alma siente.

A par condena el fausto y el esmero  
 de altiva cortesana,  
 y el tono vil y el hábito grosero  
 de rústica villana:  
 con arte no aprendido  
 cual el canto del ave  
 suena su voz suave;  
 con las flores del prado se engalana;  
 y en su inocencia pura

con la vecina fuente  
 sus adornos consulta y su hermosura.

Pero natura misma  
 le inspira amor, y canta sus amores;  
 no conoce más ansias ni más duelos  
 que el desdén y los celos,  
 otro bien sino el huerto y el ganado,  
 ni más reinos y mares  
 que el monte y río, la laguna y prado.

Mas su tñno sencillo  
 no es menos variado  
 que dulce y sazonado;  
 y su canto suave,  
 siguiendo el eco de apacible avena,  
 cual manso arroyo entre las flores suena.

Decámpestres guirnalda más ornado,  
 y de artificio y pompa al par ajeno,  
 muéstrase el tierno *Idilio*  
 de nativa bondad y gracia lleno;  
 ya con fácil pincel en breves cuadros  
 retrate de la plácida natura  
 la gala y hermosura;  
 ya con eco sensible y lastimero  
 de Adonis nos describa el caso fiero.

Con voz más elevada  
 y noble desaliento afectuoso,  
 suelto el cabello, humedecida en llanto,  
 Andrómaca lamenta al tierno esposo:  
 ni la mísera expresa su quebranto  
 con tono osado y fuego impetuoso,  
 ni recuerda con fausto las memorias  
 de las troyanas glorias;  
 envidia en su aflicción la cruda muerte  
 de otra infeliz princesa, y la antepone  
 al lento afán de su enemiga suerte.  
 Tal la triste *Elegía*  
 con blanda voz y pecho enternecido  
 los casos llora de la suerte ímpia:  
 en su lánguido tono, en su descuido,  
 descubre su dolor y su ternura,  
 sin humillarse nunca torpemente  
 ni presumir de ingenio y hermosura.  
 Mísera y sola, en sus amargas quejas  
 alivio busca el ánimo doliente;  
 sus cantos son gemidos,  
 y sus ecos sentidos  
 nacen del corazón, no de la mente.

Hija de la pasión y el sentimiento,  
 también de amor ternísima suspira;  
 no cual la osada lira

que su triunfo celebra y su contento;  
mas sensible doliéndose y suave,  
como tórtola bella  
que con blanda querella  
en solitario bosque y noche oscura  
nos inspira su amor y su ternura.

Así con su laúd Tibulo un día  
en eco dulce y blando  
al corazón más duro enternecía:  
y a las glorias de amor y su ventura  
tristísimos recuerdos enlazando,  
ya ve a Delia amada  
que junto al lecho de su muerte llora  
triste y desconsolada;  
ya en su postrimer hora  
mirarla sólo anhela, y quiere en vano  
estrecharla al morir con débil mano.

Con mayor pompa, fuego y osadía  
que la tierna Elegía,  
dioses, hazañas, ínclitos varones  
la *Oda sublime* entusiasmada canta:  
ya al claro son de la armoniosa lira  
Píndaro arrebatado  
la olímpica palestra abrirse mira;  
los carros ve volar, oye el estruendo;  
de cien pueblos escucha los clamores,  
y en cánticos de gloria  
del triunfador ensalza la victoria.

Tal es del entusiasmo  
el divino poder: dicta fecundo  
libres giros, grandísonos acentos;  
ya cuanto encierra inanimado el mundo  
con fuego celestial vida reparte;  
y los grillos al genio desatando,  
con arrojé feliz supera al arte.

Menos libre y audaz, pero al par  
noble,  
si la santa virtud al vate inspira,  
dulces *Himnos* cantando en su alabanza,

con grave majestad pulsa la lira:  
así Horacio y León cantan suaves  
la blanda libertad y paz serena  
de la inocente vida,  
de ambición libre y de temor ajena;  
mas si la horrenda paz aborrecida  
les muestra el vicio y su furor provoca,  
inflámase su mente,  
su voz airada truena,  
y al crimen insolente

a eterno oprobio y confusión condena.

¡Con qué diverso tono  
de Anacreón la lira  
placares sólo canta,  
tan sólo amor respira!  
Ya el néctar de Lieo  
celebra en son festivo,  
y sigue nuestra planta  
su canto alegre y vivo;  
ya expresa con dulzura  
de amor los falsos bienes,  
su gozo y su ventura,  
sus ansias y desdenes.

Mas rápida y sencilla  
la amorosa *Letrilla*  
parece el leve juego  
del niño alado y ciego:  
imita su donaire,  
su planta fugitiva;  
deslízase ligera,  
graciosa nos cautiva.

No tan leve y fugaz el Amor mismo  
dió al modesto *Romance*  
de Venus la belleza;  
de Apolo la soltura y gentileza.  
¡Cuán plácido y suave  
del tierno sentimiento  
el tono y blando acento  
con su flexible voz imitar sabe!  
Ya alégrese inocente;  
ya triste se querella;  
ya lánguida retrata  
el tierno amor de Angélica la bella.  
Su sencillez admira y dulce encanto  
el alma embebecida,  
mientras al fácil canto  
su fluidez y cadencia nos convida.

Mas antes que sencillo apareciese  
en traje pastoril cogiendo flores,  
el morisco alquicel vistió con gala,  
o cantó de Jimena los amores:  
de los siglos de gloria nos recuerda  
los dulces galanteos,  
las lides y combates,  
cañas y fiestas, justas y torneos.

Así los trovadores algún día  
en la plaza, en la lid dieron lecciones  
de amor y bizarría:  
los niños, las doncellas, los ancianos  
sus fáciles tonadas repitieron;

los jóvenes ufanos  
ensede de honor y gloria se encendieron.

Si en más altas *Canciones*,  
del son acompañado de la lira,  
el sacro vate a remediar aspira  
el ímpetu y ardor de las pasiones,  
sus imágenes vivas y animadas,  
su voz, su canto, el número, el acento,  
del corazón reciban  
el tono, la expresión, el movimiento.

Mas el festivo ingenio daba sólo  
en sutil *Epigrama* su agudeza:  
Un leve pensamiento,  
una voz, un equívoco le basta  
para lucir su gracia y su viveza;  
y cual rápida abeja, vuela, hiere,  
clava el fino aguijón y al punto muere.

Sin aguda saeta venenosa,  
el ala leve y ricos los colores,  
cual linda mariposa  
que juega revolando entre las flores,  
el tierno *Madrigal* ostenta ufano  
en su voluble giro mil primores;  
mas si, al ver su beldad, tocarle intenta  
áspera y ruda mano,  
convíctese al instante en polvo vano.

El rígido *Soneto*,  
avaro en voces, pródigo en sentido,  
encierra en breve espacio un gran  
conceto.

Ya festivo, ya grave, ya sublime,  
siempre exacto, bellissimo ingenioso,  
estrecha un pensamiento, no le oprime;  
mas sin darle ni tregua ni reposo,  
le ve nacer, crecer, apresurarse,  
y espirar en el término forzoso.

No en tan estrechos límites cercado,  
breve, sencillo fácil, inocente  
de graciosas ficciones adornado  
el *Apólogo* instruye dulcemente.  
Cual si sólo aspirase al leve agrado,  
de la verdad oculta el tono grave,  
al bruto, al pez, al ave,  
al ser inanimado  
les presta nuestra voz, nuestras pa-  
siones;

y al hombre da, sin lastimar su orgullo,  
de la razón las útiles lecciones.

Para encubrir su cándido artificio,  
finge una acción sencilla, interesante; la *Musa del saber* al hombre enseña,

con breve narración, propia y amena  
pinta el lugar, la escena,  
retrata con vivísimos colores  
el genio y situación de los actores;  
y en un drama pueril, fácil y grato,  
nos ofrece sagaz nuestro retrato.

Así nos muestra Fedro a la inocencia  
en figura del tímido cordero,  
víctima débil de la atroz violencia  
retratada en el lobo carnicero:  
de uno y otro carácter la pintura  
al natural copiada, fiel y viva,  
nuestra atención cautiva;  
y con crédula angustia nos parece  
oír del corderillo el triste acento,  
y el ronco aullar de su opresor san-  
griento.

Desdeñando valerse de artificio,  
la *Sátira*, maligna en la apariencia,  
sana de corazón, persigue al vicio  
por vengar la virtud y la inocencia:  
ya su enérgico tono, grave, austero,  
muestra un censor severo;  
ya su rápido curso, su vehemencia,  
el fuego que respira,  
su indócil impaciencia  
el ímpetu descubren de la ira;  
ya, en fin, sagaz su cólera ocultando,  
las finas armas del ingenio emplea;  
y al vicio vil la máscara arrancando,  
burlándose festiva se recrea.

Así adusto Persio  
conciso, vigoroso,  
insta, reprende, arguye;  
Juvenal acre, ardiente,  
arrojase a su presa impetuoso,  
la hiere, la destruye;  
mientras Horacio, plácido y festivo,  
asesta al vil, al necio, al codicioso,  
las leves flechas de su ingenio vivo.  
Mas ora en fácil juego  
gracia, donaire y libertad ostente;  
ora grave corrija; ora indignada  
del corazón anuncie el noble fuego;  
de puro celo armada  
muestre siempre la sátira modesta

su pecho generoso,

y al vicio acose, pero no al vicioso.

Con tono más pacífico y templado

y darle útil doctrina no desdenea  
con voz sonora y celestial agrado:  
ni envuelve la verdad en ficción leve,  
como el sencillo *Apólogo*, ni osada  
el torpe vicio a perseguir se atreve;  
tranquila, grave, augusta,  
enseña sossegada  
las ciencias y las artes bienhechoras;  
y temiendo mostrar su faz adusta,  
adórñala con gracias seductoras.

Así en acorde y plácida armonía  
con enlace sagaz, que el arte oculta,  
ordena la razón el plan sencillo:  
la amena fantasía  
con delicadas sombras y colores,  
los objetos abulta,  
y de su noble hermana  
con mil vistosas flores  
los áridos preceptos engalana;  
y del sonoro verso la mensura,  
grabándolos profundos en la mente,  
les presta rapidez, fuerza y dulzura.

Siempre atento a su fin, útil y  
grato,

no consiente el *didáctico poema*  
ocioso lujo y frívolo aparato:  
sencillez, claridad, breves preceptos,  
sin vana ostentación ni vil bajeza,  
son su mayor belleza,  
su noble fondo, su modesto ornato;  
y si tal vez enlaza artificioso  
dulce ficción y vivas descripciones,  
es para dar al ánimo reposo  
y hacer gratas sus útiles lecciones.

¡Con qué tono tan dulce y variado  
Virgilio enseña a cultivar las mieses,  
la tierna vid, el árbol delicado!  
Ya nos instruye afable, ya nos pinta  
el campo delicioso,  
el caballo impaciente,  
la lluvia, el huracán, el Etna ardiente,  
y el enjambre de abejas oficioso:  
escucha el labrador su voz divina,  
cual si fuese inspirada  
de algún rústico dios: y retratada  
Natura ve en sus cuadros  
su amenidad, su gracia peregrina.



## POESÍA LÍRICA Y GÉNEROS AFINES

---

### 44. Jorge Manrique (1440-1479).

—A la muerte de su padre el  
maestre D. Rodrigo.

Recuerde el alma dormida,  
avive el seso y despierte,  
contemplando  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte,  
tan callando.  
Cuán presto se va el placer,  
cómo después de acordado,  
da dolor;  
cómo a nuestro parecer,  
cualquiera tiempo pasado,  
fué mejor.

Y pues vemos lo presente,  
cómo en un punto se es ido,  
y acabado;  
si juzgamos sabiamente,  
daremos lo no venido  
por pasado;  
no se engañe nadie, no,  
pensando que ha de durar  
lo que espera  
más que duró lo que vió;  
porque todo ha de pasar  
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar en la mar,  
que es el morir:  
allí van los señóros  
derechos a se acabar  
y consumir.  
allí los ríos caudales,  
allí los otros medianos,  
y más chicos:  
allegados son iguales,  
los que viven por sus manos,  
y los ricos.

Este mundo es el camino  
para el otro que es morada  
sin pesar;  
mas cumple tener buen tino,  
para andar esta jornada  
sin errar.

Partimos cuando nacemos,  
andamos mientras vivimos,  
y llegamos  
al tiempo que fenecemos;  
así que, cuando morimos,  
descansamos.

Decidme: la hermosura,  
la gentil frescura y tez  
de la cara,  
la color y la blancura,  
cuando viene la vejez,  
¿cuál se para?  
Las mañas y ligereza,  
y la fuerza corporal  
de juventud,  
todo se torna graveza,  
cuando llega al arrabal  
de senectud.

Si fuese en nuestro poder  
tornar la cara fermosa  
corporal,  
como podemos hacer  
el alma tan gloriosa  
angelical,  
¿qué diligencia tan viva  
tuviéramos toda hora,  
y tan presta,  
en componer la cautiva,  
dejándonos la señora  
descompuesta?

Estos reyes poderosos  
que vemos por escrituras  
ya pasadas,  
con casos tristes llorosos

fueron sus buenas venturas  
trastornadas.

Así que no hay cosa fuerte;  
que a papas y emperadores  
y prelados  
así los trata la muerte  
como a los pobres pastores  
de ganados.

Dejemos a los troyanos,  
que sus males no los vimos,  
ni sus glorias:  
dejemos a los romanos,  
aunque oímos y leímos  
sus historias.  
no curemos de saber  
lo de aquel siglo pasado  
que fué de ello:  
vengamos a lo de ayer,  
que también es olvidado  
como aquello.

¿Qué se hizo el rey don Juan?  
los infantes de Aragón  
¿qué se hicieron?  
¿qué fué de tanto galán,  
qué fué de tanta invención  
como trujeron?  
Las justas y los torneos,  
paramentos, bordaduras  
y cimeras,  
¿fueron sino verduras  
de las eras?...

Tantos duques excelentes,  
tantos marqueses y condes  
y barones  
como vimos tan potentes,  
di, muerte, dó los escondes  
y los pones?  
Y sus muy claras hazañas  
que hicieron en las guerras  
y en las paces,  
cuando tú, cruel, te ensañas  
con tu fuerza los atierres  
y deshaces.

Las huestes innumerables  
los pendones, estandartes,  
y banderas,  
los castillos impugnables  
los muros y baluartes  
y barreras,

la cava honda chapada,  
o cualquier otro reparo,  
¿qué aprovecha?  
que si tú vienes airada  
todo lo pasas de claro,  
con tu flecha.

Aqué! de buenos abrigo,  
amado por virtuoso  
de la gente,  
el maestre don Rodrigo  
Manrique tanto famoso  
y tan valiente;  
sus grandes hechos y claros  
no cumple que los alabe,  
pues los vieron;  
ni los quiero hacer caros;  
pues el mundo todo sabe  
cuáles fueron.

Amigo de sus amigos,  
¿qué señor para criados  
y parientes!  
¿qué enemigo de enemigos!  
qué maestro de esforzados  
y valientes!  
¿qué seso para discretos!  
¿qué gracia para donosos!  
¿qué razón!  
muy benigno a los sujetos,  
y a los bravos y dañosos  
un león....

#### 45. Fr. Luis de León (1527-1591).

##### —A la vida retirada.

¿Qué descansada vida  
la del que huye el mundanal ruido,  
y sigue la escondida  
senda, por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han  
sido!

Que no le enturbia el pecho  
de los soberbios grandes el estado,  
ni del dorado techo  
se admira, fabricado  
del sabio moro, en jaspes sustentado.

No cura si la fama  
canta con voz su nombre pregonera,  
ni cura si encarama la lengua  
lo que condena la verdad sincera.

¿Qué presta a mi contento,  
si soy del vano dedo señalado?  
¿si en busca de este viento  
ando desalentado  
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte, oh fuente, oh río,  
oh secreto seguro deleitoso!  
roto casi el navío,  
a vuestro almo reposo  
huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,  
un día puro, alegre, libre quiero:  
no quiero ver el ceño  
vanamente severo  
de quien la sangre ensalza o el dinero.

Despiértente las aves  
con su cantar sabroso no aprendido,  
no los ciudadanos graves,  
de que es siempre seguido,  
el que al ajeno arbitrio está atendido.

Vivir quiero conmigo,  
gozar quiero del bien que debo al cielo,  
a solas, sin testigo,  
libre de amor, de zelo,  
de odio, de esperanzas, de recelo.

Del monte en la ladera  
por mi mano plantado tengo un huerto,  
que con la primavera  
de bella flor cubierto,  
ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y como codiciosa,  
por ver y acrecentar su hermosura,  
desde la cumbre airosa  
una fontana pura  
hasta llegar, corriendo se apresura.

Y luego sossegada,  
el paso entre los árboles torciendo,  
el suelo de pasada  
de verdura vistiendo,  
y con diversas flores va esparciendo.

El aire el huerto orea,  
y ofrece mil olores al sentido:  
los árboles menean  
con un manso ruido,  
que del oro y del cetro pone olvido.

Ténganse su tesoro  
los que de un falso leño se confían:  
no es mío ver el lloro  
de los que desconfían,  
cuando el Cierzo y el Abrego porfían.

La combatida antena  
cruje, y en ciega noche el claro día  
se torna, al cielo suena  
confusa vocería,  
y la mar enriquecen a porfía.

A mí un pobrecilla  
mesa, de amable paz bien abastada,  
me basta y la vajilla  
de fino oro labrada  
sea de quien la mar no teme airada.

Y mientras miserable-  
mente se están los otros abrasando  
con sed insaciable  
del peligroso mando,  
tendido yo a la sombra esté cantando.

A la sombra tendido  
de hiedra y lauro eterno coronado,  
puesto el atento oído  
al son dulce acordado  
del plectro sabiamente meneado.

#### 46. En la Ascensión.

¿Y dejas, Pastor santo,  
tu grey en este valle hondo, oscuro,  
con soledad y llanto,  
y tú, rompiendo el puro  
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados,  
y los agora tristes y afligidos,  
a tus pechos criados,  
de tí desposeídos  
¿a dó convertirán ya sus sentidos?

¿Qué mirarán los ojos  
que vieron de tu rostro la hermosura,  
que no les sea enojos?

Quien oyó tu dulzura,  
¿qué no tendrá por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado  
¿quién le pondrá ya freno? ¿quién  
concierto

al viento fiero, airado?  
Estando tú encubierto,  
¿qué norte guiará la nave al puerto?

¡Ay! nube envidiosa,  
aun de este breve gozo, ¿qué te  
aquejas?

¿do vuelas presurosa?  
¿cuán rica tú te alejas!  
¿cuán pobres y cuán ciegos, ay, nos  
dejas!

**47. Francisco de la Torre (1534-1591).—A Tirsis.**

¡Tirsis! ¡ah Tirsis! vuelve y endereza  
tu navicilla contrastada y frágil  
a la seguridad del puerto; mira  
que se te cierra el cielo.

El frío Bóreas y el ardiente Noto,  
apoderados de la mar insana,  
anegaron ahora en este piélago  
una dichosa nave.

Clamó la gente misera, y el cielo  
escondió los clamores y gemidos  
entre los rayos y espantosos truenos  
de su turbada cara.

¡Ay que me dice tu animoso pecho  
que tus atrevimientos mal regidos  
te ordenan algún caso desastrado  
al romper de tu Oriente!

¿No ves, cuitado, que el hinchado  
Noto

trae en sus remolinos polvorosos  
las imitadas mal seguras alas  
de un atrevido mozo?

¿No ves, que la tormenta rigurosa  
viene del abrasado monte, donde  
yace muriendo vivo el temerario  
Encélado y Tifeo?

Conoce desdichado tu fortuna,  
y prevén a tu mal, que la desdicha,  
prevenida con tiempo, no penetra  
tanto como la súbita.

¡Ay que te pierdes! vuelve, Tirsis,  
vuelve:

tierra, tierra, que brama tu navío,  
hecho prisión y cueva sonora  
de los hinchados vientos.

Allá se avenga el mar, allá se  
avengan

los mal regidos súbditos del fiero  
Eolo, con soberbios navegantes,  
que su furor desprecian.

Miremos la tormenta rigurosa  
dende la playa, que el airado cielo  
menos se encruelece de continuo,  
con quien se anima menos.

**48. Fernando de Herrera (1524-1597).—A D. Juan de Austria.**

Cuando con resonante  
rayo y furor del brazo impetuoso

a Encélado arrogante  
Júpiter poderoso

despeñó airado en Etna cavernoso:  
y la vencida tierra,  
a su imperio rebelde, quebrantada  
desamparó la guerra  
por la sangrienta espada  
de Marte, aun con mil muertes no  
domada:

en el sereno polo  
con la suave cítara presente  
cantó el crinado Apolo  
entonces dulcemente,  
y en oro y lauro coronó su frente.

La canora armonía  
suspendía de dioses el senado;  
y el cielo, que movía  
su curso arrebatado,  
el vuelo reprimía enajenado.

Halagaba el sonido  
al piélago sañudo, al rauda viento  
su fragor encogido,  
y con divino aliento  
las musas consonaban a su intento.

Cantaban la victoria  
del ejército etéreo y fortaleza,  
que engrandeció su gloria,  
el horror y aspereza  
de la titania estirpe y su fiera.

De Palas Atenea  
el gorgóneo terror; la ardiente lanza;  
del rey de la honda Egea  
la indómita pujanza,  
y del hercúleo brazo la venganza.

Mas del Bistonio Marte  
hizo en grande alabanza luenga muestra,  
cantando fuerza y arte  
de aquella armada diestra,  
que a la Flegrea hueste fué siniestra.

“A tí, decía, escudo,  
a tí, del cielo esfuerzo generoso,  
poner temor no pudo  
el escuadrón sañoso,  
con sierpes enroscadas espantoso.

“Tú solo a Oromedonte  
trajiste al hierro agudo de la muerte  
junto al doblado monte;  
y abrió con diestra suerte  
el pecho de Peloro tu asta fuerte.



“¡Oh hijo esclarecido  
de Juno! ¡Oh duro y no cansado pecho!  
por quien cayó vencido  
y en peligroso estrecho  
Mimante pavoroso fué deshecho.

“Tú, cubierto de acero,  
tú, estrago de los hombres indignado,  
con sangre hórrido y fiero  
rompes acelerado  
del ancho muro el torreón alzado.

“A tí libre ya debe  
de recelo Saturnio, que el profano  
linaje, que se atreve  
a alzar la osada mano,  
sienta su bravo orgullo salir vano.

“Mas aunque resplandezca  
esta victoria tuya conocida  
con gloria, que merezca  
gozar eterna vida,  
sin que yaga en tinieblas ofendida;

“Vendrá tiempo en que tenga  
tu memoria el olvido, y la termine;  
y la tierra sostenga  
un valor tan insine,  
que ante él desmaye el tuyo y se le incline.

“Y el fértil Occidente,  
cuyo inmenso mar cerca el orbe y baña,  
descubrirá presente  
con prez y honor de España  
la lumbré singular de esta hazaña.

“Que el cielo le concede  
aquel ramo de César invencible,  
que su valor herede,  
para que al turco horrible  
derribe el corazón y ardor terrible.

“Vese el pérfido bando  
en la fragosa, yerta, aérea cumbre,  
que sube amenazando  
la soberana lumbré,  
fiado en su animosa muchedumbre.

Y allí de miedo ajeno,  
corre, cual suelta cabra, y se abalanza  
con el fogoso trueno  
de su cubierta estancia,  
y sigue de sus odios la venganza.

“Mas después que aparece  
el joven de Austria en la enriscada  
sierra,  
frío miedo entorpece

al rebelde, y atierra  
con espanto y con muerte la ímpia  
guerra.

“Cual tempestad ondosa  
con horrisono estruendo se levanta,  
y la nave medrosa  
de rabia y furia tanta,  
entre peñascos ásperos quebranta.

“O cual del cerco estrecho  
el flamígero rayo se desata  
con luengo surco hecho,  
y rompe y desbarata  
cuanto al encuentro su ímpetu arre-  
bata.

“La fama alzará luego, •  
y con las alas de oro, la victoria  
sobre el giro del fuego,  
resonando su gloria  
con puro lampo de inmortal memoria.

“Y extenderá su nombre  
por do céfiro espira en blando vuelo,  
con ínclito renombre  
al remoto indio suelo,  
y a do esparce el rigor helado el cielo.

“Si Peloro tuviera  
parte de su destreza y valentía,  
él solo te venciera,  
Gradivo, aunque a porfía  
tu esfuerzo acrecentaras y osadía.

“Si éste al cielo amparara  
contra las duras fuerzas de Mimante,  
ni el trance recelara  
el vencedor Tonante,  
ni sacudiera el brazo fulminante.

“Traed, cielos, huyendo  
este cansado tiempo espacioso,  
que oprime deteniendo  
el curso glorioso:  
haced que se adelante presuroso.”

Así la lira suena,  
y Jove el canto afirma, y se estremece  
el Olimpo, resuena  
en torno, y resplandece,  
y Mavorte dudoso se oscurece.

#### 49. Por la pérdida del Rey D. Sebastián.

Voz de dolor y canto de gemido,  
y espíritu de miedo, envuelto en ira,  
hagan principio acerbo a la memoria

de aquel día fatal aborrecido,  
que Lusitania mísera suspira,  
desnuda de valor, falta de gloria,  
y la llorosa historia  
asombre con horror funesto y triste,  
dende el áfrico Atlante y seno ardiente  
hasta do el mar de otro color se viste;  
y do el límite rojo de Oriente  
y todas sus vencidas gentes fieras  
ven tremolar de Cristo las banderas.

¡Ay de los que pasaron, confiados  
en sus caballos, y en la muchedumbre  
de sus carros, en tí, Libia desierta!  
y en su vigor y fuerzas engañados,  
no alzaron su esperanza a aquella  
cumbre

de eterna luz; mas con soberbia cierta  
se ofrecieron la incierta  
victoria; y sin volver a Dios sus ojos,  
con yerto cuello y corazón ufano,  
sólo atendieron siempre a los despojos;  
y el Santo de Israel abrió su mano,  
y los dejó, y cayó en despeñadero  
el carro, y el caballo y caballero!

Vino el día cruel, el día lleno  
de indignación, de ira y furor que puso  
en soledad, y en un profundo llanto  
de gente y de placer el reino ajeno.  
El cielo no alumbró, quedó confuso  
el nuevo sol, presago de mal tanto;  
y con terrible espanto  
el Señor visitó sobre sus males,  
para humillar los fuertes arrogantes;  
y levantó los bárbaros no iguales,  
que con osados pechos y constantes  
no busquen oro; mas con hierro airado  
la ofensa venguen y el error culpado.

Los ímpios y robustos indignados  
las ardientes espadas desnudaron  
sobre la claridad y hermosura  
de tu gloria y valor; y no cansados  
en tu muerte, tu honor todo afearon,  
mezquina Lusitania sin ventura.  
Y con frente segura  
rompieron sin temor con fiero estrago  
tus armadas escuadras y braveza.  
La arena se tornó sangriento lago,  
la llanura con muertos aspereza:  
cayó en unos vigor, cayó denuedo;  
mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son éstos por ventura los famosos,  
los fuertes, los beligeros varones  
que conturbaron con furor la tierra,  
que sacudieron reinos poderosos,  
que domaron las hórridas naciones,  
que pusieron desierto en cruda guerra,  
cuanto el mar Indo encierra,  
y soberbias ciudades destruyeron?  
¿dó el corazón seguro y la osadía?  
¿cómo así se acabaron y perdieron  
tanto heroico valor en solo un día;  
y lejos de su patria derribados,  
no fueron justamente sepultados?

Tales ya fueron éstos, cual hermoso  
cedro del alto Líbano, vestido  
de ramos, hojas, con excelsa alteza;  
las aguas lo criaron poderoso,  
sobre empinados árboles crecido,  
y se multiplicaron en grandeza  
sus ramos con belleza;  
y extendiendo su sombra, se anidaron  
las aves que sustenta el grande cielo;  
y en sus hojas las fieras engendraron,  
y hizo a mucha gente umbroso velo:  
no igualó en celsitud y en hermosura  
jamás árbol alguno a su figura.

Pero elevóse con su verde cima,  
y sublimó la presunción su pecho,  
desvanecido todo y confiado,  
haciendo de su alteza sólo estima.  
Por eso Dios lo derribó deshecho,  
a los ímpios y ajenos entregado,  
por la raíz cortado  
que opreso de los montes arrojados,  
sin ramos, y sin hojas, y desnudo,  
huyendo de él los hombres espantados,  
que su sombra tuvieron por escudo;  
en su ruina y ramos cuantas fueron  
las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infanda Libia, en cuya seca arena  
murió el vencido reino Lusitano,  
y se acabó su generosa gloria,  
no estés alegre y de ufanía llena;  
porque tu temerosa y flaca mano  
hubo sin esperanza tal victoria,  
indigna de memoria:  
que si el justo dolor mueve a venganza  
alguna vez el español coraje,  
despedazada con aguda lanza,  
compensarás muriendo el hecho ultraje;

y Luco amedrentado, al mar inmenso  
pagará de africana sangre el censo.

### 50. Lope de Vega (1566-1635).—

#### La Libertad.

¡Oh libertad preciosa,  
no comparada al oro,  
ni al bien mayor de la espaciosa tierra.  
Más rica y más gozosa  
que el precioso tesoro  
que el mar del Sud entre su nácar  
cierra,  
con armas, sangre y guerra,  
con las vidas y famas,  
conquistado en el mundo:  
paz dulce, amor profundo,  
que el mal apartas y a tu bien nos  
llamas;  
en tí solo se anida  
oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida...

Cuando la aurora baña  
con helado rocío  
de aljófar celestial al monte y prado,  
salgo de mi cabaña  
riberas de este río  
a dar el nuevo pasto a mi ganado:  
y cuando el sol dorado  
muestra sus fuerzas graves,  
al suelo el pecho inclino  
debajo un sauce o pino,  
oyendo el son de las parleras aves,  
o ya gozando el aura  
donde el perdido aliento se restaura.

Cuando la noche oscura  
con su estrellado manto  
el claro día en su tiniebla encierra,  
y suena en la espesura  
el tenebroso canto  
de los nocturnos hijos de la tierra,  
al pie de aquesta sierra  
con rústicas palabras  
mi ganadillo cuento;  
y el corazón contento  
del gobierno de ovejas y de cabras,  
la temerosa cuenta  
de cuidadoso rey me representa.

Aquí la verde pera  
con la manzana hermosa  
de gualda y roja sangre matizada,

y de color de cera  
la cermeña olorosa  
tengo, y la endrina de color morada:  
aquí de la enramada  
parra que el olmo enlaza,  
melosas uvas cojo,  
y en cantidad recojo,  
al tiempo que las ramas desenlaza  
el caluroso estío,  
membrillos que coronan este río.

No me da descontento  
el hábito costoso:  
es mi dulce sustento  
del campo generoso  
estas silvestres frutas que derrama:  
mi regalada cama  
de blandas pieles y hojas,  
que algún rey la envidiara,  
y de tí, fuente clara  
que bullendo el arena y agua arrojas  
estos cristales puros,  
¡sustentos pobres, pero bien seguros!

Estése el cortesano  
procurando a su gusto  
la blanda cama y el mejor sustento;  
bese la ingrata mano  
del poderoso injusto,  
formando torres de esperanza al viento:  
viva y muera sediento  
por el honroso oficio;  
y goce yo del suelo  
al aire, al sol, al hielo  
ocupado en mi rústico ejercicio,  
que más vale pobreza  
en paz, que en guerra mísera riqueza.

Ni temo al poderoso  
ni al rico lisonjeo,  
ni soy camaleón del que gobierna:  
ni me tiene envidioso,  
la ambición y deseo  
de ajena gloria, ni de fama eterna:  
carne sabrosa y tierna,  
vino aromatizado,  
pan blanco de aquel día,  
en prado, en fuente fría  
halla un pastor con hambre fatigado:  
que el grande y el pequeño  
somos iguales lo que dura el sueño.

**51. Rodrigo Caro (1573-1647).—  
A las ruinas de Itálica.**

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves  
ahora  
campos de soledad, mustio collado,  
fueron un tiempo Itálica famosa:  
aquí de Cipión la vencedora  
colonia fué: por tierra derribado  
yace el temido honor de la espantosa  
muralla, y lastimosa  
reliquia es solamente  
de su invencible gente.  
Sólo quedan memorias funerales  
donde erraron ya sombras de alto  
ejemplo:  
este llano fué plaza, allí fué templo:  
de todo apenas quedan las señales:  
del gimnasio y las termas regaladas  
leves vuelan cenizas desdichadas;  
las torres que desprecio al aire fueron  
a su gran pesadumbre se rindieron.  
Este despedazado anfiteatro,  
ímpio honor de los dioses, cuya afrenta  
publica el amarillo jaramago,  
ya reducido a trágico teatro,  
¡oh fábula del tiempo! representa  
cuánta fué su grandeza, y es su estrago.  
¿Cómo en el cerco vago  
de su desierta arena  
el gran pueblo no suena?  
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo  
luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?  
Todo desapareció, cambió la suerte  
voces alegres en silencio mudo;  
mas aun el tiempo da en estos despojos  
espectáculos fieros a los ojos,  
y miran tan confusos lo presente,  
que voces de dolor el alma siente.  
Aquí nació aquel rayo de la guerra,  
gran padre de la patria, honor de  
España,  
pío, felice triunfador Trajano;  
ante quien muda se postró la tierra,  
que ve del sol la cuna, y la que baña  
el mar también vencido gaditano.  
Aquí de Elio Adriano,  
de Teodosio divino,  
de Silio peregrino,  
rodaron de marfil y oro las cunas;

aquí ya de laurel, ya de jazmines,  
coronados los vieron los jardines,  
que ahora son zarzales y lagunas.  
La casa para el César fabricada,  
¡ay! yace de lagartos vil morada:  
casas, jardines, Césares murieron,  
y aun las piedras que de ellos se escribieron.

Fabio, si tú no lloras, pon atenta  
la vista en luengas calles destruidas,  
mira mármoles y arcos destrozados,  
mira estatuas soberbias, que violenta  
Némesis derribó, yacer tendidas;  
y ya en alto silencio sepultados  
sus dueños celebrados.

Así a Troya figuro,  
así a su antiguo muro,  
y a tí, Roma, a quien queda el nombre apenas,

¡oh patria de los dioses y los reyes!  
y a tí a quien no valieron justas leyes  
fábrica de Minerva, sabia Atenas:  
emulación ayer de las edades,  
hoy cenizas, hoy vastas soledades;  
que no os respetó el hado, no la muerte,  
¡ay! ni por sabia a tí, ni a tí por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama  
en buscar al dolor nuevo argumento?  
Basta ejemplo menor, basta el presente;  
que aun se ve el humo aquí, se ve la llama,  
aun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.

Tal genio o religión, fuerza la mente  
de la vecina gente,  
que refiere admirada,  
que en la noche callada  
una voz triste se oye, que llorando  
“Cayó Itálica” dice; y lastimosa  
eco reclama “Itálica” en la hojosa  
selva, que se le opone resonando  
“Itálica,” y el claro nombre oído  
de Itálica, renuevan el gemido  
mil sombras nobles de su gran ruína:  
¡tanto aun la plebe a sentimiento  
inclina!

Esta corta piedad que, agradecido  
huésped, a tus sagrados manes debo,  
hoy te consagro, ¡oh Itálica famosa!  
Tú, si el lloroso don han admitido

las ingratas cenizas de que llevo  
dulce noticia asaz, si lastimosa;  
permíteme piadosa  
usura a tierno llanto,  
que vea el cuerpo santo  
de Geroncio, tu mártir y prelado:  
muestras de su sepulcro algunas señas,  
y cavaré con lágrimas las peñas,  
que ocultan su sarcófago sagrado,  
pero mal pido el único consuelo  
de todo el bien que airado quitó el cielo:  
goza en las tuyas sus reliquias bellas  
para envidia del mundo y las estrellas.

**52. Francisco de Rioja (1595-1659).—A la rosa.**

Pura encendida rosa,  
émula de la llama  
que sale con el día,  
¿cómo naces tan llena de alegría,  
si sabes que la edad que te da el cielo,  
es apenas un breve y veloz vuelo?  
Y ni valdrán las puntas de tu rama,  
ni tu púrpura hermosa,  
a detener un punto  
la ejecución del hado presurosa.  
El mismo cerco alado,  
que estoy viendo riente,  
ya temo amortiguado,  
presto despojo de la llama ardiente.  
Para las hojas de tu crespo seno  
te dió amor de sus alas blandas plumas,  
y oro de sus cabellos dió a tu frente.  
¡Oh fiel imagen suya peregrina!  
bañóte en su color, sangre divina,  
de la deidad que dieron las espumas.  
¿Y esto, purpúrea flor, y esto no pudo  
hacer menos violento el rayo agudo?  
Róbate en una hora,  
róbate licencioso su ardimiento  
el color y el aliento:  
tiendes aun no las alas abrasadas,  
y ya vuelan al suelo desmayadas:  
tan cerca, tan unida  
está al morir tu vida,  
que dudo si en sus lágrimas la aurora  
mustia tu nacimiento o muerte llora.

**Al jazmín.**

¡Oh en pura nieve y púrpura bañado  
jazmín, gloria y honor del cano estío!

¿cuál habrá tan ilustre entre las flores,  
hermosa flor, que competir presume  
con tu fragante espíritu y colores?  
Tuyo es el principado  
entre el copioso número que pinta  
con su pincel y con su varia tinta  
el florido verano.

Naciste entre la espuma  
de las ondas sonantes,  
que blandas rompe y tiende el Ponto  
en Chío:

y quizá te formó suprema mano,  
como a Venus también de su rocío;  
o si no es rumor vano,  
la misma blanca diosa de Citera,  
cuando del mar salió la vez primera,  
por do en la espuma el blando pie  
estampaba

de la playa arenosa  
albos jazmines daba.  
Y de la tersa nieve y de la rosa,  
que el tierno pie ocupaba,  
fiel copia apareció en tan breves hojas.  
La dulce flor de su divino aliento  
liberal escondió en su cerco alado;  
hizo inmortal en el verdor tu planta,  
el soplo la respeta más violento,  
que impele, vuelto en nieve, el cierzo  
frío,

y la luz más flamante,  
que Apolo esparce altivo y arrogante.  
Si de suave olor despoja ardiente  
la blanca flor divina,  
y amenaza a su cuello y a su frente  
cierta y veloz ruína,  
nunca tan licenciosa se adelanta,  
que al incansable suceder se opone  
de la nevada copa,  
que siempre al mayor sol igual florece,  
e igual al mayor hielo resplandece.  
¡Oh jazmín glorioso!  
tú solo eres cuidado deleitoso  
de la sin par hermosa Citerea;  
y tú también su imagen peregrina,  
¡Oh! corona mis sienes,  
flor que al olvido de mi luz previenes.

**53. Juan Meléndez Valdés (1754-1817).—A mis libros.**

Fausto consuelo de mi triste vida

donde contino a sus afanes hallo  
blandos alivios, que la calma tornan  
plácida al alma,

Rico tesoro, deliciosa vena,  
do puros manan, cual el almo rayo  
que Febo lanza, esclareciendo el orbe,  
santos avisos:

donde Minerva providente ceta  
sus maravillas, monumento ilustre  
del genio excelso que feliz me anima,  
libros amados:

do de los siglos la fugaz imagen,  
donde, natura, tu opulenta suma,  
del seno humano el laberinto ciego  
quieto medito:

nunca dejéis de iluminarme, nunca  
en mi cansada soledad de serme  
útil empeño, pasatiempo dulce,  
séquito grato.

Vuestro comercio el ánimo regala,  
vuestra doctrina el corazón eleva,  
vuestra dulzura célica el oído  
mágica aduerme.

Cual reverdece la sonante lluvia  
al seco prado, y regocija alegre  
la árida tierra, que su seno le abre  
madre fecunda.

Por vos escucho en el Aonio cisne  
la voz ardiente y cólera de Ayace:  
los trinos dulces que el amor te dicta  
cándido Teyo.

Por vos admiro de Platón divino  
la clara lumbre, y si tu mente alada,  
sublime Newton, al olimpo vuela  
raudo te sigo.

En la tribuna el elocuente labio  
del claro Tulio atónito celebro:  
con Dido infausta dolorido lloro  
sobre la hoguera.

Sigo la abeja que libando flores  
ronda los valles del ameno Tíbur;  
y oigo los ecos repetir tus ansias,  
dulce Salicio...

Nunca preciados, dola suerte, oh libros,  
lleve mi vida, cesaréis de serme,  
ora me encubre favorable, y ora  
fiera me abata.

Bien me resuelva en tráfigos civiles  
bien de los campos a la paz me torne,

siempre maestros de mi vida, siempre  
fieles amigos.

#### 54. Alberto Lista (1775-1848).— A la muerte de Jesús.

¿Y eres Tú el que, velando  
la excelsa majestad en nube ardiente,  
fulminaste en Siná? y el ímpio bando  
que eleva contra Ti la osada frente,  
¿es el que oyó medroso  
de tu rayo el estruendo fragoroso?

Mas ora abandonado  
¡ay! pendes sobre el Gólgota, y al  
cielo

alzas, gimiendo, el rostro lastimado:  
cubre tus bellos ojos mortal velo,  
y, su luz extinguida,  
en amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;  
amor más poderoso que la muerte:  
por él de la maldad sufre la pena  
el Dios de las virtudes; y, león fuerte,  
se ofrece al golpe fiero  
bajo el vellón de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,  
ante siglos de siglos degollada!  
Aún no ahuyentó la noche pavorosa  
por vez primera el alma nacarada,  
y, hostia del amor tierno,  
moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte,  
oh paz, oh gloria del culpado mundo!  
¿Qué pecho empedernido no se parte  
al golpe acerbo del dolor profundo,  
viendo que en la delicia  
del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales  
de esas sangrientas llagas, amor mío?  
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales  
de horror y palidez? ¿cuál brazo impío  
a tu frente divina  
cñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crueles:  
al Santo perdonad, muera el malvado:  
si sois de un justo Dios ministros fieles  
caiga la dura pena en el culpado:  
si la impiedad os guía,  
y en la sangre os cebáis, verted la mía.

Mas ¡ay! que eres tú solo  
la víctima de paz que el hombre espera.

Si del oriente al escondido polo  
un mar de sangre criminal corriera,  
ante Dios irritado,  
no expiación, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo  
su cólera en diluvios descendía,  
y a la maldad que dominaba el suelo  
y a las malvadas gentes envolvía,  
de la diestra potente  
depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre  
de los montes el agua vengadora:  
el sol, amortecida la alba lumbre,  
que el firmamento rápido colora,  
por la esfera sombría  
cual pálido cadáver discurría;  
y no el celo indignado  
de su semblante descogió el Eterno.  
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo  
amado,  
domador de la muerte y del averno,  
tu cólera infinita  
extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cual clama:  
*Padre de amor, por qué me abandonaste?*  
Señor, extingue la funesta llama,  
que en tu furor al mundo derramaste;  
de la acerba venganza,  
que sufre el Justo, nazca la esperanza.

¿No ves cómo se apaga  
el rayo entre las manos del Potente?  
Ya de la muerte la tiniebla vaga  
por el semblante de Jesús doliente;  
y su triste gemido  
oye el Dios de las iras complacido.

Ven, ángel de la muerte:  
esgrime, esgrime la fulmínea espada;  
y el último supiro del Dios fuerte,  
que la humana maldad deja expiada,  
suba al solio sagrado  
do vuelva en Padre tierno al indignado.

Rasga tu seno ¡oh tierra!  
rompe ¡oh templo! tu velo. Mori-  
bundo  
yace el Criador; mas la maldad aterra,  
y un grito de furor lanza el profundo:  
muere...: gemid, humanos,  
todos en él pusisteis vuestras manos.

## 55. Leandro Moratín (1760-1828).

—Los días.

¿No es completa desgracia,  
que por ser hoy mis días,  
he de verme sitiado  
de incómodas visitas?  
Cierra la puerta, mozo,  
que sube la vecina,  
su cuñada y sus yernos  
por la escalera arriba.  
¡Pero qué!... No la cierres:  
si es menester abrirla:  
si ya vienen chillando  
doña Tecla y sus hijas.  
El coche que ha parado,  
según lo que rechina,  
es el de don Venancio,  
¡famoso petardista!  
¡Oh! ya está aquí don Lucas  
haciendo cortesías,  
y don Mauro el abate,  
opositor a mitras,  
don Genaro, don Zoylo,  
y doña Basilisa;  
con una lechigada  
de niños y de niñas.  
¡Qué necios cumplimentos!  
¡qué frases repetidas!  
al monte de Torozos  
me fuera por no oírlas.  
Ya todos se preparan  
(y no bastan las sillas)  
a enguillirme bizcochos,  
y dulces y bebidas.  
¡Llénanse de mujeres  
comedor y cocina,  
y de los molinillos  
no cesa la armonía.  
Ellas haciendo dengues  
allí y aquí pellizcan;  
todo lo gulusmean,  
y todo las fastidia.  
Ellos, los hombronazos,  
piden a toda prisa  
del rancio de Canarias,  
de Jerez y Montilla.  
Una, dos, tres botellas.  
cinco, nueve se chiflan.  
Pues, señor, ¡ay paciencia

para tal picardía?  
 ¿Es esto ser amigos?  
 ¿así el amor se explica  
 dejando mi despena  
 asolada y vacía?  
 Y en tanto los chiquillos,  
 canalla descreída,  
 me aturden con sus golpes,  
 llantos y chilladiza.  
 El uno acosa al gato  
 debajo de la sillas;  
 el otro se echa acuestas  
 un cangilón de almíbar;  
 y el otro, que jugaba  
 detrás de las cortinas,  
 un ojo y las narices  
 le aplastó la varilla.  
 Ya mi bastón les sirve  
 de caballito, y brincan;  
 mi peluca y mis guantes  
 al pozo me los tiran.  
 Mis libros no parecen,  
 que todos me los pillan,  
 y al patio se los llevan  
 para hacer torrecitas.  
 ¡Demonios! Yo que paso  
 la solitaria vida,  
 en virginal ayuno  
 abstinentemente;  
 yo, que del matrimonio  
 renuncié la delicias,  
 por no verme comido  
 de tales sabandijas,  
 ¿he de sufrir ahora  
 esta algazara y trisca?  
 Vamos, que mi paciencia  
 no ha de ser infinita;  
 váyanse en hora mala;  
 salgan todos aprisa,  
 recojan abanicos,  
 sombreros y basquiñas.  
 Gracias por el obsequio  
 y la cordial visita,  
 gracias; pero no vuelvan  
 jamás a repetirla.  
 Y pues ya merendaron,  
 que es a lo que venían,  
 si quieren baile, vayan  
 al soto de la villa.

## 56. Ventura Ruiz Aguilera (1820-1881.)—Roncesvalles.

(BALADA)

### I

—Cuéntame una historia, abuela.  
 —Siglos ha que, con gran saña,  
 por esa negra montaña  
 asomó un Emperador.  
 Era francés, y el vestido  
 formaba un hermoso juego;  
 capa de color de fuego  
 y plumas de azul color.  
 —¿Y qué pedía?  
 —La corona de León.  
 Bernardo, el del Carpio, un día  
 con la gente que traía,  
 “¡Ven por ella!” le gritó...  
 De entonces suena en los valles  
 y dicen los montañeses:  
 —¡Mala la hubisteis, franceses,  
 en esa de Roncesvalles!

### II

—¿Se acabó la historia, abuela?  
 —Allí con fiera arrogancia,  
 los *Doce Pares* de Francia  
 también estaban, también.  
 Eran altos como cedros,  
 valientes como leones,  
 cabalgaban en bridones,  
 águilas en el correr.  
 —Sigue contando.  
 —Salió el mozo leonés.  
 Bernardo salió, y luchando,  
 a todos les fué matando,  
 y hubiera matado a cien.  
 De entonces suena en los valles  
 y dicen los montañeses:  
 —¡Mala la hubisteis, franceses,  
 en esa de Roncesvalles!

### III

—¡Me place la historia, abuela!  
 —¡Con qué ejército, Dios mío,  
 de tan grande poderío  
 llegó Carlo-Magno acá!  
 ¡Cuántos soldados!... No tiene  
 más gotas un arroyuelo,  
 ni más estrellas el cielo,  
 ni más arenas la mar.



—¿Y qué? ¿triumfaron?  
—Dios no los quiso ayudar.

El alma les arrancaron,  
a sus pies los derribaron  
como al roble el huracán.

De entonces suena en los valles  
y dicen los montañeses:

—*¡Mala la hubisteis, franceses,  
en esa de Roncesvalles!*

## IV

—Sigue con la historia, abuela.  
—Diz que dice un viejo archivo  
que no quedó un francés vivo  
después de la horrenda lid.

Y así debió ser, pues vieron,  
al sol de estos horizontes,  
muchos huesos en los montes  
y muchos buitres venir.

—¿Qué gran batalla!  
—No fué menos el botín.  
Banderas, cotas de malla,  
y riquezas y vitualla  
se recogieron sin fin.

De entonces suena en los valles  
y dicen los montañeses:

—*¡Mala la hubisteis, franceses,  
en esa de Roncesvalles!*

## V

—¿Y el Emperador, abuela?  
—Huyó sin un hombre luego,  
la capa color de fuego  
rota, y sin plumaje azul.

Bernardo, el del Carpio, torna  
a Castilla, tras la guerra,  
y al poner el pie en su tierra  
lo aclama la multitud.

—¿Qué de alegrías!  
—En verlas gozaras tú.  
Hubo fiestas muchos días,  
tamboriles, chirimías  
y canciones a Jesús.

De entonces suena en los valles  
y dicen los montañeses:

—*¡Mala la hubisteis, franceses,  
en esa de Roncesvalles!*

**57. D. José María Heredia (1802-1839).—Al Niágara.**

Dadme mi lira, dádme la: que siento  
en mi alma estremecida y agitada

arder la inspiración. ¡Oh! ¡cuánto  
tiempo

en tinieblas pasó, sin que mi frente  
brillase con su luz!... Niágara undoso,  
sola tu faz sublime ya podría  
tornarme el don divino, que ensañada  
me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, acalla  
tu trueno aterrador: disipa en tanto  
las tinieblas que en torno te circundan,  
y déjame mirar tu faz serena,  
y de entusiasmo ardiente mi alma llena.  
Yo digno soy de contemplarte: siempre  
lo común y mezquino desdeñando,  
ansié por lo terrífico y sublime.  
Al despeñarse el huracán furioso,  
al retumbar sobre mi frente el rayo,  
palpitando gocé: vi al Oceano  
azotado del austro proceloso,  
combatir mi bajel, y ante mis plantas  
sus abismos abrir, y amé el peligro,  
y sus iras amé: mas su fiereza  
en mi alma no dejara  
la profunda impresión que tu grandeza.

Corres sereno y majestuoso, y luego  
en ásperos peñascos quebrantado,  
te abalanzas violento, arrebatado,  
como el destino irresistible y ciego.  
¿Qué voz humana descubrir podría  
de la sirte rugiente  
la aterradora faz? El alma mía  
en vagos pensamientos se confunde,  
al contemplar la férvida corriente,  
que en vano quiere la turbada vista  
en su vuelo seguir al borde obscuro  
del precipicio altísimo: mil olas,  
cual pensamiento rápidas pasando,  
chocan, y se enfurecen,  
y otras mil y otras mil, ya las alcanzan,  
y entre espuma y fragor desaparecen.  
Más llegan... saltan... El abismo  
horrendo

devora los torrentes despeñados;  
crúzanse en él mil iris, y asordados  
vuelven los bosques el fragor tremendo.  
Al golpe violentísimo en las peñas  
rómpese el agua, y salta, y una nube  
de revueltos vapores

cubre el abismo en remolinos, sube,  
gira en torno, y al cielo

cual pirámide inmensa se levanta,  
y por sobre los bosques que le cercan  
al solitario cazador espanta.

Mas, ¿qué en tí busca mi anhelante  
vista

con inquieto afanar? ¿Porqué no  
miro

alrededor de tu caverna inmensa  
las palmas ¡ay! las palmas deliciosas,  
que en las llanuras demiardiente patria  
nacen del sol a la sonrisa y crecen,  
y al soplo de la brisa del Océano  
bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo a mi pesar me viene...

Nada ¡oh Niágara! falta a su destino,  
ni otra corona que el agreste pino  
a tu terrible majestad conviene.

La palma y mirto, y delicada rosa,  
muelle placer inspiren y ocio blando  
en frívolo jardín: a tí la suerte  
guarda más digno objeto y más sublime.

El alma libre, generosa y fuerte  
viene, te ve, se asombra,  
menosprecia los frívolos deleites,  
y aun se siente elevar cuando te  
nombra.

¡Dios, Dios de la verdad! en otros  
climas

ví monstruos execrables

blasfemando tu nombre sacrosanto,  
sembrar error y fanatismo impío,  
los campos inundar con sangre y  
llanto,

de hermanos atizar la infanda guerra  
y desolar frenéticos la tierra.

Vílos, y el pecho se inflamó a su vista  
en grave indignación. Por otra parte  
ví mentidos filósofos que osaban  
escrutar tus misterios, ultrajarte  
y de impiedad al lamentable abismo  
a los miseros hombres arrastraban:  
por eso siempre te buscó mi mente

en la sublime soledad: ahora  
entera se abre a tí; tu mano siento  
en esta inmensidad que me circunda,  
y tu profunda voz baja a mi seno  
de este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!

¡Cómo tu vista mi ánimo enajena  
y de terror y admiración me llena!

¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza  
portantossiglos tu inexhausta fuente?

¿Qué poderosa mano  
hace al recibirte

no rebose en la tierra el Oceano?

Abrió el Señor su mano omnipo-  
tente,

cubrió tu faz de nubes agitadas,  
dió su voz a tus aguas despeñadas,  
y ornó con su arco tu terrible frente.

Miro tus aguas que incansables  
corren,

como el largo torrente de los siglos  
rueda en la eternidad: así del hombre  
pasan volando los floridos días,  
y despierta el dolor... ¡Ay! ya ago-  
tada

siento mi juventud, mi faz marchita  
y la profunda pena que me agita  
ruga mi frente de dolor nublada.

.....

¡Niágara poderoso!

Oye mi última voz: en pocos años  
ya devorado habrá la tumba fría  
a tu débil cantor. ¡Duren mis versos  
cual tu gloria inmortal! Pueda pla-  
doso

al contemplar tu faz algún viajero,  
dar un suspiro a la memoria mía.  
Y yo al hundirse el sol en Occidente,  
vuele gozoso do el Criador me llama,  
y al escuchar los ecos de mi fama  
alce en las nubes la radiosa frente.

### 58. José Espronceda (1810-1841).—Al sol

Para y óyeme ¡oh sol! yo te saludo,  
y extático ante ti me atrevo a hablarte:  
ardiente como tú mi fantasía,  
arrebataada en ansia admirarte,  
intrépidas a ti sus alas guía.

¡Ojalá que mi acento poderoso  
sublime resonando,  
del trueno pavoroso  
la temerosa voz sobrepujando,  
¡oh sol! a ti llegara  
y en medio de tu curso te parara!

¡Ah! si la llama que mi mente alumbra,  
diera también su ardor a mis sentidos,  
al rayo vencedor que los deslumbra  
los anhelantes ojos alzaría,  
y en tu semblante fúlgido atrevidos  
mirando sin cesar los fijaría.  
¡Cuánto siempre te amé, sol refulgente!  
¡Con qué sencillo anhelo,  
siendo niño inocente  
seguirte ansiaba en el tendido cielo,  
y extático te vía  
y en contemplar tu luz me embebecía.

De los dorados límites de Oriente,  
que ciñe el rico en perlas Oceano,  
al término sombroso de Occidente  
las orlas de tu ardiente vestidura  
tiendes en pompa, augusto soberano,  
y el mundo bañas en tu lumbre pura.  
Vívido lanzas de tu frente el día,  
y, alma y vida del mundo,  
tu disco en paz majestuoso envía  
plácido ardor fecundo,  
y te elevas triunfante,  
corona de los orbes centellante.

Tranquilo subes del Zenit dorado  
al regio trono en la mitad del cielo,  
de vivas llamas y esplendor orlado,  
y reprimes tu vuelo:  
y desde allí tu fúlgida carrera  
rápido precipitas,  
y tu rica, encendida cabellera  
en el seno del mar trémulo agitas,  
y tu esplendor se oculta,  
y el ya pasado día  
con otros mil la eternidad sepulta.

¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto  
en su abismo insondable desplomarse!  
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío  
de imperios populosos disiparse!  
¿Qué fueron ante ti? Del bosque umbrío  
secas y leves hojas desprendidas,  
que en círculo se mecen,  
y al furor de Aquilón desaparecen.

Libre tú de la cólera divina,  
viste anegarse el universo entero,  
cuando las aguas por Jehová lanzadas,  
impelidas del brazo justiciero,  
y a mares por los vientos despeñadas  
bramó la tempestad: retumbó en torno  
el ronco trueno, y con temblor crujieron  
los ejes de diamante de la tierra:  
montes y campos fueron  
alborotado mar, tumba del hombre.  
Se estremeció el profundo;  
y entonces tú como señor del mundo  
sobre la tempestad tu trono alzabas  
vestido de tinieblas,  
y tu faz engreías,  
y a otros mundos en paz resplandecías.

Y otra vez nuevos siglos  
viste llegar, huir, desvanecerse  
en remolino eterno, cual las olas  
llegan, se agolpan y huyen del Océano,  
y tornan otra vez a sucederse;  
mientras inmutable tú, solo y radiante  
¡oh sol! siempre te elevas,  
y edades mil y mil huellas triunfante.

¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,  
sin que nunca jamás tu inmensa hoguera  
pierda su resplandor, siempre incansable,  
audaz siguiendo tu inmortal carrera,  
hundirse las edades contemplando,  
y solo, eterno, perennal, sublime,  
monarca poderoso dominando?  
No; que también la muerte  
si de lejos te sigue,  
no menos anhelante te persigue....

Goza tu juventud y tu hemosura  
¡oh sol! que cuando el pavoroso día  
llegue que el orbe estalle y se desprenda  
de la potente mano  
del padre soberano,  
y allá a la eternidad también descienda  
deshecho en mil pedazos, destrozado  
y en piélagos de fuego  
envuelto para siempre y sepultado,  
de cien tormentas al horrible estruendo,  
en tinieblas sin fin tu llama pura  
entonces morirá: noche sombría  
cubrirá eterna la celeste cumbre.  
¡Ni aun quedará reliquia de tu lumbre!!!

**59. José Zorrilla (1817-1893).—La Tempestad.**

¿Qué quieren esas nubes que con furor se agrupan  
del aire transparente por la región azul?

¿Qué quieren cuando el paso de su vacío ocupan,  
del zenit suspendiendo su tenebroso tul?...

¡Cuán rápidas se agolpan! ¡Cuán ruedan y se ensanchan  
y al firmamento trepan en lóbrego montón,  
y el puro azul alegre del firmamento manchan  
sus misteriosos grupos en torva confusión!

Resbalan lentamente por cima de los montes;  
avanzan en silencio sobre rugiente mar;  
los huecos oscurecen de entrambos horizontes;  
el orbe y las tinieblas bajo ellas va a quedar.

La luna huyó al mirarlas: huyeron las estrellas:  
su claridad escasa la inmensidad sorbió;  
ya reinan solamente por los espacios ellas;  
dequiere se ven tinieblas, más firmamento, no.

En vano nuestros ojos se afanan por hallarle  
del tenebroso velo que le embozó detrás;  
que cuanto más los ojos se empeñan en buscarle,  
se esconde el firmamento de nuestros ojos más.

¡Las rubes solamente! ¡Las nubes se acrecientan  
sobre el dormido mundo! ¡Las nubes por do quier!  
A cada instante que huye, la lobreguez aumentan,  
y se las ve en montones sin límites crecer.

Ya montes gigantescos semejan sus contornos,  
al brillo de un relámpago que aumenta la ilusión;  
ya de volcanes ciento los inflamados hornos,  
ya de movibles monstruos aligero escuadrón.

Ya imitan apiñadas de los espesos pinos  
las desiguales copas y el campo desigual;  
ya informes pelotones de objetos peregrinos  
que mudan de colores, de forma y de local.

¿Qué brazo las impele? ¿Qué espíritu las guía?  
¿Quién habla dentro de ellas con tan gigante voz,  
cuando retumba el trueno y cuando va bravía  
rugiendo por su vientre la tempestad veloz?

Acaso en medio de ellas a visitar los mundos  
el Hacedor Supremo del Universo va;  
y envuelto en sus vapores, sus senos más profundos  
estudia, y sus cimientos, por si caducan ya.

Acaso de su carro tras la viviente rueda  
con impotente saña caminará Luzbel,  
y porque allí cegarle resplandor no pueda,  
agolpará sus nubes entre su gloria y él.

Y acaso alguna de ellas será la formidable  
que circundó la cumbre del alto Sinaí,

en tanto que el ardiente misterio impenetrable  
que iluminó al profeta se fermentaba allí.

Acaso será alguna la que vertió en Sodoma  
en inflamadas fuentes la cólera de Dios;  
acaso será alguna la que en los mares toma  
las aguas de un diluvio que le acompaña en pos.

¡Señor, yo te conozco! La noche azul serena  
me dice desde lejos: "Tu Dios se esconde allí;"  
pero la noche oscura, la de nublados llena,  
me dice más pujante: "Tu Dios se acerca a tí."

Te acercas, sí; conozco las orlas de tu manto  
en esa ardiente nube con que ceñido estás;  
el resplandor conozco de tu semblante santo  
cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Conozco, sí, tu sombra que pasa sin colores  
detrás de esos nublados que vagan en tropel;  
conozco en esos grupos de lóbregos vapores  
los pálidos fantasmas, los sueños de Daniel.

Conozco de tus pasos las invisibles huellas  
del repentino trueno en el crujiente son,  
las chispas de tu carro conozco en las centelias,  
tu aliento en el rugido del rápido aquilón.

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia  
más que una arista seca que el aire va a romper?  
Tus ojos son el día: tu soplo la existencia:  
tu alfombra el firmamento: la eternidad tu ser.

¡Señor! yo te conozco, mi corazón te adora:  
mi espíritu de hinojos ante tus pies está;  
pero mi lengua calla, porque mi lengua ignora  
los cánticos que llegan al grande Jehová.

Palomas de los valles; prestadme vuestro arrullo;  
prestadme, claras fuentes, vuestro gentil rumor,  
prestadme, amenos bosques, vuestro feliz murmullo.  
y cantaré a par vuestro la gloria del Señor.

Si su hálito llegara al harpa del poeta,  
si a mí, Señor, bajara tu espíritu inmortal,  
mi corazón henchido del fuego del profeta  
cantara y no tuvieran sus cánticos igual.

Mi voz fuera más dulce que el ruido de las hojas  
mecidas por las auras del oloroso abril,  
más grata que del fénix las últimas congojas,  
y más que los gorjeos del ruiseñor gentil.

Más grave y majestuosa que el eco del torrente  
que cruza del desierto la inmensa soledad,  
más grande y más solemne que sobre el mar hirviente  
el ruido con que rueda la ronca tempestad.

¡Más ay! que sólo puedo postrarme con mi lira  
delante de esas nubes con que ceñido estás,

porque mi acento débil en mi garganta espira  
cuando al cruzar el éter relampagueando vas.

Tu espíritu infinito resbala ante mis ojos,  
aunque mi vista impura tu aparición no ve,  
mi alma se estremece, y ante tu faz de hinojos  
te adora en esas nubes mi solitaria fe.

(*Cantos del Trovador.*)

**60. Núñez de Arce (1831-1903).—Maravillas de la Creación.**

(*En el Monasterio de Piedra*)

Venga el ateo y fije sus miradas  
en las raudas cascadas  
que caen con el estrépito del trueno,  
en ese bosque que oscurece el día,  
de rústica armonía  
y de perfumes y de sombras lleno.

En la gruta titánica que arredra  
con sus monstruos de piedra,  
su oculto lago y despeñado río;  
que ante tantas grandezas el ateo  
dirá asombrado:—¡Creo,  
creo en tu excelsa majestad, Dios mío!

Arpa es la creación, que en la tranquila  
inmensidad oscila  
con ritmo eterno y cántico sonoro.  
Y no hay murmullo, ni rumor, ni acento  
en tierra, mar y viento,  
que del himno inmortal no forme coro.

El insecto entre el césped escondido,  
el pájaro en su nido,  
el trueno en las entrañas de la nube,  
hasta la flor que en los sepulcros brota,  
todo exhala su nota  
que en acordado són al cielo sube.

Nunca del hombre la soberbia ciega,  
que a enloquecerle llega,  
podrá alcanzar, en su insaciable anhelo,  
ese poder augusto y soberano,  
que enfrena el Oceano  
y hace girar los astros en el cielo.

En vano, golpeándose la frente  
se agitará impotente  
en su orgullo satánico y maldito;  
siempre, desesperado Prometeo,  
le acosará el deseo,  
¡ay! que, como el dolor, es infinito.

**61. Antonio Arnao (1828-1889).—** no hay cosa en los cuartetos que  
**La tarde en el mar.—Barcarola.** me espante.

Ya el sol descende  
 tras de los montes,  
 y en fuego enciende  
 los horizontes.

Boga, barquero,  
 corta ligero  
 las claras ondas del ancho mar.

La fresca brisa  
 que en torno vuela,  
 con blanda risa  
 llene tu vela:  
 boga, que el alma  
 que está sin calma  
 quiere en los mares libre gozar.

Al son del agua  
 que agita el viento  
 quimeras fragua  
 mi pensamiento;  
 y en la alegría  
 mi fantasía  
 se eleva en alas de la ilusión.

En esas nubes  
 de azul y rosa  
 con los querubes  
 sueña gozosa;  
 y el mar que gime  
 con voz sublime  
 calma las penas del corazón....

Boga, barquero,  
 corta ligero  
 las claras ondas del ancho mar.  
 Boga, que el alma  
 que está sin calma  
 quiere en los mares libre gozar.

### SONETOS

**62. Lope de Vega (1565-1635).—**  
**El Soneto.**

Un soneto me manda hacer Violante,  
 que en mi vida me he visto en tal  
 aprieto:

catorce versos dicen, que es soneto:  
 burla burlando, van los tres delante.

Yo pensé que no hallara consonante,  
 y estoy en la mitad de otro cuarteto:  
 mas, si me hallo en el primer terceto,

Por el primer terceto voy entrando,  
 y aun presumo que entré con pie  
 derecho;

pues fin con este verso le voy dando.

Ya estoy en el segundo, y aun sos-  
 pecho,  
 que estoy los trece versos acabando;  
 contad si son catorce, y está hecho.

### A Jesucristo.

¿Qué tengo yo que mi amistad  
 procuras?

¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,  
 que a mi puerta cubierto de rocío  
 pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh cuánto fueron mis entrañas duras,  
 pues no te abrí! ¡qué extraño desvarío!  
 si de mi ingratitud el hielo frío  
 pasmó las llagas de tus plantas puras!

Cuántas veces mi ángel me decía:  
 “Alma, asómate ahora a la ventana,  
 verás con cuánto amor llamar porfía.”

Y cuántas, hermosura soberana,  
 “Mañana le abriremos,” respondía,  
 para lo mismo responder mañana.

**63. D. José Selgas (1822-1892).—**  
**La Gracia.**

Dame, Señor, el poderoso don  
 en que el prodigio de tu gracia esté:  
 venda mis ojos, y la luz veré  
 que atribulada busca mi razón.

Derrama en mi ulcerado corazón  
 el bálsamo divino de la fe:  
 disipa las tinieblas, y saldré  
 del abismo de tanta confusión.

Y brillando en continua claridad  
 este rayo de amor que siento en mí,  
 reconozca y confiese la verdad,  
 y pueda el alma enamorada así,  
 al emprender tu excelsa eternidad,  
 perpetuamente complacerse en tí.

**64. Pedro Calderón de la Barca**  
**(1600-1681).—A unas flores.**

Estas que fueron pompa y alegría  
 despertando al albor de la mañana  
 a la tarde serán lástima vana,  
 durmiendo en brazos de la noche fría.



Este matiz que al cielo desafía,      cual entre rayos de piedad fulgura;  
 iris listado de oro, nieve y grana,      pero jamás tan célica hermosura  
 será escarmiento de la vida humana.      pasión mortal, en quien la mira, evoca.  
 ¡Tanto se aprende en término de un día!...

A florecer las rosas madrugaron,      Manan consuelos de su dulce boca;  
 y para envejecerse florecieron:      la caridad sublima su ternura;  
 cuna y sepulcro en un botón hallaron.      en donde está, no reina la amargura,  
 Tales los hombres sus fortunas vieron;      pues con sus manos el dolor sofoca.

en un día nacieron y expiraron;      En infecto hospital su pecho late,  
 que, pasados los siglos, horas fueron.      velando al triste, con afán prolijo,

65. Antonio Arnao (1828-1889).—      cual vela al moribundo en el combate;  
 La Hermana de la Caridad.      brota su amor al pie del Crucifijo,  
 y todo aquel a quien el mal abate

Casta su faz, bajo la blanca toca      para su noble corazón es hijo.



## POESÍA ÉPICA Y GÉNEROS AFINES

### ROMANCES

#### 66. Lope de Vega (1535-1635).

—San Agustín.

En las riberas del mar  
se paseaba Agustino;  
altos pensamientos tiene,  
hijos de su ingenio altivo.  
Lo que presume entender  
ningún mortal lo ha entendido:  
cómo es Dios uno en esencia,  
siendo en las personas trino...  
Cuando está pensando en ello  
volvió el rostro, y vió que un niño  
sentado estaba en la arena  
a los pies de un pardo risco.  
Ensortijado el cabello,  
largo, crespo, rubio y rizo,  
y en dos estrellas por ojos  
engastados dos zafiros.  
Como marfil terso el rostro,  
y de rubies ceñidos  
los labios, que parecían  
venta de grana de Tiro.  
En coger agua del mar  
el niño está divertido  
con una madre de perlas,  
concha de su nácar limpio.  
—¿Qué haces, dice Agustín,  
niño hermoso, en este sitio,  
que me da pena, si acaso  
vas de tus padres perdido?  
—No estoy en vano, responde,  
que reducir solicito  
el mar inmenso que ves  
a este pequeño resquicio.—  
Agustino le responde:  
—No te canses, niño mío,  
que es imposible agotar

el mar inmenso en mil siglos.

—Pues lo mismo me parece  
que hacéis vos, padre, le dijo;  
porque es saber lo que es Dios  
proceder en infinito.

Que como el mar Oceano  
no es posible reducirlo  
con esta concha a esta quiebra,  
ni agotar su inmenso abismo,  
así vos el mar de Dios  
eterno e incircunscrito  
con vuestro ingenio mortal,  
aunque ingenio peregrino.—  
Quedó Agustín admirado  
y humildemente advertido,  
que no fuera Dios quien es,  
si fuera Dios entendido.  
Quiso al niño responder,  
y no le halló cuando quiso,  
desengañado que Dios  
no cabe en mortal sentido.  
Desde entonces escribió  
que era más seguro asilo  
el creer que el entender,  
que Dios se entiende a sí mismo.

#### 67. Anónimo.—El Infante Vengador.

Helo, helo, por do viene  
el infante vengador,  
caballero a la gineta  
en caballo corredor,  
su manto revuelto al brazo,  
demudada la color,  
y en la su mano derecha  
un venablo cortador.  
Con la punta del venablo

sacaría un arador.  
 Siete veces fué templado  
 en la sangre de un dragón,  
 y otras tantas fué afilado  
 porque cortase mejor:  
 el hierro fué hecho en Francia  
 y el asta en Aragón:  
 perfiládoselo iba  
 en las alas de su halcón.  
 Iba a buscar a don Cuadros,  
 a don Cuadros el traidor,  
 y allá le fuera a hallar  
 junto del Emperador.  
 La vara tiene en la mano,  
 que era justicia mayor.  
 Siete veces lo pensaba,  
 si le tiraría o no,  
 y al cabo de las ocho  
 el venablo le arrojó.  
 Por dar al dicho don Cuadros  
 dado ha al Emperador:  
 pasado le ha manto y sayo  
 que era de un tornasol:  
 por el suelo ladrillado  
 más de un palmo le metió.  
 Allí le habló el Rey,  
 bien oiréis lo que le habló:  
 —¿Por qué me tiraste, Infante?  
 ¿Por que me tiras, traidor?  
 —Perdóneme, tu Alteza,  
 que no tiraba a tí, no:  
 tiraba al traidor de Cuadros;  
 ese falso engañador,  
 que de siete hermanos que tenía (*sic*),  
 no ha dejado, si a mí no:  
 por eso delante tí,  
 buen Rey, lo desafío yo.—  
 Todos fían a don Cuadros,  
 y al Infante no fían, no,  
 si no fuera una doncella,  
 hija es del Emperador,  
 que los tomó por la mano,  
 y en el campo los metió.  
 A los primeros encuentros  
 Cuadros en tierra cayó.  
 Apeárase el Infante,  
 la cabeza le cortó,  
 y tomárala en su lanza,  
 y al buen Rey la presentó.  
 De que aquesto vido el Rey  
 con su hija le casó.

68. Angel de Saavedra, Duque de Rivas (1791-1865).—Recuerdos de un grande hombre.

## I

A media legua de Palos,  
 sobre una mansa colina,  
 que dominando los mares  
 está de pinos vestida,  
 de la Rábida el convento,  
 fundación de orden francisca,  
 descuella desierto, solo,  
 desmantelado, en ruínas:  
 no por la mano del tiempo,  
 aunque es obra muy antigua,  
 sino por la infame mano  
 de revueltas y codicias,  
 que a la nación envilecen  
 y al pueblo desmoralizan,  
 destruyendo sus blasones,  
 robándole sus doctrinas.

De este olvidado convento,  
 ante la portada misma,  
 en la llana plataforma,  
 sitio de admirable vista,  
 una mañana de marzo,  
 mientras que solemne misa  
 en la iglesia se cantaba,  
 y escaso concurso oía,  
 tres y medio siglos hace,  
 para gloria de Castilla,  
 apareció un extranjero  
 de presencia extraña y digna.

En aquel punto acababa  
 de llegar allí; vestía  
 justillo de roja tela,  
 aunque usada y vieja, fina.  
 Un manto de lana pardo  
 con mangotes y capilla,  
 un birrete de velludo,  
 y de orejeras caídas,  
 unas portuguesas botas,  
 más enlodadas que limpias;  
 y bajo el brazo pendiente  
 un zurrón, saco o mochila,  
 donde un pequeño astrolabio,  
 una brújula marina,  
 un libro de devociones  
 y unos pergaminos iban.

Despejada era su frente,  
 penetrante era su vista,

su nariz algo aguileña,  
su boca muy expresiva;  
proporcionados sus miembros,  
y su edad, si no florida,  
tampoco tan avanzada  
que llegase a estar marchita.

Con el cariño de padre,  
de la mano conducía  
un cansado y tierno niño,  
de belleza peregrina;  
pues en su cándido rostro  
de rosa y jazmín, lucían  
dos nobles ojos azules,  
llenos de inocencia y vida;  
y desde su ebúrnea frente  
por su cuello descendían  
los cabellos anillados,  
que el sol miró con envidia.  
Ser dijérase el modelo  
que de Urbino el gran artista,  
en los ángeles copiaba,  
que tanto encanto respiran.  
Y de su gallardo padre  
a la sombra, parecía  
un lirio fresco y lozano  
que nace al pie de una encina.

Este extraño personaje,  
con esta criatura linda,  
taciturno paseaba  
con facha contemplativa.  
Ora por el mar de Atlante  
que rizaban frescas brisas,  
como buscando una senda  
giraba ansiosa la vista:  
ora allá en el horizonte  
de occidente la ponía,  
cual si algún objeto viera,  
inmóvil, clavada, fija.  
Y ya al cielo una mirada  
de entusiasmo y de fe viva  
daba, animando su rostro  
una inspirada sonrisa;  
y ya de pronto inclinando  
la frente a tierra, teñían  
melancólicos colores  
sus deslustradas mejillas.

De sus hondos pensamientos  
y de su inquietud continua,  
sacóle la voz del niño  
que pan y agua le pedía;

pues en cuanto oyó su acento  
y vió su aflicción, se inclina,  
tierno le toma en sus brazos,  
lo consuela, lo acaricia,  
y diligente se acerca  
a la abierta portería,  
a demandar el socorro  
que aquel ángel necesita.

Recíbele afable un lego:  
que entre en el claustro le indica;  
y que en un escaño espere,  
mientras él va a la cocina.

Fray Juan Pérez de Marchena,  
guardián entonces por dicha,  
junto a los viajeros pasa  
volviendo de decir misa;  
y curioso contemplando  
su apariencia peregrina,  
informóse del socorro  
que cortésmente pedían.  
Y por un secreto impulso  
que en favor de ellos le anima,  
inspiración de los cielos  
que su nombre inmortaliza,  
o porque era religioso  
de caridad y de eximia  
virtud, y muy compasivo  
con cuantos allí venían,  
a aquellos huéspedes ruega  
que en su pobre celda admitan  
parte de su escaso almuerzo  
y descanso a sus fatigas.

Aceptado fué el convite,  
y por la escalera arriba,  
el religioso delante  
y el hijo y padre en pos iban,  
formando un sencillo cuadro,  
cuyo asunto ser dirían,  
el talento y la inocencia  
con la religión por guía.

## II

En el estrecho recinto  
de una franciscana celda,  
cómoda, aunque humilde y pobre,  
y de extremada limpieza,  
de la Rábida el prelado  
con sus dos huéspedes entra,  
y después que sendas sillas  
les ofrece y les presenta,

abre franco y obsequioso  
 una mezquina alacena,  
 de donde bizcochos saca,  
 una redoma o botella  
 del vino más excelente  
 que da el condado de Niebla,  
 aceitunas, pan y queso,  
 y tres limpias servilletas,  
 acomodándolo todo  
 en una redonda mesa,  
 no lejos de la ventana  
 que daba vista a la huerta.  
 En seguida llama al lego,  
 y que al punto traiga, ordena,  
 huevos con magras adunia,  
 y chanfaina, si está hecha,  
 Encargándole que todo  
 caliente y sabroso venga,  
 que no charle en la cocina,  
 ni se eternice y se duerma.

Dadas sus disposiciones,  
 al extranjero se acerca  
 (que por tal le ha conocido  
 en el porte, traje y lengua),  
 con una taza le brinda,  
 y al niño que tome ruega  
 un bizcocho, que le alarga,  
 y lo acaricia y lo besa.  
 Bebe el huésped, luego bebe  
 fray Juan Pérez de Marchena;  
 y el niño come el bizcocho,  
 toma un sorbo de agua fresca,  
 y con el zurrón que el padre  
 se ha quitado, y puesto en tierra,  
 sacando cuanto contiene,  
 vivaracho travesea.

El Guardián varias preguntas  
 hace al extranjero, acerca  
 de su patria, de su estado,  
 y del arte que profesa:  
 aunque aquellos instrumentos  
 con que la criatura juega,  
 que le son muy familiares  
 ya casi se lo revelan.

—Que es genovés y viudo—  
 atento el huésped contesta;  
 —Que es navegar su ejercicio,  
 y de piloto su ciencia.—

Y así como una vasija  
 que está rebosando y llena

de un líquido, algo derrama  
 a muy poco que la muevan;  
 dió indicios claros, patentes  
 en sus fáciles respuestas  
 de aquel grande pensamiento,  
 portentoso, que le alienta,  
 que, exclusivo, su alma absorbe,  
 que es la sangre de sus venas,  
 que es el aire que respira,  
 que es ya toda su existencia,  
 y que causó los extremos  
 que delante de la iglesia,  
 el mar contemplando, hizo,  
 como referidos quedán.

“Que el occidente escondía,—  
 dijo—riquísimas tierras,  
 que era el ancho mar de Atlante,  
 de la gran Tartaria senda  
 y que dar la vuelta al mundo  
 para él cosa fácil era;  
 con otras raras especies,  
 tan inauditas, tan nuevas,  
 que al escucharle, pasmado  
 fray Juan Pérez de Marchena  
 (aunque a osados mareantes  
 hablaba con gran frecuencia,  
 por haber muchos en Palos  
 y aunque sabe las proezas,  
 y raros descubrimientos,  
 de las naves portuguesas);  
 no acierta si está escuchando  
 a un orate o a un profeta,  
 si es un ángel o un demonio  
 el hombre que está en su celda.

Mudo se alza; llama al lego  
 y que busque a toda priesa  
 le manda a Garci-Fernández,  
 que estaba ha poco en la iglesia.

No tardó Garci-Fernández  
 en presentarse en la escena  
 con el lego, que el almuerzo  
 colocó sobre la mesa.  
 Era médico de Palos,  
 hombre docto y de experiencia,  
 de sagacidad y astucia,  
 de malicia y de reserva.  
 Viejo y magro, pero fuerte,  
 mellado, la cara seca,  
 calvo, la barba entrecana  
 y la tez tosca y morena.

De estezado una ropilla,  
calzas de burda estameña,  
la capa de pardo monte  
y el sombrero de alas luengas,  
era su traje. La mano  
y el hábito al fraile besa,  
y al incógnito saluda  
con curiosidad inquieta.

El médico, el extranjero  
y el Padre Guardián se sientan,  
dando al almuerzo principio,  
y mutuamente se observan.  
Pero el silencio interrumpe,  
después de haber hecho seña  
al sagaz Garci-Fernández,  
fray Juan Pérez, y comienza  
a hablar de navegaciones  
y desconocidas tierras  
preguntándole a su huésped  
su parecer sobre ellas.

Fué bastante haber tocado  
con sagacidad la tecla:  
la facilidad verbosa  
del genovés se despliega.  
Y con aquellas razones,  
de convencimiento llenas,  
con que se sienta y sostiene  
lo que se sabe de veras,  
sus inspiraciones pinta,  
las observaciones cuenta,  
su sistema desenvuelve,  
sus proyectos manifiesta.  
Recorre a sus pergaminos,  
los desarrolla y enseña  
cartas que él mismo ha trazado  
de navegar, más tan nuevas,  
y según él las explica,  
en cosmográfica ciencia  
demostrándose eminente,  
tan seguras y tan ciertas,  
que el pasmo del religioso  
y su indecisión aumentan,  
mientras al médico encantan,  
le convencen y embelesan.  
De aquel ente extraordinario  
crece la sabia elocuencia,  
notando que es comprendido,  
y de entusiasmo se llena.  
Se agranda, brillan sus ojos  
cual rutilantes estrellas,

brotan sus labios un río  
de científicas ideas:  
no es ya un mortal, es un ángel,  
de Dios un nuncio en la tierra,  
un refulgente destello  
de la sabia omnipotencia.  
Comunica su entusiasmo,  
que el entusiasmo se pega,  
a los que atentos lo escuchan,  
a los que mudos lo observan.  
El médico, el religioso,  
y hasta el lego que a la mesa  
sirve, y ha escuchado inmóvil,  
y con tanta boca abierta,  
mas sin entender palabra,  
en entusiasmo se queman;  
y de haber visto aquel día  
dan gracias a Dios sus lenguas.  
Y piden que luego, luego,  
se lleve a cabo la empresa,  
y quieren ir, y una parte  
tener en las glorias de ella.  
Y ya se ven en los mares,  
y ya en ignoradas tierras,  
y ya el asombro del mundo  
con nombre y con fama eterna:  
formando la celda un cuadro  
digno de que en él hubieran  
o Zurbarán o Velázquez  
apurado sus paletas.

Mas ¡ay! pronto de aquel cielo  
de ilusiones halagüeñas,  
bajan a lo positivo  
de la miserable tierra;  
cuando en sí mismo volviendo,  
reconocen su impotencia,  
y los elementos grandes  
que ha menester tal empresa.  
Se hallan como el desdichado  
que en pobre lecho despierta,  
cuando soñaba que un trono  
era poco a su grandeza.  
Pues de un oscuro piloto  
volviendo a entrar en la esfera  
el genovés abatido  
les refiere su pobreza:  
que no han querido ayudarle  
ni su patria, ni Venecia;  
que la corte de Lisboa  
se burla de sus propuestas;

que los sabios no le entienden,  
 que los ricos le desprecian,  
 que los nobles no le escuchan,  
 que el vulgo le vilipendia.  
 Mas como después añade  
 que aun la esperanza le alienta  
 de encontrar grata acogida  
 en el rey de la Inglaterra,  
 donde ya tiene un hermano  
 con proposiciones hechas,  
 y que él mismo, a acalorarlas,  
 ir allá muy pronto piensa;  
 el amor patrio más puro  
 en las españolas venas  
 del médico y del prelado,  
 se inflama y súbito truena;  
 pues unánimes prorrumpen:  
 "De España la gloria sea;  
 no busquéis lejanos reinos  
 cuando el mejor se os presenta,  
 y el que sediento de gloria  
 más imposibles anhela.  
 Corred, buscad el apoyo  
 de la castellana reina,  
 de doña Isabel invicta,  
 que es la más grande princesa  
 que han admirado los siglos,  
 y que ha ceñido diadema."

De los dos el entusiasmo  
 también a su vez se pega  
 al genovés, y aquel nombre  
 pronunciado con tal fuerza  
 por el físico y el fraile  
 el alma y pecho le llena  
 de esperanza tan vehemente,  
 que sus planes desconcierta.  
 En sus rutilantes ojos,  
 como en su boca entreabierta.  
 y en su palpitante pecho,  
 y en su animada apariencia,  
 el sagaz Garci-Fernández  
 lo conoce, y: "No se pierda  
 momento,—prosigue—al punto  
 id a Córdoba, que es cerca.  
 Allí encontraréis la corte:  
 pues el cielo os la presenta  
 tan inmediata, propicia  
 la hallaréis, nada os detenga."  
 Y fray Juan Pérez añade:  
 "Marchad, sí, Dios os lo ordena.

Carta os daré para el Padre  
 Hernando de Talavera,  
 religioso de valía  
 que es confesor de la Reina.  
 Y porque ningún cuidado  
 vuestra jornada entorpezca,  
 este vuestro tierno niño  
 aquí en el convento queda,  
 de mi seráfico Padre  
 so la protección inmensa."

No dijeron más. Escribe,  
 dando la cosa por hecha,  
 la carta Garci-Fernández;  
 fray Juan Pérez de Marchena  
 la firma: su propia mula  
 ensillar al punto ordena,  
 y las pródidas alforjas  
 preparar en la despensa.  
 Todo está listo. Y entonces,  
 cual si alguna oculta fuerza  
 le compeliere, el piloto,  
 que aun no había dado respuesta,  
 de pie se puso, y resuelto  
 exclama de esta manera:  
 "A Córdoba, Dios lo quiere,  
 su gracia me favorezca."

Al tierno y precioso niño  
 acaricia, abraza y besa,  
 no sin lágrimas sus ojos,  
 no su corazón sin pena.  
 A rezar un corto rato  
 vase devoto a la iglesia,  
 do el escapulario viste,  
 de la seráfica regla.  
 De sus dos nuevos amigos  
 se despidе ya en la puerta:  
 cabalga, aguija, y a trote  
 de la Rábida se aleja.

#### 69. Quevedo (1580-1645).—Origen humilde del papel.

Una incrédula de años  
 de las que niegan el fué,  
 y al limbo dan tragantonas  
 callando el Matusalén;  
 de las que detrás del moño  
 han procurado esconder,  
 si no el agua del bautismo  
 las edades de la fé;  
 buscaba en los muladares

los abuelos del papel,  
(no quise decir andrajos  
porque no se afrente el leer).

Fué, pues, muy contemplativa  
la vejezuela esta vez,  
y quedóse así elevada  
en un trapajo de bien.  
Tarazón de cuello era,  
de los que solían ser  
más azules que los cielos,  
más entonados que juez,  
Y bamboleando un diente,  
volatín de la vejez,  
dijo con la voz sin huesos,  
y remedando el sorber:

“Lo que era ayer estropajo  
que desechó la sartén,  
hoy, pliego, manda dos mundos  
y está amenazando tres.  
Buen andrajo, cuando seas,  
(pues que todo puede ser)  
o provisión o decreto  
o letra de ginovés;  
acuérdate que en tu busca  
con este palo soez  
te saqué de la basura  
para tornarte a nacer.”

En esto, haciendo cosquillas  
al muladar con el pie,  
llamada de la vislumbre,  
y asustado el interés,  
si es diamante, no es diamante,  
sacó envuelto en un cordel  
un casquillo de un espejo,  
perdido por hacer bien.

Miróse la viejecilla,  
prendiéndose un alfiler,  
y vió un orejón con tocas  
donde buscó un Aranjuan,  
dos cabos de ojos gastados  
con caducas por niñez,  
y a boca de noche un diente  
cerca ya de anochecer:  
más que cabellos arrugas  
en su cáscara de nuez;  
pinzas por nariz y barba  
con que el hablar es morder.  
Y arrojándole en el suelo  
dijo con rostro cruel:  
“Bien supo lo que se hizo

quien te echó donde te ves.”—  
Señoras, si aquesto propio  
os llegare a suceder,  
*Arrojar la cara importa:  
que el espejo no hay por qué.*

#### 70. Meléndez (1754-1817).— La tarde.

Ya el Hèspero delicioso  
entre nubes agradables  
cual precursor de la noche  
por el Occidente sale;  
do con su fúlgido brillo  
deshaciendo mil celajes,  
a los ojos se presenta  
cual un hermoso diamante.  
Las sombras que le acompañan  
se apoderan de los valles,  
y sobre la mustia hierba  
su fresco rocío esparcen.  
Su corola alzan las flores,  
y de un aroma suave,  
despidiéndose del día,  
embalsaman todo el aire.  
El sol, afanado, vuela,  
y sus rayos celestiales,  
contemplar tibios permiten,  
al morir, su augusta imagen.  
De la alta cima del cielo  
veloz se despeña y cae  
del Océano en las aguas,  
que a recibirle se abren.  
¡Oh! ¡qué visos! ¡qué colores!  
¡Qué ráfagas tan brillantes  
mis ojos embebecidos  
registran en todas partes!  
Mil sutiles nubecillas  
cercan su trono, y mudables,  
el cárdeno cielo pintan  
con sus graciosos cambiantes,  
los reverberan las aguas,  
y parece que retrae  
insidioso el sol los pasos,  
y en mirarlos se complace.  
Luego vuelve, huye, se esconde;  
y deja en poder la tarde  
del Hèspero que en los cielos  
alza su pardo estandarte.  
Del nido al caliente abrigo  
vuelan al punto las aves,



cuál al seno de una peña,  
 cuál a lo hojoso de un sauce.  
 Suelta el labrador sus bueyes:  
 y entre sencillos afanes  
 para el redil los ganados  
 volviendo van los zagales:  
 lejos las chozas humean,  
 y los montes más distantes  
 con las sombras se confunden  
 que sus altas cimas hacen.  
 El universo parece  
 que de su acción incesante  
 cansado, el reposo anhela,  
 y al sueño va a abandonarse.  
 Todo es paz, silencio todo,  
 todo en estas soledades  
 me conmueve, y hace dulce  
 la memoria de mis males.  
 El verde oscuro del prado,  
 la niebla, que undosa a alzarse  
 empieza del hondo río,  
 los árboles de su margen,  
 su deleitosa frescura,  
 los vientecillos, que baten  
 entre las flores las alas,  
 y sus esencias me traen,  
 me enajenan y me olvidan  
 de las odiosas ciudades,  
 y de sus tristes jardines,  
 hijos míseros del arte.  
 Liberal naturaleza,  
 porque mi pecho se sacie,  
 me brinda con mil placeres  
 en su copa inagotable.  
 Yo me abandono a su impulso:  
 dudosos los pies, no saben  
 do se vuelven, do caminan,  
 do se apresuran, do paren.  
 Bajo del collado al río,  
 y entre sus lóbregas calles  
 de altos árboles, el pecho  
 lleno de pavor me late.  
 Miro las tajadas rocas,  
 que amenazan desplomarse  
 sobre mí, tornar oscuros  
 sus cristalinos raudales.  
 Llénanme de horror sus sombras,  
 y empiezo triste a quejarme  
 de mis amargas desdichas,  
 y a lanzar dolientes ayes:

mientras de la luz dudosa  
 espira el último instante,  
 y la noche el velo tiende  
 que el crepúsculo deshace.

**71. Zorrilla (1817-1893).—A buen juez mejor testigo.**

Pasó un día y otro día,  
 un mes y otro mes pasó,  
 y un año pasado había,  
 mas de Flandes no volvía  
 Diego, que a Flandes partió.

Lloraba la bella Inés  
 su vuelta aguardando en vano,  
 oraba un mes y otro mes  
 del crucifijo a los pies,  
 do puso el galán su mano.

Todas las tardes venía  
 después de traspuesto el sol,  
 y a Dios llorando pedía  
 la vuelta del español,  
 y el español no volvía.

Y siempre al anochecer,  
 sin dueña y sin escudero,  
 en un manto una mujer  
 el campo salía a ver  
 al alto del *Miradero*.

¡Ay del triste que consume  
 su existencia en esperar!  
 ¡Ay del triste que presume  
 que el duelo con que él se abruma  
 al ausente ha de pesar!

La esperanza es de los cielos  
 precioso y funesto don,  
 pues los amantes desvelos  
 cambian la esperanza en celos,  
 que abrasan el corazón.

Si es cierto lo que se espera,  
 es un consuelo en verdad;  
 pero siendo una quimera,  
 en tan frágil realidad  
 quien espera desespera.

Así Inés desesperaba  
 sin acabar de esperar,  
 y su tez se marchitaba,  
 y su llanto se secaba  
 para volver a brotar.

En vano a Ibán acudía,  
 ilorosa y desconsolada;  
 el padre no respondía,

que la lengua le tenía  
su propia deshonra atada.

Y ambos maldicen su estrella  
callando el padre severo  
y suspirando la bella,  
porque nació mujer ella,  
y el viejo nació altanero.

Dos años al fin pasaron  
en esperar y gemir,  
y las guerras acabaron,  
y los de Flandes tornaron  
a sus tierras a vivir.

Pasó un día y otro día,  
un mes y otro mes pasó,  
y el tercer año corría;  
Diego a Flandes se partió,  
mas de Flandes no volvía.

Era una tarde serena  
doraba el sol de occidente  
del Tajo la vega amena,  
y apoyada en una almena  
miraba Inés la corriente.

Iban las tranquilas olas  
las riberas azotando  
bajo las murallas solas,  
musgo, espigas y amapolas  
ligeramente doblando.

Algún olmo que escondido  
creció entre la yerba blanda,  
sobre las aguas tendido  
se refleja perdido  
en su cristalina banda.

Y algún ruiseñor colgado  
entre su fresca espesura  
daba al aire embalsamado  
su cántico regalado  
desde la enramada oscura...

Así la niña lloraba  
el rigor de su fortuna,  
y así la tarde pasaba  
y al horizonte trepaba  
la consoladora luna.

A lo lejos por el llano  
en confuso remolino  
vió de hombres tropel lejano  
que en pardo polvo liviano  
dejan envuelto el camino.

Bajó Inés del torreón,  
y llegando recelosa  
a las puertas del Cambrión

sintió latir zozobrosa  
más inquieto el corazón.

Tan galán como altanero  
dejó ver la escasa luz  
por bajo el arco primero  
un hidalgo caballero  
en un caballo andaluz.

Jubón negro acuchillado,  
banda azul, lazo en la hombrera,  
y sin pluma al diestro lado  
el sombrero derribado  
tocando con la gorguera.

Bombacho gris guarnecido,  
bota de ante, espuela de oro,  
hierro al cinto suspendido,  
y a una cadena prendido  
agudo cuchillo moro.

Vienen tras este jinete  
sobre potros jerezanos  
de lanceros hasta siete,  
y en adarga y coselete  
diez peones castellanos.

Asióse a su estribo Inés  
gritando:—¡Diego, eres tú!—  
y él viéndola de través  
dijo—¡Voto a Belcebú,  
que no me acuerdo quién es!

Dió la triste un alarido  
tal respuesta al escuchar,  
y a poco perdió el sentido,  
sin que más voz ni gemido  
volviera en tierra a exhalar.

Frunciendo ambas a dos cejas  
encomendóla a su gente,  
diciendo:—¡Malditas viejas  
que a las mozas malamente  
enloquecen con consejas!—

Y aplicando el capitán  
a su potro las espuelas  
el rostro a Toledo dan,  
y a trote cruzando van  
las oscuras callejuelas.

Así por sus altos fines  
dispone y permite el cielo  
que puedan mudar al hombre  
fortuna, poder y tiempo.  
A Flandes partió Martínez  
de soldado aventurero,  
y por su suerte y hazañas

allí capitán le hicieron.  
 Según alzaba en honores  
 alzábase en pensamientos,  
 y tanto ayudó en la guerra  
 con su valor y altos hechos,  
 que el mismo rey a su vuelta  
 le armó en Madrid caballero,  
 tomándole a su servicio  
 por capitán de Lanceros,  
 y otro no fué que Martínez  
 quien ha poco entró en Toledo,  
 tan orgulloso y ufano  
 cual salió humilde y pequeño.  
 Ni es otro a quien se dirige,  
 cobrado el conocimiento,  
 la amorosa Inés de Vargas,  
 que vive por él muriendo.  
 Mas él, que olvidando todo  
 olvidó su nombre mesmo,  
 puesto que Diego Martínez  
 es el capitán don Diego,  
 ni se ablanda a sus caricias,  
 ni cura de sus lamentos;  
 diciendo que son locuras  
 de gentes de poco seso,  
 que ni el prometió casarse  
 ni pensó jamás en ello.  
 ¡Tanto mudan a los hombres  
 fortuna, poder y tiempo!  
 En vano perfiaba Inés  
 con amenazas y ruegos;  
 cuanto más ella importuna  
 está Martínez severo.  
 Abrazada a sus rodillas  
 enmarañado el cabello  
 la hermosa niña lloraba  
 prosternada por el suelo.  
 Mas todo empeño es inútil  
 porque el capitán don Diego  
 no ha de ser Diego Martínez,  
 como lo era en otro tiempo,  
 Y así llamando a su gente,  
 de amor y piedad ajeno,  
 mandóles que a Inés llevaran  
 de grado o de valimiento.  
 Mas ella antes que la asieran,  
 cesando un punto en su duelo,  
 así habló, el rostro lloroso  
 hacia Martínez volviendo:  
 "Contigo se fué mi honra,

conmigo tu juramento;  
 pues buenas prendas son ambas,  
 en buen fiel las pesaremos."  
 Y la faz descolorida  
 en la mantilla envolviendo,  
 a pasos desatentados  
 salióse del aposento.

\* \* \*

Era entonces de Toledo  
 por el rey gobernador  
 el justiciero y valiente  
 don Pedro Ruiz de Alarcón.  
 Muchos años por su patria  
 el buen viejo peleó;  
 cercenado tiene un brazo,  
 mas entero el corazón.  
 La mesa tiene delante,  
 los jueces en derredor,  
 los corchetes a la puerta  
 y en la derecha el bastón.  
 Está, como presidente  
 del tribunal superior.  
 entre un dosel y una alfombra  
 reclinado en un sillón,  
 escuchando con paciencia  
 la cuasi asmática voz  
 con que un tétrico escribano  
 solfea una apelación.  
 Los asistentes bostezan  
 al murmullo arrullador,  
 los jueces medio dormidos  
 hacen pliegues al ropón,  
 los escribanos repasan  
 sus pergaminos al sol,  
 y abajo en Zocodover  
 gritan en discorde son  
 los que en el mercado venden  
 lo vendido y el valor.

Una mujer en tal punto,  
 en faz de grande aflicción,  
 rojos de llorar los ojos,  
 ronca de gemir la voz,  
 suelto el cabello y el manto,  
 tomó plaza en el salón,  
 diciendo a gritos: "¡Justicia,  
 jueces, justicia, señor!"  
 Y a los pies se arroja humilde  
 de don Pedro de Alarcón,  
 en tanto que los curiosos  
 se agitan al rededor.

Alzóla cortés don Pedro,  
calmando la confusión  
y el tumultuoso murmullo  
que esta escena ocasionó,  
diciendo:

—Mujer, ¿qué quieres?

—Quiero justicia, señor.

—¿De qué?

—De una prenda hurtada

—¿Qué prenda?

—Mi corazón.

—¿Tú le diste?

—Le presté.

—¿Y no te le han vuelto?

—No.

—¿Tienes testigos?

—Ninguno.

—¿Y promesa?

—¡Sí, por Dios!

Que al partirse de Toledo  
un juramento empeñó.

—¿Quién es él?

—Diego Martínez.

—¿Noble?

—Y capitán, señor.

—Presentadme al capitán,  
que cumplirá, si juró.—

Quedó en silencio la sala,  
y a poco en el corredor  
se oyó de botas y espuelas  
el acompasado son.

Un portero, levantando  
el tapiz, en alta voz

dijo:—El capitán, don Diego.—

Y entró luego en el salón

Diego Martínez, los ojos  
llenos de orgullo y furor.

—¿Sois el capitán don Diego,  
díjole don Pedro, vos?—

Contestó altivo y sereno  
Diego Martínez:

—Yo soy.

—¿Conocéis a esta muchacha?

—Ha tres años, salvo error.

—¿Hicisteisla juramento  
de ser su marido?—

—No.

—¿Juráis no haberlo jurado?

—Sí, juro.—

Pues id con Dios.

—¡Miente!—clamó Inés llorando  
de despecho y de rubor.

—Mujer, ¡piensa lo que dices!...

—Digo que miente, juró.

—¿Tienes testigos?—

—Ninguno.

—Capitán, idos con Dios,  
y dispensad que acusado  
dudara de vuestro honor.—

Tornó Martínez la espalda  
con brusca satisfacción,  
e Inés, que le vió partirse,  
resuelta y firme gritó:

—Llamadle, tengo un testigo.

Llamadle otra vez, señor.—

Volvió el capitán don Diego,  
sentóse Ruiz de Alarcón,

la multitud aquietóse  
y la de Vargas siguió:

—Tengo un testigo a quien nunca  
faltó verdad ni razón.—

—¿Quién?

—Un hombre que de lejos  
nuestras palabras oyó,  
mirándonos desde arriba.

—¿Estaba en algún balcón?

—No, que estaba en un suplicio,  
donde ha tiempo que espiró.—

—¿Luego es muerto?

—No, que vive.

—Estáis loca, ¡vive Dios!

—¿Quién fué?

—EL CRISTO DE LA VEGA,  
a cuya faz perjuró.—

Pusiéronse en pie los jueces  
al nombre del Redentor,  
escuchando con asombro  
tan excelsa apelación.  
Reinó un profundo silencio  
de sorpresa y de pavor  
y Diego bajó los ojos  
de vergüenza y confusión.

Un instante con los jueces  
don Pedro en secreto habló,  
y levantóse diciendo  
con respetuosa voz:

“La ley es ley para todos,  
tu testigo es el mejor,  
mas para tales testigos  
no hay más tribunal que Dios.

Haremos... lo que sepamos;  
 escribano, al caer el sol  
 al CRISTO que está en la Vega  
 tomaréis declaración."

Es una tarde serena,  
 cuya luz tornasolada  
 del purpurino horizonte  
 blandamente se derrama.  
 Plácido aroma las flores  
 sus hojas plegando exhalan,  
 y el céfiro entre perfumes  
 mece las trémulas alas.  
 Brillan abajo en el valle  
 con suave rumor las aguas,  
 y las aves en la orilla  
 despidiendo al día cantan.

Allá por el *Miradero*  
 por el Cambrón y Visagra  
 confuso tropel de gente  
 del Tajo a la vega baja.  
 Vienen delante don Pedro  
 de Alarcón, Ibán de Vargas,  
 su hija Inés, los escribanos,  
 los corchetes y los guardias;  
 y detrás monjes, hidalgos,  
 mozas, chicos y canalla.  
 Otra turba de curiosos  
 en la vega los aguarda,  
 cada cual comentando  
 el caso según le cuadra.  
 Entre ellos está Martínez  
 en apostura bizarra,  
 calzadas espuelas de oro,  
 valona de encaje blanca,  
 bigote a la borgoñesa,  
 melena desmelenada,  
 el sombrero guarnecido  
 con cuatro lazos de plata,  
 un pie delante del otro,  
 y el puño en el de la espada.  
 Los plebeyos de reojo  
 le miran de entre las capas,  
 los chicos al uniforme  
 y las mozas a la cara.  
 Llegado el gobernador  
 y gente que le acompaña,  
 entraron todos al claustro  
 que iglesia y patio separa.  
 Encendieron ante el CRISTO

cuatro cirios y una lámpara,  
 y de hinojos un momento  
 le rezaron en voz baja.

Está el CRISTO de la Vega  
 la cruz en tierra posada,  
 los pies alzados del suelo  
 poco menos de una vara;  
 hacia la severa imagen  
 un notario se adelanta,  
 de modo que con el rostro  
 al pecho santo llegaba.  
 A un lado tiene a Martínez,  
 a otro lado a Inés de Vargas,  
 detrás al gobernador  
 con sus jueces y sus guardias.  
 Después de leer dos veces  
 la acusación entablada,  
 el notario a Jesucristo  
 así demandó en voz alta:  
 —"*Jesús, Hijo de María,*  
*ante nos esta mañana*  
*citado como testigo*  
*por boca de Inés de Vargas,*  
*¿juráis ser cierto que un día*  
*a vuestras divinas plantas*  
*juró a Inés Diego Martínez*  
*por su mujer desposarla?"*

Asida a un brazo desnudo  
 una mano atarazada  
 vino a posar en los autos  
 la seca y hendida palma,  
 y allá en los aires "¡Sí, JURO!"  
 clamó una voz más que humana.  
 Alzó la turba medrosa  
 la vista a la imagen santa...  
 Los labios tenía abiertos,  
 y una mano desclavada.

Las vanidades del mundo  
 renunció allí mismo Inés,  
 y espantado de sí propio  
 Diego Martínez también.  
 Los escribanos temblando  
 dieron de esta escena fe,  
 firmando como testigos  
 cuantos hubieron poder.  
 Fundóse un aniversario  
 y una capilla con él,  
 y don Pedro de Alarcón  
 el altar ordenó hacer,

donde hasta el tiempo que corre,  
y en cada año una vez,  
con la mano desclavada  
el crucifijo se ve.

**72. José Ma. Gabriel y Galán  
(1870-1905).—Mi Vaquerillo.**

He dormido esta noche en el monte  
con el niño que cuida mis vacas.  
En el valle tendió para ambos  
el rapaz su raquítica manta  
¡y se quiso quitar—¡pobrecito!—  
su blusilla y hacerme almohada!  
Una noche solemne de Junio,  
una noche de Junio muy clara!...

Los valles dormían,  
los buhos cantaban,  
sonaba un cencerro,  
rumiaban las vacas....

Y una luna de luz amorosa,  
presidiendo la atmósfera diáfana,  
inundaba los cielos tranquilos  
de dulzuras sedantes y cálidas.

¡Qué noches, qué noches!

¡Qué horas, qué auras!

¡Para hacerse de acero los cuerpos!

¡Para hacerse de oro las almas!

Pero el niño ¡que sólo vivía!

¡Me daba una lástima

recordar que en los campos desiertos  
tan sólo pasaba

las noches de Junio  
rutilantes, medrosas, calladas,  
y las húmedas noches de Octubre,  
cuando el aire menea las ramas,  
y las noches del turbio Febrero  
tan negras, tan bravas.

Con lobos y cárbalos  
con vientos y aguas!....

¡Recordar que dormido pudieran  
pisarlo las vacas,  
morderle en los labios  
horrendas tarántulas,  
matarlo los lobos,  
comerlo las águilas!...  
¡Vaquerito mío!

¡Cuán amargo era el pan que te daba!

Yo tenía un hijito pequeño,

—¡hijo de mi alma,

que jamás te dejé si tu madre

sobre tí no tendía sus alas.—

Y si un hombre duro

le vendiera las cosas tan caras!...

Pero ¡qué van a hablar mis amores,  
si el niño que cuida mis vacas  
también tiene padres  
con tiernas entrañas?

He pasado con él esta noche,  
y en las horas de más honda calma,  
me habló la conciencia  
muy duras palabras...

Y le dije que sí, que era horrible...  
que llorándolo el alma ya estaba.

El niño dormía  
cara al cielo con plácida calma;  
la luz de la luna

puro beso de madre le daba,  
y el beso del padre  
se lo puso mi boca en su cara!

Y le dije con voz de cariño  
cuando ví clarear la mañana:

—¡Despierte mi mozo,

que ya viene el alba

y hay que hacer una lumbre muy grande  
y mi almuerzo muy rico... ¡levanta!

Tú te quedas luego  
guardando las vacas

y a la noche te vas y las dejas...

¡San Antonio bendito las guarda!...

Y a tu madre a la noche la dices  
que vaya a mi casa,  
porque ya eres grande

y te quiero aumentar la soldada...

**73. Bernardo de Valbuena (1568-  
1627).—Batalla de Roncesvalles.**

El nuevo orgullo del cercano día  
que había de ser de tantos el postrero,  
al clarín de oro despertó, que hacía  
pomposa salva el rayo del lucero:  
resonó el aire, y el furor que ardía  
las fuerzas refinó al templado acero  
de aquellos mundos, que en dudosa  
suerte,

las estrellas guiaban a la muerte.

Con el furor que la impelida llama  
de un recio viento a un bosque seco  
arroja  
la tragadora furia, en que arde y brama

en resonante hervir la selva roja:  
suda el verde laurel, arde la grama,  
vuela del fresno en humo el tronco y  
hoja,

y todo al fin por do el incendio pasa,  
el monte asombra y su ladera abrasa;  
así, al son de trompetas y atambores  
y con igual furor, sube marchando  
por los riscos altivos miradores  
del grave Pirineo, el francés bando;  
tiemblan los pinos, gimen los alcores  
debajo el grave peso; y no bastando  
a refrenar su furia; el valle escaso  
les da a no poder más humilde el paso.

El viejo y encorvado Pirineo,  
a quien del cielo el brazo eterno puso  
con riendas de oro al paso del deseo  
de un pueblo y otro, de su trato y uso;  
y por mejor y altísimo trofeo  
de paz y eternas treguas le compuso  
entre las dos naciones, que feroces,  
hoy su sosiego han perturbado a voces;

“¿Quién, dijo, con tan bárbaros  
intentos  
del mundo la quietud ha rebelado?  
¿Qué nuevos monstruos de ánimos  
violentos  
por mis revueltas breñas se han  
sembrado?”

¿A qué fin con tan graves movimientos  
de armas mi inculto seno veo preñado,  
que con ciego alboroto y son de guerra  
los confines asordan de mi tierra?...”

Vanse acercando, suenan los clarines  
entre las peñas con quebrados ecos;  
y puestos ya en los últimos confines  
del fatal monte y sus peñascos huecos,  
del vario tiempo los dudosos fines,  
y del triste hado los variables truecos  
su orgullo asombran; y al dudoso caso  
suspense dan el amagado paso.

Muévense entrambos campos: se-  
mejantes  
a dos tejidas selvas, cuyos pinos,  
son espigadas lanzas relumbrantes,  
y las copadas hayas yelmos finos:  
las ramas sus plumeros tremolantes,  
donde hace el viento bellos remolinos;  
y a las varias centellas del acero

en que el sol quiebra, se arde el bos-  
que entero.

La junta a chocar la muche-  
dumbre

al son de belicosos instrumentos,  
gimió de Roncesvalles la alta cumbre  
en rancos y tristísimos acentos:  
suena el acero, asombra su vislumbre,  
y el Pirineo tembló por sus cimientos;  
las madres dentro en los vecinos techos  
sus hijos abrigaron a sus pechos.

El bravo Durandarte, el gran Ri-  
cardo,  
Gaiferos, Naimo, Otón y Belenguero,  
Anselmo, don Turpín, Avivio, Alardo,  
el alemán Godofre, el fiel Rainero,  
de todos hecho un escuadrón gallardo,  
lanzando rayos de su ardiente acero,  
por el revuelto ejército de España  
rompiendo van en mortandad extraña.

Destrozan, hieren, matan sin con-  
cierto,  
rompen, desarman, y en sangriento  
lago  
un número increíble dejan muerto,  
y entre los vivos un horrible estrago:  
quién el costado, quién el cuerpo  
abierto,  
sin sentir de la muerte bebió el trago;  
aquí uno, dos allí y acullá ciento,  
por tierra arroja su furor violento.

A un tiempo ambos ejércitos difusos  
sin orden, modo, sin concierto ni arte,  
en espantosa trápala los usos  
y reglas quiebran del sangriento Marte;  
en ciegas tropas, y en montón confusos,  
de aquí y de allí, por esta y la otra  
parte,

de a caballo y de a pie, todos a una  
al gran desmán se mezclan de fortuna.

Ni los diestros sargentos, ni el  
prudente  
capitán pueden reducir a modo,  
la descompuesta confusión de gente  
en que se enreda y enmaraña todo:  
mezclados el cobarde y el valiente,  
el español, el francés, normando y godo,  
el noble y el plebeyo, el alto, el bajo,  
el que viste armas y el que no las trajo.  
Retumba el hueco valle a los acentos

del ronco y triste son de las espadas; bañadas en suaves resplandores:  
hieren las voces los confusos vientos, divisan desde allí todas las cosas  
y el romper de las armas encontradas: aquellos celestiales moradores,  
corren del monte horribles ríos san- y lastimales vernos fatigados  
grientos en pequeños y míseros cuidados...

volcando arneses, grebas y celadas  
a los vecinos valles, ya cubiertos  
de enteros escuadrones de hombres  
muertos...

(*El Bernardo, Lib. XVII*).

**74. Fr. Diego de Hojeda, dominico  
(1611).—El alcázar de Dios.**

El sumo alcázar para Dios fundado  
sobre este mundo temporal se en-  
cumbra:

su muro es de diamante jaspeado,  
que sol parece y más que sol relumbra;  
está de doce puertas rodeado,  
que con luz nueva cada cual alumbrá:  
y la más fuerte y despejada vista  
no es posible que a tanto ardor resista.

Las doce tribus de Jacob valientes  
están en los umbrales sobrescritos,  
y en las basas de mármoles lucentes  
doce maestros de cristianos ritos:  
la materia es de piedras excelentes,  
y de oro curuscante los escritos:  
ninguna puerta con rigor se cierra,  
porque no hay noche, ni se temeguerra.

De este rico metal, cual vidrio puro  
es la hermosa plaza, cristalina,  
y el ancho suelo, como el alto muro  
de ardiente claridad y luz divina:  
por ella un río de cristal, seguro  
de ofensa vil, con blando pie camina;  
en urna va de perlas murmurando,  
y el margen de oro líquido esmaltando.

A la ribera de este ameno río  
está luciendo el árbol de la vida,  
con grave copa y descollado brío,  
que con su olor a eterna edad convida:  
fruta da que jamás dará hastío,  
que es fruta cada mes recién nacida:  
él es de oro, y sus hojas de esmeraldas,  
y hacen de ellas los ángeles guirnaldas.

Luego sobre estas aguas caudalosas  
están lindos y alegres corredores  
y galerías de marfil preciosas

(*La Cristiada, Libro II*).

**Eclipse del sol a la muerte de  
Cristo.**

Estaba el sol entonces coronado  
de largas puntas de diamantes finos,  
y, en medio de su curso levantado,  
los montes abrasaba palestinos.  
Miguel, viendo a su Dios crucificado,  
desnudo ante los bárbaros indios,  
con hidalga vergüenza y noble celo  
bajó del cielo empíreo al cuarto cielo:  
y a los fuertes caballos rutilantes  
que echaban fuego por las bocas de oro,  
las ruedas volteando coruscantes  
que dan al mundo nuevo gran tesoro;  
los encendidos frenos radiantes,  
sin guardar al planeta más decoro,  
asíó con la una mano valerosa,  
y con otra la máquina espantosa.

Y el carro así parado, alzó los ojos  
al sol, que con mil ojos le miraba,  
y fulminando por la vista enojos,  
el fin de sus intentos aguardaba:  
abriendo, pues, Miguel sus labios rojos,  
con voz le dijo resonante y brava,  
increpando al planeta excelsamente,  
porque daba su luz resplandeciente:  
“¿Es posible, inmortal noble criatura,  
que miras a tu Dios en cruz desnudo,  
y ofreces luz a aquella gente dura  
que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?  
Cubre tu clara faz de noche oscura,  
con razón fiero y con verdad sañudo,  
desate el mundo así sus gruesas nieblas,  
y a su Criador conozca en tus tinieblas.”  
Dijo, y el sol avergonzado luego,  
sus rayos en sí propio recogidos,  
negó su bella lumbre al mundo ciego  
por dejar a los hombres confundidos:  
espantóse el romano, admiró al griego,  
ambos en esta ciencia esclarecidos,  
ver un eclipse tal, y el crudo hebreo  
se quedó pertinaz en su deseo.



¡Oh Dios cuando tu luz no resplandece

ni la luz sirve, ni aprovecha el día para que el hombre ciego no tropiece, y ciego se despeñe en su porfía: ni el quitarle la luz más luz le ofrece, que quien bañado en luz la luz no vía, ¿qué hará en las tinieblas sumergido? Dormir en noche oscura y torpe olvido.

Al hombro izquierdo el capellar tremola

Favonio airosamente, y con lazadas de plata y seda atado en una sola, que vuelven las vislumbres duplicadas: roja banda afollada en la pistola con muchos rapacejos, y enredadas puntas al cinturón, y allí pendiente de Toledo la espada omnipotente.

(*Ibid. Lib. XII*).

**75. Nicolás Fernández Moratín (1737-1780).—Del canto épico: "Las naves de Cortés destruidas."**

### Retrato de Cortés.

Cortés, el gran Cortés... ¡divina Clío, tu alto influjo mi espíritu levante! ¿Quién jamás tuvo objeto como el mío, ni tan glorioso capitán triunfante? ¡Con qué aspecto real y señorío se le muestra a su ejército delante! ¡Oh qué valor que ostenta y que nobleza! ¡Oh cuánta heroicidad y gentileza!

Ricas armas de esmero y maestría, listadas de oro puro centellantes, con pernos de preciosa pedrería, hebillas y chatones de diamantes, gorjal grabado en cuyo canto había de perlas y crisólitos pinjantes, cegando como el sol, a quien parece el arnés con que armado resplandece.

Deslumbra la finísima celada cual fúlgido cristal resplandeciente con plumajes y airón empenachada, que el céfiro halagaba mansamente: el brazal y esquinela burilada rayos sacan de luz como el oriente: música forman guarnecidas de oro templadas piezas al cruzir sonoro.

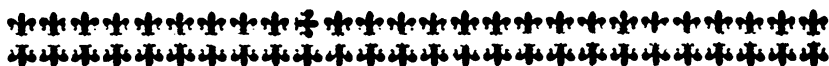
Anchoescudo abrazó de fuerte acero, con labores en torno rutilante, que más reverberando que el lucero parece de limpisimo diamante: esculpió en medio por blasón guerrero entre las uñas de un león rampante un mundo encadenado, y quebrantadas las columnas de Alcides derribadas.

La gruesa lanza estriada y rebutida de barras de metal lleva en la cuja, y un pendoncillo o banderilla asida que bordó con primor sutil aguja: y al encuentro y veloz acometida hace corriendo que al impulso cruja cuando con duro y resonante callo embiste el hermosísimo caballo.

Era alazán tostado, corpulento, de ardiente vista, y con feroz ultraje bate el suelo, mirándose opulento con tan precioso y bárbaro equipaje: de ormesí recamado el paramento, de seda y oro y borlas el rendaje, de bronces entallados la estribera, zafiros y balajes la testera,

El soberbio animal la crin extiende, como quien sabe el dueño que pasea, con agudo relincho el aire enciende y atónito y ufano se pompea. En cuanto ¡oh Betis! tu raudal comprende,

que con verdes olivas se hermosea, tal monstruo no abortó naturaleza ni unió tanta hermosura en tal fiera.



## POESÍA DRAMÁTICA

76. Lope de Vega (1565-1635.— *Rey.*

Sí está.

La Estrella de Sevilla.

*D. Sancho.* Pues ¿cómo muerto en secreto

ACTO II

Salón del Alcázar.

ESCENA XI

*D. Sancho.* El *Rey.*

*D. Sancho.* Vuestra alteza a mis dos labios

les conceda los dos pies.

*Rey.* Alzad; que os hiciera agravios. Alzad.

*D. Sancho.* Señor...

*Rey (aparte).* Galán es.

*D. Sancho.* No es mucho que yo, Señor, me turbe, no siendo aquí retórico ni orador.

*Rey.* Pues decid, ¿qué veis en mí?

*D. Sancho.* La majestad y el valor.

Y al fin una imagen veo de Dios, pues le imita el Rey; y después de él, en vos creo.

A vuestra cesárea ley, gran Señor, aquí me empleo.

*Rey.* ¿Cómo estáis?

*D. Sancho.* Nunca me he visto tan honrado como estoy.

*Rey.* Pues aficionado os soy, por prudente y por bien quisto. Porque estaréis con cuidado, codicioso de saber para lo que os he llamado, decíroslo quiero, y ver que en vos tengo un gran soldado. —A mí me importa matar en secreto a un hombre, y quiero este caso confiar sólo de vos; que os prefiero a todos los del lugar.

*D. Sancho.* ¿Está culpado?

a un culpado se le da?

Poner su muerte en efecto públicamente podrá vuestra justicia, sin dalle muerte en secreto; que así vos os culpáis en culpalle, pues dais a entender que aquí sin culpa mandáis matalle. Si ese hombre os ha ofendido en leve culpa, Señor, que le perdonéis os pido.

*Rey.* Para su procurador, Sancho Ortiz, no habéis venido, sino para dalle muerte; y pues se la mando dar escondiendo el brazo fuerte, debe a mi honor importar matarle de aquesta suerte. ¿Merece el que ha cometido crimen *laesae*, muerte?

*D. Sancho.* En fuego.

*Rey.* ¿Y si crimen *laesae*, ha sido el de este?...

*D. Sancho....* Que muera luego a voces, Señor, os pido; y si es así, la daré, Señor, a mi mismo hermano, y en nada repararé.

*Rey.* Dadme esa palabra y mano.

*D. Sancho.* Y en ella el alma y la fe.

*Rey.* Hallándole descuidado puedes matarle.

*D. Sancho.* ¡Señor!

Siendo Roela y soldado ¿me quieres hacer traidor? ¡Yo muerte en caso pensado! Cuerpo a cuerpo he de matallo, donde Sevilla lo vea,

en la plaza o en la calle;  
que al que mata y no pelea,  
nadie puede disculpalle;  
y gana más el que muere  
a traición, que el que lo mata;  
y el vivo con cuantos trata  
su alevosía refiere.

*Rey.* Matadle como queráis;  
que este papel para abono  
de mí firmado lleváis,  
en que consia que os perdono  
cualquier delito que hagáis,  
referido. (*Dale el papel.*)

*D. Sancho.* Dice así:  
(*Lee*) "Al que ese papel advierte,  
"Sancho Ortiz, luego por mí  
y en mi nombre dadle muerte,  
que yo por vos salgo aquí;  
y si os halláis en aprieto,  
por este papel firmado  
sacaros dél os prometo—  
*Yo el Rey.*"—Estoy admirado  
de que tampoco conceto  
tenga de mí vuestra Alteza.  
¡Yo cédula! ¡Yo papel!  
¡Qué! Más en vos que no en él  
confía aquí mi nobleza.  
Si vuestras palabras cobran  
valor que los montes labra,  
y ellas cuanto dicen obran,  
dándome aquí la palabra,  
Señor, los papeles sobran.  
Rompedlo, porque sin él  
la muerte le solicita  
mejor, Señor, que con él;  
que en parte desacredita  
vuestra palabra el papel. (*Rómpele.*)  
Sin papel, Señor, aquí  
nos obligamos los dos,  
y prometemos así,  
yo de vengaros a vos,  
y vos de librarme a mí.  
Si es así, ya no hay que hacer  
cédulas, que estorbo han sido:  
yo os voy luego a obedecer;  
y sólo por premio os pido  
para esposa la mujer  
que yo eligiere.

*Rey.* Aunque sea  
rica-fembra de Castilla

os la concedo.

*D. Sancho.* Posea  
vuestro pie la alarbe silla;  
el mar los castillos vea  
gloriosos y dilatados...

*Rey.* Vuestros hechos excelentes,  
Sancho, quedarán premiados,  
en este papel va el nombre (*dale  
un papel*)

del hombre que ha de morir;  
cuando lo abráis no os asombre;  
mirad que he oído decir  
en Sevilla que es muy hombre.

*D. Sancho.* Presto, Señor, lo sabremos.

*Rey.* Los dos, Sancho, solamente  
este secreto sabemos.  
No hay que advertiros; prudente  
sois vos: obrad, y callemos. (*Vase.*)

### ESCENA XIII

*D. Sancho.*

Buscar a Busto quiero;  
que entre deseos y esperanzas  
muero.

Mas con el miedo y gusto  
me olvidaba del Rey, y no era justo.  
Ya está el papel abierto;  
quiero saber quién ha de ser el  
muerto,

(*Lee*) "Al que muerte habéis de  
dar

es, Sancho, a Busto Tabera."

—¡Válgame Dios! ¡Qué esto  
quiera!

¡Tras una suerte un azar!...

Miraré si dice así...

Pero yo no lo leyerá

si el papel no lo dijera.

Quiérole otra vez mirar.

(*Lee*) "Al que muerte habéis de dar  
es, Sancho, a Busto Tabera."

¡Perdido soy! ¡Qué he de hacer?

Que al Rey la palabra he dado...

Después de tanto cuidado

a su hermana he de perder...

Sancho Ortiz, no puede ser.

Viva Busto.—Mas no es justo

que al honor contraste el gusto:

muera Busto, Busto muera.—

Mas detente, mano fiera;

viva Busto, viva Busto.

—Mas no puedo con mi honor  
cumplir si a mi amor acudo;  
mas ¿quién resistirse pudo  
a la fuerza del amor?

Morir me será mejor,  
o ausentarme de manera  
que sirva al Rey, y él no muera.  
Mas quiero al Rey agradar.

(Lee) “Al que muerte habéis de dar  
es, Sancho, a Busto Tabera.”

¿Si le mata por Estrella  
el Rey, que servilla trata?...

Sí, por Estrella le mata:  
pues no muera aquí por ella.

Ofendelle y defendella  
quiero.—Mas soy caballero,  
y no he de hacer lo que quiero,  
sino lo que debo hacer.

Pues ¿qué debo obedecer?  
La ley que fuere primero.

Mas no hay ley que aquesto obligue.  
Mas si hay; que aunque injusto el

Rey,  
es obedecerle ley,  
a él después Dios le castigue.  
Mi loco amor se mitigue;  
que aunque me cueste disgusto,  
acudir al Rey es justo:  
Busto muera, Busto muera,  
pues ya no hay quien decir quiera:  
“viva Busto, viva Busto.”  
Perdóname, Estrella hermosa;  
que no es pequeño castigo  
perderte y ser tu enemigo.  
¿Qué he de hacer? ¿Puedo otra  
cosa?

#### ESCENA XIX

*Sala en casa de Busto.*

*Dos alcaldes mayores con gente que  
trae el cadáver de Busto.*

#### DICHOS

*Estrella.* Pero.... ¿qué es esto?

*D. Pedro.* Los desastres y desdichas  
se hicieron para los hombres;  
que es mar de llanto esta vida.

El señor Busto Tabera  
es muerto.

*Estrella.* ¡Suerte enemiga!

*D. Pedro.* El consuelo que aquí os  
queda,

es que está el fiero homicida,  
Sancho Ortiz de las Roelas,  
preso, y dél se hará justicia  
mañana sin falta...

*Estrella.* Dejadme, gente enemiga;  
que en vuestras lenguas traéis  
de los infiernos las iras.

¡Mi hermano es muerto, y le ha  
muerto

Sancho Ortiz! ¿Hay quién lo  
diga?

¿Hay quién lo escuche y no muera?  
Piedra soy, pues estoy viva.

¡Ay riguroso día!  
Esta, amigos, ha sido estrella mía,  
pero si hay piedad humana,  
matadme.

*D. Pedro.* El dolor la priva,  
y con razón.

*Estrella.* ¡Desdichada  
ha sido la estrella mía!

¡Mi hermano es muerto, y le ha  
muerto

Sancho Ortiz! ¡Él quien divida  
tres almas de un corazón...

Dejadme, que estoy perdida.

*D. Pedro.* Ella está desesperada.

*Farfán.* ¡Infeliz beldad!

*D. Pedro.* Seguidla.

*Clarindo.* Señora...

*Estrella.* Déjame, ingrato.

Sangre de aquel fratricida.

Y pues acabo con todo,

quiero acabar con la vida.

¡Ay riguroso día!

Esta ha sido, Teodora, estrella mía.

#### ACTO III

#### ESCENA XII

*Un criado. El Rey; después los Alcaldes.*

*Criado.* Aquí  
ver a vuestra Alteza aguardan  
sus dos alcaldes mayores.

*Rey.* Decid que entren con sus varas.

(Vase el criado.)

Si yo puedo, a Sancho Ortiz  
he de cumplir la palabra,

sin que mi rigor se entienda.

(*Salen los dos alcaldes.*)

*D. Pedro.* Ya, gran señor, sustanciada la culpa, pide el proceso la sentencia.

*Rey.* Sustanciadla: sólo os pido que miréis, pues sois padres de la patria, su justicia; y la clemencia muchas veces la aventaja. Regidor es de Sevilla Sancho Ortiz, si es el que falta regidor: uno piedad pide, si el otro venganza.

*Farfán.* Alcaldes mayores somos de Sevilla, y hoy nos carga en nuestros hombros, señor su honor y su confianza. Estas varas representan a vuestra Alteza; y si tratan mal vuestra planta divina, ofenden a vuestra estampa. Derechas miran a Dios; y si se doblan y bajan, miran al hombre, y del cielo, en torciéndose, se apartan.

*Rey.* No digo que las torzáis, sino que equidad se haga en la justicia.

*D. Pedro.* Señor, la causa de nuestras causas es vuestra Alteza; en su *fiat* penden nuestras esperanzas. Dadle la vida, y no muera, pues nadie en los reyes manda. Dios hace los reyes, Dios de los Saúles traslada en los humildes Davides las coronas soberanas.

*Rey.* Entrad, y ved la sentencia, qué da por disculpa, y salga al suplicio Sancho Ortiz, como las leyes lo tratan. Vos, don Pedro de Guzmán, escuchadme una palabra aquí aparte. (*Vase Farfán.*)

### ESCENA XIII

*Don Pedro. El Rey.*

*D. Pedro.* Pues, ¿qué es

lo que vuestra Alteza manda?

*Rey.* Dando muerte a Sancho, amigo don Pedro, no se restaura la vida al muerto; y quería, evitando la desgracia mayor, que le desterremos a Gibraltar o a Granada, donde en mi servicio tenga una muerte voluntaria. ¡Qué decís!

*D. Pedro.* Que soy don Pedro de Guzmán, y a vuestras plantas me tenéis. Vuestra es mi vida, vuestra es mi hacienda y espada.

*Rey.* Dadme esos brazos don Pedro de Guzmán; que no esperaba yo menos de un pecho noble. Id con Dios: haced que salga luego Farfán de Ribera (*Ap.*) Montes la lisonja allana. (*Vase don Pedro.*)

### ESCENA XIV

*Farfán. El Rey.*

*Farfán.* Aquí a vuestros pies estoy.

*Rey.* Farfán de Ribera, estaba con pena de que muriera Sancho Ortiz; mas ya se trata de que en destierro se trueque la muerte, y será más larga, porque será mientras viva. Vuestro parecer me falta, para que así se pronuncie.

*Farfán.* Cosa de más importancia mande a Farfán de Ribera vuestra Alteza, sin que en nada repare; que mi lealtad en servirle no repara en cosa alguna.

*Rey.* En fin, sois Ribera, en quien vierte el alba flores de virtudes bellas que os guarnecen y acompañan. Id con Dios. (*Vase Farfán.*)

### ESCENA XV.

*El Rey.*

Bien negocié.

Hoy de la muerte se escapa

Sancho Ortiz, y mi promesa  
sin que se entienda se salva.  
Haré que por general  
de alguna frontera vaya,  
con que le destierro y premio.

# ESCENA XVI

*Los Alcaldes. El Rey.*

*D. Pedro.* Ya está, gran señor, firmada  
la sentencia, y que la vea  
sólo vuestra Alteza falta.

*Rey.* Habrá la sentencia sido  
como yo la deseaba  
de tan grandes caballeros.

*Farfán.* Nuestra lealtad nos ensalza.

*Rey. (lee)* "Fallamos y pronunciamos  
que le corten en la plaza  
la cabeza."—¡Esta sentencia  
es la que traéis firmada!  
¡Así, villanos, cumplís  
a vuestro Rey la palabra?  
¡Vive Dios!

*Farfán.* Lo prometido  
con las vidas, con las almas  
cumplirá el menor de todos  
como ves, como arrimada  
la vara tenga; con ella,  
por las potencias humanas,  
por la tierra, por el cielo,  
que ninguno dellos haga  
cosa mal hecha o mal dicha.

*D. Pedro.* Como a vasallos nos manda;  
mas como alcaldes mayores,  
no pidas injustas causas;  
que aquello es estar sin ellas;  
y aquestos es estar con varas;  
y el cabildo de Sevilla  
es quien es.

*Rey.* Bueno está, basta;  
que todos me avergonzáis....

77. Juan Ruiz de Alarcón (1580-  
1639).—La verdad sospechosa.

## ACTO I

### ESCENA II

*Don Beltrán. El Letrado.*

*Letrado* .....

—De mi señor don García  
todas las acciones tienen

cierto acento, en que convienen  
con su alta genealogía  
Es magnánimo y valiente,  
es sagaz e ingenioso,  
es liberal y piadoso;  
si repentino, impaciente.  
Mas una falta no más  
es en la que le he conocido,  
que por más que le he reñido  
no se ha enmendado jamás.

*D. Beltrán.* ¿Cosa que a su calidad  
será dañosa en Madrid?

*Letrado.* Puede ser.

*D. Beltrán.* ¿Cuál es? Decid.

*Letrado.* No decir siempre verdad.

*D. Beltrán.* ¡Jesús, qué cosa tan fea  
en hombre de obligación!

*Letrado.* Yo pienso que o condición  
o mala costumbre sea.  
Con la mucha autoridad  
que con él tenéis, señor,  
junto con que es ya mayor  
su cordura con la edad,  
ese vicio perderá.

*D. Beltrán.* Si la vara no ha podido  
en tiempo que tierna ha sido  
enderezarse, ¿qué hará  
siendo ya tronco robusto?

*Letrado.* En Salamanca, señor,  
son mozos, gastan humor,  
sigue cada cual su gusto;  
hacen donaire del vicio,  
gala de la travesura,  
grandeza de la locura,  
hace al fin la edad su oficio,  
Mas en la corte mejor  
su enmienda esperar podemos,  
donde tan validas vemos  
las escuelas del honor.

*D. Beltrán.* Casi me mueve a reir  
ver cuán ignorante está  
de la corte. ¿Luego acá  
no hay quien le enseñe a mentir?  
En la corte, aunque haya sido  
un extremo don García,  
hay quien le dé cada día  
mil mentiras de partido.  
Y si aquí miente el que está  
en un puesto levantado  
en cosa que al engañado

la hacienda u honor le va,  
¿no es mayor inconveniente  
quien por espejo está puesto  
al reino? Dejemos esto;  
que me voy a maldiciente.  
Como el toro a quien tiró  
la vara una diestra mano,  
arremete al más cercano  
sin mirar a quien le hirió;  
así yo, con el dolor  
que esta nueva me ha causado,  
en quien primero he encontrado  
ejecuté mi furor...

Mentir. ¡Qué cosa tan fea!  
¡Qué opuesta a mi natural!...  
(Al letrado). Yo quedo muy sa-  
tisfecho

de su buen celo y cuidado,  
y me confieso obligado  
del bien que en esto me ha hecho.  
¿Cuándo ha de partir?

*Letrado.* Querría  
luego.

*D. Beltrán.* ¿No descansará  
algún tiempo, y gozará  
de la corte?

*Letrado.* Dicha mía  
fuera quedarme con vos;  
pero mi oficio me espera.

*D. Beltrán.* Ya entiendo: volar qui-  
siera  
porque va a mandar. Adiós.  
(Vase.)

*Letrado.* Guárdeos Dios.—Dolor ex-  
traño  
le dió al buen viejo la nueva.  
Al fin, el más sabio lleva  
agriamente un desengaño.

## ACTO II

### ESCENA V

*Don Beltrán. Tristán.*

*D. Beltrán (apar.)* ¡Que tan sin gusto  
me tenga  
lo que su ayo me dijo!  
¿Has andado con García,  
Tristán?

*Tristán.* Señor, todo el día.

*D. Beltrán.* Sin mirar en que es mi  
hijo,

si es que el ánimo fiel  
que siempre en tu pecho he hallado  
agora no te ha faltado,  
me di lo que sientes dél.

*Tristán.* ¿Qué puedo yo haber sentido  
en un término tan breve?

*D. Beltrán.* Tu lengua es quien no  
se atreve;  
que el tiempo bastante ha sido,  
Dímelo, por vida mía,  
sin lisonja.

*Tristán.* Don García,  
mi señor, a lo que siento...  
que he de decirte verdad,  
pues que tu vida has jurado....

*D. Beltrán.* Desafortunada suerte has obligado  
siempre a mí tu voluntad.

*Tristán.* Tiene un ingenio excelente  
con pensamientos sutiles;  
mas caprichos juveniles  
con arrogancia imprudente.  
De Salamanca rebosa  
la leche, y tiene en sus labios  
los contagiosos resabios  
de aquella caterva moza:  
aquel hablar arrojado,  
mentir sin recato y modo,  
aquel jactarse de todo,  
y hacerse en todo extremado.  
Hoy en término de una hora  
echó cinco o seis mentiras.

*D. Beltrán.* ¡Válgame Dios!

*Tristán.* ¿Qué te admiras?  
Pues lo peor falta ahora;  
que son tales, que podrá  
cogerle en ellas cualquiera.

*D. Beltrán.* ¡Ay Dios!

*Tristán.* Yo no te dijera  
lo que tal pena te da,  
a no ser de tí forzado.

*D. Beltrán.* Tu fe conozco y tu amor.

*Tristán.* A tu prudencia, señor,  
advertir será excusado  
el riesgo que correr puedo  
si esto sabe don García,  
mi señor.

*D. Beltrán.* De mí, confía;  
pierde, Tristán, todo el miedo.  
Manda luego aderezar  
los caballos.

## ESCENA IX

*Don Beltrán. Don García.*

*D. Beltrán.* ¿Qué os parece?

*D. García.* Que animal  
no vi mejor en mi vida.

*D. Beltrán.* ¡Linda bestia!

*D. García.* Corregida  
de espíritu racional.  
¡Qué contento y bizarria!

*D. Beltrán.* Vuestro hermano don Gabriel,  
que perdone Dios, en él  
todo su gusto tenía.

*D. García.* Ya que convida, señor,  
de Atocha la soledad,  
declara tu voluntad.

*D. Beltrán.* Mi pena diréis mejor.  
¿Sois caballero, García?

*D. García.* Téngome por hijo vuestro.

*D. Beltrán.* ¿Y hasta ser hijo mío  
para ser vos caballero?

*D. García.* Yo pienso, señor, que sí.

*D. Beltrán.* ¿Qué engañado pensamiento!

Sólo consiste en obrar  
como caballero, el serlo.  
¿Quién dió principio a las casas  
nobles? Los ilustres hechos  
de sus primeros autores.  
Sin mirar sus nacimientos,  
hazañas de hombres humildes  
honraron sus herederos.  
Luego en obrar mal o bien  
está el ser malo o bueno.  
¿Es así?

*D. García.* Que las hazañas  
den nobleza, no lo niego;  
mas no neguéis que sin ellas  
también la da el nacimiento.

*D. Beltrán.* Pues si honor puede ganar  
quien nació sin él, ¿no es cierto  
que por el contrario puede  
quien con él nació, perderlo?

*D. García.* Es verdad.

*D. Beltrán.* Luego si vos  
obraís afrentosos hechos  
aunque seáis hijo mío,  
dejáis de ser caballero;  
luego si vuestras costumbres

os infaman en el pueblo,  
no importan paternas armas,  
no sirven altos abuelos.

¿Qué cosa es que la fama  
diga a mis oídos mismos  
que en Salamanca admiraron  
vuestras mentiras y enredos?  
¡Qué caballero y qué nada!

Si afronta al noble plebeyo  
sólo el decirle que miente,  
decid ¿qué será el hacerlo?  
Si vivo sin honra yo,  
según los humanos fueros,  
mientras de aquel que me dijo  
que mentía no me vengo

¿tan larga tenéis la espada,  
tan duro tenéis el pecho,  
que pensáis poder vengaros,  
diciéndolo todo un pueblo?

¿Posible es que tenga un hombre  
tan humildes pensamientos,  
que viva sujeto al vicio  
mas sin gusto y sin provecho?

Obliga a los codiciosos  
el poder que da el dinero;  
el gusto de los manjares  
al glotón; el pasatiempo  
y el cebo de la ganancia  
a los que cursan el juego;  
su venganza al homicida,  
al robador su remedio,  
la fama y la presunción  
al que es por la espalda inquieto:  
todos los vicios, al fin,  
o dan gusto o dan provecho;  
mas de mentir, ¿qué se saca  
sino infamia y menosprecio?

*D. García.* Quien dice que miento yo,  
ha mentido.

*D. Beltrán.* También eso  
es mentir; que aun desmentir  
no sabéis, sino mintiendo.

*D. García.* Pues si dais en no creerme.

*D. Beltrán.* ¿No seré necio si creo  
que vos decís verdad sólo,  
y miente el lugar entero?  
Lo que importa es desmentir  
esta fama con los hechos,  
pensar que este es otro mundo,  
hablar poco y verdadero.



Mirad que estáis a la vista  
de un rey tan santo y perfecto,  
que vuestros yerros no pueden  
hallar disculpa en sus yerros;  
que tratáis aquí con grandes  
títulos y caballeros,  
que si os saben la flaqueza,  
os perderán el respeto;  
que tenéis barba en el rostro,  
que al lado ceñís acero,  
que nacisteis noble, al fin,  
y que yo soy padre vuestro.  
Y no he de deciros más;  
que esta sofrenada espero  
que baste para quien tiene  
calidad y entendimiento.

### 78. Tirso de Molina (1517-1648).—

#### La Prudencia en la mujer.

#### ACTO III

#### ESCENA I

*Don Juan. Ismael.*

*D. Juan.* De reinar tengo esperanza  
con traidora o fiel acción;  
mas no juzgo por traición  
lo que una corona alcanza.  
Reine yo, Ismael, por tí,  
y venga lo que viniere.

*Ismael.* Si el niño Fernando muere,  
cuya vida estriba en mí,  
no hay quien te haga competencia.

*D. Juan.* De viruelas malo está;  
fácil de cumplir será  
mi deseo, si a tu ciencia  
juntas el mucho provecho  
que de hacer lo que te pido  
se te sigue.

*Ismael.* Agradecido  
a tu real y noble pecho.....  
Mas tu palabra me das,  
en viéndote rey, de hacer  
mi nación ennoblecer,.....  
quitándole al rey la vida,  
te pondrás la corona hoy.  
Su protomédico soy;  
la muerte llevo escondida  
en este término breve;  
(*Saca un vaso de plata.*)

con que si te satisfago,  
diré que el Rey en un trago  
su reino y muerte se bebe.....

*D. Juan.* Ismael, no pongas duda  
porque si por tí, rey me veo,  
satisfaré tu deseo,  
y medrarás con mi ayuda.  
Los de tu nación serán  
de ilustre y famoso nombre  
haréte mi rico hombre,  
tu privanza envidiarán  
cuantos desprecian tu vida.  
Enferma Castilla está;  
pues su médico eres ya,  
purga con esa bebida  
la enfermedad que la daña.....

*D. Juan.* Una traición coronada  
no afrenta. El proverbio apruebo  
de César, cuya ambición  
es bastante a autorizar  
mi intento, pues por reinar  
lícita es cualquier traición. (*Vase.*)

#### ESCENA II

*Ismael.*

Pues honra y provecho gano  
en matar a un niño rey,  
y estima tanto mi ley  
a quien da muerte a un cristiano,  
¿qué dudo que no ejecuto  
del infame la esperanza,  
de mi nación la venganza  
y destos reinos el luto?  
La purga le voy a dar.  
¿De qué tembláis, miedo frío?  
Mas no fuera yo judío,  
a no temer y temblar.  
Alas pone el interés  
al ánimo; mas qué importa,  
si el temor las plumas corta,  
y grillos pone a los pies?  
Pero ¿qué hay que recelar  
cuando mi sangre acredito,  
y más no siendo delito  
en médicos el matar?  
Antes honra su persona  
quien más mata; y es de suerte,  
que se llama cual la muerte,  
la que a nadie no perdona.  
El niño Rey está aquí;

que beba su muerte trato.....  
*(Sale la Reina, detiénese, y él se turba.)*

## ESCENA III

*La Reina. Ismael.*

*Reina.* ¿Qué es esto?

¿De qué estáis descolorido?

Volved acá. ¿A dónde vais?

¿De qué es el desasosiego?

*Ismael.* Volveré, señora, luego.

*Reina.* Esperad. ¿De qué os turbáis?

*Ismael.* ¿Yo turbarme?

*Reina.* No es por bueno.

¿Qué lleváis en ese vaso?

*Ismael.* ¿Quién? ¿yo?

*Reina.* Detened el paso.

*Ismael.* Quien dijere que es veneno,  
 y que al Rey, nuestro señor,  
 no soy leal....

*Reina.* ¿Cómo es eso?

*Ismael.* Que estoy turbado confieso,  
 pero no que soy traidor.

*Reina.* Pues aquí ¿quién os acusa?

*Ismael.* *(aparte.)* Mi misma traición  
 será.

*Reina.* Culpado, Ismael, está  
 quien sin ocasión se excusa.

*Ismael.* El Infante es el ingrato;  
 que yo no le satisface;.....

Don Juan, el Infante, sí,  
 que con aquesta bebida  
 me manda quitar la vida  
 al tierno Rey que ofendí.....

Digo, que ofendió el Infante.

*Reina.* En fin, vuestra turbación  
 confesó vuestra traición;  
 no paséis más adelante.

¿Es la purga de Fernando  
 esa?

*Ismael.* Gran señora, sí;  
 y si he de decir aquí  
 la verdad... ¿Qué estoy dudando...?  
 El deseo de reinar  
 con Don Juan tanto ha podido,  
 que ciego me ha persuadido  
 que llegue la muerte a dar  
 al niño Rey; y el temor  
 de que no me castigase  
 me obligó que le jurase

ser a su Alteza traidor.  
 Afirméle que este vaso  
 iba con la purga lleno  
 de un instantáneo veneno;  
 pero no haga dello caso  
 Vuestra Alteza; que es mentira  
 con que pretendí engañalle  
 no más que por sosegalle,  
 y dar lugar a la ira.  
 Y pues del título infame  
 me he librado de traidor,  
 juzgo agora por mejor  
 que la purga se derrame;  
 que otra medicina habrá  
 que le haga al Rey más al caso.  
*(Quiere derrarla y tiénese la*

*Reina.)*

*Reina.* Tened la mano y el vaso;  
 que pues mi Fernando está  
 para purgarse dispuesto,  
 no es bien perder la ocasión  
 por una falsa opinión  
 que en mala fama os ha puesto.  
 Conozco vuestra virtud;  
 médico habéis siempre sido  
 sabio, fiel y agradecido.  
 Asegurad la salud  
 del Rey y vuestra inocencia  
 haciendo la salva agora  
 a esa purga.

*Ismael.* Gran señora,  
 no estoy, con vuestra licencia,  
 dispuesto a purgarme yo,  
 ni tengo la enfermedad  
 del rey Fernando, y su edad.

*Reina.* ¿Qué no estáis enfermo?

*Ismael.* No.

*Reina.* No importa; vuestra virtud  
 desmienta agora este agravio:  
 en salud se sangra el sabio;  
 purgaréis en salud.  
 Tiene muy malos humores  
 el reino desconcertado,  
 y por remedio he tomado  
 el purgalle de traidores.  
 A vos no puede dañaros.

*Ismael.* Es muy recia, y no osaré  
 tomarla, señora, en pie.

*Reina.* Pues buen remedio, asentaros.

*Ismael.* A vuestros pies me derribo,

no permitáis tal rigor.

*Reina.* Bebedla; que haré, doctor, atenacearos vivo.

El infante Don Juan es noble, leal y cristiano, sin resabios de tirano, sin sospechas de interés; de la nación más rüin vos que el sol mira y calienta, del mundo oprobio y afrenta, infame judío, en fin: ¿cuál mentirá de los dos? ¿O cómo creeré que hay ley para no matar a su rey en quien dio muerte a su Dios? Sed vuestro verdugo fiero,

e imitad por este estilo el toro que hizo Perilo, estrenándole él primero. Bebed: ¿qué esperáis?

*Ismael.* Señora, si el confesar mi traición no basta a alcanzar perdón, basta el ser vos....

*Reina.* Bebe agora, o escoged salir mañana desnudo, y a un carro atado a vista del vulgo airado, y vuestra nación tirana, por las calles y las plazas dando a la venganza temas, y vuestras carnes blasfemas al fuego y a las tenazas.

*Ismael.* Si he de morir en efecto, en este trance confuso, la pública afrenta excuso por el castigo secreto. Quien contra su rey se atreve es digno de aqueste pago. Muerte, bien os llaman trago, pues sois purga que se bebe. Pero la que receté a costa de tantas vidas en juelpes y bebidas, por el talión pagaré. Aunque en ser tantas advierto, que para que no me igualen, a media gota no salen los infinitos que he muerto. (*Bebe*). Ya mis espíritus, truecan

el ser vital que desatan.

Si los que curando matan pagaran por donde pecan, dieran menos que ganar a los curas desde hoy. El primer médico soy que castigan por matar. Ya obra el veneno fiero; ya se rematan mis días. ¿Favor, divino Mesías, que vuestra venida espero! (*Vase por la puerta del fondo, y cae muerto dentro.*)

### ESCENA IX

*La Reina. Don Juan.*

*D. Juan.* (*aparte*). Alegre espero del Rey la agradable muerte. ¿Si habrá el veneno mortal asegurado mi suerte? ¿Oh corona! ¿oh trono real! ¿Cuándo tengo de poseerte?

*Reina.* Primo.

*D. Juan.* Señora.

*Reina.* Bien sé que desde que os redujistes a vuestro rey, y volvistes por vuestra lealtad y fe, a saber que algún rico hombre a su corona aspirara, y darle muerte intentara a costa de un traidor nombre, que pusiéades por él vida y hacienda.

*D. Juan.* Esan sí.

(¿Si dice aquesto por mí? (*aparte*.) Creed en mi pecho fiel, gran señora, que prefiero la vida, el ser y el honor por el Rey nuestro señor. Pero el propósito espero a que me habléis desa suerte.

*Reina.* Solos estamos los dos: fiarme quiero de vos.

*D. Juan.* (*Aparte*). Angustias siento de muerte.

*Reina.* Sabed que un grande, y tan grande

como vos...—¿De qué os turbáis?

*D. Juan.* Témoste que ocasionáis

que algún traidor se desmande  
contra mí, y descomponerme  
con vuestra Alteza procure.

*Reina.* No hay contra vos quien mur-  
mure,

que el leal seguro duerme.  
Digo, pues, que un grande intenta  
(y por su honra el nombre callo)  
subir a rey de vasallo,  
y sus culpas acrecienta.  
Quisiérale reducir  
por algún medio discreto,  
y porque tendréis secreto,  
con vos le intento escribir;  
que por querelle bien vos  
mejor le reduciréis.

*Don Juan.* ¿Yo bien?

*Reina.* Tan bien le queréis  
como a vos mismo.

*D. Juan.* Por Dios  
que el corazón me sacara  
a mí mismo, si supiera  
que en él tal traición cupiera.

*Reina.* Eso, primo es cosa clara;  
que a no teneros por tal,  
no os descubiera su pecho.  
El mío está satisfecho  
de si sois o no leal.

Aquí hay recado: escribid.

*D. Juan.* (*Aparte.*) ¿Qué enigmas,  
cielos, son éstas?

¡Ay, reino, lo que me cuestas!

*Reina.* Tomad la pluma.

*D. Juan.* Decid.

*Reina.* Infante....

*D. Juan.* Señora....

*Reina.* Digo  
que así, *Infante*, escribáis.

*D. Juan.* Si por INFANTE empezáis,  
claro está que habláis conmigo,  
pues si Don Enrique no,  
no hay en Castilla otro infante.  
Algún privado arrogante  
mi nobleza desdoró;  
y mentirá el desleal  
que me impute tal traición.

*Reina.* ¿No hay infantes de Aragón,  
de Navarra y Portugal?  
¿De qué escribiros servía  
estando justos los dos?

Haced más caso de vos.

*D. Juan.* (*aparte.*) ¡Qué traidor no  
desconfía!

*Paseándose la Reina, va dictando,  
y D. Juan escribe).*

*Reina.* "Infante: como un rey tiene  
dos ángeles en su guarda,  
poco en saber quién es tarda  
el que a hacelle traición viene.  
Vuestra ambición se refrenc;  
que se acabará algún día  
la noble paciencia mía;  
y os cortará mi aspereza  
esperanzas y cabeza.  
La reina doña María."  
Leedme ahora el papel;  
que no es de importancia poca,  
y por la parte que os toca,  
advertid, Infante, en él.

(*Léele D. Juan*).

Ceralde y dadle después.

*D. Juan.* ¿A quién? Que sabello in-  
tento.

*Reina.* El que está en ese aposento  
os dirá para quién es. (*Vase.*)

## ESCENA X

*Don Juan.*

"¡El que está en ese aposento  
os dirá para quién es!"

Misterios me habla, después  
que matar al Rey intento.

¡Escribe el papel conmigo,  
y remite a otro el decirme  
para quién es! Prevenirme  
intenta con el castigo.

¿Si hay aquí gente cerrada,  
para matarme en secreto?

Ea, temor indiscreto,  
averiguad con la espada  
la verdad de esta sospecha.

(*Saca la espada, abre la puerta  
del fondo y descubre al judío  
muerto con el vaso en la mano.*)

¡Ay cielo! mi daño es cierto:  
el doctor está aquí muerto  
y la esperanza deshecha  
que en su veneno estribó.  
Todo la Reina lo sabe;  
que en un vil pecho no cabe

el secreto. El le contó  
la determinación loca  
de mi intento depravado.

**79. Pedro Calderón de la Barca**  
(1600-1681).—*La vida es sueño.*

### JORNADA II

#### ESCENA III

*En un palacio, músicos cantando y  
criados dando de vestir a Segis-  
mundo, que sale como asom-  
brado.—Clotaldo, Clarín.*

*Segismundo.* ¡Válgame el cielo, qué  
veo!

¡Válgame el cielo, qué miro!  
Con poco espanto te admiro,  
con mucha duda lo creo.

¿Yo en palacios suntuosos?

¿Yo entre telas y brocados?

¿Yo cercado de criados

tan lucidos y briosos?

¿Yo despertar de dormir  
en lecho tan excelente?

¿Yo en medio de tanta gente  
que me sirva de vestir?

Decir que sueño es engaño:

bien sé que despierto estoy,

¿yo Segismundo no soy?

dadme, cielos, desengaño.

Decidme ¿qué pudo ser

esto que a mi fantasía

sucedió mientras dormía,

que aquí me he llegado a ver?

Pero sea lo que fuere,

¿quién me mete en discurrir?

Dejarme quiero servir

y venga lo que viniere.

*Clotaldo.* Vuestra alteza, gran señor,  
me dé su mano a besar,  
que el primero os ha de dar  
esta obediencia mi honor.

*Segismundo (ap.)* Clotaldo es: ¿pues  
cómo así,

quien en prisión me maltrata  
con tal respeto me trata?

¿Qué es lo que pasa por mí?

*Clotaldo.* Con la grande confusión  
que el nuevo estado te da,  
mil dudas padecerá

el discurso y la razón;  
pero ya librarte quiero  
de todas (si puede ser),  
porque has, señor, de saber,  
que eres príncipe heredero  
de Polonia. Si has estado  
retirado y escondido,  
por obedecer ha sido  
a la inclemencia del hado,  
que mil tragedias consiente  
a este imperio, cuando en él  
el soberano laurel  
corone tu augusta frente.

Mas fiando a tu atención  
que vencerás las estrellas,  
porque es posible vencellas,  
un magnánimo varón,  
a palacio te han traído  
de la torre en que vivías,  
mientras al sueño tenías  
el espíritu rendido.  
Tu padre, el rey mi señor,  
vendrá a verte, y dél sabrás,  
Segismundo, lo demás.

*Segismundo.* Pues vil, infame, traidor,  
¿qué tengo más que saber,  
después de saber quién soy,  
para mostrar desde hoy,  
mi soberbia y mi poder?  
¿Cómo a tu patria le has hecho  
tal traición, que me ocultaste  
a mí, pues que me negaste,  
contra razón y derecho,  
este estado?

*Clotaldo.* ¡Ay de mí triste!

*Segismundo.* Traidor fuiste con la ley,  
lisonjero con el rey,  
y cruel conmigo fuiste;  
y así el rey, la ley y yo,  
entre desdichas tan fieras,  
te condenan a que mueras  
a mis manos.

*Criado.*

Señor...

*Segismundo.*

No

me estorbe nadie, que es vana  
diligencia; ¡y vive Dios!  
si os ponéis delante vos  
que os eche por la ventana.

*Criado.* Huye, Clotaldo.

*Clotaldo.*

¡Ay de tí,

- qué soberbia vas mostrando,  
sin saber que estás soñando! (*Vasc.*)  
*Criado*. Advierte...  
*Segismundo*. Aparte de aquí.  
*Criado*. Que a su rey obedeció,  
*Segismundo*. En lo que no es justa ley  
no ha de obedecer al rey,  
y su príncipe era yo.  
*Criado*. Él no debió examinar  
si era bien hecho o mal hecho.  
*Segismundo*. Que estáis mal con vos  
sospecho,  
pues me dais que replicar.  
*Clarín*. Dice el príncipe muy bien.  
Y vos hicisteis muy mal.  
*Criado* 2.º ¿Quién os dió licencia  
igual?  
*Clarín*. Yo me la he tomado.  
*Segismundo*. Quien  
eres tú, dí.  
*Clarín*. Entremetido,  
y deste oficio soy jefe,  
porque soy el mequetrefe  
mayor, que se ha conocido.  
*Segismundo*. Tú solo en tan nuevos  
mundos  
me has agradado.  
*Clarín*. Señor,  
soy un grande agradador  
de todos los Segismundos.
- ESCENA IV
- Astolfo, Segismundo, Clarín, criados,  
músicos.*  
*Astolfo*. ¡Feliz mil veces el día,  
oh príncipe, que os mostráis  
Sol de Polonia, y llenáis  
de resplandor y alegría  
todos esos horizontes  
con tan divino arrebol;  
pues que salís como el sol  
de los senos de los montes!  
Salid, pues, aunque tan tarde  
se corona vuestra frente  
del laurel replandeciente,  
tarde muera.  
*Segismundo*. Dios os guarde.  
*Astolfo*. El no haberme conocido  
sólo por disculpa os doy  
de no honrarme más. Yo soy
- Astolfo*, duque he nacido  
de Moscovia, y primo vuestro:  
haya igualdad en los dos.  
*Segismundo*. Si digo que os guarde  
Dios,  
¿bastante agrado no os muestro?  
Pero ya que haciendo alarde  
de quien sois, desto os quejáis,  
otra vez que me veáis  
le diré a Dios que no os guarde.  
*Criado* 2.º (*a Astolfo*). Vuestra al-  
teza considere  
que como en montes nacido  
con todos ha procedido....  
(*A Segismundo*). Astolfo, señor,  
prefiere...  
*Segismundo*. Cansóme como llegó  
grave a hablarme, y lo primero  
que hizo se puso el sombrero.  
*Criado* 2.º Es grande.  
*Segismundo*. Mayor soy yo.  
*Criado* 2.º Con todo esto entre los dos  
que haya más respeto es bien  
que entre los demás.  
*Segismundo*. Y quién  
os mete conmigo a vos?
- ESCENA VI
- Basilio, Segismundo, Clarín, criados.*  
*Basilio*. ¿Qué ha sido esto?  
*Segismundo*. Nada ha sido;  
a un hombre que me ha cansado  
desde un balcón he arrojado.  
*Clarín* (*a Segismundo*). Que es el rey  
está advertido  
*Basilio*. ¿Tan presto una vida cuesta  
tu venida al primer día?  
*Segismundo*. Díjome que no podía  
hacerse, y gané la apuesta.  
*Basilio*. Péame mucho que cuando  
principi a verte he venido  
pensando hallarte advertido  
de hidos y estrellas triunfando,  
con tanto rigor te vea,  
y que la primera acción  
que has hecho en esta ocasión  
un grave homicidio sea.  
¿Con qué amor llegar podré  
a dar ahora mis brazos,  
si de sus soberbios lazos

que están enseñados sé  
a dar muerte? ¿Quién llegó  
a ver desnudo el puñal  
que dió una herida mortal  
que no temiese? ¿Quién vió  
sangriento el lugar en donde  
a otro hombre le dieron muerte  
que no sienta? Que el más fuerte  
a su natural responde.  
Yo así, que en tus brazos miro  
desta muerte el instrumento,  
y miro el lugar sangriento,  
de tus brazos me retiro;  
y aunque en amorosos lazos  
ceñir tu cuello pensé,  
sin ellos me volveré  
que tengo miedo a tus brazos.

*Segismundo.* Sin ellos me podré estar  
como he estado hasta aquí;  
que un padre que contra mí  
tanto rigor sabe usar,  
que su condición ingrata  
de su lado me desvía,  
como a una fiera me cría,  
y como a un monstruo me trata,  
y mi muerte solicita,  
de poca importancia fué  
que los brazos no me dé  
cuando el ser hombre me quita.

*Basilio.* Al cielo y a Dios pluguiera  
que a dártele no llegara;  
pues ni tu voz escuchara,  
ni tu atrevimiento viera.

*Segismundo.* Si no me lo hubieras dado,  
no me quejara de tí;  
pero una vez dado, sí,  
por habérmelo quitado;  
pues aunque el dar la acción es  
más noble y más singular,  
es mayor baja el dar  
para quitarlo después.

*Basilio.* ¡Bien me agradeces el verte  
de un humilde y poder prín-  
cipe ya!

*Segismundo.* Pues eso  
¿qué tengo que agradecerte.  
tirano de mi albedrío?  
si viejo y caduco estás,  
¿muriéndote, qué me das?  
¿Dasme más de lo que es mío?

Mi padre eres y mi rey;  
luego toda esta grandeza  
me da la naturaleza  
por derecho de su ley.  
Luego aunque esté en tal estado  
obligado no te quedo,  
y pedirte cuentas puedo  
del tiempo que me has quitado  
libertad, vida y honor;  
y así, agradéceme a mí  
que yo no cobre de tí,  
pues eras tú mi deudor.

*Basilio.* Bárbaro eres y atrevido:  
cumplió su palabra el cielo;  
y así para el mismo apelo,  
soberbio y desvanecido.  
Y aunque sepas ya quien eres  
y desengañado estés,  
y aunque en un lugar te ves  
donde a todos te prefieres,  
mira bien lo que te advierto:  
que seas humilde y blando,  
porque quizá estás soñando  
aunque ves que estás despierto.

(Vase.)

*Segismundo.* ¿Qué quizá soñando  
estoy

aunque despierto me veo?  
No sueño, pues toco y creo  
lo que he sido, lo que soy;  
y aunque ahora te arrepientas,  
poco remedio tendrás;  
sé quien soy, y no podrás  
aunque suspires y sientas,  
quitarme el haber nacido  
desta corona heredero;  
y si me viste prínpero  
a las prisiones rendido,  
fué porque ignoré quién era;  
pero ya informado estoy  
de quién soy, y sé que soy  
un compuesto de hombre y fiera.

#### ESCENA XVIII

*Basilio rebozado, Clotaldo, Segismundo  
adormecido en el suelo con  
pieles y cadenas.*

*Basilio.* Clotaldo.

*Clotaldo.* ¡Señor, así  
viene vuestra majestad!

*Basilio.* La necia curiosidad  
de ver lo que pasa aquí  
a Segismundo (ay de mí)  
deste modo me ha traído.

*Clotaldo.* Mirale allí reducido  
a su miserable estado.

*Basilio.* ¡Ay príncipe desdichado  
y en triste punto nacido!  
Llega a despertarle ya,  
que fuerza y rigor perdió  
con el opio que bebió.

*Clotaldo.* Inquieto, señor, está  
y hablando.

*Basilio.* ¿Qué soñará  
ahora? Escuchemos pues.

*Segismundo (entre sueños).* Piadoso  
príncipe es,  
el que castiga tiranos:  
Clotaldo muera a mis manos,  
mi padre bese mis pies.

*Clotaldo.* Con la muerte me amenaza.

*Basilio.* A mí con rigor y afrenta.

*Clotaldo.* Quitarme la vida intenta.

*Basilio.* Rendirme a sus plantas traza.

*Segismundo (entre sueños).* Salga a  
la anchurosa plaza  
del gran teatro del mundo  
este valor sin segundo,  
porque mi venganza cuadre,  
vean triunfar de su padre  
al príncipe Segismundo.

Mas ¡ay de mí! ¿Dónde estoy?

*Basilio.* Pues a mí no me ha de ver:  
(a Clotaldo)

ya sabes lo que has de hacer;  
desde allí a escucharle voy.

*Segismundo.* ¿Soy yo por ventura?

¿soy  
el que preso y aherrojado  
llego a verme en tal estado?  
¿No sois mi sepulcro vos,  
torre? Sí, válgame Dios  
qué de cosas he soñado!

*Clotaldo (aparte).* A mí me toca llegar  
a hacer la deshecha ahora.—

¿Es ya de despertar hora?

*Segismundo.* Sí, hora es ya de dis-  
pertar.

*Clotaldo.* Todo el día te has de estar  
durmiendo? Desde que yo

el águila que voló  
con tardo vuelo seguí,  
y te quedaste tú aquí,  
nunca has despertado?

*Segismundo.* No;

ni aun agora he despertado;  
que según, Clotaldo, entiendo,  
todavía estoy durmiendo;  
y no estoy muy engañado,  
porque si ha sido soñado  
lo que ví palpable y cierto  
lo que veo será incierto;  
pues veo estando dormido,  
que soñé estando despierto.

*Clotaldo.* Lo que soñaste me dí.

*Segismundo.* Supuesto que sueño fué  
no diré lo que soñé,  
lo que ví, Clotaldo, sí:  
yo desperté, yo me ví  
(¡que crueldad más lisonjera!)  
en un lecho, que pudiera  
con matices y colores  
ser el catre de las flores  
que tejió la primavera.  
Aquí mil nobles rendidos,  
a mis pies nombre me dieron  
de su príncipe, y sirvieron  
galas, joyas y vestidos.  
La calma de mis sentidos  
tu trocaste en alegría,  
diciendo la dicha mía  
que aunque estoy desta manera  
príncipe en Polonia era.

*Clotaldo.* Buenas albricias tendría.

*Segismundo.* No muy buenas. Por  
traidor

con pecho atrevido y fuerte,  
dos veces te daba muerte.

*Clotaldo.* ¿Para mí tanto rigor?

*Segismundo.* De todos era señor  
y de todos me vengaba...  
que fué verdad, creo yo  
en que todo se acabó,  
y esto solo no se acaba. (Vase el  
Rcy.)

*Clotaldo (aparte).* (Enternecido se  
ha ido

el rey de haberle escuchado.)  
Como habíamos hablado  
de aquella águila, dormido



tu sueño imperios han sido;  
mas en sueños fuera bien  
honrar entonces a quien  
te crió en tantos empeños.  
Segismundo, que aun en sueños  
no se pierde el hacer bien. (*Vase.*)

#### ESCENA XIX

*Segismundo.*

Es verdad; pues reprimamos  
esta fiera condición,  
esta furia, esta ambición,  
por si alguna vez soñamos:  
y sí haremos; pues estamos  
en mundo tan singular,  
que el vivir sólo es soñar;  
y la experiencia me enseña,  
que el hombre que vive, sueña  
lo que es hasta despertar.  
Sueña el rey, que es rey, y vive  
con este engaño mandando,  
disponiendo y gobernando;  
y este aplauso que recibe  
prestado, en el viento escribe:  
y en cenizas le convierte  
la muerte, (¡desdicha fuerte!):  
¿Qué hay quien intente reinar,  
viendo que ha de despertar  
en el sueño de la muerte?

Sueña el rico en su riqueza,  
que más cuidados le ofrece,  
sueña el pobre que padece,  
su miseria y su pobreza,  
sueña el que a medrar empieza,  
sueña el que afana y pretende,  
sueña el que agravia y ofende;  
y en el mundo, en conclusión  
todos sueñan lo que son,  
aunque ninguno lo entiende.

Yo sueño que estoy aquí  
destas prisiones cargado,  
y soñé que en otro estado  
más lisonjero me vi.  
¿Qué es la vida? un frenesí:  
¿qué es la vida? una ilusión,  
una sombra, una ficción,  
y el mayor bien es pequeño  
que toda la vida es sueño,  
y los sueños, sueños son.

#### 80. Ventura de la Vega (1807-1865.—La Muerte de César.

##### ACTO I

*En el palacio de César.*

##### ESCENA I

*César, Marco Antonio.*

(*Cuatro amanuenses siguen la palabra de César, que les dicta alternativamente*).

*Antonio.* César, perdona si importuno Antonio

a interrumpir se atreve tus tareas.  
Deja un instante de pensar en Roma,  
y en tí y en mí y en tus amigos piensa.  
¿No basta que en la rota de Farsalia,  
desoyendo mi voto, tu clemencia  
concediera la vida a los vencidos?  
Pues ¡por Júpiter sacro! ¿a qué  
te empeñas

en colmarlos de honores y mercedes?  
Bruto es pretor de Roma: esa caterva  
de senadores, que siguió a Pompeyo,  
a Roma traes, y en el Senado, sientas.  
Cimbro, Casio y Marcelo y Flavo y  
Cina,

tus contrarios ayer, con insolencia,  
aquí, a tu vista, en tu palacio mismo,  
tan soberbios y altivos se presentan,  
que a veces dudo si en Tesalia acaso  
yo a Pompeyo seguí, y ellos a César.  
Esa bondad, en vez de cautivarlos,  
su orgullo irrita y su osadía alienta.  
Ya hacen correr que el hijo de  
Pompeyo

se alza segunda vez; ya que de  
Persia

Cecilio Baso con crecida hueste  
rápido avanza y al Eufrates llega.  
El locuaz Cicerón con desenfado  
tus edictos en público comenta,  
luciendo epigramáticos donaires,  
que en daño tuyo repetidos vuelan,  
César, vuelve en tu acuerdo, por tí  
mira:

la confianza hasta el exceso llevas.  
Déjame del poder, que entero abar-  
cas,

lo que baste a velar en tu defensa,  
a descubrir y castigar traidores.  
No más reclamo; mi ambición es  
esa.

Al Dictador el Cónsul se lo pide:  
al amigo el amigo se lo ruega.

César. Antonio, me distraes.

(Dictando.) "Volver a Roma  
pueden en libertad, cuantos la en-  
seña

de Pompeyo siguieron."

(A Antonio.) ¿Perdurables  
los odios han de ser? Hasta las  
huellas

quiero borrar de las pasadas luchas.  
El que en la cumbre del poder se  
venga,

o de su propia fuerza desconfía,  
o no ha nacido para tal grandeza.  
No me hables de venganzas.

(Dictando.) "Una vía  
abrir, que rompa la agria cordillera  
del Apenino, y desde el Tíber cruce  
al Adriático mar.—Roma decreta  
unir los mares Jónico y Egeo,  
cortando el istmo de Corinto.—

Guerra

declara Roma al Parto."

Antonio. ¡Eso me agrada!

César (dictando.) "El Dictador co-  
ronaría la empresa  
al frente de las águilas romanas."  
(Dirigiéndose a Marco Antonio y  
dándole la mano).

Tú me acompañarás. El ocio enerva,  
querido Antonio, tus antiguos bríos.  
Hasta tímido estás: curarte es  
fuerza.

Antonio. ¡Tímido yo! Convoca las

legiones:

llévame pronto a la marcial pelea:  
dame que en franca lid, en campo  
abierto,

llenando el aire bélicas trompetas,  
sobre mí solo rehilando caigan  
nubes de dardos que mis ojos vean.  
¡Dulce y noble morir! Mas ¡oh!

que es duro

en voluptuosa estancia, donde  
humean

pebeteros de Arabia, coronada  
de albas rosas la ungida cabellera,  
sobre tirios tapices reclinado,  
en alegre banquete, do se ostentan  
en fuente de oro que el triclinio  
abruman

y el fulgor de cien lámparas re-  
flejan,

ora humeante el jabalí de Umbria,  
cuya mole simétrica rodean  
rombos del Tíber, ostras del Lu-  
crino,

y de purpúrea túnica cubierta  
blanca langosta, y el pavón de Juno,  
que cual rey del banquete se pre-  
senta

bajo el dosel que en su rizada pluma  
de tornasoles fúlgidos despliega;  
ya las olivas que Tarento envía,  
las matizadas pomas de Pompeya,  
y destilando miel, rubios topacios,  
los dátiles de Siria: y cuando eleva  
el parásito Sergio, ya beodo,  
himnos a Baco, al son de las ca-  
dencias

libo cien copas do espumantes  
hierven

el falerno y el másico, y anhela  
más vida el corazón y más sentidos,  
para gozar cuanto la mente sueña!...,  
¡Es duro, es duro que en tan dulce  
instante

el epulón que a mis espaldas vela,  
guarde oculto puñal que en mis  
entrañas

clave traidor con soberana diestra!  
Morir quiero en la lid; no asesinado,  
como en el ara víctima indefensa.

César. ¿Qué le importa morir en un  
banquete

al que tanto un banquete le recrea?  
Entre todas las muertes, caro An-  
tonio,  
prefiero yo la inesperada.

## ESCENA II

César. Antonio. Lépidio.

(Lépidio llega apresurado, con va-  
rios pergaminos en la mano.)

Lépidio.

¡Oh César!

Conspiran contra tí. Torpes libelos, *Lépido*. Y de Cecina y Pitolao ¿qué ordenas?  
 en que tu honor y dignidad excelsa  
 por el lodo se arrastra, en Roma En el pórtico están entre lictores.  
 corren. *César*. Al punto ve, y en libertad

Hacer odioso tu poder se intenta. los deja.

Mira: de Aulo Cecina es éste, y éste *Lépido*. ¿Sin castigar su audacia?  
 de Pitolao, el cínico poeta. *César*. Que no escriba

(*Entrega a César los libelos.—César* di a Pitolao; que no nació poeta.  
*se sienta a leerlos.*) Con todo, de estos versos miserables  
 Pues ese fruto tu bondad recoge, cuantos logres hallar recoge y  
 que la venganza a la bondad suceda. quema.

Aquí del falso amigo que te vende Pueden hacer fortuna: son muy  
 verás el nombre; la denuncia es esta. malos. (*Los rompe.*)

Para tramitar conjuración traidora Obedece.—Vosotros salid fuera.  
 nocturnos conciliábulos celebran; (*Los amanuenses se retiran.*)  
 tu salvación, la nuestra, la de Roma

su sangre pieden. ESCENA VI  
*César*. Bruto.

*Antonio* (*mirando la denuncia.*) *César*. Tú me comprendes, Bruto: no  
 ¿Ves que mis sospechas desea

confirmadas están?—*Lépido*, vamos, adulación servil el alma mía.  
 y que divida al punto su cabeza Por qué el único labio en que re-  
 la segur del lictor. He aquí su suena

nombre: la voz de la verdad, con tal desvío,  
 ¡perezca Bruto! con tal ingratitud de mí se aleja?

*César*. ¡Bruto!... ¡Ten la lengua! Por la gloria de Roma he comba-  
 (*Se levanta y toma la denuncia.*) tido:

¿Quién este escrito te entregó? a su dicha desde hoy mi vida en-  
*Lépido*. Un esclavo tera

de Casio: Ennio se llama. pretendo consagrar. Habla: tú eres  
*César*. Y ¿tienes pruebas el ídolo del pueblo: sus querellas

de la vil delación? cuéntame tú; satisfacerlas quiero  
*Lépido*. Aquí al instante por tu mano. ¿Qué pide? ¿qué desea?

le haré traer. *Bruto*. De tí, solo una cosa.

*César*. Detente. *César*. ¿Cuál?

*Lépido*. En tu presencia *Bruto*. Que abduques  
 revelará tal vez... el supremo poder.—Pues tanto an-  
*César*. *Lépido*, basta: helas

nada quiero saber. (*Rompe la de- que llegue la verdad a tus oídos,  
 nuncia.*) a decírtela vengo; y no pudiera

*Antonio*. ¡Bondad funesta! Bruto corresponder más noblemente  
*César* (*dictando*). de tu cariño a las continuas mues-  
 “En Roma se conspira: hombres tras:

ingratos; *César*! cuando en los siglos veni-  
 pagan así de César la clemencia. deros

El Dictador lo sabe; sabe el sitio, la historia de tu vida el mundo lea,  
 y los nombres también.” los triunfos increíbles, tus con-  
*Antonio*. Y los condena... quistas,

*César*. Nada más.—Este edicto se tus hazañas sin cuento, tus proezas  
 publique. en el Nilo, en el Rin y el Océano,  
 (*Da el pergamino a Lépido.*) tu gloria, tu fortuna, tu clemencia;

¡llenarás de asombro! Si ese asombro

quieres que en alabanza se convierta, corona ya tus hechos inmortales con un hecho que a todos oscurezca: volviendo a Roma sus antiguas leyes y su antigua República.—Contempla que las victorias atribuirse pueden tal vez a la fortuna; mas la empresa de dar a un pueblo libertad, es sólo obra de la virtud. Acción tan bella mejor que triunfos bélicos, tu fama sobre cimientos sólidos eleva!

*César.* ¿Qué libertad me pides, triste Bruto?

¿Qué libertad para tu patria sueñas?  
¿La que gozaba Roma, cuando iguales

todos, y todos pobres, las faenas del campo eran su oficio? ¿Cuando el Cónsul,

cumplido el año, la segur depuesta, bajaba en paz del alto Capitolio, tornando ufano a manejar la esteva? No es esta aquella Roma; las conquististas

vertieron en su seno las riquezas del subyugado mundo, y con el oro, la ponzoña que corre por sus venas! El rico fué tirano; esclavo el pobre: ¡la libertad murió! Turbas hambrientas

tendidas en los pórticos, aguardan los desperdicios de opulenta mesa; y el libre voto que a los altos puestos de la suprema dignidad eleva, a precio vil en los comicios venden! Roma degenerada se prosterna a las plantas de Mario, o bajo el hacha

de Sila tiende la servil cabeza!  
¿Y en tales manos, su salud, su gloria

pudiera yo fiar? ¡Bruto! desecha tu mentida ilusión; los ojos abre: mira a Roma cual es, y no cual era; y ambos, desde hoy unidos, procuremos,

pues libre no ha de ser, que feliz sea.

*Bruto.* No puede ser feliz un pueblo

esclavo.

*César.* No es esclavo por mí; para él cadenas

mis bondades no son.

*Bruto.* ¡Ah! ¡tus bondades!

¡Esas son a la patria más funestas que los suplicios del sangriento Sila! Si desoyes mis ruegos; si te empeñas en ser tirano, imítale: derrama nuestra sangre a torrentes; quizá al verla,

de su letargo despertando Roma, se alce al fin contra tí. Mas ¡oh! con esa

bondad inicua acariciando al pueblo, ¡pérfido! a amar la esclavitud le enseñas!

*César.* No le hice esclavo yo.

*Bruto.* ¿Pues quién?

*César.* ¡Sus vicios!

*Bruto.* Esos vicios, que hipócrita lamentas, con el ejemplo combatirlos debes. Dalo el primero tú: ¡la noble empresa

digna de César es! ¡Abdica, abdica el supremo poder; y ante la fuerza de esta heroica virtud, verás que Roma

asombrada se postra y te venera, no como a Dictador, mas como a Numen!

*César.* ¡Es tarde ya!

*Bruto.* ¡No es tarde! ¡te lo ruega

Bruto, y cae a tus plantas! Por la patria,

por tu gloria inmortal, abdica, ¡oh César!

*César.* ¿Que pides, infeliz? Si yo abdicase

¡ay de la patria!

*Bruto.* ¡Basta! ¡No hay en ella más que un romano ya, que avergonzado,

de tí y de Roma con horror se aleja!  
(*Se va.*)

*César.* ¡Sublime indignación! ¡No sufre dueño!

Veo mi sangre en él: ¡hijo es de César!

## 81. Luis de Eguílaz (1830-1870).

—El Molinero de Subiza.

## ACTO I

## ESCENA VIII

*Don Gil, Langustino, D. Pedro Tizón, Castellezuelo, caballeros, conjurados, después D. Guillén y Melendo.*

## MÚSICA

*Monjes. (Salmo. Dentro de la Iglesia.)*

Por todas partes, Señor,  
mis enemigos me cercan,  
y con su poder, altivos,  
aun insultan mi flaqueza.

*Conjurados. (Dentro.)*

La campana, navarro, ha sonado;  
ni te llama ella, ni te llamo yo;  
(*Va saliendo*).

que te llama la patria oprimida,  
que pide a sus hijos el ser que les  
dió.

(*Los conjurados, que han ido sa-  
liendo paulatinamente uno a  
uno y por muy distintos si-  
tios, coronan por completo la  
escena. Don Pedro Tizón sale  
de la Iglesia seguido de unos  
cuantos caballeros.*)

*Gil.* No miran. ¿Cómo logro  
llamarles la atención?  
Un rostro pondré fiero  
que muestre mi valor.

La campana, por fin, ha sonado;  
ni los llama ella, ni los llamo yo,  
que los llama la patria oprimida  
pidiéndoles votos para esta infan-  
zón.

*Coro.* La campana, navarro, ha so-  
nado,  
ni te llama ni te llamo yo,  
que te llama la patria oprimida  
que pide a sus hijos el ser que les  
dió.

*Monjes. (Salmo.)*

Por todas partes, Señor,

mis enemigos me cercan,  
y con su poder, altivos,  
aun insultan mi flaqueza.  
(*Va extinguiéndose la música poco  
a poco en la orquesta.*)

## HABLADO

*Pedro. (Desde una altura, en el  
centro.)*

Navarros, la patria a voces nos  
llama  
y el no desoir la de nobles es ley;  
el tiempo es venido, varones de  
fama,  
que aquí, según fuero alcemos un  
rey.

Hidalgos y condes de prez infinita,  
ninguno ha olvidado la cita que dí.  
Tan solo el de Alperche no acude  
a mi cita.

Rotrón falta sólo.

(*Rotrón se abre paso entre un  
grupo de conjurados, y avanza  
hasta el centro seguido de  
Melendo.*)

*Guillén.* ¡Rotrón está aquí!

(*Movimiento general.*)

Yo soy aquel conde, de Alperche  
llamado,  
que en lides sin cuento probó su  
valor.

Perdidas mis gentes, perdido el  
condado,  
tan solo me resta mi espada y mi  
honor.

No más necesita mi noble ardi-  
miento

si se alza Navarra valiente y leal.  
la silla de un potro fué siempre  
mi asiento

y ¡nunca he querido más blando  
sitio!

Yo solo, ha dos lunas, sustento la  
guerra,  
alzando el insigne navarro pendón.  
La voz de mi patria me llama a  
mi tierra.

¿Qué quiere Navarra? ¡Aquí está  
Rotrón!

*Pedro.* ¡Guillén! con bien vengas:  
que aquí tu voz vibre,

- llevando a los pechos tu aliento y  
tu fe.
- Guillén.* ¿Qué quiere Navarra?
- Pedro. (Rápido.)* Pretende ser libre.
- Guillén.* ¡Quererlo ya es serlo! Quien  
quiso lo fué.
- Si es mengua que demos la sangre  
en abono  
de un pueblo que intenta llevarnos  
en pos,  
con hierros de lanza hagamos un  
trono  
y un rey aclamemos en nombre de  
Dios.
- Todos.* ¡Sí!
- (Guillén entrega la pértiga al paje  
que le trae el casco.)*
- Guillén.* Sancho, el rey bueno, postrar  
soberano  
que tuvo corona Navarra en la sien,  
a manos de un fiero Caín inhumano  
murió despenado allá en Peñalén.  
Los nobles en odio al vil fratricida,  
al trono elevaron un rey de Aragón,  
jurando que mano de sangre teñida  
el cetro no empuñe ni el regío  
pendón.
- Vacía por muerte de Alfonso pri-  
mero  
de entrambos imperios la silla real,  
Monzón en sus Cortes aclama he-  
redero
- Al monje Ramiro su hermano  
carnal.
- Mi patria entre tanto su seno des-  
garra  
con bandos que agotan su fuerza  
y valor,  
y corre a torrentes la sangre na-  
varra,  
y todo es matanza, y estrago, y  
horror.
- Un conde a otro conde declara la  
guerra;  
un pueblo a otro pueblo pretende  
vencer;  
y en tanto el arado no surca la  
tierra,  
ni puede un rebaño la yerba pacer!
- ¡Navarra es el perro que gime y  
aúlla  
la muerte llamando con lúgubre  
son!
- En trance tan duro, ¿podrá el rey  
cogulla  
con salmos librarla de tanta aflic-  
ción?
- Si de este consejo los tímidos fallos  
al monje llevaran a tal dignidad,  
no un rey aclamemos cual nobles  
vasallos,  
¡hagámonos frailes y alcemos abad!
- (Con indignación.)*
- Gil. (Adelantándose con cierta com-  
postura.)*
- Un rey aquí es fuerza de porte  
guerrero,  
y mozo y navarro de buen parecer.
- Cast.* ¡Un rey que se vista cogulla  
de acero!
- Mel.* ¡Un rey que en la guerra no  
sepa vencer!
- Guillén.* ¡Un nieto hay de Sancho,  
el gran soberano,
- García Ramírez, valiente infanzón,  
(Movimiento general).*
- que al par es el nieto del Cid cas-  
tellano!
- (General asentimiento.)*
- ¡A mí, buen Melendo! ¡Aquí mi  
pendón!
- (Lo toma con arrebató.)*
- Pedro.* ¡Alcémosle al punto!
- (Momento de febril entusiasmo.)*
- Todos.* ¡Sí, sí!
- Gil.* ¡Deteneos!
- Si tal rey alzamos, Castilla ¿qué  
hará  
cuando hoy de inquietarnos se  
abrsa en deseos?
- Guillén.* Infanta allí tienen con él  
casará.
- Si el rey de Castilla, al solio ele-  
vado  
por medio tan fácil, ve su hija  
subir,  
en vez de enemigo será un aliado.
- Pedro.* Yo a Burgos hoy parto la  
infanta a pedir.

**Gil.** Detente, Don Pedro, y escucha  
a este conde

que lleva a la guerra mil lanzas  
en pos.

¿Por qué don García si es bravo  
se esconde?

¿Le ha visto la cara alguno de nos?

**Cast.** Yo solo le he visto; que yo le  
he criado

en tierras lejanas sin pompa real.

Si vida es la vida de un pueblo  
angustiado,

y así la preservo de infame puñal.

**Pedro.** Que acabe esta lucha cobarde  
y sombría;

que alumbren la guerra los rayos  
del sol;

y entonces veremos si escondo a  
García,

y si hay más valiente mancebo es-  
pañol.

**Guillén.** Allá en Zaragoza calcéme la  
espuela

clavando en sus muros la cruz ce-  
lestial;

mi nombre está escrito con sangre  
en Tudela

¡y en Fraga! ¡y en Leire! ¡y aquí  
otro qué tal!

¡Jamás a García le he visto la  
cara

mas sé cuyo es hijo, y soy hombre  
fiel!

Si ya no es bastante su alcurnia  
preclara,

¡yo, conde de Alperche, respondo  
por él!

**Cast.** Sea. (*Y con ellos su gente*).

**Mel.** Sea. (*Idem.*)

**Pedro.** Sea. (*Idem.*)

**Gil.** Le haré pleitesía  
si ciertas mercedes me otorga  
Rotrón.

**Guillén.** Ya están otorgadas.

**Gil.** (*Muy gozoso a Langustino.*)

(¡Pues Blanca ya es mía!)

**Pedro.** ¡Al aire el acero!

(*Desenvainando el suyo Todos le  
imitan rápidamente. Orquesta.*)

**Guillén.** Aun no es ocasión.

(*Lanzándose fuera de sí al centro  
de la escena, procurando apagar  
con su voz y acción el entu-  
siasmo imprudente de los conju-  
rados. Voz apagada pero muy  
enérgica. La orquesta ha ata-  
cado en el momento en que de-  
senvainaron los montantes.*)

### MÚSICA

**Guillén.** Silencio, recato,

misterio, prudencia;

la calma es la ciencia

que lleva a triunfar.

Envuelto en la sombra

y el hierro en la mano

cada uno a su hermano

enseñe a esperar....

Y cuando los montes con eco sen-  
tido

repitan de patria la mágica voz,  
que todo navarro cual tigre escon-  
dido

se lance a la presa sangriento y  
veloz.

**Gil.** El lance se pone

con tanto misterio

un poco mas serio

que pude pensar.

Ya huelo, maese. (*A Langustino*)

la atroz chamusquina,

y tal tremolina

aquí se va a armar.

Que cuando los montes con eco sen-  
tido

repitan los aires con bélico son,  
al pobre navarro que no esté es-  
condido

no deja costilla entera Aragón.

**Pedro y Coro.** Silencio, recato,

misterio, prudencia;

la calma es la ciencia

que lleva a triunfar.

Envuelto en la sombra

y el hierro en la mano

cada uno a su hermano

enseñe a esperar....

Y cuando los montes con eco sen-  
tido

repitan de patria la mágica voz,  
que todo navarro cual tigre escondido

se lance a la presa sangriento y  
veloz.

*Pedro.* A aguzar callando el hierro.  
*Mel.* A su puesto cada cual.

*Gil.* (A pensar cómo salimos  
de este atroz berengenal.) (*A Langustino.*)

*Guillén.* ¡Tened, esperad!  
que es este terrible, solemne momento  
de unión juramento  
es fuerza prestar.

*Coro.* Hablad, Hablad.

*Guillén.* ¡Jurais, nobles hermanos,  
la santa unión guardar  
(*Extendiendo su espada*)  
hasta que alegre viva  
Navarra en libertad?

*Pedro y Coro.* Cruzando los aceros  
(*Todos cruzando sus aceros con el  
de D. Guillén*)  
la unión juro guardar  
que vuelve a nuestra patria  
su santa libertad.

(*Durante este final algunos conjurados clavan con sus puñales unos pergaminos en los troncos de los árboles sin ser vistos de los demás.*)

*Guillén, Pedro y Coro.* ¡Ah!...  
(*Repite D. Guillén con el coro toda la cabaleta.*)

Como los granos de la granada  
Unidos siempre nos hallarán,  
y Dios maldiga al vil perjurio  
que rompa el vínculo de la hermandad.

(*Al acabar el juramento se abrazan de dos en dos y el "¡Ah!" lo dicen ya divididos en grupos. Al terminar el canto anterior se van diseminando y desapareciendo lentamente cantando muy piano la primera parte de esta pieza*

*mientras que D. Pedro y Guillén dicen los primeros versos de la escena siguiente.)*

*Coro.* Silencio, recato,  
misterio, prudencia;  
la calma es la ciencia, etc.

(*Desaparecen.*)

82. Joaquín Estébanez (Manuel  
Tamayo (1828-1898).—Un  
drama nuevo.

### ACTO PRIMERO

*Habitación en casa de Yorick: a la derecha, una mesa pequeña: a la izquierda, un escaño: puertas laterales y otra en el foro.*

#### ESCENA I

*Yorick y Shakespeare.*

*Entran ambos por la puerta del foro: Shakespeare trae un manuscrito en la mano.*

*Shaksp.* Y sepamos ¿a qué es traerme ahora a tu casa?

*Yorick.* ¿Duélete quizá de entrar en ella?

*Shaksp.* Pregunta excusada, que bien sabes que no.

*Yorick.* Pues ¿qué prisa tienes?

*Shaksp.* Dejé hoy al salir de mi aposento muchos altísimos personajes, y fuera demasía hacerles aguardar espacio más dilatado, cuando por el solo gusto de verme, emprenden desde el otro mundo la caminata.

*Yorick.* Sabré yo desenojar a tus huéspedes con unas cuantas botellas de vino de España, que hoy mismo he de enviarles. Diz que este vinillo resucita a los muertos, y sería de ver que los monarcas de Inglaterra, congregados en tu aposento, resucitasen a la vez y armaran contienda sobre cuál había de volver a sentarse en el trono. Pero ¿que más resucitados que ya lo han sido algunos de ellos por tu pluma?



*Shaksp.* En fin, ¿qué quieres?

*Yorick.* ¿Qué he de querer sino ufarme y en mis brazos al poeta insigne, al gran Shakespeare, orgullo y pasmo de Inglaterra? (*Echándole los brazos al cuello.*)

*Shaksp.* Quédese adiós el nunca bien alabado cómico, el festivo Yorick, gloria y regocijo de la escena, que no es bien malgastar el tiempo en mimos y lagoterías.

*Yorick.* Si no te has de ir.

*Shaksp.* Entonces—¿qué remedio?—me quedará.

*Yorick.* Siéntate.

*Shaksp.* Hecho está: mira si mandas otra cosa. (*Siéntase cerca de la mesa y pone sobre ella el manuscrito.*)

*Yorick.* Francamente: ¿qué te ha parecido este drama que acabamos de oír? (*Siéntase al otro lado de la mesa, y mientras habla, hojea el manuscrito.*)

*Shaksp.* A fe que me ha contentado mucho.

*Yorick.* Y ¿es la primera obra de este mozo?

*Shaksp.* La primera es.

*Yorick.* Téngola yo también por cosa excelente, aunque algunos defectillos le noto.

*Shaksp.* Los envidiosos contarán los defectos: miremos nosotros únicamente las bellezas.

*Yorick.* A tí sí que nunca te escoció la envidia en el pecho. Cierto que cuando nada se tiene que envidiar....

*Shaksp.* Temoso estás hoy con tus alabanzas; y, en eso que dices, te equivocas. Nunca faltará que envidiar al que sea envidioso. Pone la envidia delante de los ojos antiparras maravillosas, con las cuales a un tiempo lo ve uno todo feo y pequeño en sí, y en los demás todo grande y hermoso. Así advertirás que los míseros que llevan tales antiparras, no sólo

envidian a quién vale más, sino también a quien vale menos, y juntamente los bienes y los males. Sé yo de cierto caballero, que no hallando nada que envidiar en un vecino suyo muy desastrado, fué y ¿qué hizo? envidiarle lo único que el infeliz tenía para llamar la atención; y era una gran joroba que le abrumaba las espaldas.

*Yorick.* Algo debería yo saber en materia de envidias, que buen plantío de ellas es un teatro. ¿Viste jamás cuadrilla de mayores bribones que una de comediantes?

*Shaksp.* Mejorando lo presente, has de añadir.

*Yorick.* Entren todos, y salga el que pueda. ¡Qué murmurar unos de otros: qué ambicionar estos y aquellos antes el ajeno daño que la propia satisfacción: qué juzgarse cada cual único y sólo en el imperio de la escena!

*Shaksp.* Engendra ruindades la emulación; mas por ella vence el hombre imposibles. Déjala revolcarse en el fango, que alguna vez se levantará hasta las nubes.

*Yorick.* Dígame que hiciste muy bien en deponer el cetro de actor, quedándote nada más con el de poeta.

*Shaksp.* Hemos de convenir, sin embargo, en que la regla que has establecido, no deja de tener excepciones.

*Yorick.* Tiénelas a no dudar; y mi mujer y Edmundo son buena prueba de ello. Bendito Dios que me ha concedido la ventura de ver recompensadas en vida mis buenas acciones. Porque fuí generoso y caritativo, logré en Alicia una esposa angelical, y en Edmundo un amigo—¿qué amigo?—un hijo lleno de nobles cualidades. ¡Y qué talento el de uno y otra! ¡Cómo representan los dos el Romeo y Julieta! Divinos son estos dos héroes a que dió ser tu

- fantasía: más divinos aún cuando Alicia y Edmundo les prestan humana forma y alma verdadera. ¡Qué ademanes, qué miradas, qué modo de expresar el amor! ¡Vamos, aquello es la misma verdad.
- Shaksp.* ¡(Desdichado Yorick!) ¿Puedo ya retirarme?
- Yorick.* Pero si antes quisiera yo decir una cosa al director de mi teatro, al laureado vate, al....
- Shaksp.* Por San Jorge que ya tantos arrumacos me empalagan, y que anduve torpe en no adivinar que algo quieres pedirme, y tratas de pagarme por adelantado el favor.
- Yorick.* Cierto es que un favor deseo pedirte.
- Shaksp.* Dí cual.
- Yorick.* Eso quiero yo hacer, pero no sé cómo.
- Shaksp.* ¡Eh! habla sin rodeos.
- Yorick.* Manifiéstame con toda lisura tu opinión acerca de mi mérito de comediante.
- Shaksp.* Pues a fe que la ignoras. No hay para tristes y aburridos medicina tan eficaz como tu presencia en las tablas.
- Yorick.* Y ¿crees que para hacer reir únicamente sirvo?
- Shaksp.* Creo que basta con eso para tu gloria.
- Yorick.* ¿Cuándo se representará ese drama?
- Shaksp.* Sin tardanza ninguna.
- Yorick.* Y ¿a quién piensas dar el papel de conde Octavio?
- Shaksp.* Gran papel es, y trágico por excelencia. A Walton se lo daré, que en este género sobresale.
- Yorick.* Pues ¡ya me lo sabía yo! Un papel bueno ¿para quién había de ser más que para Walton? ¡que dicha tienen los bribones!
- Shaksp.* Piérdese el fruto, si cuando empieza a sazonar, una escarcha le hiela: piérdese el corazón, si cuando está abriéndose a la vida, le hiela el desengaño. Walton fué muy desdichado en su juventud: merece disculpa. Adiós, por tercera y última vez. (*Levantándose.*)
- Yorick.* Si aún no he dicho.... (*Levantándose también.*)
- Shaksp.* Pues di y acaba.
- Yorick.* ¡Allá voy! Quisiera... Pero luego no has de burlarte, ni...
- Shaksp.* Por Dios vivo, que hables, y más no me apures la paciencia.
- Yorick.* Quisiera...
- Shaksp.* ¿Qué? Dilo, o desaparezco por tramoya.
- Yorick.* Quisiera hacer ese papel.
- Shaksp.* ¿Qué papel?
- Yorick.* El del drama nuevo.
- Shaksp.* Pero, ¿cuál?
- Yorick.* ¿Cuál sino el del conde Octavio?
- Shaksp.* ¿El del marido?
- Yorick.* Ese.
- Shaksp.* ¿Tú?
- Yorick.* Yo.
- Shaksp.* ¡Jesús! Ponte en cura, Yorick, que estás enfermo de peli-gro.
- Yorick.* No de otro modo discurren los necios. Necio yo si conociendo sólo tus obras trágicas, te hubiese tenido por incapaz de hacer comedias amenas y festivas. Porque hasta hoy no interpreté más que burlas y fiestas, ¿se me ha de condenar a no salir jamás del camino trillado?
- Shaksp.* ¿Y a qué dejarle por la cumbre desconocida? Quisiste hasta hoy hacer reir, y rióse el público. ¡Ay, si un día te propones hacerle llorar, y el público da también por reirse!
- Yorick.* ¡Ingrato! ¡Negar tan sencillo favor a quien fué siempre tu amigo más leal; a quién siempre te quiso como a las niñas de sus ojos! Pues corriente: haga otro el papel del conde; pero ni ya somos amigos, ni el año que viene estaré en la compañía de tu teatro. Y conmigo me llevaré a mi Alicia... y a Edmundo igualmente. Veremos

cuál de ambos pierde más. (*Muy Yorick.* Y ¿si represento el papel a conmovido.)

*Shaksp.* ¡Qué enhilamiento de palabras!

*Yorick.* No, no creas que ahora encajaría bien aquello de: "Palabras, palabras, palabras," que dice Hamlet.

*Shaksp.* ¡Esto de que en el mundo no ha de estar nadie contento de su suerte!...

*Yorick.* Sí, que es divertido el oficio de divertir a los demás.

*Shaksp.* ¿Hablaste formalmente? ¿Capaz serías de abandonarme?

*Yorick.* ¡Abandonarte! Eso dije, y ¿tú no lo crees? (*Llorando.*) Vaya, hombre, vaya, del mal el menos. No faltaba más sino que desconfiando de mi talento, desconfiases también de mi corazón. No, no te abandonaré. Yorick podrá no saber fingir lo que siente, pero sabe sentir... Tú le ofendes... le humillas... y él... miralo... te alarga los brazos.

*Shaksp.* ¡Vive Cristo! ¿Lloras?

*Yorick.* Lloro porque no parece sino que el infierno se empeña en que yo no cumpla mi gusto; porque no es sólo Walton quien me tiene por grosero bufón, capaz únicamente de hacer prorrumpir a los necios en estúpidas carcajadas: porque veo que también tú.... Y eso es lo que más me duele.... Que tú... ¡Válgame Dios, qué desgracia la mía!

*Shaksp.* Eh, ¡llévete el diablo! ¿El papel del marido quieres? Pues tuyo es, y mal provecho te haga.

*Yorick.* ¿De veras? ¿Lo dices de veras? (*Dejando de pronto de llorar, y con mucha alegría.*)

*Shaksp.* Sí; sacia este maldito empeño, de que mil veces procuré en vano disuadirte. (*Andando por el escenario.* *Yorick le sigue.*)

*Shaksp.* Y ¿si la noche del estreno a silbos te matan?

*Yorick.* A un gustazo un trancazo.

*Shaksp.* Y ¡qué bueno lo merecías!

*Yorick.* ¡Caramba, que en metiéndose algo entre ceja y ceja!...

*Shaksp.* ¡No, que tú no eres porfiado!

*Yorick.* Hombre, me alegraría de hacerlo bien, no más que por darte en la cabeza.

*Shaksp.* Yo por excusar de darte en la tuya.

*Yorick.* Anda a paseo.

*Shaksp.* No apetezco otra cosa. (*Tomando el sombrero y dirigiéndose hacia el foro.*)

*Yorick.* ¡Es que me has de repasar el papel! (*Con tono de cómica amenaza, deteniéndole.*)

*Shaksp.* Pues ¿quién lo duda? (*Con soflama.*)

*Yorick.* ¡Con empeño, con mucho empeño!

*Shaksp.* ¡Vaya! Pues ¿no que no!

*Yorick.* La verdad, Guillermo; si en este papel logro que me aplaudan... (*Con formalidad.*)

*Shaksp.* ¿Qué?

*Yorick.* Que será muy grande mi gozo.

*Shaksp.* La verdad, Yorick; el mío no será menos grande. (*Con sinceridad y ternura.*)

### ACTO III

#### PRIMERA PARTE

#### ESCENA IV

*Walton y el Autor.*

*El Autor.* ¡Cómo está ese hombre esta noche!... Cuando pienso que no quería que hiciese el papel de conde, me daría de cabezadas contra la pared. Mas ya se ve; ¿quién había de imaginarse que un comediante, acostumbrado sólo

a representar papeles de bufón....  
De esta hecha se deja atrás a todos  
los actores del mundo. Si es mejor  
que vos.

Walton. ¿De veras? *(Con ironía.)*

El Autor. Mucho mejor.

Walton. Si tal es vuestra opinión,  
¿os parece justo, ni prudente decir-  
melo a mí, cara a cara? *(Cogién-  
dole de una mano con ira, y tra-  
yéndole hacia el proscenio.)*

El Autor. Perdonad... *(Asustado.)*  
Cref... La gloria de un compa-  
ñero....

Walton. ¡Sois un mentecato!... *(Sol-  
tándole con ademán despreciativo.)*

El Autor. ¿Cómo es eso?... ¿Mente-  
cato yo?....

#### ESCENA V

##### *Dichos y el Traspunte*

El Trasp. Pues lo que yo decía: para  
él ha sido el aplauso.

El Autor. *(Se le come la envidia.)*  
¡Bravo, Yorick, bravo! *(Vase.)*

El Trasp. Y a vos ¿qué os parece el  
señor Yorick?

Walton. Eres un buen muchacho  
Tomás; trabajas con celo y he de  
procurar que Shakespeare te au-  
mente el salario.

El Trasp. Y ¡buena falta que me  
hace! Os quedaré muy agradecido.

Walton. ¿Con qué me preguntabas  
que tal me parece Yorick?

El Trasp. Sí, señor.

Walton. Y sepamos: ¿a tí qué te  
parece? *(Manifestando esperanza.)*

El Trasp. ¿A mí?

Walton. Sí: habla. Esta mañana de-  
cías que iba a hacerlo muy mal.

El Trasp. Y ¡tanto como lo dije!

Walton. Luego crees... *(Con gozo.)*

El Trasp. No creo; estoy seguro....

Walton. ¿De qué?

El Trasp. De que dije una tontería

Walton. ¡Ah!....

El Trasp. Buen chasco nos ha dado.

En el primer acto se conocía que  
estaba.... así.... algo aturdido,  
pero luego.... ¡Cáspita, y qué  
bien ha sacado algunas escenas!...  
Si yo una vez me quedé embobado  
oyéndole, sin acordarme de dar la  
salida a la dama; y a no ser porque  
el autor me tiró un buen pellizco,  
para hacerme volver en mí, allí se  
acaba la comedia. Mirad, señor  
Walton: cuando os vi representar  
el Macbeth, creí que no se podía  
hacer nada mejor... Pues lo que  
es ahora....

Walton. Anda, anda: *(interrumpién-  
dole)* no vayas a caer en falta de  
nuevo.

El Trasp. ¿Eh? *(Como asustado, y  
hojeando la comedia.)* No: esta  
escena es muy larga. Se puede  
apostar a que mientras esté en la  
compañía el señor Yorick, nadie  
sino él hará los mejores papeles.  
¿Quién se los ha de disputar?

Walton. A fe que charlas por los  
codos.

El Trasp. Fué siempre muy habla-  
dor el entusiasmo. Y la verdad...  
yo estoy entusiasmado con el señor  
Yorick. ¡Todo el mundo lo está!  
Únicamente las partes principales  
murmuran por lo bajo, y le dan  
con disimulo alguna que otra den-  
tellada. ¡Envidia, y nada más que  
envidia!

Walton. ¿Quieres dejarme en paz?

El Trasp. ¡Qué gesto! ¡Qué mirada!  
¡Necio de mí! Si este es el que  
más sale perdiendo... Pues, ami-  
guito, paciencia y tragar saliva.)

Walton. ¿Qué rezas entre dientes?

El Trasp. Si no rezo... Al contra-  
rio....

Walton. ¡Vete ya, o por vida mía!...

El Trasp. Ya me voy... ya me voy...  
*(Walton se deja caer en una silla  
con despecho y enojo.)* ¡Rabia,  
rabia, rabia! *(Aparte, haciendo  
muecas a Walton sin que él lo vea.  
Vase.)*

83. García Gutiérrez (1813-1884. *Tom.* Y si presume muy bien.

—El Grumete. Zarzuela, música de Arrieta. Yo he visto a ese muchacho

ESCENA X

*Tomás, Pascual.*

*Pasc.* ¿Cómo en tierra?

*Tom.* Ahí verá usted.

*Pasc.* Se ha renunciado ya al fin...

*Tom.* No: tengo aquí el bergantín: desde esa playa se ve.

—Y ¡cómo se gallardca!

*Pasc.* ¿Ese es el corsario fiero?...

*Tom.* El bergantín más velero.

que por los mares pasea,

—¡Qué barco, señor Pascual!

*Pasc.* Si será... (*Con impaciencia.*)

*Tom.* Tiene mi Aurora,

por ochenta pies de eslora,

cuatro dedos de puntal.

—¡Así recela!—¡Y qué bríos!

Véalo usted, que es cosa linda!

con una guinda... qué guinda!

tiene para dos navíos.

¿Y andar? ¡ni la luz del sol!

y limpio como un lucero,

desde el primer mastelero

hasta el último pañol.

¡Oh! cuando viste sus galas

y el mar con la quilla azota,

parece una giaviota

que va secando sus alas.

*Pasc.* (No habrá quien le haga callar.)

*Tom.* Cuando una andanada envió...

*Pasc.* Perdone usted, señor mío:

eso es hablar de la mar.

Ya usted sabe lo que pasa.

*Tom.* (Perro viejo!) No he sabido...

*Pasc.* (No, ¿he?) Pues hemos tenido

hoy al sobrinillo en casa.

*Tom.* ¡Ah! ¡sí!

*Pasc.* ¡Muy guapo! ¡muy listo!

un dije es el Serafín;

pero es un muchacho al fin....

y mal criado, por lo visto.

*Tom.* ¿Cómo es eso?

*Pasc.* ¡No es desdén!

mas, ¡para que usted se asombre!

quiere presumir ya de hombre.

bajo una y otra zona,

oyendo en torno el huracán bramar,

del trémulo velacho

domar la inquieta lona,

columpiándose alegre sobre el mar.

Parece, cuando avanza

y entre la bruma espesa

de uno a otro mástil se le ve saltar,

el tigre que se lanza,

la fugitiva presa

con su potente zarpa a desgarrar...

*Pasc.* Pues dígame a usted que el niño

es lo que no hay en la tierra.

¡Chiquitín!...

*Tom.* El crecerá.

*Pasc.* Sin juicio.

*Tom.* La edad es esa.

*Pasc.* Insolente y temerario.

*Tom.* Le he educado yo en mi escuela.

*Pasc.* ¡Un bribonzuelo!

*Tom.* ¡Eso no!

y para que usted lo entienda,

ese niño es mi esperanza,

es mi orgullo, es mi existencia.

Hijo de una pobre hermana,

quedó solo en edad tierna,

y ya no tiene otro padre

que le ampare y le defienda.

Y si alguien tocara osado

a un pelo de su cabeza,

sacrificara por él

mil vidas, si mil tuviera.

*Pasc.* Pero ¡yo estoy en peligro!

*Tom.* ¡Hombre! ¡eso no!

*Pasc.* Y si se empeña...

*Tom.* Respire usted: ahora mismo

tiramos pieza de leva.

*Pasc.* (¡La del humo!) Muchas gra-

cias.

*Tom.* No es porque usted lo agradezca.

ESCENA XVI

*Coro general.*

El bergantín corsario

sus velas iza,

mejiéndose en las aguas

que el viento riza.

- ¡Cómo en las olas  
 se retratan inquietas  
 sus banderolas!  
**Tom.** ¡Pobre barquilla mía!  
 parte ligera  
 a donde está mi Aurora  
 que ya me espera.  
 ¡Pobre barquilla!  
 cuántos placeres dejo  
 con esta orilla!  
**Marineros.** ¡Al remo! ¡al remo!  
**Tom.** No sopléis, huracanes,  
 por que ya os temo.  
**Tom. y Mar.** ¡Pobre barquilla!  
 ¡cuántos placeres quedan  
 en esta orilla!  
 ¡Parte, barquilla!  
 no olvidéis que te esperan  
 en esta orilla.
- 84. D. Ramón de la Cruz (1731-1794).—El Manolo (sainete.)**  
*Mediodiente, Sebastián, Tío Matute, tabernero, mujer de Chiripa, Remilgada.*
- Medio.** O te he de echar las tripas  
 por la boca.  
 o hemos de ver quién tiene la pe-  
 seta.  
**Sebastián.** Aguarda, Mediodiente.  
**Chiripa.** ¿Pues qué es esto?  
 ¿Cómo no miran quién está a la  
 puerta  
 de la taberna, y salen con más  
 modo?  
 y no que por un tris no van la  
 mesa  
 y las castañas con dos mil demo-  
 nios.  
**Medio.** Los héroes como yo cuando  
 pelean  
 no reparan en mesas ni en castañas.  
**Chiripa.** Yo te aseguro...  
**Sebastián.** Moderaos, princesa,  
 pues si no me equivoco, el tío Ma-  
 tute  
 con su gente y sus armas ya se  
 acerca.
- ESCENA II**  
**Tío Matute.** (*Su comparsa y los di-  
 chos.*)  
**Tío.** Escuadrón de valientes parro-  
 quianos:  
 ya veis que la opinión de mi taberna  
 está pendiente: nadie los perdona,  
 y cada cual les dé con lo que pueda.  
**Medio.** Aguárdate, cobarde.  
**Tío.** No le sigas,  
 y date tú a prisión.  
**Medio.** ¿Pues que más prueba  
 queréis, si el otro huye y yo me  
 quedo  
 de que él os hizo noche la peseta?  
**Tío.** Tengas o no la culpa, pues te  
 pillo,  
 tú, Mediodiente, pagarás la pena:  
 porque la fama que hasta aquí ha-  
 brá roto  
 más de catorce pares de trompetas  
 por ese Lavapiés, preconizando  
 mis medidas, mi vino y mi con-  
 ciencia,  
 no ha de decir jamás que hubo en  
 mi casa  
 un hurto que importase una lenteja.  
 ¿Se ha de decir que hurtaron cuatro  
 reales  
 en una que es acaso la primera  
 tertulia de la corte, donde acuden  
 sujetos de naciones tan diversas,  
 y tantos petimetres con vestidos  
 de mil colores y galón de seda?  
 ¿Aquí donde arrimados los bastones  
 y plumas que autorizan las traseras  
 de los coches, es todo confianza,  
 se ha de decir que hay quién faltó  
 a ella?  
 ¿Aquí donde compiten los talentos,  
 después de deletreada la *Gaceta*,  
 y de cada cuartillo se producen  
 diluvios de conceptos y de lenguas?  
 ¿Aquí donde las honras de las  
 casas,  
 mientras yo mido, los criados pesan,  
 de suerte que a no ser por mí y  
 por ellos  
 muchas cosas quizá no se supieran?

¡Aquí ha de haber quién robe? Ra- las mujeres prudentes aprovechan!  
bio de ira. Sebastián. ¡Templanza heroica!

Que se emborrachen, vaya enhora- Medio. ¡Formidable aspecto!

buena,  
que a eso vienen aquí las gentes de honra;

### ESCENA III

pero quién será aquel, después que beba,

### *Remilgada y los dichos*

que hurte, juegue, murmure ni mal- Remil. La llave me entregad de la  
diga bodega

en el bajo salón de mi taberna?

que el jarro se acabó del vino tinto.

Medio. Matute, ¿qué apostáis cagarro Tío. Yo tengo capitanes de experien-  
un canto, cia

y os parto por en medio la mollera?

y de robusta espalda que manejen mejor las cubas, y subirle puedan.

Tío. ¿Yo amenazado?

Medio. ¿Yo ladrón?

Chiripa. Para esta expedición fuera más útil

Chiripa. Esposo, déjale con mil diablos.

que no faltase tu persona excelsa, no equivoquen el vino veterano; pues el que ayer llegó de Valdepeñas

Tío. No pretendas

que deje sin castigo su amenaza.

Chiripa. ¡Ay, señor, que amenaza tu cabeza,

aún está moro y fuera picardía consentir que cristianos lo bebieran.

y conforme te puede dar en duro, también te puede dar donde te Tío. ¿Qué discreción! Ven pues, por-  
duela! que al momento

Tío. Tú dices bien. ¡Ah cuánto en la llave saques y el candil en-  
ocasiones ciendas.

## *APÉNDICE*

---







## APÉNDICE

### Breve noticia de los autores comprendidos en esta Colección.

---

**Alcázar, Baltazar de** (1530-1606) Sevillano; escribió varias poesías notables por su fluidez, soltura y gracia.

**Arnao, D. Antonio** (1828-1889). Fue este poeta miembro de la Academia Española e íntimo amigo de Selgas. Como él estuvo dotado de nobles y cristianos sentimientos. Escribió varios libros y poesías sueltas, demostrando en todas sus obras gran esmero en la composición y agradable armonía en todas sus facultades.

**Aparisi y Guijarro, Antonio** (1815-1872). Valenciano; como hombre político y como letrado se dió a conocer por su viveza de imaginación, por la galanura le lenguaje, por sus pinturas gráficas y felicísima descripción de los hechos y lugares. Fue uno de los más esclarecidos jurisconsultos que han ilustrado el foro español y la tribuna parlamentaria.

**Bretón de los Herreros, Manuel** (1796-1873), poeta festivo y fecundo dramático, de extraordinaria facilidad para la versificación, aunque menos apto para el enredo complicado del drama; más superficial que profundo, mejor en la comedia que en los asuntos elevados.

**Calderón de la Barca, Pedro** (1600-1681.) Este célebre dramaturgo, gloria de España y de su siglo, cursó literatura en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, de Madrid, su villa natal. Compuso más de un cen-

tenar de dramas y otros tantos autos sacramentales, además de varios sainetes, canciones y sonetos. Su versificación es armoniosa, grandiosos sus pensamientos, la trama bien urdida: el sentimiento religioso domina en todas sus obras.

**Caro, Rodrigo** (1573-1620). Sacerdote sevillano, prosista y poeta, es una de las más egregias figuras de nuestra literatura y digno de admiración por sus numerosas y variadas obras literarias. El es el verdadero autor de la famosa oda: "*A las ruinas de Itálica*," atribuída por mucho tiempo a Francisco de Rioja.

**Catalina Severo** (1832-1871). Fue hombre de múltiples aptitudes. Como literato sobresalió por la galanura de su estilo, la sonoridad de sus frases y períodos y el tesoro de agradable poesía que encierran sus escritos y que da al autor los títulos de poeta y excelente colorista. Sus obras más notables son "*Roma*" y "*La Mujer*."

**Cervantes Saavedra, Miguel de** (1547-1616). Nació este inmortal escritor en Alcalá de Henares. Según el retrato que nos dejó de sí en el prólogo de sus novelas, era "de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y nariz corva, aunque bien proporcionada.... los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, mal acondicionados y peor puestos, el

cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies." Dotóle la Providencia de un ingenio tan portentoso, que en su género ha dejado atrás a los más ilustres escritores nacionales y extranjeros. La obra que más celebridad le ha granjeado es el *Quijote*. En ella despliega todos los tesoros de la lengua castellana: riqueza, propiedad, claridad, armonía, suavidad, soltura, gracia, majestad, y todo cuanto encierra de maravilloso la soberana lengua de Castilla. Con todo, téngase presente lo que de este libro dice D. Alberto Lista: "Entre nuestros escritores clásicos antiguos sólo hay un libro que por su variedad pudiera fijar la inquietud de la niñez: es el *Quijote*. Pero este preciosísimo libro no está escrito con todo el miramiento y circunspección que requiere aquella tierna y respetable edad." Valga esta advertencia también respecto de otros escritores, especialmente respecto de los novelistas y poetas.

**Céspedes. Pablo de (1536-1608).** Fue escultor, pintor y poeta, versado en el árabe, griego, hebreo y latín. De sus escritos sólo quedan un fragmento del *Poema sobre la pintura*, modelo de poesía didáctica, el *Poema sobre el cerco de Zamora*, y algunos sonetos.

**Cuevas, P. José Fernández (1816-1864).** Desconocido quizás en el gran mundo de las letras, no deja de interesarnos a nosotros, los Filipinos, pues aquí fué, en nuestras islas, donde desplegó sus grandes cualidades como literato. A un estilo terso y ameno, añade el P. Cuevas un sin número de bellezas de dicción, que hacen de sus escritos como un mosaico de primores literarios.

**Donoso Cortés, D. Juan, marqués de Valdegamas, ilustre diplomático y elo-**

cuento orador político. Nació en El Valle (Extremadura) el año 1809; murió en 1853. Con la sinceridad de su conversión dió patente testimonio al mundo de que para siempre desertaba de la escuela liberal en la que primero había militado. A pocos les es dado imitarle en la grandiosidad de sus imágenes, alteza de pensamientos, talento original, comprensivo y generalizador. Táchanle de atrevido e inexacto en algunas proposiciones, y de ser en su estilo amigo de pleonasmos y repeticiones. De todos modos, es una gloria de la tribuna española y uno de los entendimientos más potentes y que mejor antevieron el rumbo funesto de las modernas sociedades y el remedio que se debía aplicar.

**Eguílaz, D. Luis de (1830-1874).** Autor dramático, no ciertamente de los más fecundos, pero sí de los que mejor cimentada tienen su gloria, entre los que han escrito para el teatro en esta época. Jamás se arrastró su musa por el lodazal del vicio. Y en muchas de sus obras la pintura moral es perfecta. Eguílaz se distingue también por el buen gusto, versificación fácil caracteres bien dibujados, sentimientos nobles y tiernos.

**Espronceda, José (1810-1841).** Enriquecido con grandes dotes para la poesía, habría sido uno de nuestros mejores líricos a no haberse dejado arrebatar del torbellino revolucionario, de sus pasiones indómitas y de un excepcionalismo desgarrador. Entre sus composiciones merecen recordarse *El Himno al Sol*, la elegía *A la patria* y algunas pocas más. Recluído por el Gobierno de Madrid en un convento de Guadalajara, comenzó el poema de *Pelayo*, que dejó sin acabar. También escribió varios cantos de otro poema inconcluso, *El diablo mundo*, en el cual, como dice el Sr. Menéndez y Pelayo, se despilfarra un tesoro de galas literarias para vestir un pensa-

miento raquítico y vulgar, que si al principio aparece con cabeza de oro, va languideciendo hasta terminar en barro.

**Fernán Caballero**, seudónimo de Da. Cecilia Bolh de Fáber (1796-1877). En sus hermosos cuadros de costumbres españolas, y especialmente andaluzas, se dan amigablemente la mano la belleza que deleita y la moralidad que instruye. Es una de las introductoras del realismo de buena ley en la moderna literatura.

**Fernández, P. Cayetano** (1820-1901). Conocido por sus elegantes e ingeniosas *Fábulas ascéticas*, género nuevo con que ha enriquecido a la moderna literatura, y por los trabajos publicados en varias Revistas católicas.

**Gabriel y Galán, D. José María**. Nació en 1870, en Frades de la Sierra, pueblecillo de la provincia de Salamanca, de padres honrados y labradores. Cursó la carrera de maestro de primera enseñanza. "A los diez y siete años de edad—nos dice él mismo—obtuve por oposición la escuela del Guijuelo (Salamanca), donde viví cuatro años, y después por oposición también la de Piedrahita (Ávila), que regenté otros cuatro años. Contraí matrimonio con una joven extremeña; dimiti el cargo que desempeñaba, porque mis aficiones todas estaban en el campo, y en él vivo consagrado al cultivo de unas tierras y al cuidado y cariño de mi gente, mi mujer y mis tres niños. Tengo treinta y cuatro años, y a escribir coplas dedico el poco tiempo que puedo robar a mis tareas del campo." Esto escribía en 1904, y poco tiempo después, en 6 enero de 1905, expiraba cristianamente en Guijo de Granadilla (Cáceres), de donde era natural su esposa, y a donde desde su matrimonio se había trasladado.

Las poesías de Gabriel y Galán so-

bresalen por su sentimiento, originalidad y realismo de buena ley; cualidades ante las cuales nada significan la incorrección y lunares que podrían señalarse.

**García Gutiérrez, Antonio** (1813-1884). Su caballeresco y romántico drama "*El Trovador*", pieza de arrebatado lirismo y estudiados contrastes, fue la primera obra que dió a conocer al mundo literario la poética y valiente imaginación de este autor. Otras obras dramáticas acreditaron su fama, sobresaliendo entre ellas "*Simón Bocanegra*," "*Venganza Catalana*," "*El Grumete*," etc.

**Góngora y Argote, D. Luis de**, (1561-1627). Célebre poeta cordobés de quien tomó el nombre el *gongorismo* o *culteranismo*, monstruoso conjunto de metáforas violentas, hipérboles extravagantes, latinismos y oscuras alusiones; efecto, sin duda, del afán que tenía su autor por comunicar a sus poesías falsa brillantez, armonía y pintoresco colorido. Estos defectos llegan a su colmo en *Polifemo* y en *Las soledades*. Sin embargo, Góngora es en las letrillas y poesías ligeras admirable, fácil, fluido, dulce y, en fin, modelo de encantadora sencillez.

**Granada, Fr. Luis de, dominico** (1504-1588) Varón de santísimas costumbres, llamado por su elocuencia el Cicerón o el Crisóstomo español, a él cabe la singular gloria de haber sido el primero en poner de manifiesto toda la riqueza, valentía, brillantez y majestad de que es capaz la lengua castellana. "El maestro Ávila, dice Capmany, había creado, por decirlo así, un lenguaje místico de robusto y subido estilo; y el Venerable Padre Granada lo hermoseó, lo retocó con lumbrés y matices, y le dió número, fluidez y grandiosidad en las cláusulas, sin ser hinchadas, afectadas, ni afeminadas.... Al paso que muestra la

pompa de la lengua castellana ¡cómo esfuerza el tono de verdad y de sus profundos sentimientos! No sólo vemos un estilo claro, terso, lleno y numeroso; sino también locuciones de dulcísima elegancia, imágenes magníficas y sublimes y una dicción siempre pura, castiza y escogida."

**Heredia, José María (1803-1839).** Cubano; sería el primer poeta de Sud-América si en sus numerosas poesías se hubiese esmerado como en la dedicada "*Al Niágara*," "*Al Cometa*," y algunas otras. Su entonación es robustísima, sublimes y majestuosas las pinturas que hace de la naturaleza. Es también dulce, tierno y melancólico a las veces, pero en su sentimentalismo no se abisma como lord Byron, sino que reconoce a Dios, le admira y le ama.

**Herrera, D. Fernando de (1524-1597).** Mereció cual ninguno el renombre de *divino*. Formado sólidamente en las lenguas hebrea, griega y latina, enriqueció con nuevos tesoros la castellana, y levantó el lenguaje poético a una altura, robustez y gallardía sorprendentes. Sobresale entre los demás líricos por su nervio, profundidad y entusiasmo. Cultivó también con notable felicidad y maestría la prosa.

**Hojeda, Fr. Diego de (1611-1675).** Fué hijo de la esclarecida Orden de Sto. Domingo y natural de Sevilla. En su *Cristiada* legó a España una de las mejores preciosidades en el género épico. Su estilo es fácil, agradable y sumamente fluido.

**Hurtado de Mendoza, D. Diego (1503-1575).** Granadino; supo imitar admirablemente en nuestra lengua a los mejores historiadores latinos. Su historia, así por el lenguaje como por el estilo, es una de las mejores joyas de nuestro siglo de oro. Como nove-

lista picaresco, compuso el "*Lazarillo de Tormes*," cuyas descripciones están llenas de sales y agudezas felices, que hacen entretenida la lectura.

**Iglesias de la Casa, José (1753-1791)** poeta festivo, autor de epigramas y letrillas satíricas, en las que brilla más que en los idilios y odas.

**Iriarte, D. Tomás de (1750-1791).** Lo único que tiene algún mérito literario en Iriarte, son sus fábulas. En ellas, aunque aparece inferior a Samaniego, es más original.

**Jara, Ilmo. Sr. Dr. Ramón Angel, (1852-1917).** Chileno; lumbrera de la iglesia Sud-Americana y gloria de la cristiana elocuencia; se distinguía por lo terso y correcto de su dicción, la elegancia de su estilo y lo admirable de su erudición vastísima, con que mantenía suspensa la atención de sus numerosos auditorios. De sus sermones, que versan ya sobre materias religiosas, ya sociales y patrióticas, podría formarse una colección de no escasas páginas.

**Jovellanos, Gaspar Melchor de (1744-1811).** Puede pasar por el mejor prosista que nos ofrece el decadente siglo XVIII, pero como poeta no sobresale ni por la galanura, ni por el vuelo de su inspiración, aunque siempre escribió con bastante corrección y salpicó sus poesías con no pocos pensamientos profundos y graves.

**La Cruz, Ramón de (1731-1795).** Dramaturgo madrileño que compuso más de 300 piezas para el teatro. Sobresalió en sus *Sainetes* en que no reconoce rival y en los que brilla su diálogo lleno de gracia y de viveza.

**León, Fr. Luis de, agustino.** Nació en 1527; murió en 1591. Así en prosa como en verso es Fr. Luis de León uno de los mejores maestros del habla castellana. Es profundo en sus pensa-

mientos, brillante en sus imágenes; esmerado en el lenguaje; en la prosa, sin llegar a la fluidez y suave armonía de Granada, es rotundo y numeroso, aunque a las veces recargado, limado con excesivo estudio y poco natural en las obras didácticas, no en sus cartas. En el verso, la oda de Horacio se halla en él perfeccionada, elevándose a las regiones purísimas del Cristianismo.

Lista, D. Alberto (1775-1848), literato, más notable por su gusto y cualidades para el magisterio, que por su entusiasmo y estro poético.

Fray Lope Félix de Vega Carpio, madrileño (1565-1635). Fué su ingenio tan portentoso, que Cervantes le llama *monstruo de la naturaleza*, y toda España aun en vida, le aclamó *Fénix de los ingenios*. Compuso 1,800 comedias, 400 autos sacramentales y un sin número de otros poemas, llegando a escribir el asombroso número de 21 millones de versos. Se ejercitó en todos los géneros y en todos los estilos, sembrando en sus composiciones copiosos tesoros de rica poesía. Su principal gloria literaria es el ser padre y creador del teatro nacional. Escribió también en prosa varias relaciones, tratados y novelas.

López de Gomara, D. Francisco (1510-1560). Sacerdote sevillano y célebre historiador. Después de haber vivido en Méjico y acompañado a Hernán Cortés, escribió su obra más notable, la *"Historia de las Indias"*. Sus escritos sobresalen por el orden que guardan, la gran erudición que revelan y la sencillez y corrección de su estilo en que sonríe toda la amenidad de una obra moderna.

Manrique, Jorge (1440-1479). Legó a la posteridad las famosas *"Coplas a la muerte de su padre,"* que se leen siempre con placer por el sentimiento

que respiran y las imágenes que las hermocean. Más que *elegía* es una *meditación* sugerida al poeta por el espectáculo de la muerte.

Mariana, P. Juan de, S. J. (1536-1623). Nació en Talavera de la Reina. Su célebre *Historia general de España* le valió el dictado de príncipe de nuestros historiadores. Conocedor profundo de las lenguas orientales y dueño de la latina, enriqueció su obra con tesoros de erudición y la abillantó con la majestuosa abundancia de Tito Livio y con la gravedad sentenciosa de Tácito. El estilo es grave, terso, grandioso, sencillo y natural, aunque a veces parece afectar cierta antigüedad. Tiene brillantes descripciones, caracteres bien dibujados, arengas y discursos elocuentes y profundas sentencias.

Martínez de la Rosa, D. Francisco. Nació en Granada el 1788; murió en Madrid el 1862. Ejercitose en todos los géneros, siguiendo unas veces los principios de la escuela clásica, y otras las del romanticismo, cuyas puertas abrió con los dramas *Aben-Humeya* y la *Conjuración de Venecia*, escritos en prosa. En su *Edipo* (que dista mucho del de Sófocles) tiene trozos y situaciones de extremada belleza y facilísima versificación. Tímido y moderado, como quería ser en política, posee más "las dotes de elegancia, apacibilidad y dulzura, que las de nervio y brillantez poética." Estas mismas cualidades resaltan en sus obras en prosa, algunas muy bellas como las *Hazañas del Pulgar* y *El Amigo de los niños*, no así el *Espíritu del siglo*, en la cual vierte graves errores.

Meléndez Valdés, D. Juan, nacido en Extremadura (1754-1817). "Sobresalió en la anacreóntica y en el romance pastoril, y compuso obras poéticas de varios géneros, notables

por su corrección y buen gusto, aunque no siempre por su originalidad y vigor." MILÁ y FONTANALS.—Meléndez cultivó también la oratoria forense, dejándonos un tomo de discursos, algunos muy elocuentes.

**Moratin, D. Nicolás Fernández** (1737-1780), renovó el gusto de la poesía antigua nacional en algunos romances y en sus celebradas quintillas: *La fiesta de toros en Madrid*. Compuso también, entre otras poesías, un poema bastante prosaico sobre la caza, y el canto épico: *Las naves de Cortés destruidas*.

**Moratin, D. Leandro Fernández** de (1760-1828) fué superior a su padre D. Nicolás. Como lírico es horaciano, y descuella más por su exquisito gusto y por la pureza de dicción, que por el entusiasmo y afecto que revela. Escribió también sátiras, en las cuales brilla el elegante aticismo del poeta venusino. El *Sí de las niñas* es su obra maestra en el género dramático. Lástima es que la aureola literaria que le rodeó en vida quedase a los ojos de los buenos españoles obscurida, no ya tan sólo por el crimen de afrancesarse, sino por tejer guirnaldas de versos a los que violaban nuestros templos, robaban nuestros museos y entraban a sangre y fuego en nuestras ciudades; y aun lo que es peor, por las ideas volterianas con que salpicó muchos de sus graciosos y correctos escritos en prosa y verso. Pero todavía fué más sensible su muerte a lo pagano, acaecida en París, de que dió testimonio en el testamento escrito de su puño y letra sin ninguna fórmula religiosa.

**Navarro Villoslada, Francisco** (1818-1895,) afamado periodista, redactor de la *Gaceta* en 1840, fundador de *El Pensamiento Español* en 1860, ferviente católico, escritor castizo y novelista insigne de *Amaya*. "Todas las

prendas que solicita el género (de la novela histórica), lo verídico de la narración, el conocimiento y dibujo de las figuras, y, sobre todo, aquel acomodarse a las costumbres de remotos siglos y civilizaciones, haciéndolas sentir en vez de analizarlas friamente, descubren al novelista de raza, que no lo es como tantos otros por capricho o por afición estéril." BLANCO GARCÍA.

**Nieremberg, P. Juan Eusebio, S. J.** (1595-1658). Hombre de vastísimos conocimientos, matemático, naturalista, asceta de primer orden, que confirmaba con la santidad de su vida la doctrina que enseñaba. Escritor elocuente, inagotable, casi siempre amplificador, aunque a las veces también conciso; se resiente ya en algunas de sus obras de los vicios literarios de su época. El mérito de Nieremberg como escritor hay que buscarlo en sus libros doctrinales, no en los numerosos libros históricos que llevan su nombre. No puede ni debe decirse que fuese plagario (esto no cabe en varón de tan eminente virtud); pero es lo cierto que por circunstancias que sería largo referir, páginas enteras, v. gr., de su *Vida de San Francisco de Borja*, la escribió anteriormente, el P. Dionisio Vázquez, y varias relaciones de sus *Varones ilustres* las recogió antes el P. Luis de Valdivia.

**Nocedal, D. Ramón** (1842-1907). En su juventud cultivó la literatura dramática, dando al teatro *la Carmañola* y *el Juez de su causa* que le colmaron de ruidosos triunfos y suscitaron grandes polémicas políticas. Es autor de un sin número de folletos y artículos periodísticos de verdadero mérito, pero en lo que sobresalió de veras fué en la elocuencia, como puede verse en los discursos que pronunció en el Congreso.

**Núñez de Arce, Gaspar** (1831-1903). Sobresalen sus poesías por la belleza

de la forma, el vigor de la expresión y la perfección artística del verso; pero las afea a menudo el pesimismo y la duda irreligiosa que torturaba el alma del poeta. Debe leerse con cautela.

**Pereda, D. José Ma. de,** nació en Polanco (Santander) el 6 de febrero de 1833, según consta de su partida de bautismo, y murió cristiana y piadosamente el 1.º de febrero de 1906. De él ha dicho el señor Menéndez y Pelayo en un discurso estas palabras que forman el juicio y elogio epigráfico del eminente escritor de *Peñas arriba*, Pereda es el "maestro de la novela de costumbres, el cristiano ingenio que tanto bien hizo a las almas, deleitándolas honestamente; el prototipo del realismo sano y vigoroso; el mejor paisajista de nuestra literatura antigua y moderna; el que dió voz inmortal al genio, hasta entonces silencioso, de los montes cántabros, y al mar que ruge tremendo a sus plantas, el revelador de tantas armonías ignotas de la naturaleza, de tantos aspectos de la vida desdeñados antes por familiares y humildes; el genial prosista que ennobleció el habla popular de su tierra, engarzándola en el áureo hilo de nuestra prosa clásica."

**Piferrer, Pablo (1818-1848).** Barcelonés, llamado el *Balmes del arte*. A los diez y nueve años publicada ya sus valiosos trabajos literario-filosóficos sobre música, que son reputados por los mejores en su género, escritos en España y en el extranjero. Su obra principal es la titulada *Estudios de crítica*. Entre sus bellísimas poesías tienen especial encanto la *Canción de la Primavera*, la *Feria*, y el *Ermitaño de Monserrat*.

**Quadrado, D. José María (1819-1896).** Menorquín; educado por los PP. Jesuitas; a los trece años tenía ya escrito un tomo de poesías. Fue

un "polígrafo inagotable que así ponía su pluma al servicio de la fusión dinámica ideada por Balmes, como iluminaba con las irradiaciones de la intuición y del estudio de la historia monumental de España, o descendía aguerrido a la candente arena de las discusiones periodísticas." (*Blanco García*.) Su lenguaje siempre rico y selecto y su estilo siempre brillante y escogido hacen que sus numerosas obras literarias sean siempre leídas con verdadero placer estético.

**Quevedo, D. Francisco de (1580-1645).** Nació en Madrid de noble familia, y sobresalió en toda clase de estudios. Caudillo de los conceptistas (de donde se deriva el *conceptualismo*), se diferencia notablemente de Góngora a quien combatió, en que mientras éste se excedía en el brillante ropaje y atavíos de la forma, Quevedo, rebosando frecuentemente en ideas, las expresaba con excesiva sutileza de entendimiento y abusaba de las antítesis, equívocos y retruécanos. Plegábase su ingenio a toda suerte de asuntos: sagrados y profanos, ascéticos, jocosos y satíricos. En pocos escritores campea como en él la frase castellana; pero sus escritos no pueden ponerse indistintamente en manos de todos.

**Ribadeneira, P. Pedro de, S. J.,** nació en Toledo en el año 1526, y murió en Madrid en 1611. "El mundo sabio, dice D. Manuel Tamayo, le ha reputado siempre como uno de los primeros maestros en el habla castellana y en el arte de expresar con novedad y viveza los afectos, concebir un alto pensamiento y desarrollarlo a maravilla." "En el autor de los nombres de Cristo, dice otro escritor contemporáneo, predomina la imaginación, en Granada el corazón, en Ribadeneira el entendimiento; el primero es elevado y magnífico, el segundo tierno e insinuante, el tercero sólido y racio-



cinador. León es más sublime en sus pensamientos, más atrevido en su vuelo, más poético en las imágenes; Granada es más pomposo y patético, más fecundo y creador, y sabe comunicar a sus expresiones una majestad y grandilocuencia hasta él desconocidas. Ribadeneira es más terso y delicado, más real y positivo, corre su frase más suelta y desembarazada, y por ser el autor que publicó sus obras exentas de términos anticuados y trasposiciones violentas, puede llamarse con razón el más moderno de los antiguos."

**Rioja, D. Francisco de** (1595-1659). Sevillano y cronista de Felipe IV. Rivalizan en sus poesías la delicadeza de pensamientos, el buen gusto, la tersura en el lenguaje y la armonía en la versificación. Por sus inmortales silvas *A la rosa*, *Al jazmín* y *A la riqueza*, merece este autor figurar entre los poetas de más fama de nuestro Parnaso.

**Rivas, Duque de** (Angel de Saavedra). Nació en 1791; murió en 1865. Estimable prosista y vate esclarecido cultivó el drama, la poesía lírica y la epopeya. Sus leyendas y romances históricos gozan de merecida reputación, si bien no todo es digno de aplauso. Señálanse en él dos épocas ó maneras: la clásica y la romántica, que introdujo en el teatro con su drama *Don Alvaro*.

**Ruiz Aguilera, Ventura** (1820-1881). Afiliado al partido progresista, fué ardiente propagador de sus ideas avanzadas, ya en el estado de la prensa periódica, ya en la novela, ya, sobre todo, en las composiciones líricas. Para él la poesía no era un mero pasatiempo, sino instrumento de propaganda y arma de combate. Y es preciso confesar que lo maneja con habilidad. Los argumentos que trata, el lenguaje que emplea, hasta el metro

que usa, sirven admirablemente a su fin. Sus versos, puestos al alcance del pueblo en estilo fácil y seductor, no pueden menos de ser simpáticos a la gente sencilla, que no penetra las intenciones del poeta al halagar los instintos y sentimientos populares.

**Ruiz de Alarcón, D. Juan** (1580-1639). Mejicano; poeta de alma generosa y de cristianos sentimientos. Escribió pocas comedias, pero éstas intachables. Aventura a los otros dramáticos en intención moral y en corrección. Su mejor obra es *La Verdad Sospechosa*, que imitó Corneille en su comedia *Le Menteur*.

**Saavedra Fajardo, D. Diego de** (1584-1648). Escritor juicioso, a veces grande y profundo, pero excesivamente estudiado y sentencioso. Las obras principales de este escritor político son: *Empresas Políticas*, *Corona Gótica* y *República literaria*.

**Samaniego, D. Félix María** (1742-1801). Sus fábulas son apreciables por la naturalidad, sencillez y claridad de estilo.

**Selgas y Carrasco, José** (1822-1892), célebre *cantor de las flores*, novelista, satírico, poeta delicado, escritor correcto, pensador profundo y dotado de una originalidad que en vano han querido otros imitar.

**Solís, D. Antonio de** (1610-1688), poeta dramático y cronista de Indias. Su *Historia de la conquista de Méjico* está escrita en excelente lenguaje y en estilo agradable y sostenido, pero excesivamente estudiado y no exento de falsas flores.

**Tamayo, Manuel** (1829-1898). A los diez y ocho años estrenaba ya *Juana de Arco* al que siguieron después otros varios escogidos dramas de verdadero mérito; pero donde él llegó al cenit de su fama literaria fué

en el *Drama Nuevo* que firmó con el pseudónimo de *Joaquín Estébanez*. "Tamayo, dice Navarro Ledesma, es el *hombre de teatro* por excelencia. Nadie le iguala en el conocimiento del arte dramático, en la posesión de recursos y medios para impresionar, conmover, seducir y arrebatar al público."

**Tirso de Molina** (Fr. Gabriel Téllez, de la orden de Nuestra Señora de la Merced). Según consta con evidencia de recientes investigaciones, hay que relegar a la fábula muchas de las noticias biográficas que corrieron acerca de este gran dramaturgo, como la de que fué un hombre muy metido en la vida licenciosa del mundo, hasta los cincuenta años en que se hizo religioso, después de haber compuesto 300 comedias. Aun cuando está todavía por escribir la biografía que tan precioso varón se merece, cabe no obstante el afirmar que nació en Madrid año 1571; que en documento de 1610 se le llama "Fr. Gabriel Téllez, Mercenario, poeta cómico"; que "entre 1624 y 1627" fué "a la isla de Santo Domingo, y quizá a otras partes de América, como visitador de los Conventos de su Orden." En 1632 era ya cronista de la Merced... Murió en Soria en 12 de marzo de 1648. "Vida, como se ve, modesta y ejemplar, sencilla y sin peripecias..." Tirso "fué un gran poeta y un excelente religioso: a estas dos líneas puede reducirse su epitafio." Sus obras dramáticas las escribió parte fuera, parte dentro del claustro. La figura poética del egregio Mercedario crece cada día. De él escribe *Menéndez y Pelayo* en el estudio crítico que precede al tomo XXXVI de la *Biblioteca Clásica* estas palabras: "Entre todos nuestros dramáticos se levanta Tirso, el primero a toda ley de los nuestros en lo cómico, el primero también en la creación de caracteres, uno de los cuales,

*D. Juan*, logra vida tan universal y duradera como los héroes de Shakespeare, y ha dejado en el mundo más larga progenie que ninguno de ellos. Añádase a todo esto la soberana idea de *El condenado por desconfiado* (joya de nuestro teatro teológico), el hermosísimo carácter de *Doña María de Molina* en *La prudencia en la mujer*, crónica dramática superior a cualquiera de las de Shakespeare; los rasgos de estupenda poesía histórica y fantástica que abrillantan el *Infantón de Illescas*, y finalmente aquel sin número de comedias palacianas de tan hechicero y maligno discreto, y de comedias villanescas tan primaverales y desenfadas... ¿Quién dará en conceder a Tirso la palma del arte entre los nuestros...?"

**Torre, El Bachiller Francisco** de la (1534-1591). Sobresale, entre los demás líricos, por la sencillez de la expresión, ternura y delicadeza de los afectos, lozanía y amenidad de la fantasía. Los sonetos de este autor son de los más bellos en nuestra lengua.

**Trueba, Antonio** (1821-1889). Conquistó grande celebridad con sus numerosos *Cuentos* y sus poesías, en que pinta, con característica naturalidad y ganancia poética, escenas de los valles de Vizcaya, su patria, y canta con inimitable candor y ausencia de todo artificio, las alegrías y pesares de los campesinos. De su *Libro de los Cantarse* se han hecho no pocas ediciones, prueba del mérito de las poesías que encierra.

**Valbuena, Bernardo** de (1568-1627). Nació en Valdepeñas de la Mancha, y fué Obispo de Puerto Rico. Obras literarias de su juventud fueron el *Bernardo*, poema épico del que esta tomada *La batalla de Roncesvalles*, y *El siglo de oro*, o sea colección de églogas no tan elegantes y dulces como las de Garcilaso; estimables, no obs-

tante, por la facilidad del verso y frescura de la imaginación. Por no haber puesto gran cuidado en la ejecución, sus poesías ofrecen varios defectos mezclados con bellezas de primer orden.

Vega, D. Ventura de la, nació en Buenos Aires el 14 de julio de 1807 y murió en Madrid el 29 de noviembre de 1865. Huérfano de padre, vino a España cuando sólo contaba once años. Cursó latinidad en los estudios de San Isidro de Madrid y en 1821 pasó al colegio de San Mateo, donde tuvo de profesores a D. Alberto Lista y a Gómez Hermosilla. Arrastrado Vega por las corrientes liberales, fundó con otros amigos y literatos la sociedad secreta de los Numantinos (1824); y descubierta ésta por el gobierno, fué Vega recluso en el convento de la Trinidad. La edad y la desgracia le hicieron más cuerdo. Para ganarse la vida se dedicó a traducir y arreglar comedias del francés: pasan de ochenta las obras de esta clase que dió al teatro. En su edad madura se mostró arrepentido de los desvarios y

excepticismo volteriano de su mocedad: la oda *Imitación de los salmos* puede ser de ello testigo.

Jamás fué Vega un poeta lírico apasionado y ardiente; pero se distingue por su gusto y corrección. Sus mejores producciones dramáticas son: *La muerte de César*, *D. Fernando el de Antequera* y *El hombre de mundo*.

Ventura de la Vega fué maestro de literatura de Isabel II; director del Conservatorio de Música y declamación e individuo de número de la Real Academia de la lengua.

Zorrilla, José (1817-1893) es el poeta más popular de los tiempos modernos. Nadie como él tuvo el don de la armonía y la facilidad en saber narrar bien, a lo cual se junta que fué a buscar su inspiración generalmente en asuntos simpáticos a los españoles. Las faltas de fondo y forma que se notan en varias de sus composiciones, la incorrección y prosaísmo y hasta errores que las deslucen a veces, demuestran que ha de haber selección en su lectura.

# ÍNDICE

## PARTE PRIMERA.—PROSA

### GÉNERO DIDÁCTICO

*Pags.*

1. P. GRANADA.—Espectáculos de la naturaleza.....	5
2. P. GRANADA.—Locura de los ateístas.....	7
3. P. RIVADENEIRA.—Excelencia de la religión cristiana.....	9
4. Fr. LUIS DE LEÓN.—Cristo es llamado "Brazo de Dios".....	12
5. SAAVEDRA FAJARDO.—La República literaria.....	15
6. P. NIEREMBERG.—De la belleza: en qué consiste.....	18
7. PABLO PIFERRER.—La música religiosa.....	19
8. J. M. QUADRADO.—Interior de la catedral de Toledo.....	21
9. SEVERO CATALINA.—El Coliseo de Roma.....	23

### ARTÍCULOS VARIOS

10. APARISI Y GUIJARRO.—El día de difuntos.....	27
11. SELGAS.—La Madre .....	29

### GÉNERO HISTÓRICO

12. P. J. DE MARIANA.—Cerco de Granada.....	31
13. P. RIVADENEIRA.—Muerte de María Estuardo.....	34
14. ANTONIO DE SOLÍS.—Batalla de Otumba.....	38

### GÉNERO NOVELESCO

15. D. H. DE MENDOZA.—Lázaro cuenta sus aventuras con un ciego.	41
16. CERVANTES.—Allégase Sancho Panza a D. Quijote. Aventura de los molinos de viento.....	43
17. CERVANTES.—El Duque, D. Quijote y Sancho Panza antes que fuese a gobernar la ínsula.....	46
18. FERNÁN CABALLERO.—La noche de Navidad.....	51
19. NAVARRO VILLOSLADA.—La invasión árabe.....	55
20. PEREDA.—La galerna .....	57

### GÉNERO ORATORIO

#### Oratoria Sagrada

21. P. FERNÁNDEZ CUEVAS.—Oración fúnebre a la buena memoria de D. Fernando de Norzagaray.....	66
22. RAMÓN A. JARA.—Salutación a Zaragoza.....	74

#### Oratoria Militar

23. F. L. DE GÓMARA.—Oración de Cortés a los soldados.....	80
--	----

#### Oratoria Parlamentaria

24. APARISI Y GUIJARRO.—La revolución social y la Iglesia católica .....	82
--	----

## Oratoria Forense

25. R. NOCEDAL.—Del discurso pronunciado en la audiencia de lo criminal de Castellón de la Plana..... 86

## Oratoria Académica

26. DONOSO CORTÉS.—Del discurso sobre la Biblia..... 106

**PARTE SEGUNDA.—VERSO****POESÍA DIDÁCTICA Y GÉNEROS AFINES**

27. Canciones populares ..... 123  
28. B. DE ALCAZAR.—La cena (cuento)..... 124

## Fábulas, Apólogos y Letrillas

29. IRIARTE.—El oso, la mona y el cerdo..... 125  
30. IRIARTE.—Los huevos ..... 125  
31. SAMANIEGO.—La lechera ..... 126  
32. SELGAS.—El rocío ..... 126  
33. SELGAS.—La violeta (la modestia)..... 127  
34. C. FERNÁNDEZ.—La azucena..... 127  
35. GÓNGORA.—La flor de la Maravilla..... 128  
36. IGLESIAS.—Letrilla ..... 129  
37. B. DE LOS HERREROS.—Madrid y el campo..... 129  
38. A. TRUEBA.—Las madres (Diálogo)..... 130

## Epístolas y Sátiras

39. JOVELLANOS.—Fabio a Anfriso ..... 131  
40. L. F. MORATÍN.—El filosofastro..... 133

## Poemas Didascálicos

41. P. DE CÉSPEDES.—Pintura del caballo..... 135  
42. M. DE LA ROSA.—Arte poética. Canto IV..... 135

**POESÍA LÍRICA**

44. JORGE MANRIQUE.—A la muerte de su padre..... 140  
45. Fr. L. DE LEÓN.—A la vida retirada..... 141  
46. Fr. L. DE LEÓN.—En la Ascensión..... 142  
47. F. DE LA TORRE.—A Tirsis..... 143  
48. F. DE HERRERA.—A D. Juan de Austria..... 143  
49. F. DE HERRERA.—A la pérdida del rey D. Sebastián..... 144  
50. LOPE DE VEGA.—La libertad..... 146  
51. RODRIGO CARO.—A las ruinas de Itálica..... 147  
52. RIOJA.—A la rosa.—Al Jazmín..... 148  
53. MELÉNDEZ VALDÉS.—A mis libros..... 148  
54. A. LISTA.—A la muerte de Jesús ..... 149  
55. L. F. MORATÍN.—Los días..... 150  
56. V. R. AGUILERA.—Roncesvalles (balada)..... 151  
57. HEREDIA.—Niágara ..... 152  
58. ESPRONCEDA.—Al sol ..... 153

59.	ZORRILLA.—La tempestad .....	156
60.	NÚÑEZ DE ARCE.—Maravillas de la creación.....	158
61.	A. ARNAO.—La tarde en el mar (barcarola).....	159

Sonetos

62.	LOPE DE VEGA.—El soneto.—A Jesucristo.....	159
63.	SELGAS.—La gracia .....	159
64.	CALDERÓN DE LA BARCA.—A unas flores.....	159
65.	A. ARNAO.—La Hermana de la caridad.....	160

POESÍA ÉPICA Y GÉNEROS AFINES

66.	LOPE DE VEGA.—San Agustín .....	161
67.	ANÓNIMO.—El infante vengador.....	161
68.	DUQUE DE RIVAS.—Recuerdos de un grande hombre.....	162
69.	QUEVEDO.—Origen humilde del papel.....	166
70.	MELÉNDEZ VALDÉS.—La tarde.....	167
71.	ZORRILLA.—A buen juez mejor testigo.....	168
72.	GABRIEL Y GALÁN.—Mi vaquerillo.....	173
73.	B. DE VALBUENA.—Batalla de Roncesvalles.....	173
74.	Fr. D. DE HOJEDA.—El alcázar de Dios.—Eclipse del Sol a la muerte de Cristo .....	175
75.	N. F. MORATÍN.—Retrato de Cortés.....	176

POESÍA DRAMÁTICA

76.	LOPE DE VEGA.—La Estrella de Sevilla (tragedia).....	177
77.	R. DE ALARCÓN.—La verdad sospechosa (comedia).....	181
78.	TIRSO DE MOLINA.—La Prudencia en la mujer (drama).....	184
79.	CALDERÓN.—La vida es sueño (drama).....	188
80.	V. DE LA VEGA.—La muerte de César (tragedia).....	192
81.	L. DE EGUÍLAZ.—El molinero de Subiza (zarzuela).....	196
82.	TAMAYO.—Un drama nuevo (drama).....	199
83.	GARCÍA GUTIÉRREZ.—El grumete (zarzuela).....	204
84.	R. DE LA CRUZ.—El Manolo (sainete).....	205

APÉNDICE

Breve noticia de los autores comprendidos en esta colección.....	209
--	-----













UNIVERSITY OF MICHIGAN



3 9015 00173 5524

